

5

MEROUVEL

LA VIRGEN
DE
MARIGNAC

1885

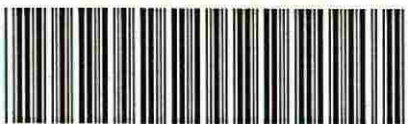
2

PQ2625

.E53

V58

v.2.



1020027079



LA VIRGEN DE MARIGNAC.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor M567 v. 6
Núm. Adq. 30556
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 29
Catalogó 29

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LA VÍRGEN DE MARIGNAC

(LE ROI MILLIARD)

NOVELA ORIGINAL DE

CARLOS MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO SEGUNDO.



85589



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTERREY, MEXICO

MADRID.

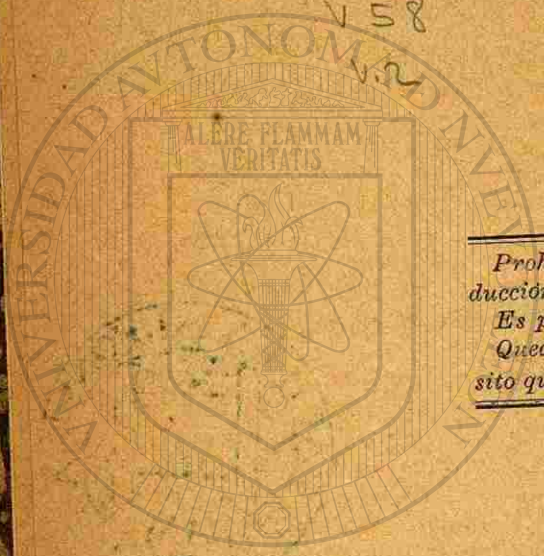
«EL COSMOS EDITORIAL»

MORÓN PASTOR Y COMPAÑIA

63, Cardenal Cisneros, 65.

30556

843
M.
PQ 2625
E 53
V 58
v. 2



Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprent. de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

LA VIRGEN DE MARIGNAC

I

Lo que cuesta una conciencia.

La narración de esta historia, verídica en todas sus partes, ha quedado interrumpida en el momento en que Juan Dantenac, desesperado, se retiraba de casa de Benedetta, en la calle de Visconti.

Recordaremos también que el barón Mosés, exasperado por las constantes negativas de Benedetta, citó á la señora Piot en su casa, á las nueve de la mañana siguiente.

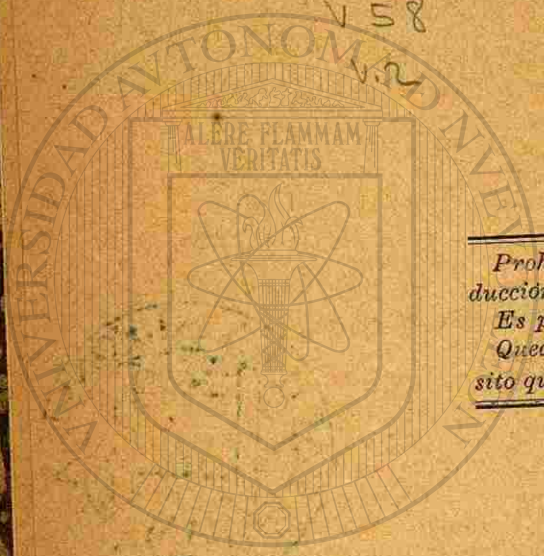
En efecto; á las nueve, Próspero Lagrippe llamaba en el gabinete del banquero, y decía:

—La persona esperada por el señor barón.

La mujer que entró podría ser la señora Piot, la portera de la calle de Visconti, pero no lo parecía.

Había entre las dos mujeres la misma diferencia que entre una rosa espléndida,

843
M.
PQ 2625
E 53
V 58
v. 2



Prohibida toda traducción y reproducción. Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprent. de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

LA VIRGEN DE MARIGNAC

I

Lo que cuesta una conciencia.

La narración de esta historia, verídica en todas sus partes, ha quedado interrumpida en el momento en que Juan Dantenac, desesperado, se retiraba de casa de Benedetta, en la calle de Visconti.

Recordaremos también que el barón Mosés, exasperado por las constantes negativas de Benedetta, citó á la señora Piot en su casa, á las nueve de la mañana siguiente.

En efecto; á las nueve, Próspero Lagrippe llamaba en el gabinete del banquero, y decía:

—La persona esperada por el señor barón.

La mujer que entró podría ser la señora Piot, la portera de la calle de Visconti, pero no lo parecía.

Había entre las dos mujeres la misma diferencia que entre una rosa espléndida,

aunque ajada, y una mustia flor de enredadera.

El barón Isaac la contempló con asombro y no la reconoció.

Al ver que ella avanzaba con libertad, como mujer práctica á quien las correrías por los ministerios han preparado para todo, el barón la dijo, dudando:

—¿Es usted la portera?...

—¿De la calle Visconti? Sí, señor barón.

¿El señor barón no me conoce?

—Es que...

—Ya comprendo. El señor barón me ha visto solo un instante y vestida de un modo al que, la verdad, no estoy acostumbrada... Yo he conocido mejores días, señor barón.

—Hágame usted el favor de sentarse.

—Yo estaba casada con un empleado de alguna categoría. He tenido la desgracia de perderle cuando iba á ser nombrado subdirector... Entonces quedé sola, y el señor barón comprenderá que una mujer honrada, sola en París, no puede hacer fortuna.

La señora Piot estaba reñida con la modestia.

El barón trató de detener aquel aluvión de palabras, diciendo bruscamente:

—Ya comprendo, ya comprendo.

Pero la viuda tenía necesidad de concluir su propio elogio, y continuó:

—He recibido una excelente educación y me es penoso verme reducida al estado en que me encuentro.

La excelente señora Piot parecía que lloraba al hablar; pero el viejo Mosés conocía pronto á la gente con quien trataba.

Se desentendió de aquella charla insustancial y la dijo de pronto, brutalmente:

—¿Y usted se encuentra dispuesta á todo con tal de salir?...

—¿El señor barón me dice...?—preguntó la viuda afanosamente.

—Que si la ofrecieran á usted una suma redonda que la permitiera vivir tranquila el resto de sus días...

—¿Qué hay que hacer?—dijo haciendo un gesto, que tuvo la pretensión de que fuera una sonrisa.

—Muy poca cosa. Yo tengo mucho interés por la joven que vive en su casa; ya sabe usted. ¿Cómo ha ido á parar allí?

—Muy naturalmente. Había una habitación desalquilada y la ha tomado.

—¿De qué vive?

—Eso sí que no lo podría decir.

—¿Tiene una colocación?

—En efecto... sí... me parece que es eso...

—¿No está usted segura?

—Sí, en la calle de Saint Honoré. Creo que piensa presentarse el lunes.

—El lunes—dijo el barón reflexionando;—entonces hay que obrar con toda rapidez; mañana domingo, por ejemplo.

—¿El señor barón recuerda que es el día del Gran Premio?

—¡Caramba! ¿También usted lo sabe?
 —Todo el mundo lo sabe, señor barón.
 El viejo Mosés pareció muy contento,
 —Después de todo, esa circunstancia
 podrá favorecernos. Ese día nadie se ocupa
 de los demás.

Entonces fué entrando en detalles.
 El asunto era muy sencillo y no comprometía á nadie.

Se trataba de conducir á la dicha joven á una posesión situada en el parque de Neuilly, con un pretexto cualquiera; diciéndola, por ejemplo, que una señora la ofrecía una buena colocación como señorita de compañía.

Era casi seguro que la joven se decidiría en seguida.

Para ayudarla se la ofrecerían tales ventajas, que no pudiera vacilar.

En cuanto la joven hubiera atravesado la puerta, la misión de la señora Piot habría terminado.

Más adelante, Benedetta misma la agradecería lo que había hecho por ella.

Esto era todo lo que la pedían.

¿Era demasiado?

A decir verdad, á la excelente señora Piot la pareció muy poco.

—¿Ha comprendido usted?—la preguntó el barón.

—Perfectamente—dijo la viuda temiendo que la recompensa fuera exigua, por lo mismo que el servicio no era muy grande.

—¿De modo, que mañana, á las tres, estará usted en Neuilly con esa joven?

—Sí, señor barón.

—Bien.

—¿Y las señas?

—Ahora se las darán.

El viejo Mosés apretó el botón del timbre é inmediatamente se presentó el fiel Próspero.

—Este hombre que usted ve—dijo el barón—es de mi confianza; él dará á usted instrucciones. Sigalas usted.

—Fielmente, señor barón.

La conferencia había terminado.

El aparato que la señora Piot tenía en el pecho, y la servía de corazó, sufría contracciones horribles.

¿Y lo principal? ¿Y el precio? El dinero por el que la viuda se hubiera condenado cien veces? ¿De eso no se hablaba!

No pudo evitar una ansiosa mirada que dirigió al barón; una súplica con la que el viejo gozaba interiormente.

Levantó el índice de la mano derecha á la altura de la nariz y agitó la cabeza con ese ligero movimiento que se emplea para detener á una persona que se retira.

La viuda se precipitó sobre la mesa.

Entonces el tentador abrió el cajón de un magnífico armario empotrado en la pared.

La señora Piot sufrió una sensación de vértigo.

El oro, los billetes de Bauco, estaban allí amontonados, en desorden, en cantidad inmensa en aquella caja que nada defendía, porque allí no había más que

un óbolo, una parcela insignificante de la fortuna del dueño.

El viejo millonario sacó un fajo de billetes azules y los contó despreciativamente.

Había trece.

—Tome usted—dijo á la viuda,—yo doy como en los puestos de feria, trece por doce. Tome usted, estas son las arras, un simple adelanto. Si cumple usted su misión, si á la hora marcada se encuentra allí Benedetta, confíe usted en mí. Podrá realizar sus sueños, retirarse á su país y ser propietaria. ¿De dónde es usted?

—De Picardía, señor barón.

—¿Qué sitio?

—Del lado de Amiens.

—Buena tierra. Allí podrá usted ser la reina. Únicamente que...

La señora Piot estaba pendiente de los labios del judío.

—¿Únicamente qué?—murmuró.

—Que si habla usted una palabra, no hay nada. Prontitud y discreción.

Era la despedida.

Para impedir que la señora Piot se postase de rodillas fué necesario que el normando la tirara del vestido diciendo:

—Venga usted. Tengo que hablarla.

—Ella le siguió, no sin obsequiar al viejo Mosés con una última y profunda reverencia.

El normando se detuvo en la pequeña antecámara, que precedía al despacho del barón.

—¿Ha entendido usted?—la dijo.

—Sí.

—¿Se lleva usted bien con esa joven?

—Ya lo creo.

—Pues trate de ganar su confianza por completo. Ofrézcala usted una buena colocación á instancias de una condesa muy rica. ¿Usted comprende?

—Perfectamente.

—Allí estará tranquila, mejor que en un almacén, donde tendrá mucho trabajo y poca utilidad.

—¿El nombre de la condesa?

—El primero que se la ocurra... la señora de Lamrose, por ejemplo.

—¿Y las señas?

—Boulevard d'Argenson, número 32.

—Haga el favor de apuntármelas en un papel.

—Con el mayor gusto.

Próspero lo hizo así. Dió á la odiosa mujer lo que pedía, y prosiguió:

—¿Definitivamente será el domingo?

—Sí.

—Diga usted que esa señora la ha señalado una entrevista.

—¿A las tres?

—A las tres.

—Entendido.

—Mañana, cuando usted vuelva, haga el favor de pasarse por aquí, y pregunta usted por mí.

—Muy bien.

—Me dirá usted si ha salido adelante en su empresa.

—Saldrá bien, señor Próspero—exclamó la señora Piot en un arranque de oficiosidad;—no lo dude usted, ¡sé cumplir con mi obligación!

—Sobre todo no hay que hablar á nadie de ello, y el nombre del barón debe permanecer en el olvido.

La viuda se puso un dedo sobre los labios de un modo tan expresivo, que el normando no pudo evitar una sonrisa.

II

De Lisboa á Paris.

Al recibir el telegrama del barón Mosés, Pedro Dantenac experimentó una violenta satisfacción.

¡Adoraba á su mujer!

¡La idolatraba, estaba loco!

Esta es la única palabra que pueda pintar de un modo exacto el desbordamiento de su pasión, llevada hasta el paroxismo, que le absorbía por completo, y que era causa de que nada le interesase fuera del objeto amado.

Aquella encantadora Matilde, delicada, elegante, espiritual, de un atractivo irresistible, le envolvía con su gracia, le dominaba, le absorbía.

Sin dejar de ser complaciente y dulce para su marido, Matilde, en algunas ocasiones, se mostraba nerviosa y agitada.

Tenía ansia enfermiza de viajar; la fiebre de París, la nostalgia de este pue-

blo que recordaba amargamente, la atormentaban; se sublevaba contra el barón Mosés que la había desterrado y se obstinaba en ello á pesar de sus súplicas.

Siempre estaba dispuesta á marchar, preparaba el equipaje y no se detenía más que por las reiteradas súplicas de su marido.

Aquella misma mañana se había presentado más excitada que nunca.

Había querido marcharse y si no lo hizo fué debido á un supremo esfuerzo de Pedro Dantenac. Pero un momento después, él la había sorprendido en su habitación, llorando, proxima á caer en un período de postración y abatimiento que la acometía siempre que pensaba mucho en su querido París.

Pedro, que solo vivía por complacerla, se había arrojado á sus plantas, la había colmado de caricias y en lugar de detenerla, la suplicó al contrario que marchase.

Cuando su marido recibió la orden del barón «Venga usted», Matilde corria ya por el expreso hacia Madrid.

Pedro Dantenac se regocijaba ante la idea de seguirla, de ganarla en velocidad y llegar á París si podía al mismo tiempo que ella.

Seguramente en aquellos momentos no le molestaba ninguna sospecha sobre la conducta de su mujer.

Sus dudas, si acaso las tenía, estaban atrofiadas, como esos reptiles que el in-

vierno hace dormir y solo viven al calor del verano.

La alegría de Pedro Dantenac era inmensa.

Era un suplicio para él estar separado de su mujer, y se le presentaba la ocasión de reunirse con ella.

Al subir al vagón se imaginaba que, por uno de esos accidentes tan frecuentes en los ferrocarriles, y sobre todo en España, iba á encontrarla en el camino, en Madrid ó en algún punto de la línea, en San Sebastián, Irún ó Burdeos.

En resumen, ¿qué ventaja le llevaba? Apenas tres ó cuatro horas.

Se irritaba con la lentitud del tren que le paseaba á través de admirables paisajes, bosques de naranjos, laderas de admirable riqueza, llanuras fecundas sembradas de conventos, palacios y hoteles, que á la hora de la salida del tren estaban bañadas por la luz purpúrea de una magnífica puesta de sol.

Pedro Danterac se decía:

—Por aquí ha pasado. ¿Dónde está?

Consultaba la marcha con la guía y hubiera querido que la locomotora le arras-trase en una carrera vertiginosa, á riesgo de estrellarse en el fondo de los barrancos que la vía cruzaba á cada instante en aquella comarca de sierras caprichosas y gargantas profundas.

Pedro Dantenac estaba solo en su departamento. Poco á poco le fué invadiendo una tristeza profunda.

¿Por qué?

Su melancolía no tenía fundamento.

La felicidad le favorecía más allá de sus esperanzas.

Estaba casado con una mujer encantadora.

Poseía una gran fortuna y estaba en camino de multiplicarla.

Lentamente su pensamiento le fué acercando á aquel país de Luchón, cuyo recuerdo se había debilitado con el ruido de los negocios y las obligaciones mundanas que le imponía su nueva posición.

¿Cómo reflexionar en medio de la tempestad en que vivía?

Durante el invierno que acababa de pasar, Matilde había llegado á ser la reina de Lisboa.

Sus *toilettes* causaban sensación; su ingenio delicado y chispeante encantaba; había sido un modelo de gracia y elegancia; y por último, el nombre del barón Mosés, que la colmaba de regalos, alhajas y brillantes, había venido á aumentar el prestigio de su belleza y de su talento. En muy poco tiempo había conseguido formar á su marido y darle aquel barniz de hombre de mundo, que era lo único que faltaba á su inteligencia superior y á su arrogante apostura.

Fué preciso á Pedro Dantenac el recogimiento que le proporcionó aquel largo viaje de cincuenta horas para volver en sí mismo, contemplar el pasado, pensar en los que amaba y analizar sus propias

sensaciones, sus dudas, sus temores y sus esperanzas.

Al pensar en Luchón y en Marignac, sus recuerdos eran dolorosos.

Los proyectos de su hermano Juan habían fracasado.

El montañés de los Pirineos es rudo, como el clima de su país.

No le gusta quejarse, y sufre con el valor estoico del héroe que se deja devorar el pecho sin exhalar un grito.

Juan había escrito algunas líneas á su hermano para anunciarle la desaparición de Benedetta, pero sin dar detalles y sin acusar á nadie.

La tía de Caubous, afectada por aquel desastre, era cada vez menos comunicativa y vivía completamente aislada en su agreste retiro.

Por decirlo así, se había retirado del mundo.

Por otra parte, los Soubére y sus amigos vivían en perpetuo duelo.

En suma, todo iba de mal en peor.

Pedro Dantenac llegó á Madrid en las primeras horas de la madrugada, y trató de buscar, entre los viajeros que circulaban por los andenes como sombras, la esbelta figura de su querida Matilde, á pesar de la convicción que tenía de que debía encontrarse muy lejos.

Entonces, pensamientos todavía más sombríos le invadieron.

¿Qué poderoso influjo llamaba á Matilde con tanta fuerza hacia París?

Desde que se hizo esta pregunta evitó con cuidado el contestarla, abandonándose á los cambios del porvenir con un desfallecimiento extraño en un hombre fuerte como él y tan favorecido por la fortuna.

Trató de dormir, para librarse de este modo de los extraños pensamientos que le asaltaban.

De cuando en cuando salía de esta especie de letargo moral, encandía un cigarrillo maquinalmente y le tiraba en seguida para recobrar su posición de abandono, aunque el sueño huía de él obstinadamente.

Hasta que llegó á las inmediaciones de París no pudo alejar aquella torpeza y desechar aquellos vagos presentimientos de que se veía acometido.

Entonces, la imagen de Matilde, sonriente y encantadora, se le apareció de nuevo; se sacudió como un caballo que concluye una larga carrera, fresco y valiente á pesar del extraordinario esfuerzo desarrollado.

Después de todo, ¿qué podía temer?

¿Por qué creer en fantasmas?

¿Engañarle su Matilde? ¿Qué locura!

¿Qué mayor prueba de amor había podido darle que consentir en llevar su nombre?

¿Qué podía haberla seducido, siendo joven, rica y hermosa, cuando él era pobre y sin porvenir?

Rápidamente el expreso atravesó las últimas estaciones.

¡Etampes! ¡Chamarande! ¡Jubisy!

Las llanuras desaparecían, huían los pueblos, el espacio volaba como un huracán.

Por último, el tren atravesó las fortificaciones y se detuvo en la estación de París.

El inmenso camino había terminado.

El ancho pecho de Pedro Dantenac, se elevó con un suspiro de satisfacción.

¡Había llegado!

III

Fatal secreto.

Era domingo. Los relojes de la estación señalaban las seis de la tarde.

Nuestro viajero se precipitó alegremente á la calle.

Por un fenómeno bastante frecuente en el mes de junio, el cielo, poco antes cubierto de nubes, se había despejado, las calles estaban secas.

Pedro Dantenac observó con asombro que no se veía nadie en las inmediaciones de la estación, y no había ningún carruaje.

—¿Qué pasa?—preguntó á un empleado.

—El Gran Premio, señor.

Lo había olvidado.

Andando por una acera con su maleta en la mano, tuvo la suerte de encontrar un alquilón melancólico que caminaba sosegadamente buscando á quién conducir.

Pedro Dantenac subió en él, dando al cochero las señas de la calle del Circo.

Después de atravesar no pocos obstáculos, debidos á la aglomeración de coches que iban á las carreras, consiguió por último llegar á la avenida Gabriel.

Lo más difícil estaba hecho.

Al atravesar la avenida de Marigny tuvo que luchar con un nuevo inconveniente.

Fuertes pelotones de policía impedían el tránsito con objeto de dejar el camino libre á la comitiva del presidente.

Entonces Pedro Dantenac se decidió.

Pagó espléndidamente al cochero, y consiguiendo forzar la línea de los guardias, con la maleta en la mano y el abrigo en el brazo, se dirigió á su casa.

A cien pasos de ella estaba, cuando se detuvo.

Al volver de la avenida Gabriel á la calle del Circo una victoria enganchada con un solo caballo, lleno de fuego, salía de la calle conducida por un cochero joven de aspecto insolente.

Pedro Dantenac se ocultó detrás del tronco de un árbol.

Acababa de reconocer á uno de los criados del barón Mosés.

La victoria estaba vacía.

¿Dónde estaba el dueño?

Esto no fué más que una chispa, pero al atravesar por el cerebro del marido de Matilde, le mortificó horriblemente.

La victoria pasó y fué á estacionarse

¡Etampes! ¡Chamarande! ¡Jubisy!

Las llanuras desaparecían, huían los pueblos, el espacio volaba como un huracán.

Por último, el tren atravesó las fortificaciones y se detuvo en la estación de París.

El inmenso camino había terminado.

El ancho pecho de Pedro Dantenac, se elevó con un suspiro de satisfacción.

¡Había llegado!

III

Fatal secreto.

Era domingo. Los relojes de la estación señalaban las seis de la tarde.

Nuestro viajero se precipitó alegremente á la calle.

Por un fenómeno bastante frecuente en el mes de junio, el cielo, poco antes cubierto de nubes, se había despejado, las calles estaban secas.

Pedro Dantenac observó con asombro que no se veía nadie en las inmediaciones de la estación, y no había ningún carruaje.

—¿Qué pasa?—preguntó á un empleado.

—El Gran Premio, señor.

Lo había olvidado.

Andando por una acera con su maleta en la mano, tuvo la suerte de encontrar un alquilón melancólico que caminaba sosegadamente buscando á quién conducir.

Pedro Dantenac subió en él, dando al cochero las señas de la calle del Circo.

Después de atravesar no pocos obstáculos, debidos á la aglomeración de coches que iban á las carreras, consiguió por último llegar á la avenida Gabriel.

Lo más difícil estaba hecho.

Al atravesar la avenida de Marigny tuvo que luchar con un nuevo inconveniente.

Fuertes pelotones de policía impedían el tránsito con objeto de dejar el camino libre á la comitiva del presidente.

Entonces Pedro Dantenac se decidió.

Pagó espléndidamente al cochero, y consiguiendo forzar la línea de los guardias, con la maleta en la mano y el abrigo en el brazo, se dirigió á su casa.

A cien pasos de ella estaba, cuando se detuvo.

Al volver de la avenida Gabriel á la calle del Circo una victoria enganchada con un solo caballo, lleno de fuego, salía de la calle conducida por un cochero joven de aspecto insolente.

Pedro Dantenac se ocultó detrás del tronco de un árbol.

Acababa de reconocer á uno de los criados del barón Mosés.

La victoria estaba vacía.

¿Dónde estaba el dueño?

Esto no fué más que una chispa, pero al atravesar por el cerebro del marido de Matilde, le mortificó horriblemente.

La victoria pasó y fué á estacionarse

en el cruce de la avenida Marigny, que los carruajes del presidente atravesaban en medio de las discretas aclamaciones de la multitud.

¿Por qué la idea de una traición acudió de súbito al pensamiento de Pedro Dantenac? ¿Qué tenía de extraño ver un coche de los Mosés á dos pasos de su casa?

¿Por qué él, tan confiado, tan crédulo, tan ciego, había pasado de pronto á ser celoso é irritable?

¿Quién podría decirlo?

Sin embargo, era un hecho.

El cambio que en él se operó fué espantoso.

Una luz vivísima y desconsoladora alumbraba aquella clara inteligencia.

Los frecuentes viajes de la joven, sus inmotivadas nerviosidades, sus ansias de París, su calenturiento deseo de escapar en todo momento, obedecían á una causa.

Y el marido temblaba á la sola idea de comprenderla.

Permaneció inmóvil algunos minutos, olvidado de todo, de la multitud que no lejos de allí se amontonaba, de los innumerables carruajes que semejaban á una inmensa marea que sube, de los gritos que de todas partes llegaban hasta él.

Se obstinaba en su abrumadora pregunta:

—¿Por qué viene de allí ese carruaje?

Después de todo, en seguida podía aclarar aquellas suposiciones que le atormentaban.

Matilde debía estar en la casa, sola.

En sus frecuentes viajes á París no se había hecho acompañar ni aun de su doncella.

La casa en que vivía pertenecía al viejo Mosés, que tenía para aquella hija de la casualidad atenciones delicadas, una verdadera solicitud de abuelo.

Las habitaciones eran de lo más confortable y lindo que se puede soñar.

Después del matrimonio, seguido de un viaje tan inmediato, nada había cambiado en aquel nido delicioso, que cuidaban los porteros y los criados del hotel Mosés.

Pedro Dantenac llevaba una de esas pequeñas llaves nikeladas, de extremada ligereza, que reemplazan hoy á los pesados armatostes de otros tiempos.

Podía entrar sin ruido, sorprender á los culpables, si los había, y convencerse de la extensión de su desgracia.

Luchó un instante contra la fuerza misteriosa que le estimulaba á aquella sorpresa que él juzgaba indigna, lo mismo que opinaba que eran absurdos sus temores. Pero la lucha no fué larga.

En semejante caso, el hombre mejor equilibrado, el más estoico, el más leal y el más generoso está vencido de antemano.

Pedro Dantenac vacilaba todavía cuando un carruaje vacío acertó á pasar por su lado.

—Un luis por una hora—dijo al cochero.

—¿Qué hay que hacer?

—Esperarme.

Puso dentro del coche su maleta y su abrigo y se dirigió hacia la casa.

Estaba situada en la parte media de la calle del Circo.

Era uno de esos inmuebles edificados hace veinte años, en los que se han establecido todos los adelantos modernos.

Pedro Dantenac entró.

La portería estaba vacía.

Sin duda el Gran Premio había alejado al propietario de esta importante plaza.

Únicamente en el fondo del patio, Pedro Dantenac distinguió á la hija del portero, una morena alta y robusta, llamada Estefanía, que parecía estar de broma con los cocheros, marmitones y algunas criadas de la casa.

Pasó rápidamente.

Las habitaciones de Matilde estaban en el tercer piso. Al llegar, introdujo con cuidado la llave en la cerradura y entró.

La puerta giró sin ruido sobre sus goznes.

El marido se encontró en un vestíbulo muéllamente alfombrado, como todas las demás habitaciones de la casa.

Un perfume ligero, excitante, flotaba en la atmósfera.

Pedro Dantenac se estremeció. Aquel era el olor predilecto de su mujer, y era el más elocuente testimonio de su presencia.

Ningún ruido se oía, y, sin embargo,

las puertas interiores estaban abiertas.

Avanzó de puntillas, avergonzándose de su conducta. Aquel vergonzoso espionaje le sublevaba; pero una fuerza irresistible le empujaba adelante.

En el salón todos los muebles estaban en su sitio; se veían aquí y allá algunas prendas ligeras de mujer: un velito, unos guantes, un sombrero, que parecían haber quedado abandonados al descuido. El piano estaba abierto; una mano amiga había llenado de flores los jarrones, y en el centro, sobre un velador, se elevaba una canastilla espléndida y artísticamente adornada:

Aquel perfume delator perseguía siempre á Dantenac, que, á pesar del silencio, pensaba:

—Aquí está.

En la puerta del tocador se detuvo, y un sudor frío corrió por su rostro.

Al mismo tiempo su cráneo quería estallar en una explosión de cólera.

De un golpe, toda la sangre se le amontonó en el corazón y en el cerebro.

Acababa de distinguir un sombrero de hombre y un bastón abandonados sobre una butaca.

Por otra parte, un ruido apagado, mezclado de besos, llegó hasta él.

Y en aquel murmullo, por débil que fuera, no puda equivocarse, reconoció una voz, y aquella voz era la de su mujer.

¿Quién estaba con ella?

Jacobo Mosés, sin duda.

En un momento, con una lucidez pasmosa, Pedro Dantenac apreció una multitud de detalles, á los que hasta entonces no había concedido importancia. El abandono con que su futura iba del brazo de Jacobo la noche en que el viejo Mosés se la había ofrecido, sus paseos por las sombrías alamedas de Plessis-Mercerf, la constante confianza entre los dos jóvenes en el hotel del barrio de Saint-Honoré.

Entonces, después de un violento acceso de vergüenza, de dolor y de rabia, recobró su sangre fría y quiso saberlo todo.

El cazador de gamuzas y de osos, el incansable perseguidor de gallos salvajes que hay en todo montañés de los Pirineos, se reveló en él.

Se deslizó como un reptil sobre la mullida alfombra; atravesó un pequeño corredor y llegó hasta la puerta de la habitación.

Estaba medio abierta.

Las pesadas colgaduras de seda y terciopelo formaban un espeso velo entre los amantes y el marido.

Sin embargo, bajándose hasta el suelo, el desdichado pudo ver, por un intervalo casi imperceptible, á la que era su constante pensamiento.

Estaba envuelta en un peinador ligero como una nube, fresca, perfumada, soberanamente hermosa.

Sentada sobre un diván, tenía entre las suyas una mano de Jacobo Mosés.

Sus ojos tan expresivos, llenos de fue-

go, se clavaban en su amante con embelleso.

Le decía en tono de dulce reproche:

—¡Bien se ha hecho esperar el señor!

El, cuyas facciones eran duras, impetuosas como las de su padre, parecía domado, sometido bajo el influjo de aquella criatura encantadora.

La decía excusándose:

—Ya comprenderás... ¡las carreras! Es imposible atravesar por en medio de la multitud... Y después, todo el mundo me rodeaba.

—¿Has sido derrotado?

—Como de costumbre. Excepto en una carrera insignificante.

—Pero... y ese Gran Premio.

—No hay medio de ganarlo. Sin embargo yo hubiera dado un millón, dos, lo que hubiera hecho falta... Rita es una alhaja, pero no ha querido galopar.

Matilde le miraba con ojos llenos de pasión y malicia.

—De modo ¿que estas derrotado y contento?—le preguntó.

El tuvo una expansión del corazón, cosa que era muy poco frecuente.

—Sí—la dijo—soy dichoso, soy feliz, porque te veo. Que buena eres al pensar en mí, al tomarte fatiga tan grande... ¿Estarás cansada?

Ella se encogió de hombros con un movimiento de deliciosa coquetería.

—No—le dijo,—acabo de salir del baño, y me he puesto bella, bella para tí. Ni

siquiera me acuerdo del viaje. Iría hasta el fin del mundo por una hora tan solo de esta dicha, ya lo sabes. Te quiero, no quiero nada más que á ti, y nunca podré querer otra cosa. Vosotros dos, tú y él, el padre y el hijo. ¡Si os perdiera, moriría! ¡Lo he pensado muchas veces!

—¡Loca!

—Pero no me dices nada... ¿En qué piensas?

—Pienso en que estás á mi lado, en que eres encantadora y en que he tenido la debilidad de ceder ante la voluntad de mi padre.

La joven le interrumpió:

—No nos acordemos de cosas que no tienen remedio. ¿Para qué? Tú me quieres todavía. Yo te querré toda la vida. ¿Qué nos importa la demás? Háblame de él.

—Está muy bien.

—¿Le has visto?

—Hace dos días.

—¿Se acuerda de mí?

—¡Ya lo creo!

—¡Cuando sea mayor me despreciará!

—¿Por qué atormentarte con esas quimeras? Pensemos en el presente. ¡Es tan hermoso!

La joven le interrumpió de nuevo:

—Tenemos tiempo. Oye una palabra...

¿Me vas á llevar á Mortcerf?

—Si tú quieres...

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Qué bueno eres!

—Para tí, sí. Para los demás, no.

—Iremos á casa del guarda. Podré abrazarle... ¡Mi querido Andrés! ¡Qué alegría! Por lo menos los Loiseleur le quieren mucho.

—Estáte tranquila. Está mejor cuidado que el hijo de un príncipe.

Las voces se fueron apagando poco á poco.

Hay cosas que no pueden decirse.

Pedro Dantenac huyó espantado:

Volvió en sentido inverso, con las mismas precauciones, el camino que había seguido hasta llegar á la puerta de la habitación de su mujer.

Al pasar por el salón pudo contemplarse en un espejo.

Sus cabellos estaban erizados, su faz lívida.

Acaaba de pasar por una de esas terribles pruebas que envejecen á un hombre en un minuto.

La que amaba estaba allí, á dos pasos.

¡Estaba hermosa, soberanamente hermosa, pero era para otro!

La veía todavía con los brazos y la garganta desnudos, los ojos húmedos de voluptuosidad, fijos en los ojos sombríos de su amante.

¡Nunca le había parecido más deseable, más espléndida! ¡Nunca había hecho ella tantos esfuerzos para agradar y conmover!

Lo sabía todo.

Se había engañado. Su voz mentía; sus

caricias eran mentira, cuando se le abandonaba.

Era de otro, pertenecía por completo á aquel odioso Jacobo Mosés, por el que siempre había sentido una instintiva aversión.

¡Le pertenecía desde mucho tiempo antes! ¡Tenía un hijo! ¡Un hijo que se llamaba Andrés!

Por lo tanto, ella se había casado con el empleado, con el subalterno, con el dependiente del padre de su hijo.

¡Qué infamia!

¿Y por qué?

¿En qué intriga tenebrosa le habían mezclado?

Nada comprendía.

¿Qué objeto se proponían con aquella traición?

Su pensamiento se retorció perdido en aquella complicación de una perfidia tan poco útil para los otros y tan humillante para él.

Si se amaban, ¿qué les había impedido casarse? Con aquella enorme fortuna, ¿no puede hacerse todo lo que se quiere?

Por un momento tuvo la idea de aplastar al uno y al otro; pero después la reflexión se apoderó de él.

Había podido resistir al acceso de rabia que le había acometido; pero quedó abatido como un junco que arrolla la tempestad.

Había adoptado una enérgica resolución.

Quería ver hasta qué punto sería infame aquella mujer, fingir la ignorancia para penetrar mejor las causas de aquella traición y de aquellas mentiras, ver al hijo de que aquella hablaba con su amante, meditar su venganza y hacerla horrorosa.

Llegó á la puerta, la abrió y se encontró en el descansillo, sin ser sorprendido.

Bajó la escalera con el sombrero echado sobre los ojos, tratando de no ser reconocido.

Fué una precaución inútil.

La joven, única guardiana de la casa, estaba ocupada con los criados en el fondo del patio y no le vió salir, de igual modo que no le había visto entrar.

Apenas había andado diez pasos en la calle cuando vió que una joven corría á su encuentro y exclamaba reconociéndole:

—¡Pedro!

—¡Marieta!

—¿Eres tú?

—¿Estás en París?

—Acabo de llegar.

—¿A dónde vas?

Dantenac respondió con acento sombrío:

—No lo sé... ¿y tú?

—Yo iba á pedirte consejo... por casualidad... sin esperanza de encontrarte... estoy loca.

Los dos jovenes se contemplaron fijamente.

Su asombro fué igual.

Ella estaba tan trastornada como él.

—Y tú, ¿qué haces aquí?—la preguntó Dantenac.

—Benedetta había parecido... me había escrito... He venido á buscarla y me encuentro con que ha desaparecido de nuevo.

—Es imposible.

—Es la verdad.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

Pedro Dantenac lanzó á su alrededor una mirada inquieta. Temía ser reconocido, perseguido.

Llevó rápidamente á Marieta hasta el coche que le esperaba á algunos pasos, y la dijo:

—Vente, vámonos de aquí.

Y abriendo la portezuela la obligó á entrar en el carruaje, diciendo al cochero:

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

IV

Dos dolores.

Cuando Marieta recibió la carta de su hermana en Marignac, experimentó el primer momento de alegría después de la huida de la desgraciada Benedetta.

Leyó la carta á todos los amigos juntos y les pidió consejo.

La decisión fué unánime.

Puede adivinarse fácilmente.

Barrousse, Rabastoul y el cura Ardi-gues no vacilaron ni un momento.

Puesto que se sabía donde estaba, era preciso ir á buscar y traerla al pueblo.

Hubiera ó no cometido una falta, no por eso dejaba de ser la cariñosa y dulce Benedetta, tan amable y tan querida de todos.

Se la perdonaría, se la consolaría y se trataría de hacerla olvidar las penas de que hablaba en su carta.

La tia Julia, muy vieja, quebrantada por las emociones que había sufrido, lloraba á la sola idea de volverla á ver.

Rabastoul, el padrino, se ofreció para el viaje; Barrousse le animaba á marchar; pero Marieta tenía derechos de preferencia, que nadie le podía disputar.

Ella fue la que se encargó de aquella misión.

En seguida se puso en camino.

Únicamente que los pobres viajan más despacio que los ricos.

Haciendo el viaje en el rápido, puede que hubiera llegado á tiempo.

El tren que la conducía, retrasaba más de diez horas sobre el expreso.

La pobre Marieta llegó á la estación á las cinco de la tarde, pocos momentos antes que el tren que había conducido á Pedro Dantenac.

Menos dichosa que el representante de la banca Mosés, no encontró ningún coche y tuvo que contentarse con un ómni-

Su asombro fué igual.

Ella estaba tan trastornada como él.

—Y tú, ¿qué haces aquí?—la preguntó Dantenac.

—Benedetta había parecido... me había escrito... He venido á buscarla y me encuentro con que ha desaparecido de nuevo.

—Es imposible.

—Es la verdad.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

Pedro Dantenac lanzó á su alrededor una mirada inquieta. Temía ser reconocido, perseguido.

Llevó rápidamente á Marieta hasta el coche que le esperaba á algunos pasos, y la dijo:

—Vente, vámonos de aquí.

Y abriendo la portezuela la obligó á entrar en el carruaje, diciendo al cochero:

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

IV

Dos dolores.

Cuando Marieta recibió la carta de su hermana en Marignac, experimentó el primer momento de alegría después de la huida de la desgraciada Benedetta.

Leyó la carta á todos los amigos juntos y les pidió consejo.

La decisión fué unánime.

Puede adivinarse fácilmente.

Barrousse, Rabastoul y el cura Ardigues no vacilaron ni un momento.

Puesto que se sabía donde estaba, era preciso ir á buscar y traerla al pueblo.

Hubiera ó no cometido una falta, no por eso dejaba de ser la cariñosa y dulce Benedetta, tan amable y tan querida de todos.

Se la perdonaría, se la consolaría y se trataría de hacerla olvidar las penas de que hablaba en su carta.

La tia Julia, muy vieja, quebrantada por las emociones que había sufrido, lloraba á la sola idea de volverla á ver.

Rabastoul, el padrino, se ofreció para el viaje; Barrousse le animaba á marchar; pero Marieta tenía derechos de preferencia, que nadie le podía disputar.

Ella fue la que se encargó de aquella misión.

En seguida se puso en camino.

Unicamente que los pobres viajan más despacio que los ricos.

Haciendo el viaje en el rápido, puede que hubiera llegado á tiempo.

El tren que la conducía, retrasaba más de diez horas sobre el expreso.

La pobre Marieta llegó á la estación á las cinco de la tarde, pocos momentos antes que el tren que había conducido á Pedro Dantenac.

Menos dichosa que el representante de la banca Mosés, no encontró ningún coche y tuvo que contentarse con un ómni-

bus, que la dejó á alguna distancia de la calle de Visconti.

Por fortuna, su equipaje no era muy pesado.

Corrió todo lo de prisa que pudo á casa de su hermana.

Allí la esperaba una decepción.

En el momento que llamaba á la puerta de la vieja casa del marqués de Caus-sedé, la honrada señora Piot acababa de instalarse en lugar del padre Jeromo, de vuelta de una excursión de algunas horas.

El remendón había salido, como todo el mundo, hacia los Campos Eliseos, para asistir al desfile de las carreras.

La viuda, después de haber cambiado por sus vestidos ordinarios su pretencioso traje de paseo, y ejecutado punto por punto el plan convenido entre ella, el viejo Mosés y Próspero Lagrippe se había quedado guardando la casa.

Estaba sola.

Su cara odiosa resplandecía de alegría.

Ahora tenía un deudor, un deudor seguro, y el porvenir era suyo.

El servicio que acababa de prestar al célebre millonario, no era de los vulgares.

Al sonar la campanilla tiró del cordón y esperó á que entrasen, con la serenidad de las gentes que no necesitan de nadie.

La joven viajera se presentó en seguida.

A su vista la viuda se recogió sobre sí misma, como mujer que olfatea un peligro.

Las dos hermanas no se parecían, eran una especie de antítesis, un contraste vivo; pero había en ellas cierto aire de familia.

La señora Piot se hizo cargo de esto y vió en seguida que se iba á tratar de su inquilina.

—¿La señorita Soubère?—preguntó Marieta.

La compañera del padre Jeromo creyó deber afectar una desdenosa ignorancia.

—¿Soubère?—dijo entre dientes.

—¿Benedetta Soubère?

—¿Será quizá la señorita Benedict?

—En efecto, me olvidaba...

—¿Desea usted hablarla?

—Soy su hermana.

—¡Ah! ¡demonio!—murmuró la portera.

—En ese caso debía usted haber venido antes.

—¿Por qué?

—Porque la persona por quien usted pregunta está ausente.

—¿Desde cuando?—preguntó Marieta turbada.

Una mentira no costaba nada á la señora Piot.

Comprendió que había que desembarazarse á toda costa de aquella hermana, que podría ser molesta.

—Desde ayer, me parece, porque la veía muy poco.

—¿Y no ha vuelto?

—No, es una cosa muy natural... ¿Viene usted de lejos?

Marieta balbució una respuesta ininteligible.

Estaba desconcertada, abatida.

Sin embargo, consiguió recobrar alguna energía y preguntó tímidamente:

—¿Dónde está?

—¡Ah, caramba!—replicó duramente la viuda.—Se equivoca usted si cree que los inquilinos nos dan cuenta de sus asuntos.

—Entonces la esperaré.

—No se lo aconsejo; en este tiempo puede estar muy lejos, y, además, ya comprenderá usted que yo no la conozco, y no la puedo entregar la llave de su cuarto.

Marieta hizo un gesto de desesperación que hubiera podido ablandar á una piedra.

—Mire usted, señora,—suplicó.—Hágame el favor, acabo de llegar de mi país... estoy muerta de inquietud... Benedetta me ha escrito, tengo su carta... y vengo á buscarla para llevarla conmigo... Es imposible que se haya marchado sin avisarme... por su gusto. ¿Dónde está?

La odiosa señora Piot hizo una seña de completa ignorancia.

—Estará donde la haya parecido bien—dijo.—A mí me parece que debe estar muy lejos. Si es usted su hermana, como dice, lo mejor que puede hacer es volverse á su tierra. Ella escribirá... Yo no sé nada más.

Y añadió con su cinismo de vieja coarentona:

—No se apure usted tanto por ella; créame usted, una muchacha así encuentra muy fácilmente un acomodo... Tal vez haya encontrado lo que necesite.

Marieta no quiso oír más y se marchó.

¿Qué hacer? ¿á quién pedir consejo?

Pensó en Pedro Dantenac, ¿pero estaría en París?

A la ventura se dirigió á la calle del Circo, preguntando por ella á los guardias que encontró en la calle.

Ya sabemos lo demás.

En el momento que llegaba á las inmediaciones de la casa de Pedro, él salía, trastornado, convulso, presa de una de esas agitaciones que vuelven loco á un hombre y son causa de que todo lo vea de color de sangre.

—¿Pero qué te pasa? Pedro, ni siquiera me has abrazado—le dijo la joven dulcemente.

El la sujetó por el talle y estampó un largo beso sobre su frente.

—Perdón—la dijo,—no sé lo que me hago.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Pues qué te ocurre? ¡tu eres rico!

—¡Quisiera Dios que nunca hubiera conocido esta riqueza!

—Estas casado... y tienes una mujer que adoras.

—¡Ojala, nunca la hubiera visto en mi camino!

—¿Qué dices? ¡Tú que tanto la querías! En la fisonomía de Dantenac se inició una sonrisa que no pudo terminar.

—¡Ah! sí—dijo,—la amaba estúpidamente, ciegame, como un loco... y hoy... quisiera huir al fin del mundo... porque si permanezco aquí...

Apretó los puños en una explosión de rabia; sus ojos azules brillaban como láminas de acero prontas á herir.

—Y permaneceré —concluyó;— ¡tanto peor!

—Pedro —murmuró Marieta,—me espantas, ¿qué te ha pasado?

—Pasa—dijo Dantenac cogiéndola las manos y atrayéndola hacia sí—que los dos somos muy desgraciados, ¡pobre niña! pero yo mucho más que tú... Aguarda un poco y lo sabrás todo.

El coche caminaba á buen paso por la calle de Rivoli. Al volver por las Pirámides subió por la calle de Richelieu, y llegó á la plaza Louvois.

Allí se detuvo delante del hotel designado.

Marieta y Pedro Dantenac se bajaron. El joven puso un luis en la mano del cochero, que muy alegre, le dió las gracias diciendo:

—Salud, señor.

Pedro y Marieta entraron en el hotel. Era una de esas casas antiguas y confortables que disfrutaba de una buena clien-

tela de acomodados provincianos, amantes de la sencillez.

Dantenac no le conocía más que por los informes de algunos amigos.

—Dos habitaciones, señora—dijo, dirigiéndose á la anciana y respetable matrona que les recibió.—Esta señorita es parienta mia y viene á París á despachar algunos asuntos.

En seguida citó los nombres de dos ó tres parroquianos, que le valieron la más expresiva sonrisa de la dueña.

A las ocho estaba instalado cerca de Marieta, que ocupaba una habitación próxima, en un cuarto con un balcón á la explanada donde antes estuvo la antigua Opera, derribada después del atentado que sufrió el duque de Berry.

A las ocho y cuarto se habían reunido los dos jóvenes, y Pedro decía á Marieta:

—Mi pobre Marieta, los dos hemos sido cruelmente maltratados por la suerte. Se me figura que nuestros enemigos son los mismos. Son poderosos; nosotros somos débiles. Y sin embargo, tenemos que defendernos y castigar. ¡Déjame obrar! Tengamos confianza en el porvenir.

A las ocho y media salieron, cogidos del brazo, hacia el Palais Royal.

Aquello era un desierto donde Pedro Dantenac no temía ser reconocido.

A las diez, después de cenar silenciosamente en el café de Orleans, y de dar un corto paseo por aquellos jardines, antes tan célebres y bulliciosos, y hoy tan me-

lancólicos, volvieron á entrar en el hotel Louvois.

Pedro Dantenac abrazó á Marieta castamente, cerró la puerta que les separaba y se metió en la cama, aunque no pudo conciliar el sueño hasta la media noche, abrumado por la fatiga y aplastado por su desgracia.

Así terminó aquel largo viaje, al fin del cual los dos habian pensado sujetar entre sus brazos la felicidad.

V

Locura de príncipe.

La señora Piot podía felicitar-se, con razón, de haber terminado su misión con extraordinaria inteligencia.

El viejo Mosés la habia hecho un adelantado soberbio, y la habia prometido una recompensa de primer orden.

No le habia robado el dinero.

Para salir triunfante habia tenido que salvar numerosas dificultades.

Benedetta, siguiendo los consejos de Causседé, estaba desconfiada; pero he aquí cómo se habia arreglado la odiosa portera:

Habia sabido por una antigua amiga del ministerio, que habia ido subiendo hasta el punto de que su marido era ahora director general, que una anciana señora, la condesa de Lanrose, sola, sin hijos, casi sin parientes, buscaba una seño-

rita de compañía, una joven lectora... ¡Casa excelente, fortuna considerable!

La señora Piot se habia acordado en seguida de ella: habia hablado á su amiga, y la condesa de Lanrose, bien impresionada por los informes recibidos, habia manifestado deseos de ver á la joven. Las esperaba en su casa al día siguiente, después de mediodía. Era preciso presentarse, á salvo de rehusar la colocación si las condiciones no convenian. Después de todo, era sencillamente un paseo. El ómnibus y el tranvía bastarian. La señora Piot lo habia prometido... La condesa de Lanrose ocupaba en Neuilly un hotel magnífico, en medio de soberbios jardines, una verdadera residencia de hadas.

Benedetta sabia cumplir su palabra.

Debía entrar en la tienda de la calle de Saint Honoré que la habia recomendado el marqués de Causседé.

Era lo convenido.

Así se lo dijo á la viuda, que se encogió de hombros.

Si se despreciaran semejantes ocasiones para aguardar á entrar en un sitio donde puede que no durara ni dos días, sería obrar tontamente.

— Hay muchísimas empleadas en almacenes, querida mía, que correrian como locas con tal de poder ocupar la plaza que á usted le ofrecen.

Además, Benedetta no se comprometía á nada con ir.

Después de verlo, podía elegir entre las dos cosas.

La señora Piot no parecía esperar mucho de aquella visita. Sólo que le parecía mal no presentarse después de haberlo prometido.

No tenía nada que temer. No se la obligaba á nada.

La condesa era vieja, y seguramente al cabo de algunos años, los que estuvieran á su alrededor no tendrían de qué arrepentirse. Al morir los dejaría, de seguro, muy buenas rentas.

La señora Piot hubiera querido ser joven, para aprovechar aquella oportunidad. ¡Por desgracia, estaba ya muy ajada y no servía para el caso!

La condesa quería á su lado una persona agradable y joven. Estaba en su derecho, ¿no es cierto?

La abominable mujer debía conseguir lo que se proponía.

Benedetta era muy débil de carácter para resistir por mucho tiempo tan apremiantes instancias.

Además, aquella visita á nada la comprometía.

Se había propuesto ir una última vez á las Clayes antes de entrar en la lencería; pero, sin embargo, cedió.

La víspera la había empleado en hacer sus preparativos y en procurarse, gracias al dinero de Causседé, algunos efectos de que tenía necesidad.

Por eso era por lo que á las dos ya es-

taba dispuesta, bien ataviada, casi elegante en su modesta sencillez, y mientras las gentes de París corrían presurosas á las fiestas de Longchamps, atraídos por el Gran Premio, la señora Piot, colocada delante de la ventana de Benedetta, la llamaba con su voz aflautada:

—¡Señorita Benedict!...

La joven bajó y se encontró en el portal con el padre Jeromo, que al pasar, la miró de un modo compasivo.

Pero el buen hombre, aunque de mala gana, la dejó marchar obligado por un gesto imperioso de la viuda.

Ya en la calle, la señora Piot, respiró. Lo más difícil estaba hecho.

Un ómnibus las condujo hasta el tranvía de la Magdalena, y el tranvía los llevó hasta el parque de Neuilly.

No tardaron en encontrarse delante de una primorosa verja de hierro, entre dos muros de diez ó doce pies de elevación, por la que se distinguían magníficos grupos de castaños y sicomoros, plátanos y hayas, y medio desvanecidos entre el verde follaje, los azulados tejados de pizarra de un magnífico hotel de piedra labrada con elegantes columnas adosadas á su fachada principal, soberbia escalinata que daba acceso á la puerta, y el todo coronado con cresterías de plomo caladas como fino encaje y pararrayos que amenazaban al cielo.

—¡Esto es hermoso!--exclamó en un arranque de entusiasmo la señora Piot.

30556

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Sí, está muy bien.

Un turista puede pasear días enteros por los alrededores de París, donde todo el lujo y el gusto de los millonarios se ha empleado en crear maravillas; por Saint James, por Madrid ó por Passy, sin descubrir un nido tan florido, tan lleno de sombra y misterio.

Sin embargo, mientras la señora Piot llamaba al timbre de la puerta, Benedetta sentía el corazón oprimido por secreta angustia.

¿Por qué de pronto tuvo la idea de que aquella elegante morada podría convertirse para ella en una prisión?

Esto era absurdo y lo desechó como un presentimiento infundado.

Al sonar el timbre se oyeron á alguna distancia los fuertes ladridos de dos perros y la puerta se abrió.

Benedetta quiso retroceder. Fué un movimiento instintivo, pero la vergüenza la detuvo.

¿Qué podía temer?

Pasó.

La verja se cerró detrás de ella.

La señora Piot se había tomado el trabajo de cerrarla ella misma, mientras que en la puerta de un pabellón situado á la derecha, aparecía la figura de un hombre de gran estatura, con los cabellos amarillentos y cubierto con una gorra de plato, parecida á la que usan los oficiales alemanes.

—¿Buscan ustedes?...—dijo con el acen-

to del barón de Nucingen, precursor del gran Mosés.

—A la señora condesa de Lanrose.

—¡Muy bien!

El hombre tiró del cordón suspendido al alcance de la mano.

A lo lejos se oyó el sonido de una campana que sonaba en el vestíbulo del hotel; se abrió la puerta y apareció en ella un criado vestido de negro, en el que hubiera costado gran trabajo reconocer á Brichard, el agente de policía del barón Mosés.

Brichard tenía el aspecto de un perfecto ayuda de cámara, con la cara cuidadosamente afeitada, á excepción de dos patillas cortas de un negro parduzco.

La buena señora Piot, había cogido á su compañera de la mano para evitar quizá que tratara de retirarse.

¡Tenía que ganar una buena cantidad!

El negocio estaba ya seguro casi del todo; pero la buena señora no estaba tranquila hasta que no la hubiera entregado en la propia casa.

Por fin franquearon el último obstáculo.

La viuda pudo respirar con libertad.

El ayuda de cámara, vestido de negro, dijo á la señora Piot y á Benedetta con mucha política:

—Si las señoras quieren seguirme... yo las conduciré al salón.

El salón no estaba en el piso bajo, porque el criado señaló á la señora Piot la

escalera que conducía al primer piso, y luego, cuando subieron, se puso á andar delante como para indicar el camino.

Benedetta contemplaba con estupor la casa en que se encontraba.

Nunca había tenido ocasión de contemplar semejante magnificencia.

La escalera, de doble revolución, que arrancaba del fondo del vestibulo, ó mejor dicho, del pórtico de entrada, era digna del palacio de un príncipe.

No se veían más que mármoles raros, bronces caprichosos, y dorados.

Pero á medida que se avanzaba en aquella extraña mansión, una particularidad llamaba poderosamente su atención.

La señora de Laurose debía gustar extraordinariamente del arte antiguo y sus desnudeces.

Al subir la magnífica escalera de piedra con artística balaustrada, sobre un tapiz maravilloso, Benedetta bajó los ojos, mientras la señora Piot se deshacía en entusiastas manifestaciones de admiración.

Una pintura de maravillosa ejecución corría á lo largo de las paredes representando con escandalosa audacia los detalles del sacrificio de las vírgenes ofrecidas en holocausto á Minotauro.

Más adelante, en el descansillo del primer tramo, un antiguo tapiz reproducía el rapto de las Sabinas.

Los guerreros estaban cubiertos únicamente con un casco, y las Sabinas, asus-

tadas, habían perdido en la refriega pleruns y clámides, ó si se quiere, faldas y camisas.

Instintivamente, Benedetta miró hacia atrás.

No sé si he dicho que la puerta quedó cerrada.

Toda retirada era imposible á la pobre joven.

Se resignó y decidió abandonarse á su suerte.

El criado que las guiaba siguió por un ancho corredor, alumbrado por una inmensa cristalada, guarnecida con artísticos vidrios de colores.

La joven avanzó maquinalmente, llamada por su compañera, que decía con entusiasmo:

— ¡Gran Dios, esto es soberbio!

Se oyó la voz del ayuda de cámara, que resonó en la galería como si estuviera allí la ninfa Eco, encargada de reproducirla.

Brichard decía:

— Si las señoras quieren entrar....

Al mismo tiempo abría una puerta que daba acceso á una sala, que no hizo más que atravesar para pasar á otra más amplia, donde estaban verdaderamente amontonados, muebles, cuadros, pianos y objetos artísticos de todas clases.

Brichard, añadió, dirigiéndose á la señora Piot:

— Si quiere usted pasar á la habitación de la señora condesa, esta señorita puede

esperar aquí un momento. La señora tiene que pedir á usted algunas explicaciones.

Tenía muy buen aspecto Brichard y hubiera podido pasar por un criado modelo.

La viuda no se hizo repetir la indicación.

Se marchó como una saeta, haciendo seña á Benedetta de que se esperara.

El criado pasó delante de la antigua pretendiente de ministerios, dejando caer detrás de ella un pesado cortinaje.

La joven se quedó sola.

Únicamente entonces pudo hacerse cargo del extraño lugar en que se encontraba.

Era un inmenso salón cuadrado, sin ventanas, con una elevación de cinco ó seis metros, alumbrado por una gran claraboya ovalada, rodeada de una ancha cornisa dorada y cubierta con vidrios claros.

Las paredes, tapizadas de seda roja, estaban cubiertas de cuadros de maestros antiguos y modernos.

Aquellos cuadros, como los tapices y las pinturas de la escalera, representaban escenas licenciosas de un atrevimiento extraordinario.

La más casta representaba el nacimiento de Venus.

Era una Venus espléndidamente hermosa, pero de una hermosura moderna, excitante como la pimienta en los platos que se usan.

Era una Venus nacida en las orillas del Sena, cuyos cabellos rubios habían sido cuidados por la mano experta de un peluquero de moda.

Los temores de Benedetta, vagos y confusos al principio, fueron poco á poco tomando cuerpo.

Examinó con inquieta mirada los muebles que la rodeaban, bajos y voluptuosos, con forma de divanes de harón y meridianas; las estatuas, entre las que sobresalía, elevándose sobre una columna, una muy hermosa representando una mujer desnuda, que con un dedo puesto sobre los labios, parecía invitar al silencio.

A pesar del tibio calor de fuera, en aquel vasto salón de gruesas paredes hubiera hecho frío, á no ser por la gran cantidad de cok que se consumía lentamente en una inmensa chimenea de mármol labrado, cuyo artístico copete parecía estar sostenido por dos Priapos de cara violentamente lúbrica.

Benedetta iba estando cada vez más inquieta.

¿Dónde se encontraba? ¿Qué había sido de su compañera?

Se aproximó á la puerta por donde había desaparecido aquella odiosa mujer siguiendo al criado.

La puerta estaba cubierta por una pesada colgadura de terciopelo, que levantó, viendo con asombro que no estaba cerrada.

Benedetta dió algunos pasos adelante.

Aquella habitación no era una sala. sino un comedor, dispuesto con extraordinario lujo.

Nada más rico, más confortable y al mismo tiempo más excéntrico que aquella habitación, con magníficos aparadores repletos de vajilla y cristalería labrada, de porcelana y de plata, con las paredes cubiertas de cuadros de una crudeza inverosímil, y cien candeleros de bronce dorado, adosados por todas partes á las paredes.

En todos lados espesa alfombra y en todas partes el mismo silencio.

Más allá de este departamento no había nada.

Una alta puerta de dos bojas, maciza y brillante, debía dar acceso á las otras habitaciones.

Pero aquella puerta estaba cerrada.

No se veía ni rastro del criado ni de la señora Piot.

Los temores de la desgraciada se cambiaron entonces en un verdadero espanto.

Era muy ignorante, muy ingenua; en sus montañas, hasta el día triste del atentado del viejo Mosés, había vivido rodeada de gentes sencillas y trabajadoras; no tenía ninguna preparación para aquellas intrigas del mundo, que apenas conocía.

Sin embargo, comprendió todo el horror de la situación.

El barón Isaac Mosés, sin otra fe ni otra ley que sus millones, había querido vengarse de sus desdenes.

Estaba completamente á su merced.

Los presentimientos que la habían atormentado al contemplar aquella casa aislada, no la engañaron.

Había querido huir, escaparse.

Pero era demasiado tarde.

Permaneció algún tiempo apoyada en la chimenea, abatida, desesperada.

El día iba declinando.

En la penumbra, un papel doblado que se destacaba sobre el peluche verde de un almohadón, llamó su atención.

Tenía la seguridad de que no estaba cuando ella llegó. ¿Quién lo había colocado allí sin ser sentido?

Se inclinó, y vió escritas estas dos palabras:

«Para usted.»

Entonces no vaciló un momento, y desdoblado, leyó rápidamente lo que sigue:

«Me ocupo de su felicidad aunque á usted le pese.

»Está usted prisionera, y no saldrá de la prisión hasta el día en que ceda usted de buen grado á mi voluntad, advirtiéndola que estoy dispuesto á ser para usted el más generoso de los amigos.

»Todo lo que usted quiera, todo lo que pueda desear, por grandes que sean sus aspiraciones, podrá obtenerlo con una sola palabra.

»Hasta entonces no podrá usted salir de entre las paredes que la encierran. No podrá volver á ver á su hijo, que no es de

usted sólo, acuérdesse, y el mundo no existirá para usted.

»Reflexione usted y piense que la amo como nadie podrá amarla, que la ofrezco una felicidad que nadie podría ofrecerla.

»Por lo demás, nada tiene usted que temer.

»Ni su vida ni su reposo están en peligro.»

No había firma. ¿para qué?

Benedetta no podía abrigar dudas.

Se hundió en un ancho sillón blando y muelle, ocultó su rostro entre las manos, y se abismó en profundas reflexiones.

La desgraciada pasó así la noche entregada á sus pensamientos, sin querer probar ninguno de los succulentos manjares que misteriosamente colocaron en el comedor.

VI

El viajero

Al día siguiente, á las siete y media, en la calle del Circo, en la habitación donde Matilde había recibido á Jacobo Mosés, la joven terminaba un tocado de *soirée*, ayudada por una esbelta y hermosa muchacha que en todos los viajes de la señora de Dantenac ocupaba el lugar de la doncella, que quedaba en Lisboa, para mayor libertad de la señora.

La joven Estefanía era aquella morena

buen moza que Pedro Dantenac había visto la vispera en el fondo del patio, entretenida con los criados.

—La señora estará encantadora esta noche—decía Estefanía mientras sujetaba por la espalda las cintas de un elegante corpiño de baile, rosa y crema, á mil rayas, escandalosamente descotado, dejando al descubierto el nacimiento del pecho, perfumado y pulido como el marfil.

—Sin embargo, me parece que no está muy contenta.

Estefanía sujetó por fin las cintas y dió el último toque á una guirnalda de rosas de té destinadas á adornar la cintura de la hermosa Matilde.

Y como la señora no contestase nada, añadió:

—Cualquiera diría que ha recibido usted una mala noticia.

Matilde iba á responder, pero se vió sorprendida por un fuerte campanillazo que se oyó en el vestibulo.

Estefanía corrió á la puerta, la abrió y se encontró enfrente de un viajero lleno de polvo que se presentaba con una maleta en la mano.

—Caramba—dijo,—¡el señor Dantenac! E interiormente pensó:

—Ya pareció aquello, la mala noticia. ¡El marido!

Volvió en seguida al tocador gritando.

—Señora, es el señor.

El era en efecto.

Se precipitó á la habitación diciendo:

usted sólo, acuérdesese, y el mundo no existirá para usted.

»Reflexione usted y piense que la amo como nadie podrá amarla, que la ofrezco una felicidad que nadie podría ofrecerla.

»Por lo demás, nada tiene usted que temer.

»Ni su vida ni su reposo están en peligro.»

No había firma. ¿para qué?

Benedetta no podía abrigar dudas.

Se hundió en un ancho sillón blando y muelle, ocultó su rostro entre las manos, y se abismó en profundas reflexiones.

La desgraciada pasó así la noche entregada á sus pensamientos, sin querer probar ninguno de los succulentos manjares que misteriosamente colocaron en el comedor.

VI

El viajero

Al día siguiente, á las siete y media, en la calle del Circo, en la habitación donde Matilde había recibido á Jacobo Mosés, la joven terminaba un tocado de *soirée*, ayudada por una esbelta y hermosa muchacha que en todos los viajes de la señora de Dantenac ocupaba el lugar de la doncella, que quedaba en Lisboa, para mayor libertad de la señora.

La joven Estefanía era aquella morena

buena moza que Pedro Dantenac había visto la vispera en el fondo del patio, entretenida con los criados.

—La señora estará encantadora esta noche—decía Estefanía mientras sujetaba por la espalda las cintas de un elegante corpiño de baile, rosa y crema, á mil rayas, escandalosamente descotado, dejando al descubierto el nacimiento del pecho, perfumado y pulido como el marfil.

—Sin embargo, me parece que no está muy contenta.

Estefanía sujetó por fin las cintas y dió el último toque á una guirnalda de rosas de té destinadas á adornar la cintura de la hermosa Matilde.

Y como la señora no contestase nada, añadió:

—Cualquiera diría que ha recibido usted una mala noticia.

Matilde iba á responder, pero se vió sorprendida por un fuerte campanillazo que se oyó en el vestibulo.

Estefanía corrió á la puerta, la abrió y se encontró enfrente de un viajero lleno de polvo que se presentaba con una maleta en la mano.

—Caramba—dijo,—¡el señor Dantenac! E interiormente pensó:

—Ya pareció aquello, la mala noticia. ¡El marido!

Volvió en seguida al tocador gritando.

—Señora, es el señor.

El era en efecto.

Se precipitó á la habitación diciendo:

—No me esperabas, ¿verdad? Es una verdadera sorpresa.

—No, no lo creas. Estaba prevenida de tu llegada... He visto al barón... sé que te ha puesto un telegrama... Te esperábamos todavía antes.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Matilde no parecía triste ni alegre. Conservaba su aire indiferente, medio altanero, medio agradable.

—Apenas hace cuatro días que te he visto—decía Dantenac,—y ya se me figuraba que hacía largos años. He recibido, en efecto, un telegrama del barón Mosés—prosiguió;—pero por desgracia ha llegado con un día de retraso. De haber llegado antes me hubiera evitado el aburrimiento de tan largo viaje, que ha sido tan fatigoso haciéndolo solo, y tan agradable si lo hubiera hecho en tu compañía.

Pedro Dantenac había tenido que hacer un poderoso esfuerzo sobre sí mismo.

Poseía por completo toda su tranquilidad. Una verdadera satisfacción se pintaba en su rostro, en toda su persona.

—Yo no sabía—dijo—que causara tanta alegría encontrarse en París después de una ausencia de algunos meses. Ahora me hago cargo de tu aburrimiento allá en Lisboa, de tus deseos de venir.

La joven estaba dotada de una inteligencia penetrante; sin embargo, la engañó la serenidad de su marido.

¿Cómo desconfiar de un hombre cuyas

palabras se inspiraban todas en el amor, y parecía tan naturalmente satisfecho por el placer de encontrarse á su lado?

La conversación tomó después el curso ordinario.

—¿Y sabes para qué te llaman?—le preguntó Matilde.

—Ni siquiera lo sospecho.

—¿Si fuera para no marcharnos más!

—Me agradaría, pues que ese es tu deseo. ¿El barón no te ha dicho nada?

—Ni una palabra. Está muy preocupado. No le he visto más que un instante.

—¿Es por mí por quien te estás ataviando tan deliciosamente?

—Por tí... y por los demás—dijo la joven con un asomo de coquetería.

—Gracias—la dijo él sonriendo.

—¿Y nas traído buen viaje?

—Muy bueno. Sin embargo, largo y aburrido. Hubiera querido reunirme con el tren en que tú venías.

—¿Para qué?

—¿Pues para estar más tiempo contigo!

—¿Qué tonto!

—Harás muchas conquistas esta noche, Matilde!

Ella se encogió de hombros coquetamente.

—Tanto mejor—dijo.

—¿Deseas agradar?

—Búscame una mujer que no lo desee.

—¿A quién?

—¡Ese es mi secreto!

—Pero...

—A tí, quizás. ¿Vendrás á cenar con nosotros?

—¿Dónde?

—En casa del barón.

—¿A qué hora?

—Pues á la hora de siempre; á las ocho.

—¿No me esperan?

—Sí.

—Sin embargo, me excusarás... Acabo de llegar y tengo que hacer algunos preparativos... Iré á eso de las diez.

—Como gustes.

La joven había terminado su tocado. Era una suprema manifestación de belleza y elegancia.

Los brillantes daban extraño realce á aquella hermosura morena y verdaderamente completa. Un collar de perlas se arrollaba, como una serpiente, á las líneas firmes y puras de su cuello. Sus ojos, húmedos, brillaban en aquel rostro de judía afrancesada, mitad parisién, mitad oriental. Había una gracia suprema en toda su persona: esbelta, ondulante y con una seducción infinita.

—Es la hora—hizo notar Estefanía, que iba discretamente de la sala al tocador, afectando no enterarse de las palabras de los dos esposos, y en realidad sin perder una sílaba de la conversación—La señora va á dejar perder el efecto de su presentación.

—¿Esta esperando el coche?

—Desde hace un cuarto de hora.

Matilde concluyó de ponerse los guantes, unos guantes interminables que la llegaban más arriba del codo, y colocándose delante de su marido, le dijo:

—Pues bien, he terminado. ¿Cómo me encuentras?

El estaba sentado en un silloncito bajo.

Se mordió los labios, tratando de contenerse; la contempló medio minuto con los ojos llenos de amor, y contestó suspirando:

—Deliciosa, demasiado bella, cien veces demasiado. Soy excesivamente rico, y tengo mucho miedo á los ladrones.

Ella replicó, volviéndole la espalda:

—¡Miedoso! Hasta luego.

—Hasta luego. No dejes de anunciarme, te lo suplico.

La joven se retiró seguida de Estefanía, que al marcharse le lanzó una mirada de compasión, en la que se notaba un principio de desdén.

Evidentemente Estefanía debía estar al corriente de ciertas cosas, y Pedro Dantenac la inspiraba la compasión que se siente por las gentes demasiado fáciles de engañar.

Dantenac lo comprendió; pero no se dió por entendido.

Prestó atención; á poco oyó el ruido que producía el carruaje al alejarse hacia la avenida Gabriel, y entonces su rostro cambió de expresión.

De alegre y satisfecho, pasó á ser amenazador y sombrío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

1925

1925 MONTERREY, MEXICO

Fijó sus ojos, que se habían vuelto de color de acero, como cambia el azul del cielo antes de la tempestad, en el diván sobre el que Jacobo y Matilde habían estado sentados la víspera, y se dijo:

—¡Aquí es donde los he visto juntos!... Se aman... Ella es suya, y yo... ¿qué soy? ¡Soy objeto de burla, de mofa, de escarnio!...

Entonces se acordó de la ironía muda de Estefanía.

—Los criados lo saben. Se burlan de mí. Sin duda dicen: «Está bien pagado para callarse.»

Al quedarse solo, Pedro Dantenac paseó nerviosamente por aquellas habitaciones, testigos de la traición de Matilde, á la que había profesado una adoración sin límites, maldiciendo al ídolo que había caído del pedestal.

Buscó por todas partes con furor las pruebas de su falsedad, de su amor criminal, y las encontró sin trabajo.

Matilde no había tomado la precaución de hacerlas desaparecer.

¿Y por qué había de hacerlo?

¿No tenía una excusa siempre dispuesto en los favores que debía á los Mosés en su intimidad, y en el agradecimiento que debía á sus bienhechores?

En el gabinete, en la misma alcoba había muchos retratos de Jacobo Mosés, y en un cajón encontró una admirable fotografía del niño de Plessis-Mortcerf, que Dantenac había tenido ocasión de ver

aquella misma mañana en una excursión que con ese solo objeto había hecho, acompañado de Marieta.

Cartas no encontró ninguna.

Matilde tenía demasiado talento para conservarlas.

Por lo demás, Pedro Dantenac no tenía necesidad de ellas. Sabía demasiado.

¿Qué le importaba un testimonio de más ó de menos?

A las diez, cuando bajaba vestido de frac, con corbata blanca, peripuesto como un mozalbete, con el abrigo sobre el brazo, el bastón en la mano y el cigarro en los labios, Estefanía estaba en el portal de la casa.

La joven no pudo evitar una sonrisa.

Seguramente en aquel momento la parecía muy bien, con su elegante apostura y su cuerpo de atleta.

El la saludó cariñosamente al pasar.

El ayuda de cámara del barón Mosés, Próspero Lagrippe, que ocupaba una habitación en la casa, se acercó á la muchacha, que le dijo, señalando al marido de Matilde que se alejaba tranquilamente á pie:

—¡Es todo lo que se llama un buen mozo!

—¿Le gusta á usted?

—Ya lo creo.

—Pues bien, eso no es obstáculo para...

Estefanía impuso silencio al murmurador.

—¿Usted qué sabe?—le dijo.

—¡Bah! Estoy bien enterado de todo... El lo toma con mucha calma. Tiene dinero, que es lo esencial... Ya me pondría yo en su lugar.

El ayuda de cámara no desmerecía nada en concepto de Estefania por esta franqueza.

Si Pedro Dantenac hubiera oído aquella conversación, hubiera quizá destrozado á aquel miserable de un puñetazo, pero no hubiera aprendido nada nuevo.

Desde la sorpresa de la víspera había comprendido todos los aspectos de la situación.

Era desesperada.

Su amor y su reputación parecían en aquel desastre.

El mundo, acostumbrado á las bochorrosas transacciones de estos tiempos de decadencia, al infame culto del becerro de oro, no podía mirarle más que como un marido complaciente pagado con un sueldo enorme, como tantos otros.

Una espantosa cólera se apoderaba de él, al pensar la facilidad con que había caído en el dorado lazo que con tanta habilidad le habían tendido.

Acariciaba en su cerebro los más feroces proyectos, y con la astucia del cazador y la constancia del campesino, que había en él, se preguntaba el medio de ponerlos en ejecución.

A las diez y media, cuando entró en el hotel Mosés, había tranquilizado por

completo su rostro, dando así una prueba de su poderosa fuerza de voluntad, y tenía todo el aspecto de un hombre dichoso.

La voz del criado que anunciada: «El señor Dantenac», se perdió en la inmensidad del recinto, en medio del tumulto de las conversaciones.

El joven atravesó entre la multitud, dirigiéndose directamente al viejo barón, que hablaba en un rincón con el marqués de Causседé, y se inclinó delante de él.

—¡Ah, por fin ha llegado usted!—dijo el banquero.—¿Cuándo ha recibido usted mi despacho?

—El viernes por la mañana, señor barón.

—Pues le mandé el jueves.

—Sin duda se ha retrasado, y, además, en España andan los trenes á paso de carreta.

—Bien. ¿De manera que desde cuándo está usted aquí?

—Desde las seis, señor barón.

—Más vale tarde que nunca.

Al oír esto, Causседé miró fijamente á Pedro Dantenac, que no pudo impedir que le subieran los colores á la cara.

El viejo Mosés continuó:

—¿Y el negocio, cómo anda?

—Está dispuesto para concluir.

—Pues es necesario acabar.

—Es muy fácil.

—Nuestros adversarios empiezan á moverse... Se trata de suplantarnos... ¿El

ministro, acepta nuestras condiciones?

—Absolutamente todas.

—¿Entonces, por qué vacila usted tanto antes de firmarlo?

—Porque deseaba ver á usted.

—¿Para qué?

—Para decirle que será dinero perdido.

—¿Perdido por quién?

—Por los suscritores.

—¿Está usted encargado de cuidar por sus intereses?

—Es materialmente imposible que Portugal pague...

—Eso es cuenta suya... La nuestra es cobrar la comisión.

—La pérdida será enorme.

—¿Y eso, qué nos importa?... Peor para los otros.

Y al ver que Pedro Dantenac se mordía sus bigotes rubios sin saber qué decir, el barón añadió brutalmente:

—Querido mio, en el mundo de los negocios hay dos clases de seres: los que devoran y los que son devorados. Creía que había en usted más talento y más decisión. ¿Me habré equivocado? Esos escrúpulos me asombran. Si insiste usted en ellos, dígalo, pues pronto le reemplazaré. Esto no puede decirse por escrito y es la razón por la que quería ver á usted... Decidase pronto.

El acento del banquero era incisivo y cortante como un cuchillo.

Pedro Dantenac pensó un momento antes de contestar.

Acababa de distinguir á Matilde, que se paseaba entre la multitud del brazo de Jacobo Mosés.

El barón vió que sus ojos se fijaban en la joven.

—Con esos prejuicios—replicó—no se gana el dinero fácilmente; se puede ser un empleado modesto y no casarse con una joven que necesita coches, un hotel, vestidos de Felix ó Wort y collares de perlas que cuestan cien mil escudos... ¿No es cierto?

Pedro Dantenac dijo friamente:

—Tiene usted mucha razón, señor barón.

—¿De modo que estamos conformes?

—Sin duda alguna.

—¿No vacilará usted?

—Nunca, ¿qué debo hacer?

—Siento tener que decírselo á usted.

Hay que volver á Lisboa inmediatamente.

—Estoy á sus órdenes.

—No lo olvide usted; corre mucha prisa.

—Perfectamente, me marcharé mañana mismo, ¿y después?

—En cuanto llegue usted á Lisboa, no hay que hacer más que firmar el convenio y ultimar el asunto... Quinientos mil francos para usted de comisión... Le he prometido la fortuna, y se la doy. ¿No es verdad, Dantenac?

—Es cierto, señor barón.

El marqués de Causstedé que se había separado un momento, se aproximó.

—Si no molesto...—dijo alegremente.

—Usted, nunca, amigo mío—dijo el banquero;— ya hemos terminado, y además, ¿no es usted de la familia?

Y añadió dirigiéndose á Dantenac:

—Conque... ¿es cosa convenida?

—Sí, señor.

—¿Se marchará usted mañana?

—Mañana.

El viejo Mosés no tenía costumbre de perder el tiempo con sus empleados.

Sus órdenes eran breves, absolutas.

Se alejó, dirigiendo un amistoso saludo á su protegido.

Pedro Dantenac quedó solo con el marqués de Caussédé.

El marqués le abordó resueltamente.

—¿Sabe usted, amigo mío—dijo,— que he estado á punto de descubrirle hace un momento?

—¿A mí?—dijo Dantenac sobresaltado.

—Sí, á fé mía, y por cierto que hubiera sido involuntariamente.

—¿Pero, cómo?

—Verá usted. Acabo de oírle decir que ha llegado á París esta misma tarde.

—En efecto.

—Sin embargo, hace más de veinticuatro horas que está usted aquí.

—Pero usted sabe...

—Estoy completamente seguro... le he visto á usted el domingo á las seis?

—¿Dónde?

—En la calle del Circo; salía usted de su casa con una joven que yo conozco.

—¿Marieta Soubére!

—Así se llama. La llevó usted luego hacia los Campos Elíseos.

—Es cierto.

—¿Ve usted como estoy bien informado?

—Señor marqués—dijo Pedro Dantenac muy turbado;—usted ha sido siempre un amigo para nosotros... al menos así lo he creído.

—Y lo soy ahora más que nunca.

—Creo que puedo contar con su discreción.

—Seguramente.

—Pues venga usted. Voy á decirselo todo.

Pasaron á la maravillosa galería acristalada que servía de prolongación al salón y allí, completamente solos, pudieron hablar con libertad.

Dantenac refirió al marqués en pocas palabras, de una manera concisa y clara, la tremenda infamia que había tenido ocasión de presenciar, su desesperación, su dolor, su sed de venganza, y en seguida le dijo cómo había encontrado á Marieta y la misteriosa desaparición de su hermana, de aquella desventurada Benedetto.

Caussédé se mordía los labios asombrado.

Se proponía averiguar el paradero de la joven; pero aquello no era cosa del momento, como el drama que se estaba preparando por la imprudencia de Jacobo Mosés.

Aquel marido ofendido, aquel hombre desesperado, representaba la venganza que al fin llegaba sin que él hubiera tenido necesidad de descender á una baja acusación.

¡Todo lo había hecho la falta de previsión de los amantes!

Causedé triunfaba.

Le era necesario, ante todo, ganar la amistad de Pedro Dantenac, alejar las desconfianzas que pudiera abrigar después de esta conversación.

—Confidencia por confidencia—le dijo, fijando sus ojos francos y limpios en el marido de Matilde,—yo los odio, los detesto más que usted... Es una historia muy antigua. Bástele á usted saber que hace muchos años que les finjo cordial amistad y no hago más que preparar mi venganza. Con los poderosos no puede obrarse de otro modo. Tienen demasiados medios de defensa y pueden suprimir á su enemigo si les estorba. Le aconsejo á usted que se guarde muy bien si se pone á luchar con ellos... Yo soy su mayor enemigo y espero la hora de la justicia.

—¡Pronto llegará!—dijo en voz baja Pedro Dantenac.

—Y, sin embargo, usted se vuelve á Lisboa—dijo Causedé.

—¿Qué he de hacer, si es esa la orden? La respuesta parecía terminante; pero el tono con que fué dicha era tan amargo, que el marqués no abrigó ninguna duda.

—Se queda—pensó.

Los dos hombres se separaron.

—Si necesita usted de mí—dijo Causedé,—ya sabe dónde estoy. Dentro de pocos días podré decir á usted el paradero de Benedetta.

Dantenac se retiró diciendo:

—Cuento con su palabra.

—Adiós.

Pedro Dantenac cruzó entre la multitud, y al punto se vió rodeado por los miembros del sindicato expoliador, que le abrumaron á preguntas sobre su falta de decisión.

A duras penas pudo verse libre de ellos.

En aquel momento, Pedro Dantenac no se ocupaba de los barones exóticos, ni de Lisboa, ni del proyectado empréstito, ni de cantidades, ni de dinero.

Por una casualidad fácil de comprender se encontró apoyado en el umbral de una puerta, como estaba en Plessis-Mortcerf la noche que el barón Mosés le señaló á su futura abandonada en los brazos de Jacobo.

Volvió á verlos como aquella noche, juntos, sin preocuparse para nada de la multitud que los rodeaba, extasiados en la dulce candencia del vals, cuyas frases amorosas les recordaban el pasado.

Matilde se inclinaba sobre el hombro de su amante, y se hubiera creído que él rozaba con sus labios atrevidos los hermosos cabellos negros de la joven.

Pedro Dantenac se clavó las uñas en

los brazos, cruzados delante del pecho. Una explosión de odio implacable le señaló terminantemente su conducta.

Sin duda Matilde le distinguió, porque se incorporó vivamente, y como el vals terminaba, abandonó á su pareja y se fué á él diciéndole:

—Dame el brazo... tengo que hablar contigo.

La joven no manifestaba ninguna torpeza. Estaba tan tranquila como si tuviera completamente limpia la conciencia.

—¿Sabes lo que me han dicho?— dijo apoyándose en su brazo con tanta libertad como lo hacía un momento antes con Jacobo Mosés.

—No en verdad— contestó Pedro fingiendo completa ignorancia.

—Que el barón te vuelve á facturar para Lisboa sin contemplación ninguna.

—Es exacto.

—Me parece que te trata con poco cumplido.

—¿Te parece á tí?

—¿No es también esa tu opinión?

Dantenac hizo un gesto de resignación.

—Yo—contestó,—no tengo derecho á quejarme... debo obedecer... soy un simple empleado.

—¿De manera, que te sometes?

—¡Y qué he de hacer!

—¿Piensas llevarme contigo?

La joven levantaba la cabeza y sonreía coquetamente, con la cara muy cerca de la de su marido, enseñándole sus lindos

dientes, más blancos que las perlas que adornaban su cuello, un espléndido regalo del barón Mosés.

Su justillo muy abierto, sus cabellos rizados, su mano apoyada en el hombro de su marido, todo su ser exhalaba un suave olor que embriagaba.

Dantenac se vió acometido de un furioso deseo de estrecharla en un supremo transporte de amor y de rabia.

Pero se contuvo.

—Ese sería mi mayor deseo—dijo con voz temblorosa;—pero no puedo imponerte semejante suplicio. Me consta lo mucho que te gusta estar en París.

—¿Y tú?

—Yo... casi no me atrevo á manifestar mis aspiraciones... Nuestros gustos son muy diferentes... Yo quisiera llevarte conmigo á los Pirineos... restaurar la antigua casa de los Dantenac, y poder vivir sin otra ocupación que amarte, adorarte de rodillas.

—No te falta imaginación... Sería chistoso eso que dices.

—Bueno, burlate si quieres; yo no hago más que contarte mis sueños.

—Pues bien, amiguito, hay que dejarse de sueños. Vivimos en un tiempo en que dominan otras ideas, otras costumbres. Cuando se está acostumbrado al mundo, no hay medio de pasarse sin él; el que ha vivido en París no puede acostumbrarse á estar en ningún otro sitio... Déjame aquí algunos días... yo hablaré al barón

Isaac, le diré que deseo que nos tenga en París, que te coloque en las oficinas de la calle Drouot... Ya sé bastante de Lisboa y de los portugueses, y quiero mi París, bien entendido que lo quiero para ti también; ¡para los dos!

Y añadió con gracia exquisita:

— Confío en que el barón me atenderá, y esta será nuestra última separación... Dí, ¿no es ese tu deseo?

Estaba encantadora; era una inmensa caricia.

El la contemplaba con delirio, con una mezcla de amor y odio, casi con espanto.

Se preguntaba cómo había podido educarse en este arte supremo de la mentira, en aquella perfección del engaño y en aquellos refinamientos de la traición.

Y al ver que ella repetía suplicándole con un encanto indecible:

— ¿No es eso lo que tú deseas?

Ella contestó en el mismo tono:

— Ya sabes, mi querida Matilde, que yo no tengo más voluntad que la tuya.

La joven se levantó, estrechó su mano, le dió las gracias con una mirada llena de promesas, y al alejarse se perdió entre las parejas que se preparaban para una mazurka, cuyo prelude dejaba oír la orquesta.

Un momento después volvió á verla bailando con Jacobo Mosés, mientras Caussedé se paseaba del brazo de su prima Elena de Villedieu, que parecía estar muy tranquila, muy desdenosa.

El marqués la iba diciendo:

— Te he pedido un año de paciencia. Quizá no tengamos necesidad de él.

Pedro Dantenac, viendo á Jacobo Mosés con Matilde, comprendía sus palabras sin oírlas.

Matilde decía:

Mañana se marcha para Lisboa... estaremos libres... ¡Cuánto te amo!... ¿Vendrás?

VII

El ultimatum

Dos días después, á las nueve y media de la noche, una berlina pintada de negro se detenía en el boulevard d'Argenson, esquina á la avenida de Roule.

Un hombre descendió del carruaje envuelto en un largo gaban y con el sombrero inclinado sobre los ojos.

No tardó en llegar delante de la verja de la casa donde algunos días antes la honrada señora Piot había conducido pérfidamente á Benedetta para dejarla prisionera.

Oprimió el botón del timbre eléctrico, y al momento la verja se abrió, apareciendo el portero que había recibido á Benedetta, diciendo con su marcado acento alemán:

— ¡El señor barón!

Era, en efecto, el barón Mosés el que llegaba.

Isaac, le diré que deseo que nos tenga en París, que te coloque en las oficinas de la calle Drouot... Ya sé bastante de Lisboa y de los portugueses, y quiero mi París, bien entendido que lo quiero para ti también; ¡para los dos!

Y añadió con gracia exquisita:

— Confío en que el barón me atenderá, y esta será nuestra última separación... Dí, ¿no es ese tu deseo?

Estaba encantadora; era una inmensa caricia.

El la contemplaba con delirio, con una mezcla de amor y odio, casi con espanto.

Se preguntaba cómo había podido educarse en este arte supremo de la mentira, en aquella perfección del engaño y en aquellos refinamientos de la traición.

Y al ver que ella repetía suplicándole con un encanto indecible:

— ¿No es eso lo que tú deseas?

La contestó en el mismo tono:

— Ya sabes, mi querida Matilde, que yo no tengo más voluntad que la tuya.

La joven se levantó, estrechó su mano, le dió las gracias con una mirada llena de promesas, y al alejarse se perdió entre las parejas que se preparaban para una mazurka, cuyo prelude dejaba oír la orquesta.

Un momento después volvió á verla bailando con Jacobo Mosés, mientras Caussedé se paseaba del brazo de su prima Elena de Villedieu, que parecía estar muy tranquila, muy desdenosa.

El marqués la iba diciendo:

— Te he pedido un año de paciencia. Quizá no tengamos necesidad de él.

Pedro Dantenac, viendo á Jacobo Mosés con Matilde, comprendía sus palabras sin oírlas.

Matilde decía:

Mañana se marcha para Lisboa... estaremos libres... ¡Cuánto te amo!... ¿Vendrás?

VII

El ultimatum

Dos días después, á las nueve y media de la noche, una berlina pintada de negro se detenía en el boulevard d'Argenson, esquina á la avenida de Roule.

Un hombre descendió del carruaje envuelto en un largo gaban y con el sombrero inclinado sobre los ojos.

No tardó en llegar delante de la verja de la casa donde algunos días antes la honrada señora Piot había conducido pérfidamente á Benedetta para dejarla prisionera.

Oprimió el botón del timbre eléctrico, y al momento la verja se abrió, apareciendo el portero que había recibido á Benedetta, diciendo con su marcado acento alemán:

— ¡El señor barón!

Era, en efecto, el barón Mosés el que llegaba.

Cuando llegó al edificio, el portero se retiró, reemplazándole una criada negra, de edad avanzada.

—¿Cómo está? — preguntó brevemente el barón mientras subía la escalera.

—Muy abatida.

—¿Qué hace?

—Pasa los días y las noches sin cambiar de postura. Nunca he visto una mujer que se la parezca.

—¡Demonio!

—Se diría que quiere dejarse morir de hambre.

—¡Ah!

—Debe tener una voluntad de hierro.

Al llegar al primer piso el barón dijo con dureza:

—Déjanos y no te alejes... vendrás si te llamó.

La negra se inclinó hasta el suelo.

El viejo Mosés abrió una puerta estrecha y baja que cerró detrás de él.

Se encontraba en el salón donde Benedetta había sido introducida por la señora Piot.

Aquel salón estaba alumbrado por dos lámparas eléctricas que no bastaban á disipar las tinieblas.

Por el pronto el viejo Mosés no vió nada.

Prestó atención.

Tampoco se oía ningun ruido.

Poco á poco se fué acostumbrando á aquellas tinieblas y distinguió una mujer arrebujada, por decirlo así, sobre un di-

van, vestida de negro y medio cubierta por una colcha ó edredón rojo y amarillo.

Aquella mujer parecía dormir, porque no hizo el menor movimiento al aproximarse á ella el viejo Mosés.

El banquero se sentó en un diván inmediato y la contempló un momento con atención.

Era Benedetta, pero ya otra vez en aquel estado de debilidad que tanto había impresionado á Caussedè cuando la vió, primero en la calle Demours y luego en su boardilla de la calle de Lamartine.

Sus cabellos estaban en desorden; su rostro pálido; sus ojos cerrados, con grandes ojeras bajo los párpados; una de sus manos, casi diáfana, caía fuera del diván.

El barón se inclinó, se puso de rodillas y cogiendo aquella mano la llevó á sus labios.

Benedetta se incorporó sobresaltada y lanzó un grito de espanto.

Después separó los cabellos que la caían sobre la frente y trató de darse cuenta de la situación.

A la vista del barón, arrodillado, grotesco y suplicante, una expresión de repugnancia y odio se pintó en su rostro.

—¡Todavía usted! — exclamó. — ¡Usted siempre!...

Y ligera como un cervatillo asustado, se echó fuera del diván y colocó entre ella y el barón un velador que encontró á mano.

—¿Quiere usted huir?—dijo él encogiéndose despreciativamente de hombros.

—¿Ignora usted que todo será en vano?

Se levantó, se acercó á la mesa detrás de la que Benedetta se había refugiado, y sentándose cómodamente en un sillón de ancho y cuadrado respaldo, dijo:

—Ya debe usted saber que nada se me escapa, querida niña; usted es la mejor prueba de ello.

—Por mi desgracia—murmuró la joven.

—Con el oro se puede todo—prosiguió el banquero;—matar á un hombre ó coger una mujer. Todo es cuestión de precio. Y á mí, ¿qué me importa la cantidad? Reflexiónelo usted. Resistiéndoseme hace usted una tontería. Hablemos tranquilamente y sin cólera. ¿Qué ha hecho usted desde que está aquí?

—¿Llorar, señor! he llorado tanto, que ya no tengo lágrimas en los ojos.

—Sin embargo, la prisión es bonita. Creo que no la habrán faltado atenciones.

—No me quejo de nadie más que de usted; los demás son esclavos que no hacen más que obedecer.

—¿Qué espera usted del porvenir?

—Espero en la justicia de Dios, ya que no pueda confiar en la de los hombres.

—¿A qué prolongar una lucha inútil? ¿No sería mejor que se convenciera usted de la razón?

—La razón me dice que sería muy cobarde, y me deshonraría á mis propios

ojos, aceptando lo que usted me propone...

—Yo pensaba que dos ó tres días de reflexiones y de soledad hubieran bastado para que usted pensase de otro modo...

¿De manera que sigue usted queriendo la guerra?

—Usted es el que la hace.

—Está usted vencida de antemano; lo puede comprender.

—Quizá, porque es la lucha de la debilidad contra la fuerza, de la miseria contra la riqueza, de un poderoso contra una desventurada mujer que nada puede.

—¿Pues entonces?

—Todavía me queda un recurso...

—¿Cuál?

—El de morir.

—¿Y eso es tan fácil?

La joven se incorporó cuan alta era, diciendo:

—¿Cree usted que me falta valor? Yo misma tengo miedo de mi decisión. Hace algunos días, cuando me ha traído usted aquí engañada por esa odiosa mujer, empezaba á tener ánimos, á cobrar esperanzas, tratando de olvidar mi pasado; ahora usted me ha hecho caer más bajo que nunca.

Bajó la voz y se pudieron observar en su rostro angelical los primeros síntomas de la locura.

—En esta prisión donde usted me tiene, tengo miedo de todo: de la soledad, del silencio, de esa negra que viene á mí, sin

saber de dónde, para desaparecer del mismo modo. No me atrevo á tocar á nada, pues en todas partes veo venenos destinados á dormirme, á narcotizarme. Si al menos pudiera morir, me vería libre de esta vida insostenible; pero estoy reducida á dejarme perecer de hambre en medio de la abundancia que me rodea, en medio de las tentaciones que me asaltan. ¡Puede usted estar orgulloso de haber inventado este nuevo martirio!...

Se sujetó el pecho con las manos, como conteniendo un dolor agudo, y bruscamente se echó á reír con risa nerviosa, risa insensata, que heló de e panto al mismo barón.

—Será una noticia curiosa, una historia siniestra, que correrá por París, por ese París donde es usted tan adulado y envidiado y donde se dirá: ¿Conoce usted al barón Mosés, ese hombre tan poderoso, tan rico?... Pues bien; se ha encontrado una muchacha muerta en una prisión donde la tenía encerrada, una casa de placer donde celebraba sus orgías... Y lo más extraño del caso es que ha muerto de hambre... ¿No es verdad que será muy extraño, señor barón?

Su voz iba siendo más débil.

El viejo Mosés no podía dudar de su sinceridad y la contemplaba con asombro.

Había en aquel ser una resistencia nunca vista, una increíble energía moral.

Rabastoul y Barrousse, sus viejos ami-

gos de Marignac, hubieran estado orgullosos de ella, encontrando bajo aquella envuelta delicada, en aquel cuerpo tan frágil, el alma y el corazón del capitán Soubère, aquel tipo del soldado leal incapaz de transigir con el enemigo.

Peró sus fuerzas no estaban á la altura de su valor.

Dió algunos pasos atrás, y vacilante, próxima á desfallecer, se vió obligada á apoyarse en la pared.

El barón se adelantó para sostenerla.

Sus manos rodearon el talle de Benedetta.

Aquello fué una descarga eléctrica que los galvanizó á los dos.

La joven, con un vigor que no se la podía suponer, rechazó á su agresor, y, volviendo á colocar la mesa entre los dos, á modo de parapeto, sacó del bolsillo un pequeño puñal de hoja fuerte, triangular y afilada como una daga, con un puño de marfil primorosamente trabajado.

—Todavía tengo fuerza para matarme —dijo;— siempre se olvida alguna cosa; los criados han dejado esto al alcance de mi mano.

Miró al viejo Mosés con desprecio indecible.

—Si da usted un paso—le dijo—me lo clavo. No quiero ser suya por segunda vez. Yo no amenazo; pero debe usted comprender la inutilidad de sus esfuerzos y la realidad de los sentimientos que me inspira, pues que prefiero morir á entre-

garme. ¡Aprecio la vida en muy poco, y usted ha conseguido que sea un suplicio para mí!... Sin embargo, ya nada temo. ¡Tengo en la mano la salvación!

Con la cabeza levantada, una mano apoyada en la mesa y la mirada fija, parecía desafiar al barón.

Este la contestó con una voz que sonaba como un rugido:

—¡Conque me desafías! ¿Quieres luchar? ¡Me odias! Ni súplicas, ni amenazas; nada es bastante para convencerte. Bien; ya veremos quién triunfa. Tú cederás ó morirás. Por de pronto no pienses en salir de aquí. ¡Has caído en buenas manos! Las paredes son fuertes y los guardas, fieles. Si mandara á alguno que te estrangulase, no vacilarían; el Sena está cerca; pero no tengo necesidad de eso. Verás. Si dentro de tres días no te has decidido, si no eres mía voluntariamente... ese hijo que tanto quieres... tú lo has dicho... ese hijo que pensabas sostener á fuerza de tu trabajo, te lo quitaré.

—¡Usted!

—Sí, yo, el barón Isaac Mosés.

—No puede usted hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no sabe usted dónde está.

—¿Lo crees así?

La joven se puso á temblar convulsivamente.

El viejo barón se encogió de hombros.

—¿Dónde está?—prosiguió.—Verás có-

mo te lo digo. Está en una pobre casa de los arrabales de París, en las Clayes. ¿Verdad?

Benedetta no contestó. Estaba aterrada. Su abatimiento fué tan visible, que el barón tuvo un principio de compasión.

—Ya lo ves—prosiguió;—entre nosotros la lucha es desigual. Harías mejor en ceder...

—No... cometer ese nuevo crimen, arrebatarme ese pequeño ser, que es el único bien que poseo... ¡eso no lo hará usted!

—El derecho mío, como padre, es igual al tuyo.

—¡Miente usted! Ese hijo es mío, le he pagado con innumerables dolores, le he comprado al precio de mi vergüenza, de mis lágrimas, de la felicidad de toda mi vida.

—¡Qué me importa!

La joven se iba debilitando por momentos. Su voz era tan apagada, que costaba gran trabajo oirla. Estaba espantada del poder de aquel hombre, que lo sabía todo.

El barón continuó con más dulzura:

—Si yo me quedo con él, será por su dicha. ¿Qué podrías tú hacer de él? ¿No lo comprendes? Un desgraciado. ¿Tú crees que si tuviera razón vacilaría entre su madre, una pobre mujer sin amparo y sin recursos, y el barón Mosés? ¡Entre la riqueza y la miseria! ¡Entre la fuerza y la debilidad! ¡Pardiez; de buena gana le pondría por juez entre nosotros.

La joven cayó desplomada sobre una

silla, sin fuerzas, trastornada, medio vencida.

—¡Ah!—murmuró— decididamente, es usted muy infame al emplear semejantes medios contra una mujer que ningún mal le ha hecho. Pero tiene usted razón... con su inmenso poder puede aplastarme cuando quiera. Pues bien, déjeme usted reflexionar... ¡Tres días dice usted! Dentro de tres días le contestaré; pero prométame usted dejarme tranquila y no volver á verme en ese tiempo.

El se acercó con la sonrisa en los labios, seguro de la victoria.

—¡Como tú quieras!... Sí, te concedo los tres días. ¿Pero para qué tienes necesidad de ese plazo? Es la fortuna lo que te ofrezco... Tu eres hermosa y yo... ¡te amo!

—¡Espere usted!... ¡Tres días!... ¿Es mucho?

—¡Benedetta!...

—Hoy me es imposible decir á usted otra cosa... ¡Déjeme!... Ya reflexionaré.

El barón permaneció inmóvil, con los brazos cruzados, admirándola y comprendiendo que su pensamiento estaba fijo en aquella casa de las Clayes, donde dormía su hijo, aquel hijo por el cual se sometía. De pronto se volvió.

La negra, sin hacer ruido, lijera como un fantasma, se había llegado hasta él y le tocaba en el hombro.

—¿Qué pasa?—la preguntó en inglés.

—Que tiene usted el carruaje en la puerta.

—¿Quién le envía?

—No lo sé;... pero han preguntado por usted.

—¿Y qué quieren?

—Lo ignoro.

El barón añadió dirigiéndose á Benedetta:

—Adiós, y hasta muy pronto.

—¿Dentro de tres días?

—Reflexionarás, ¿verdad?

La joven inclinó la cabeza.

El banquero se retiró.

Cuando la negra se aproximó á ella, Benedetta la miró con esa mirada incierta y recelosa que emplean los seres débiles, acometidos de un principio de delirio, víctimas de esa espantosa enfermedad que sufren las personas cuya tortura ha sobrepasado los límites de su resistencia física, el delirio de la persecución.

La negra estaba enternecida y la dijo con voz cariñosa:

—No tema usted nada de mí. Soy una esclava y obedezco al dueño, pero no quiero hacerla mal. Mientras yo esté aquí no tenga usted miedo.

Y más dulcemente todavía la cogió de la mano, la llevó hasta el espléndido comedor, y sacando de uno de los aparadores una botella de vino, de color de topacio, llenó con ella dos vasos, de los que uno le vació de un trago, y otro se lo ofreció á la desgraciada, diciéndala:

—Yo no estaba lejos... lo he oído todo...

usted quiere morir... ¡Qué desgracia, siendo tan joven y tan hermosa! Beba usted sin temor, yo no quiero verla sufrir; quiero que usted viva... ¡Tenga confianza en mí!

Sus ojos se encontraron.

Benedetta vió reflejada en los ojos de la negra, la piedad, casi la ternura.

Se veía toda una revelación en aquella mirada, una historia sombría de joven arrancada de su familia, con su hijo quizá, arrastrada hasta un mercado, vendida lejos de los suyos y de todo lo que amaba.

Benedetta, animada por aquella dulce mirada, tendió la mano á la pobre criatura, su carcelera, tomó el vaso de vino que la ofrecía y le bebió ávidamente.

La joven pensaba:

—Esta mujer tiene razón... yo no puedo morir... ¡Tengo un hijo! Si yo faltara, ¿quién le defendería?

VIII

Marido y amante.

Para explicar los acontecimientos que siguen, tenemos que volver atrás algunas horas.

Pedro Dantenac, después de su conversación con Matilde, en el hotel Mosés, había pasado la noche en claro; una noche de fiebre y de lucha consigo mismo y con las ideas de odio y represalias que se amontonaban en su cerebro turbado.

Aquella comedia que había representado le costaba un esfuerzo sobrehumano, pues su franqueza y lealtad repugnaban á tanta superchería; pero triunfó de sus nervios, y pudo guardar en el fondo de su alma la rabia y la indignación de que estaba poseído.

Matilde, por su parte, se mostró cariñosa y amable, á fin de adormecerle en la falsa seguridad en que aun le creía.

Al día siguiente, por la mañana, él se ocupó de los preparativos de su precipitado viaje; fué á recibir las órdenes del viejo Mosés, y, por último, á las seis y media, se dirigió á la estación de Orleans, donde le despidió aquella encantadora Matilde que había ido á acompañarle, sin duda para tener la completa seguridad de su partida.

Esa es la eterna precaución que toman los adúlteros.

Pero aquella vez los amantes no podían prever la intención del marido.

La orden del viejo Mosés era terminante.

¿Quién hubiera podido dudar de su cumplimiento?

Se trataba de un negocio enorme tan urgente como gigantesco.

Era indispensable la marcha de Pedro Dantenac, y el barón Mosés no toleraba que se discutieran sus órdenes.

Por otra parte, Matilde creía poseer la confianza ciega, absoluta, de aquel hombre que la idolatraba.

usted quiere morir... ¡Qué desgracia, siendo tan joven y tan hermosa! Beba usted sin temor, yo no quiero verla sufrir; quiero que usted viva... ¡Tenga confianza en mí!

Sus ojos se encontraron.

Benedetta vió reflejada en los ojos de la negra, la piedad, casi la ternura.

Se veía toda una revelación en aquella mirada, una historia sombría de joven arrancada de su familia, con su hijo quizá, arrastrada hasta un mercado, vendida lejos de los suyos y de todo lo que amaba.

Benedetta, animada por aquella dulce mirada, tendió la mano á la pobre criatura, su carcelera, tomó el vaso de vino que la ofrecía y le bebió ávidamente.

La joven pensaba:

—Esta mujer tiene razón... yo no puedo morir... ¡Tengo un hijo! Si yo faltara, ¿quién le defendería?

VIII

Marido y amante.

Para explicar los acontecimientos que siguen, tenemos que volver atrás algunas horas.

Pedro Dantenac, después de su conversación con Matilde, en el hotel Mosés, había pasado la noche en claro; una noche de fiebre y de lucha consigo mismo y con las ideas de odio y represalias que se amontonaban en su cerebro turbado.

Aquella comedia que había representado le costaba un esfuerzo sobrehumano, pues su franqueza y lealtad repugnaban á tanta superchería; pero triunfó de sus nervios, y pudo guardar en el fondo de su alma la rabia y la indignación de que estaba poseído.

Matilde, por su parte, se mostró cariñosa y amable, á fin de adormecerle en la falsa seguridad en que aun le creía.

Al día siguiente, por la mañana, él se ocupó de los preparativos de su precipitado viaje; fué á recibir las órdenes del viejo Mosés, y, por último, á las seis y media, se dirigió á la estación de Orleans, donde le despidió aquella encantadora Matilde que había ido á acompañarle, sin duda para tener la completa seguridad de su partida.

Esa es la eterna precaución que toman los adúlteros.

Pero aquella vez los amantes no podían prever la intención del marido.

La orden del viejo Mosés era terminante.

¿Quién hubiera podido dudar de su cumplimiento?

Se trataba de un negocio enorme tan urgente como gigantesco.

Era indispensable la marcha de Pedro Dantenac, y el barón Mosés no toleraba que se discutieran sus órdenes.

Por otra parte, Matilde creía poseer la confianza ciega, absoluta, de aquel hombre que la idolatraba.

Iba á estar muy pocos días en París y era natural que en el arrebato de su pasión quisiera aprovecharse de aquellas horas de libertad que podía disfrutar.

Al volver de la estación de Orleans, encantada de su libertad, se dirigió á su casa y eligió una de esas *toilettes* delirantes que pueden volver loco á un amante, y provocativa, deliciosa, hermosa con su belleza voluptuosa y juvenil, aumentada por las sutilezas y refinamientos del lujo parisien, se hizo conducir al mismo restaurant mundano donde Caussédé había conducido una vez á Benedetta, muerta de hambre.

Su amante la esperaba.

Pedro Dantenac, después de dejar á Matilde en la sala de espera de la estación y abrazarla con engañosa efusión de ternura, pudo, observándola con precaución, convencerse de que se alejaba en el carruaje que el barón ponía á su disposición durante sus breves permanencias en París.

Entonces, como viajero que cambia de pensamiento, salió á su vez de la estación y tomando un coche de alquiler, se dirigió al hotel Louvois, donde Marieta Soubére le esperaba.

Serian próximamente las siete y media de la tarde.

Se hubiera podido creer que algún genio misterioso le revelaba los proyectos de Matilde.

Veinte minutos después dejaba á Marie-

ta, pretextando un asunto urgente, para ir á emboscarse con su coche en la esquina de la calle del Circo y la avenida Gabriel.

Estaba resuelto á todo, y sin embargo, no llevaba encima arma alguna.

¿Para qué?

No premeditaba un asesinato, ni siquiera la venganza.

Lo que quería era sorprender á los culpables, ponerse con ellos frente á frente, y entonces, ¿qué haría?

Ni él mismo lo podía decir.

La calle del Circo es muy silenciosa; pasa muy poca gente, y los que en ella viven rara vez salen á pie.

Desde donde estaba veía los faroles alineados á lo largo de la acera hasta las calles del barrio de Saint-Honoré.

Delante de la puerta de Matilde, el carruaje que le había conducido hasta la estación estaba parado todavía.

¿Qué hacía Matilde?

¿Estaría sola?

Pedro Dantenac se vió acometido de un furioso deseo de subir á aquella casa y asegurarse de la presencia de Jacobo Mosés.

Pero se contuvo.

Tenía pocas probabilidades de acertar y temía comprometer el éxito.

Una vez prevenidos, sería imposible sorprender á los culpables.

Además; el marido que trata de sorprender á su mujer en flagrante delito,

no puede ser más que ridículo ó terrible. Hacía cuarenta y ocho horas que esperaba aquella ocasión, y no quería estropearlo todo en un momento.

Con la cabeza ardiendo, sin poder coordinar las ideas, con los nervios excitadísimos, Pedro Dantenac se resignó á tener paciencia.

Aquella paciencia no fué infructuosa.

Algunos momentos después, Matilde salía precipitadamente de su casa, subía al carruaje que la esperaba y se dirigía al trote largo por el barrio de Saint-Honoré.

El cochero debía saber á qué atenerse.

El carruaje del marido se puso en persecución del de la joven.

Afortunadamente, el caballo que conducía á Pedro Dantenac era una de esas bestias valientes que un fustazo hace estremecer, y que, á pesar de su aspecto miserable, conservan su vigor hasta exhalar el último aliento.

Allí principio, Pedro Dantenac creyó que Matilde se dirigía al hotel Mosés.

Pero el coche pasó sin detenerse delante de la monumental portada, con las iniciales del barón enlazadas debajo de una corona labrada en piedra, y continuó su camino hacia la calle Real.

Allí torció á la izquierda y se dirigió á los boulevares.

¿Dónde iba?

El marido no tardó en averiguarlo.

Cuando el alquilón que seguía al ca-

rruaje de Matilde, á cincuenta metros de distancia, estuvo á la altura de la calle Laffitte, Matilde acababa de detenerse en la esquina de esta calle y ganaba á pie los escalones que conducen á los gabinetes particulares del Dorado, mientras que el carruaje vacío pasaba al lado del coche, desde donde el marido presenciaba todos los detalles de esta escena, que le sumió en un profundo estupor.

El cochero de los Mosés, un inglés de rostro sanguíneo, adornado con cortas patillas, sonreía como diciendo:

—¡Buena escena se prepara!

El corazón de Pedro Dantenac le saltaba en el pecho.

No suponía en los culpables tanto atrevimiento y tal exceso de impudor.

Los mismos criados estaban al corriente de lo que pasaba. Matilde no tomaba ni las más elementales precauciones. No hacía misterio de su infamia, al contrario, parecía vanagloriarse de ella.

Entonces no fué solamente el amor de Dantenac el que se vió escarnecido y muerto, fué también su orgullo.

¿Cómo debían burlarse de él, despreciarle y escarnecerle!

¿Cómo debía reirse de él toda la canalla servidumbre!

¿Qué historia aquella para contada en las cocinas y en las porterías!

¡Aquel nombre de Dantenac, siempre tan honrado, cuántas rechiflas debía provocar entre la turba de lacayos, que le

creerian tan vil y tan miserable como ellos!

Poco á poco la cabeza del desgraciado se fué caldeando como el agua puesta en una marmita á un fuego muy vivo, que al principio hace subir algunas burbujas á la superficie y enseguida rompe á hervir ruidosamente.

Una idea fija se apoderó de su cerebro.

A algunos pasos de él, en el boulevard, resplandecían los escaparates de un bazar.

Era una exposición suntuosa de objetos de China y del Japón.

Entró y compró dos juguetes, dos cuchillitos parecidos á las facas catalanas; pero de menores dimensiones.

De nueve á diez, el coche de Dantenac permaneció firme en su puesto, mientras que el desgraciado marido no apartaba los ojos de la puerta por donde Matilde había desaparecido.

Por fin, un criado del restaurant que había salido apresuradamente á buscar un cupé de uno de los casinos inmediatos, abrió la puerta, con una solicitud que se guarda siempre para los parroquianos que saben dejarse el dinero.

Apareció Matilde inquieta, roja de placer, pero no iba sola.

La acompañaba un hombre alto, nervioso, moreno, á quien el criado saludó profundamente.

Era Jacobo Mosés.

Se instaló con su querida en el cupé y á

las diez y cuarto se bajaban en la puerta de la casa de Matilde.

Emboscado en su coche, Pedro Dantenac los vió como entraban tranquilamente en la casa, cerrándose la puerta tras ellos.

En aquel momento el marido bajaba á su vez de su alquilón.

Tenía necesidad de aire.

Su pecho se levantaba como el fuelle de una fragua.

¡Allí estaban!

¡Por fin!

Despidió al cochero, pagándole generosamente, vagó un instante bajo los árboles de la avenida con la mirada fija en aquella puerta, y de pronto, incapaz de contenerse por más tiempo, corrió y llamó.

La pesada puerta se abrió en seguida.

Pedro Dantenac atravesó el portal rápidamente, saludando con la mano al portero, que, ocupado en jugar á las cartas con algunos amigos, había vuelto la cabeza para ver quién entraba, según su costumbre.

La aparición del marido de Matilde produjo en el imponente funcionario el efecto de la cabeza de Medusa.

Uno de los jugadores, cochero del inquilino del primer piso, dijo riendo:

—Me parece que los tortolitos van á tener una sorpresa poco agradable.

El portero llamó con voz apagada:

—¡Estefanía!

Pero Estefanía estaba ausente.

—¿Está arriba el barón?—preguntó un ayuda de cámara al portero, que perdía la cabeza.

El interpelado contestó con un signo.

—Entonces es necesario advertirle.

Esto era más fácil de decir que de hacer.

—Demasiado tarde—declaró el cochero, que participaba de la opinión del lobo de la fábula: «Tu enemigo es tu dueño.»

—Si usted quiere creermé, no se mueva, como dicen en las fotografías. Después de todo, no nos importa. ¡Que se las arreglen como puedan!

En efecto, ¿qué podía hacerse?

Nada.

Pedro Dantenac había subido la escalera en un instante. A la puerta de su habitación se detuvo y reflexionó.

Sus reflexiones apenas duraron dos segundos.

Era de los que enfrente del peligro recobran toda la serenidad y le abordan de frente con la seguridad de la fuerza y la tranquilidad del verdadero valor.

El cochero, que estaba en la portería, tenía razón.

Era demasiado tarde para advertir al barón Jacobo Mosés.

En el momento en que aquello decía, el marido abrió la puerta con las mismas precauciones que había empleado dos días antes.

La habitación de Matilde estaba á la

extremidad de un pasillo, al otro lado de los salones.

Aquella habitación estaba alumbrada por una lámpara velada por preciosos encajes que tamizaban la luz y dejaban muebles y paredes en una discreta penumbra.

La joven no había tomado ninguna precaución. Se creía al abrigo de todo peligro.

Las puertas estaban abiertas.

Únicamente las colgaduras de seda y terciopelo cerraban la puerta de su habitación.

Jacobo Mosés, extendido en una meridiana, con la cabeza apoyada en los cojines de la cabecera, asistía á los preparativos del tocado de noche de su querida, en una postura perezosa, con la alegría del artista que contempla una obra de arte y la admira en todos sus detalles.

De cuando en cuando consagraba alguna frase galante á la hermosura de aquella mujer, verdaderamente extraordinaria.

—Sangre de Cristo, como diría Causse-dé, ¿estás esta noche descompasadamente bonita!

—¿Te parece así?

—Te aseguro que me gustaría sobremano poder llevarte del brazo por la calle, ó por lo menos estar contigo en los salones del Dorado, en lugar de encerrarnos en un solitario gabinete. En el amor de los hombres entra mucho la vanidad,

¡Cuántos envidiosos hubiera tenido!

—Al menos eres franco y no tratas de disfrazar la verdad.

—¡Para qué, tonta!

—¿De manera que si tú me quieres es únicamente por vanidad?

—Por vanidad, ciertamente, y debes estar orgullosa de ello.

En un momento en que ella pasaba cerca de la meridiana, él la atrajo hacia sí, cogiéndola por un pliegue del peinador, y en un arranque de pasión le dijo:

—Te quiero por todas las razones que pueden hacer que una mujer sea querida... porque eres soberanamente apetecible y porque me atraes como ninguna otra mujer puede atraer á su amante... Eres hermosa hasta inspirar el crimen.

La joven sonrió con malicia.

—Pues precisamente ahora está usted cometiéndolo uno bien grande, señor mío; tú faltas á todos tus deberes... como yo falto á todos los míos.

Y suspiró largamente, con coquetería.

Su pecho, amplio y firme, hizo levantar la ligera tela del peinador.

—¡Oh, los deberes!—dijo Jacobo Mosés con una mueca despreciativa.—¿Quién se ocupa de ellos? me pregunto. Y, además, ¿esos deberes existen? Mi mujer se ha casado conmigo por mi dinero, como el señor Dantenac se ha casado contigo por el tuyo.

Ella le interrumpió.

—¡No nos ocupemos de los ausentes!

Y añadió, cambiando de conversación:

—Dime, ¿á tí te parece que Causstedé es tan franco como aparenta?

—Mujer, tú desconfías de todo el mundo... ¡Desconfiar de Causstedé!...

—¿No has observado nunca en él cosa alguna que pueda hacer sospechar?

—¡Nunca! ¿Qué más se le puede pedir? ¡Siempre contento! ¡Siempre cariñoso! ¿Por casualidad tienes alguna queja contra él?

—Nada absolutamente. Conmigo ha estado siempre amable y delicado.

—Entonces, ¿por qué dices eso? Y además, ¿qué podría hacernos? Los Mosés, tú misma lo ves, somos fuertes como la roca, inatacables. Lo dominamos todo y no tenemos miedo á nada... ¡Causstedé! está muy satisfecho de nuestra intimidad, se le mima, se le acaricia, manda aquí casi tanto como nosotros. Su situación es agradable, muchos le envidiarían, á fé mia.

Cogió por las dos manos á la joven, que estaba de pie delante de él, y bajando la voz, la dijo:

—Dejemos á los otros y ocupémonos de nosotros mismos. Espero que estarás entre nosotros algunos días.

—Lo más que pueda... hasta que tú digas que me marche.

—Entonces no te marcharías nunca.

La joven fué á contestar, pero se volvió vivamente.

—Parece que he sentido pasos—dijo.

—¡Ilusión!

Sin embargo, la joven prestó atención.

—Nada —murmuró,— puede que me haya equivocado, ¡pero he tenido un miedo!...

De pronto se sujetó nerviosamente á su amante.

—No me equivoco—dijo,—¡ese ruido!...

Corrió á la puerta, pero en el momento en que iba á franquearla, las pesadas colgaduras se levantaron, y Matilde lanzando un grito de espanto retrocedió en la habitación.

Pedro Dantenac estaba delante de ella.

Jacobo Mosés se levantó á medias en su meridiana, y muy flemáticamente recobró su posición.

Sin embargo, había motivo para asustarse.

Dantenac, con la cabeza desnuda, los cabellos en desorden, pálido de cólera, el chaleco desabrochado y la corbata clara casi deshecha, contemplaba fijamente á los dos amantes con expresión amenazadora.

Matilde, asustada, se había colocado delante de su amante, dispuesta á defenderle con su cuerpo, si el marido ultrajado trataba de hacerse justicia.

Dantenac permaneció un momento inmóvil, estudiando el terreno antes de tomar una resolución.

La habitación era muy grande, con un balcón y dos ventanas al patio.

La cama, ancha y baja, ocupaba una gran parte, cubierta por una espléndida

colgadura de seda y encajes artísticamente combinados.

Algunas sillas, un escritorio con esquinazos de bronce dorado y otros muebles adosados á las paredes ocupaban casi todo el espacio, no dejando libre más que un trecho delante de la chimenea.

Allí era donde estaba la meridiana sobre la que descansaba Jacobo Mosés, descuidadamente vestido con un traje azulado.

El amante no perdió por un momento la tranquilidad, al menos aparentemente.

La mujer, al contrario, estaba completamente trastornada.

Los ojos de Pedro Dantenac lanzaban reflejos sombríos; sus labios se apretaban con rabia y sus dientes se cruzaban con rechinamientos nerviosos.

El fué el que rompió el silencio, diciendo con voz baja y alterada:

—No contaban ustedes conmigo, seguramente, ya lo yeo. Perdón si he venido á interrumpiros, pero, tenemos que hablar...

Jacobo Mosés contestó tranquilamente:

—Como usted guste.

Y esperó sin hacer el menor movimiento.

Pedro Dantenac cerró la puerta con cuidado, corriendo el cerrojo; cogió una linda silla dorada, y sentándose en ella á horcajadas, apoyó los brazos en el respaldo y dijo:

—Creo que no tengo mucho que decir...

Si he vuelto, ó mejor dicho, si no me he alejado de París, es porque estoy enterado de todo. Una casualidad me ha puesto al corriente de esta triste historia.

—¿Sólo la casualidad?—preguntó Jacobo Mosés.

—Solo la casualidad; sí, señor. Hace dos días que llegué á París; entré hasta aquí sin ruido. Puedo precisar... Serían las ocho de la noche. ¿Se entera usted?... Todo lo he oído.

—Entonces es inútil negar—observó Jacobo Mosés.

—Perfectamente inútil, señor mío. Aseguro á usted que no tengo ninguna duda, ni de mi desgracia ni de su infamia. Al convencerme de ella me causó una impresión tan tremenda, que me creía víctima de una alucinación, y me vi precisado á huir lleno de espanto. Después he reflexionado. Ante todo quise convencerme de la extensión de mi desgracia, y lo he conseguido completamente. Oí que ustedes hablaban de un hijo, y he ido á Mortcerf, donde he podido verle por mí mismo, presentándome ante los Loiseleur como un paseante extraviado. Todo esto lo digo para demostrar que estoy bien informado.

—¿Adónde va usted á parar?—preguntó Jacobo Mosés.

Pedro Dantenac se estremeció.

Aquella calma de Jacobo Mosés le parecía casi más insultante que el mismo ultraje.

—Paciencia—contestó,—no tardará usted en saberlo. Entre usted y su padre me han hecho representar un papel muy desagradable... Nada hubiera sido más fácil para ustedes que dejarme vegetar como empleado modesto en las oficinas, ó hacerme salir de ellas si ese era su gusto. Yo no he sido el que ha solicitado la mano de esta mujer. ¿Se me ha ofrecido! ¿Con qué fin? A la verdad, que trato de comprenderlo y no lo consigo.

—Si desea usted explicaciones—dijo Jacobo Mosés,—puede usted hablar con mi padre; con él es con quien usted ha tratado, no conmigo.

—Tiene usted razón; pero yo le digo: ¿qué importa la causa del oprobio, si el oprobio existe?

—Entonces, concluyamos.

—Seré breve—dijo Dantenac;—si ignoro las razones que ustedes han tenido, en cambio conozco el resultado... y es bastante. Usted me está deshonrando escandalosamente, sin pudor ninguno. Ni siquiera tiene usted la vulgar delicadeza de salvar la reputación de su querida... Esta noche, sin ir más lejos, ha estado usted con ella en un restaurant á la moda, entregándose á las expansiones que tanto agradan á las prostitutas de alto rango, que no se avergüenzan de nada. Y como usted mismo goza de alguna celebridad, gracias al oro... mal ganado, robado... que tiene, sus aventuras serán pasto de la curiosidad pública, y no faltará quien

diga, señalando á esta mujer con el dedo: «Mira: ¡esa es la señora de Dantenac, la protegida del barón Mosés!... Está casada con uno de sus empleados y es querida, como tantas otras, de su hijo Jacobo... ¡Ese Dantenac es un imbécil, ó está comprado!... Cierra los ojos sobre la infamia de su mujer... porque le pagan, y con el dinero se consuela de todo...» ¡Esta es la verdad! ¡A pesar de la situación en que he caído, no tengo siquiera el consuelo de pasar por uno de esos maridos ignorantes y engañados que, en su grotesca situación tienen, al menos, la compensación de ser estimados por las personas que les conocen! ¿No es verdad, caballero?...

Jacobo Mosés extendió perezosamente un brazo en señal de conformidad, y dejó salir de sus labios estas palabras desdenosas:

—Quizá tenga usted razón.

Pedro Dantenac continuó con creciente amargura:

—Usted me ha causado un inmenso perjuicio, señor; ha trastornado mi vida, deshecho mi honor.

—No lo niego, y por lo tanto le debo una reparación.

Pedro Dantenac oyó mal.

—¿Dice usted?...—preguntó.

—Digo que le debo una reparación. ¿Cuánto?...

Dantenac le miró de un modo que por vez primera causó en el judío una impresión de espanto.

—No podía creer—prosiguió Dantenac—que tuviera usted la audacia de añadir este insulto á los anteriores... ¡Pero hago mal en asombrarme! Para usted, el dinero lo constituye todo, el fin y los medios. No pensamos del mismo modo, caballero; no es su dinero lo que yo necesito, es otra cosa.

—¿Cuál?—preguntó Jacobo Mosés muy tranquilo.

—¡Su sangre!

—¡Demonio!

—Únicamente así puede lavarse esta mancha. Tiene que morir uno de los dos.

—¿Pero es usted tan feroz?

Pedro Dantenac se levantó, y añadió cambiando de tono:

—Creo, caballero, que ya ha habido bastantes explicaciones. Fuera de aquí, usted sería, evidentemente, el más fuerte. Con su ejército de criados y policías me aniquilaría usted. Así es que, al venir aquí, lo he hecho con entera decisión, y espero que uno solo de nosotros salga de esta casa. ¿Cuál? Eso la suerte lo decidirá.

—¿Qué dice usted?...

—Que vamos á batirnos.

—¿Aquí... solos... sin testigos?...—dijo irónicamente Jacobo Mosés.

—Sí, señor, sin testigos.

—¿Y si yo no quiero?

—¿Prefiere usted que le mate? Estoy en mi casa, y le he sorprendido en flagrante delito.

—¡Oh! Permitame usted que le diga que eso es muy difícil de probar. Esta señora se ha educado en mi casa. La conozco desde su infancia. Es casi una hermana para mí. Está sola en París, y he cenado en su compañía. ¿No es esto muy natural? Luego la acompañó hasta su casa y hablamos un rato... Vea usted cómo exagera las cosas...

Jacobo Mosés conservaba una perfecta tranquilidad, mientras que Matilde, lívida, apoyada en la pared, con el rostro medio cubierto con las manos, observaba á los dos adversarios, asustada y temblando.

—Basta de atrevimientos—dijo Dantenac con voz sorda, al mismo tiempo que arrojaba á los pies de Jacobo uno de los cuchillos que había comprado en el bazar.—Este para usted.

Y añadió cogiendo el otro:

—Este para mí.

El barón rechazó el arma desdeñosamente con el pie.

—No acostumbro á manejar eso—dijo con creciente insolencia.

Entonces se levantó.

—Señor Dantenac—dijo agresivamente;—concluyamos... Esta comedia ha durado bastante. Usted es pobre; se ha casado con una mujer hermosa y rica, pues que ha llevado un millón de dote. Usted no es torpe y ha debido suponer que algún misterio habría bajo este ofrecimiento demasiado brillante. Aun suponiendo

que fuera usted bastante inocente para no sospechar nada, la ilusión ha cesado. Veo que se ha enterado usted perfectamente de todos los detalles de la amistad que sostengo con esta mujer que ha hecho á usted el honor de llevar su nombre... Puede usted dar á este asunto la solución que mejor le convenga. El divorcio le ofrece una perspectiva de libertad bastante halagüeña. Reflexione usted... Por mi parte pienso salir de aquí sin hacer uso de ese cuchillo, que estaría muy propio en las manos de un catalán, pero que á un parisien no le ofrece ningún atractivo... No crea usted que soy tan imprudente que no he tratado de asegurarme la retirada.

Hizo una seña á su querida invitándola á seguirle.

La joven no se movió.

—Ven conmigo, Matilde—la dijo.

La joven movió maquinalmente la cabeza.

—Quiero creer—dijo entonces Jacobo á Pedro Dantenac,—que será usted galante, y me voy solo, puesto que la señora tiene bastante confianza en usted para quedarse aquí. ¡Vamos, déjeme usted pasar!

Y al mismo tiempo sacaba su mano derecha del bolsillo, sujetando el culatín de un lindo revólver de muy buen calibre que dirigió al pecho de Dantenac, diciéndole:

—Paso, ó hago fuego.

Dantenac siguió delante de la puerta, donde estaba estorbando la salida y dijo:

—Eso será un asesinato.

—¡Paso!

—¡Pues bien, no!—rugió Dantenac—¡No saldrá usted!

Y arrojando al suelo el cuchillo que tenía en la mano, cruzó los brazos sobre el pecho y esperó.

Una doble detonación, seca, amortiguada por las colgaduras de la habitación, dejó á Matilde galvanizada.

De pronto se incorporó muerta de espanto.

Hé aquí lo que vió.

Pedro Dantenac, con una mano de hierro, sujetaba, hasta casi romperle, el brazo derecho de su adversario.

El revólver se escapó de la mano de Jacobo Mosés, que trató de bajarse al suelo para recogerlo.

Más ligero que el rayo, Dantenac le sujetó por la garganta, estrangulándole, y le dijo:

—¡Bandido! ¡Asesino!

Y como en aquella espantosa escena Jacobo señalase hacia la ventana, Matilde, con la cabeza loca, en el colmo del terror, abrió aquella ventana y lanzó en pleno patio este grito desesperado:

—¡Socorro!

Aquel primer grito fué seguido de otro más estridente y más desgarrador, el grito de una mujer que se ahoga.

Con los ojos enormemente abiertos por

el miedo, veía al lado suyo, en el balcón, que Pedro Dantenac, terrible, con los cabellos erizados, sostenía por mitad del cuerpo á su adversario, inerte, medio muerto, y elevándole vigorosamente, se disponía á lanzarlo al fondo del patio.

Se arrojó sobre ellos y se apoyó en el balcón gritando á su marido:

—¡Pedro, por piedad!

Dantenac se detuvo.

Pero ya el patio estaba lleno de curiosos.

Todas las ventanas estaban abiertas; en la portería, el grito de la joven había causado una verdadera revolución.

El cochero decía con su voz gangosa:

—Parece que esto se va animando; el cordero se ha vuelto león. ¡Habría que verlo!

Todo el mundo fué de la misma opinión.

En un momento se encontraron todos en el patio.

A la luz del gas se vió durante diez segundos á Jacobo Mosés, que ya no se resistía, balanceado vigorosamente por Pedro Dantenac, hermoso como un luchador antiguo, y, después de corta vacilación, se vió cómo le dejaba caer pesadamente sobre las losetas del balcón, inmóvil como una masa inerte.

En seguida la habitación se vió invadida por todos los que estaban en la portería.

Un médico que habitaba en la casa se presentó también.

El doctor Desbarres, inquilino del piso segundo, no era un médico vulgar.

Era un hombre rico que se dedicaba poco á los enfermos y á las enfermedades.

Sus primeras palabras fueron éstas:

—Hay que avisar al barón y buscar al doctor Berard.

Todo estaba hecho.

El portero, en un arranque de celo, había corrido al hotel Mosés, y luego en busca del célebre cirujano.

Por fortuna, el sabio maestro se encontraba en casa.

En algunos minutos llegó el doctor Berard, desde su hotel de la calle Haussmann al hotel Mosés.

Caussedé, que se encontraba en casa de Mosés cuando llevaron el aviso, se encontró en el campo de batalla al mismo tiempo que el doctor.

Inútil es decir que aquella noticia llenó al bearnés de un júbilo tan grande como bien disimulado.

¿Qué había pasado?

Lo ignoraba.

El portero, temblando, con profundo temor de perder su plaza por no haber ejercido la vigilancia necesaria, decía únicamente que había tenido lugar una escena horrible.

No podía dar detalles.

Cuando subía la escalera en compañía del eminente operador, Caussedé le explicaba en pocas palabras las causas del

drama que había motivado aquella catástrofe.

El drama se había desarrollado á puerta cerrada entre tres personas, la mujer, el marido y el amante.

El amante era Jacobo Mosés; la mujer, aquella encantadora Matilde, que el doctor conocía de tanto tiempo, y el marido, un montañés de los Pirineos, empleado en la casa Mosés, á quien el barón, por uno de esos caprichos que se explican difícilmente, había hecho casar con su protegida.

Caussedé contaba estas cosas al doctor con una tristeza de circunstancias, como amigo sincero de la casa que trata de evitar un escándalo.

Por lo demás, él no aseguraba nada; estaba muy poco enterado; estaba reducido á conjeturas; pero ¿cómo explicar aquella lucha si no por una sorpresa, en la que el marido había cedido á una explosión de rabia, muy natural después de todo?

En el fondo, según la opinión del marqués, el asunto era en extremo desagradable.

En su interior, saboreaba uno de los más agradables placeres que halagan á nuestra viciosa naturaleza, como es el ver el mal que agobia á un enemigo íntimo á quien hay que sonreír y tender la mano.

Sin embargo, al entrar en la habitación de Matilde, debía experimentar una decepción.

Atendiendo á las indicaciones del doctor Desbarres, todos los criados y cocheros que invadieron la casa, la habian desalojado.

En la puerta, Causседé se cruzó con uno de ellos, que salía diciendo:

—Es una bagatela. Si el marido se hubiera mantenido firme, el tal Mosés las hubiera pagado todas juntas. ¡Así no será nada!

Parecía estar sinceramente disgustado. Su pronóstico era exacto.

El doctor Berard lo confirmó después de dos minutos de exámen.

Quebrantado por el estrecho abrazo de su adversario, molido, medio aplastado, echando sangre á borbotones por la boca, Jacobo Mosés habia perdido el conocimiento, pero desde que Dantenac le abandonó pudo ir recobrandolo lentamente.

La sacudida habia sido demasiado fuerte.

Experimentaba sordos y agudos dolores en el pecho, como si sufriera una lesión interna.

Extendido sobre la cama, al volver en sí, su primer cuidado fué buscar con la mirada á su adversario.

Habia desaparecido.

Matilde, aterrada, llena de espanto por aquella escena tan corta y tan violenta, permanecía constantemente al lado de su amante.

Indiferente á todo, sin ocuparse para nada de su honor, estaba cerca del lecho,

teniendo entre las suyas una de las manos de Jacobo y sintiendo tanto como él sus sufrimientos y su humillación.

Interrogaba con una mirada más elocuente que las palabras al doctor Berard, tratando de adivinar en la fisonomía del maestro la opinión que con tanta ansia esperaba.

El célebre médico se contentó con decir:

—Se le puede llevar á su casa con algunas precauciones... No hay peligro aparente...

Causседé redoblaba sus atenciones para su amigo Jacobo, al que dirigia cariñosas palabras de consuelo.

Acostumbrado á su papel de intimo en el hotel Mosés, daba órdenes, mandaba á los criados y recomendaba á todos el silencio, prometiendo cuantiosas recompensas en nombre del barón.

—Y del marido, ¿nadie se ocupa?—dijo uno de los criados con mucha razón.

Era verdad, nadie se acordaba de él.

Matilde misma le habia olvidado por completo.

Sin embargo, á ella era á quien Dantenac habia concedido la vida de su amante.

No habia podido resistir á la mirada suplicante de la que tanto habia querido.

¿Qué habia sido de él?

No estaba lejos.

En el momento en que levantaban al herido, irritado como si él hubiera recibido el ultraje, distinguió en una esqui-

na de la habitación, apoyado en la pared, pálido y con una mano en el pecho como para contener un dolor, á Pedro Dantenac, solo y sombrío.

Los dos hombres cambiaron una mirada llena de odio, altanera y orgullosa por parte del marido, venenosa y amenazadora por parte del amante.

—Nos volveremos á ver, señor mio,— dijo Jacobo Mosés, con voz sorda.

Los poderosos hombros del montañés se levantaron con un imperceptible movimiento de desprecio.

—Seguramente tratará de asesinarme en lugar de verse conmigo— pensó— eso será lo más seguro.

Pero no dijo una palabra.

El doctor Desbarres que acompañaba á Mosés, se acercó á Dantenac y le dijo en voz baja:

—¿Está usted herido, caballero?

—Ligeramente.

—¿Y por qué no lo dice usted? Vuelvo al instante.

Continuó su camino para dejar á su cliente de ocasión en manos de su ilustre compañero el doctor Berard, en quien tenían más confianza los Mosés.

Caussedé, siempre vigilante, detuvo en el descansillo de la escalera á Matilde, que envuelta en un abrigo trataba de seguir á su amante.

No sin grandes esfuerzos pudo conseguirlo.

Ya de vuelta en la habitación de Matil-

de, Caussedé se bajo á recoger un objeto brillante que le llamó la atención, cerca de la cama.

Se apoderó de él y lo reconoció sin trabajo.

Era el revólver, un arma de gran precio que había visto muchas veces en manos de su amigo.

Dos cápsulas se habían disparado; las otras tres permanecían intactas.

Caussedé fijó en la joven su mirada.

—¿Qué ha pasado aquí?— dijo.

—No lo sé.

—¿Se han batido?

—Yo estaba loca.

—El señor Dantenac, ¿tenía armas?

—Puede ser... yo lo ignoro.

Hay que decirlo en alabanza suya. La joven era sincera.

La repentina aparición de Pedro Dantenac, la había dejado petrificada.

Mientras duró la conversación entre su marido y su amante, la pareció que las sienes se las batían á martillazos, sus oídos la atormentaban con su incesante zumbido.

Apenas si había oído confusamente algunas palabras de la conversación.

Bruscamente la lucha había estallado.

No vió más que un choque, á Jacobo Mosés oprimido, estrangulado y balanceándose en el espacio á impulsos de la extraordinaria energía de Dantenac, triplicada por el furor de que tan justamente se hallaba poseído.

Ignoraba por lo tanto la cobardía de su amante, haciendo fuego sobre su adversario desarmado.

Pero delante de Causседé, que la señalaba el revólver sin pronunciar palabra, bajó la cabeza y comprendió.

Frívola y ligera, perturbada por los placeres y la riqueza, guardaba, no obstante, en el fondo del alma una lealtad y un valor, que de haber vivido la joven entre otras personas, hubieran informado todos los actos de su vida.

Se dejó caer en un sillón y se ocultó el rostro con las manos.

Vino á sacarla de sus reflexiones una mano que se apoyaba en su hombro, al mismo tiempo que una voz decía al marqués:

—Haga el favor de dejarnos un instante, amigo mío. Tengo que hablar con ella. Era la voz del viejo Mosés.

IX

Padre é hija

A la portezuela del cupé que esperaba al barón en la verja de su posesión de Neuilly estaba nuestro antiguo conocido Próspero Lagrippe.

Cuando el barón salía precipitadamente, alarmado y descontento de aquel aviso que se le había dado, violentando sus terminantes órdenes, sus primeras palabras fueron:

—Y bien, ¿qué pasa?

—No hay tiempo que perder—contestó Lagrippe.—El señor barón comprenderá que yo no me permitiría molestarle por una bagatela. Si el señor me lo consiente, subiré con él en el cupé y le pondré al corriente de lo que pasa, al menos de lo que yo sé.

—Bien, ¿adónde vamos?

—Calle del Circo.

—¿Y por qué á esa calle?—dijo asombrado el barón.

Ya el coche rodaba velozmente hacia París.

El viejo Mosés, al oír nombrar la calle del Circo, había experimentado un profundo estremecimiento.

Matilde le inquietaba desde algún tiempo antes.

A pesar de su matrimonio, á pesar de su ordinario alejamiento de París, no estaba tranquilo.

Multitud de síntomas le obligaban á reflexionar, y si no pensaba en ello tanto como el caso merecía, era debido á su egoismo y á que sus propias pasiones le distraían constantemente.

En la calle del Circo, únicamente Matilde le interesaba.

A estar el marido en París, el barón hubiera podido figurarse el drama que más de una vez había temido; pero Dantenac caminaba por la línea de Burdeos y debía estar lejos. Sin embargo, no se atrevía á interrogar á su criado.

Ignoraba por lo tanto la cobardía de su amante, haciendo fuego sobre su adversario desarmado.

Pero delante de Causседé, que la señalaba el revólver sin pronunciar palabra, bajó la cabeza y comprendió.

Frívola y ligera, perturbada por los placeres y la riqueza, guardaba, no obstante, en el fondo del alma una lealtad y un valor, que de haber vivido la joven entre otras personas, hubieran informado todos los actos de su vida.

Se dejó caer en un sillón y se ocultó el rostro con las manos.

Vino á sacarla de sus reflexiones una mano que se apoyaba en su hombro, al mismo tiempo que una voz decía al marqués:

—Haga el favor de dejarnos un instante, amigo mío. Tengo que hablar con ella. Era la voz del viejo Mosés.

IX

Padre é hija

A la portezuela del cupé que esperaba al barón en la verja de su posesión de Neuilly estaba nuestro antiguo conocido Próspero Lagrippe.

Cuando el barón salía precipitadamente, alarmado y descontento de aquel aviso que se le había dado, violentando sus terminantes órdenes, sus primeras palabras fueron:

—Y bien, ¿qué pasa?

—No hay tiempo que perder—contestó Lagrippe.—El señor barón comprenderá que yo no me permitiría molestarle por una bagatela. Si el señor me lo consiente, subiré con él en el cupé y le pondré al corriente de lo que pasa, al menos de lo que yo sé.

—Bien, ¿adónde vamos?

—Calle del Circo.

—¿Y por qué á esa calle?—dijo asombrado el barón.

Ya el coche rodaba velozmente hacia París.

El viejo Mosés, al oír nombrar la calle del Circo, había experimentado un profundo estremecimiento.

Matilde le inquietaba desde algún tiempo antes.

A pesar de su matrimonio, á pesar de su ordinario alejamiento de París, no estaba tranquilo.

Multitud de síntomas le obligaban á reflexionar, y si no pensaba en ello tanto como el caso merecía, era debido á su egoísmo y á que sus propias pasiones le distraían constantemente.

En la calle del Circo, únicamente Matilde le interesaba.

A estar el marido en París, el barón hubiera podido figurarse el drama que más de una vez había temido; pero Dantenac caminaba por la línea de Burdeos y debía estar lejos. Sin embargo, no se atrevía á interrogar á su criado.

Un miedo inexplicable le tapaba la boca.

Cuando se decidió, el caballo franqueaba la fortificación con una velocidad de treinta kilómetros por hora.

—¿Por qué tan de prisa?—dijo el barón.

Lagrippe trató de atenuar lo ocurrido. Dijo que no estaba suficientemente enterado.

El señor Caussedé había visto al portero de la calle del Circo que venía corriendo á todo escape.

Debía haber ocurrido alguna cosa muy grave en casa de los Dantenac, sin duda.

El había tardado en salir el tiempo indispensable para enganchar.

No había podido enterarse de nada más.

Cuando llegaron á la calle del Circo, el coche que conducía al herido al hotel Mosés, atravesaba al paso la avenida de Marigny, entonces casi desierta.

El barón tuvo una breve conversación con el doctor Desbarres, que en dos palabras le contó lo ocurrido.

Aparición inesperada del marido, sorpresa, lucha, nada grave, escándalo que evitar, curación segura en pocos días.

Entonces, la verdad que tanto temía apareció toda entera ante sus ojos.

El escándalo había tenido lugar.

¡Jacobo y Matilde se amaban!

El crimen estaba cometido, porque aquel amor era un crimen horrible, cuya

responsabilidad le alcanzaba á él en primer lugar.

Una inmensa amargura se apoderó de él.

De aquellos tres seres, únicos que le eran queridos, uno estaba condenado. Era la dulce Raquel, sobre cuya salud no podía hacerse ilusiones.

Otro, su hijo, acababa de sufrir un atentado, del que no habían podido librarle ni su nombre ni su fortuna.

Esto pensaba el viejo Mosés, como si la persona de su hijo, por el solo hecho de serlo, fuera sagrada é inviolable.

Se indignaba de que un Dantenac se hubiese atrevido á poner la mano sobre aquel hijo tan poderoso.

¡Qué feroz suplicio podría inventar para castigarle!

Estas eran la ideas que bullían en aquel cerebro de rajah, cuando llegó cerca de Matilde.

A la vista de la joven, acobardada sobre un sillón, cambió de pensamientos.

¡Raquel estaba perdida!

Jacobo... ¡humillado, herido, amenazado quizá, en el porvenir!

La que contemplaba allí abatida, la culpable, ocupaba también buena parte del cariño del banquero.

Al ver que ella le miraba con temor, la dijo con una voz llena de piedad:

—¿Estabas aquí cuando llegó ese desgraciado?

—Sí.

—¿Y tú eres la causa de todo, verdad?

—Es cierto.

—Quiero saberlo todo. Habla.

Causedé se había retirado.

El padre y la hija se encontraban solos.

Y al ver que ella no se atrevía, el barón la dijo:

—Matilde, yo te he tomado bajo mi protección; te he criado; he tratado de proporcionarte una juventud dichosa... Ahora no te pido más que una cosa: la verdad... ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿No lo comprende usted?—murmuró la joven.

—Al contrario, tengo miedo de comprenderlo. ¿Jacobó te amaba?

—Lo que puedo afirmar—dijo Matilde—es que yo le quería con toda mi alma.

—¿Hace mucho tiempo?

—Hace años. Mi ambición, mi único deseo, hubiera sido casarme con él.

—¿Y él?

—Si lo hubiera deseado tanto como yo—dijo amargamente la joven,—¿se hubiera podido casar con otra?

—Yo he sido quien le ha obligado á ese matrimonio.

—¡Y usted, sin embargo, dice que me quiere!

—Y es cierto. ¿No has pensado alguna vez, que si yo me oponía á vuestra unión, es porque la consideraba imposible?

—¿Imposible, dice usted?

La joven contemplaba al barón con sus ojos brillantes de fiebre.

El permanecía silencioso, irresoluto, retrocediendo ante su tremenda confesión.

Matilde insistió.

—Usted me ha pedido la verdad; es humillante para mí; sin embargo, voy á decirle toda, pero con una condición: que usted me la dirá también, cualquiera que sea. ¿Lo promete usted?

—Sí.

—No he conocido á mis padres... Usted lo sabe mejor que yo, y es el único que sabe la verdad en este misterio. A los diez y ocho años, cuando salí del colegio donde usted me tuvo educando, me vi en un mundo de lisonjas y adulaciones que me trastornó. Ser protegida de usted vale más que un dote, y eso todo el mundo lo sabe. Multitud de declaraciones me asediaron. Entre los que me perseguían con su amor, el que demostraba mayor ardimiento, más entusiasmo, era uno que le toca á usted muy de cerca. Rechazándole realicé una obra difícil, porque le quería, y me atrevo á decir que no quería á su fortuna, sino á su persona.

—¿Y es?...

—Espere usted. Ya he dicho que le amaba con toda mi alma; pero aquel amor yo le ocultaba con cuidado. Juro á usted que no le di el menor motivo para creerse correspondido. Las circunstancias nos reunían á cada instante. En Plessis-Mortcerf, en París, no pasaba día sin que tuviéramos ocasión de vernos y hablarnos.

Yo trataba de evitarlo, porque, aceptando aquel amor que con tanta insistencia me ofrecían, hubiera correspondido muy mal á los favores que recibía en esta casa, donde me tenían recogida por caridad.

Exasperado por mi aparente frialdad, el amante de que hablo juró usar de todos los medios para triunfar de mi resistencia. Por desgracia no hablaba en vano. Una noche de recepción en Plessis, le encontré tendido en la puerta de mi habitación, cuando iba á recogerme. Era la media noche. El castillo estaba lleno de invitados; el menor ruido podía provocar un escándalo... yo quise rechazarle... él se negó á retirarse... Le dije que no le amaba, que nunca sería suya... mentía; pero él debió creerme, porque sacando una pistola fingió querer suicidarse de desesperación... Tuve miedo y retrocedí delante de un escándalo. ¡Qué quiere usted!... ¡mi situación era horrible! ¿Qué hubiera dicho usted á encontrarse delante de la habitación, de la que todo se lo debe, con el cadáver de...

La joven se detuvo, y mediante un gesto del barón, añadió:

—...¡De su hijo!

Mosés cogió á Matilde por las dos manos, y fijando los ojos en los suyos, dijo:

—Tú me has confiado todo tu secreto. ¡Ahora verás el mío! Yo trataba de separaros, de levantar obstáculos entre vosotros, porque ese amor era un crimen... ¡porque Jacobo es tu hermano!

La joven se incorporó sobresaltada, lívida, con la mirada llena de espanto, y contemplando al barón estúpidamente, dijo:

—¿Qué ha dicho usted?

El barón prosiguió lentamente:

—Digo que es una falta mía, de la que me acuso...; que yo hubiera debido prever todo lo que ha pasado y acabas de decirme.

—¿De manera que soy?...

—Mi hija, la hija de unas efímeras relaciones, que terminaron por la muerte de tu madre.

—Pero ¿por qué me ha engañado usted? ¡Esto es horrible!—murmuró la joven.

Iba á añadir: «Y ese hijo sin nombre... ese hijo inocente, aunque haya nacido del incesto, ¿qué va á ser de él?» Pero no se atrevió. Se sentía humillada por aquella inesperada revelación.

Muy á menudo había reflexionado sobre su origen, imaginando intrigas y suponiendo alguna historia novelesca de niño abandonado; pero nunca se la había ocurrido que el barón Mosés pudiera ser su padre, y si alguna vez la acometió esa idea, la rechazó por imposible.

—¡Es mi falta!—repetía el viejo Mosés con dulzura, asustado por el abatimiento de su hija.—No acuses á nadie más que á mí... No sé qué fatalidad me obligaba á callar... ¡Concluye! ¿Qué ha pasado después?...

—¿Para qué preguntarme más? ¿No le

he dicho á usted que le amaba? Franqueado el primer paso, me dejé arrastrar por él... Hace ya de esto cuatro años... Me había prometido casarse conmigo... ¡pero usted no ha querido! ¡Comprendo la razón! Comprendo también la causa de lo que yo llamaba mi destierro. ¡Era demasiado tarde! Cuando yo venía de Lisboa, no venía por estar en París, como decía, sino por estar con mi amante.

Nos reuníamos siempre que nos era posible. Esa ha sido nuestra falta. El marido que usted me ha dado, yo no le quería, y él, sin embargo, me idolatraba...

Se interrumpió. Encontraba un amargo placer en confesar su falta delante del que era responsable de ella.

Era una revancha que tomaba; la venganza en que su espíritu se recreaba.

La joven continuó con creciente animación:

— Aquel marido, que yo creía ciego, se había enterado de todo por una casualidad. Hace dos días estaba yo aquí con Jacobo, cuando mi marido llegó hasta esta habitación sin ser sentido; se enteró de la conversación y desde entonces estaba esperando este momento. Esta noche hemos caído en el lazo. Creíamos que caminaba hacia Lisboa, cuando de pronto entró aparentemente tranquilo; pero rebozando odio é indignación. Después de una breve conversación, vi un momento de lucha y á mi marido que se disponía á lanzar á Jacobo por el balcón. A una súplica

mía, se detuvo y dejó á mi amante desdenosamente sobre el vuelo del balcón... ¡Eso es todo!

A medida que avanzaba en aquella confesión, su irritación iba siendo más violenta.

Pronunciaba aquellas palabras «¡mi amante!» con vibraciones de cólera.

Después guardó silencio.

Sus labios se crispaban con un gesto de disgusto.

Como decía el barón, el verdadero, el gran culpable, casi el único, era él, que desconociendo sus deberes de padre la había educado sin nombre y sin familia.

¿Qué podía esperar?

Sería por siempre despreciada de su marido. Su amante la amaría quizá; ¡pero aquel amante era su hermano!

Había guardado la parte más dolorosa de su secreto: la existencia de su hijo.

Aquel hijo que tanto quería, se la volvía odioso.

Su mismo amor por Jacobo Mosés había muerto de un solo golpe.

En algunos minutos, bajo aquella fatalidad brutal que la aplastaba, había sufrido una completa metamorfosis.

Su inteligencia, tan viva y tan penetrante, flaqueaba ante aquella situación sin salida.

Permaneció un momento atontada, inmóvil, con la cabeza baja y los ojos estúpidamente fijos en los dibujos de la alfombra,

El barón, por su parte, la contemplaba con estupor, asombrado del brusco cambio que en ella se había verificado, y sentía indignación sin límites, acordándose del atrevimiento de Dantenac, que había llevado su audacia hasta poner la mano sobre el heredero del nombre y de las riquezas de los Mosés.

Y este pensamiento le absorbía de tal modo, que hablando consigo mismo, á media voz, decía:

—¿De manera que ese Dantenac se ha atrevido?...

Matilde contestó vivamente:

—¿Le acusa usted?... El no ha hecho más que defenderse.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¡El miserable!

—¿Por qué miserable?—dijo la joven mirando á su padre con asombro.—Yo no tengo nada que reprocharle.

—¿Dónde está?—repitió el padre.

—No lo sé.

La joven se expresaba con un despego y una indiferencia que ofendió al barón.

No insistió en lo que concernía á Pedro Dantenac, y lleno de piedad por el profundo desaliento de la joven, la preguntó con dulzura:

—Y tú ¿qué vas á hacer?

—Qué sé yo—contestó Matilde.—Hubiera querido permanecer al lado de Jacobo, velar por él... Pero ahora no sé lo

que me pasa, ni lo que quiero, ni lo que será de mí...

El barón la cogió una mano; pero ella la retiró diciendo:

—Déjeme usted... Usted solo es el que ha sido causa de mi perdición. Vuelva usted á su lado; yo tengo necesidad de estar sola; quiero reflexionar.

El barón la estrechó contra su pecho, apoyó los labios en su frente, y acompañado por ella, atravesó el ancho pasillo y llegó á la escalera.

Volvió la joven al salón, cuando escuchó una voz que la llenó de asombro; acababa de reconocer la voz de Pedro.

X

¡Adiós!

Al separarse del viejo Mosés, el marqués de Caussédé estaba bajo el peso de un amargo desconsuelo.

Hay que decirlo todo.

El bearnés era todo un caballero.

Rechazaba ciertas villanías que suelen verse muy frecuentemente.

Aun para vengarse de Jacobo Mosés, nunca hubiera denunciado á aquel enemigo que probablemente no hubiera tenido con él los mismos escrúpulos.

Pero no por eso se alegró menos cuando tuvo noticia de la catástrofe.

Luego que se enteró de la escasa importancia de lo ocurrido, sufrió una de-

El barón, por su parte, la contemplaba con estupor, asombrado del brusco cambio que en ella se había verificado, y sentía indignación sin límites, acordándose del atrevimiento de Dantenac, que había llevado su audacia hasta poner la mano sobre el heredero del nombre y de las riquezas de los Mosés.

Y este pensamiento le absorbía de tal modo, que hablando consigo mismo, á media voz, decía:

—¿De manera que ese Dantenac se ha atrevido?...

Matilde contestó vivamente:

—¿Le acusa usted?... El no ha hecho más que defenderse.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¡El miserable!

—¿Por qué miserable?—dijo la joven mirando á su padre con asombro.—Yo no tengo nada que reprocharle.

—¿Dónde está?—repitió el padre.

—No lo sé.

La joven se expresaba con un despego y una indiferencia que ofendió al barón.

No insistió en lo que concernía á Pedro Dantenac, y lleno de piedad por el profundo desaliento de la joven, la preguntó con dulzura:

—Y tú ¿qué vas á hacer?

—Qué sé yo—contestó Matilde.—Hubiera querido permanecer al lado de Jacobo, velar por él... Pero ahora no sé lo

que me pasa, ni lo que quiero, ni lo que será de mí...

El barón la cogió una mano; pero ella la retiró diciendo:

—Déjeme usted... Usted solo es el que ha sido causa de mi perdición. Vuelva usted á su lado; yo tengo necesidad de estar sola; quiero reflexionar.

El barón la estrechó contra su pecho, apoyó los labios en su frente, y acompañado por ella, atravesó el ancho pasillo y llegó á la escalera.

Volvió la joven al salón, cuando escuchó una voz que la llenó de asombro; acababa de reconocer la voz de Pedro.

X

¡Adiós!

Al separarse del viejo Mosés, el marqués de Caussédé estaba bajo el peso de un amargo desconsuelo.

Hay que decirlo todo.

El bearnés era todo un caballero.

Rechazaba ciertas villanías que suelen verse muy frecuentemente.

Aun para vengarse de Jacobo Mosés, nunca hubiera denunciado á aquel enemigo que probablemente no hubiera tenido con él los mismos escrúpulos.

Pero no por eso se alegró menos cuando tuvo noticia de la catástrofe.

Luego que se enteró de la escasa importancia de lo ocurrido, sufrió una de-

cepción, y no sabía qué partido tomar, ahora que su esperanza en Dantenac había fracasado.

Al dejar al barón con Matilde, Causse-dé se dirigió al salón, donde vió, asombrándose como el doctor Desbarres, al marido de Matilde que no se había movido para nada.

Dantenac estaba como antes, de pie derecho, apoyado en la pared, y sujetándose el pecho con la mano.

—¿Usted aquí!—dijo Causse-dé.

—Sí, y ya puede usted comprender que si estoy todavía, es porque no he podido marcharme.

—¿Está usted herido?

—En efecto.

—¿Gravemente?

—No lo sé.

—¿Y no ha sido usted socorrido?

Pedro Dantenac sonrió tristemente.

—Estas gentes—dijo—me dejarían morir como un perro, y tienen razón. ¿Qué soy para ellos? Menos que un perro todavía.

Causse-dé le mostró el revólver de Jacobo Mosés, que había conservado.

—¿Tiene usted dos balas en el cuerpo?—preguntó.

—Es posible.

—Y usted, ¿le ha contestado?

—¿Cómo hubiera podido hacerlo?

—¿No tiene usted armas?

—Yo había ofrecido un duelo á ese hombre... un duelo al estilo de nuestro

país, en que todo el mundo puede defenderse.

—¿A cuchillo?

—En efecto; él había entrado en mi casa... como un ladrón... Hubiera podido matarle... pero me repugna combatir con un adversario sin armas. Le dí uno de los dos cuchillos que había comprado en el último momento. El lo rechazó desdeñosamente, amenazándome con la brutal insolencia del amo enfrente de un pobre empleado como yo... Después sacó el revólver del bolsillo y se dispuso á hacer fuego si no le dejaba paso libre... yo esperaba.

—¿Y ha disparado?

—Sin duda... Después no sé lo que ha pasado. Una oleada de sangre me cegó... Me arrojé sobre él... le estrangulaba y estaba dispuesto á estrellarle en el patio; pero me le arrancó de las manos... ¡jella!... Más tarde, al encontrarme solo, es cuando me di cuenta de que estaba herido.

—¿Sufre usted?

—Me siento muy débil... No me atrevo á dar un paso... Estoy inundado de sangre... El doctor Desbarres debe volver de un momento á otro.

—¿Le ha visto?

—Hace un instante... al pasar... por casualidad.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Abandonar esta casa para siempre.

—¿Y después?

Pedro Dantenac contempló al marqués fijamente,

—Usted me ha ofrecido su alianza—
dijo.

—Francamente.

—Como yo la he aceptado.

—Entonces...

—Los Mosés han hecho dos víctimas.

—¿Benedetta y usted?

—Precisamente. Mi resentimiento contra Jacobo Mosés es doble. Más tarde ó más temprano me vengaré, pero necesito algún tiempo; mientras tanto nos ocuparemos de Benedetta. ¿Dónde está?

—Ya se lo diré.

—¿Cuándo?

—Mañana. ¿Dónde estará usted?

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

—Bien; yo me marcho. El barón está aquí... es preciso que no nos vea juntos.

—Es lo más razonable.

—¿Usted no tiene necesidad de mí?

—No, el doctor va á volver.

—¿Lo ha prometido?

—Sí.

—Se oyó una puerta que se abría en el vestibulo.

Era el doctor Desbarres que volvía, fiel á su promesa.

Caussedé estrechó la mano del herido y le dijo en voz baja:

—Está convenido. Hasta mañana.

—Adiós.

El bearnés se escurrió por otra puerta del salón, llegó hasta el vestibulo y desapareció en el momento que entraba el doctor.

El médico pudo examinar entonces á aquel segundo cliente que, como el primero, le deparaba la casualidad.

En breves instantes pudo darse cuenta de su estado.

El barón Mosés era un tirador de primera fuerza y su arma era excelente.

Pedro Dantenac debía su salvación á una circunstancia fortuita.

Al volver de Lisboa, traía una gran cartera llena de papeles de importancia, y no había abandonado esta cartera.

Una de las balas, la primera sin duda, había tropezado con la cartera, y perforándola por el centro, había quedado aplastada entre los papeles, detenida por aquella coraza de nueva invención.

—¡Demonio!—dijo el doctor alegremente,—he aquí un recuerdo que deberá usted conservar. Sin él, es probable que no tuviera usted necesidad de mis cuidados. Derecha al corazón.

La otra bala había penetrado en el pecho, un poco más alta, pero desviándose á lo largo de una costilla.

—Vamos, es poca cosa—declaró el doctor, que hizo la primera cura con bastante habilidad, utilizando los elementos que tenía á mano.—Nada grave, pero puede usted dar gracias y decir que tiene buena estrella.

—¿De manera, doctor...?

—Que estará usted bueno dentro de algunos días, con tal de que se esté usted tranquilo y quieto.

—¿Y podrè retirarme?

—Si tiene usted valor...

—¿Y el otro?—preguntó timidamente Dantenac.

—¿Jacobó Mosés?

—Si.

—También estará bueno después de algunos días de descanso. Esto es asunto de mi ilustre compañero Berard. Usted comprenderá que no se confía un enfermo como ese á un cirujano de ocasión como su humilde servidor.

El doctor Desbarres continuó más bajo, como si tuviera miedo de que pudieran oír las paredes:

—Tenga usted cuidado... Estos Mosés están llenos de despecho y de bilis. El joven barón no perdonará á usted fácilmente su ridícula situación. En el balcón estaba usted soberbio, como un gladiador romano; y después de recibir dos tiros, ha hecho usted verdaderos prodigios. Y—añadió, terminando la cura,—si alguna vez tiene usted necesidad de mí, ya sabe donde me tiene.

—Gracias, doctor, tendré mucho honor en volver á saludarle.

—¿Se marcha usted?

—Al instante.

—¿No hay reconciliación?

—Imposible.

—Ya sabe usted, á las mujeres no hay quien las entienda. Es muy posible que ahora...

Dantenac no contestó nada.

Era el momento en que el barón Mosés, después de su explicación con Matilde, se retiraba á su casa.

La joven se dirigió lentamente á su habitación.

Al pasar por la puerta del salón oyó ruido de voces confusas.

¿Quién estaba allí?

Por lo pronto su marido, puesto que había reconocido su voz.

El doctor Desbarres había dicho la verdad. Los médicos están todos iniciados en los secretos del corazón.

Matilde entró.

Estaba profundamente triste, sombría. Hubiera podido pasar por la estatua de la desolación.

Pedro Dantenac concluía de vestirse.

Dos manchas sangrientas se señalaban sobre la alfombra.

—¿Estás herido?—preguntó la joven con interés.

—Si.

—¿Gravemente?

—No.

Matilde respiró.

Dantenac cogió su sombrero y se disponía á salir.

—¿Adónde vas?—le preguntó la joven, como Causседé momentos antes.

—A la ventura, á la casualidad.

Matilde vaciló un momento; después se decidió á hablar.

—Ya comprendo que todo ha concluído entre nosotros—murmuró.

—Todo, en efecto.

—Y, sin embargo, yo no puedo odiarte. Quisiera...

—¿Qué?

—Dirigirte una súplica.

—¿Y es?...

—Desearia, cuando estemos separados... pues que hemos de separarnos... recibir noticias tuyas... Esa herida...

—Ya he dicho que no tiene gravedad.

—¿Me prometes que me escribirás?

—¿Para qué?

—Para saber lo que es de tí.

—No tiene objeto. ¿No lo hemos dicho hace un instante? ¡Todo ha concluido entre nosotros!

—Sin duda; pero...

—Eso sería reavivar recuerdos penosos, renovar dolores...

—¿No quieres!

Dantenac movió la cabeza.

Matilde permanecía inmóvil con la frente inclinada hacia el suelo.

El doctor había recogido sus instrumentos y cerrado su bolsa.

Se inclinó profundamente ante la joven.

Dantenac dió un paso hacia la puerta.

—Adios—dijo.

Matilde respondió como un eco:

—Adios.

La puerta se cerró entre ellos.

En el portal se separaron los dos hombres, pero antes dijo el doctor:

—Ya ve usted... lo que yo le decía, las

mujeres son incomprensibles. Y es adorable á fe mia, ¡encantadora!...

Pedro Dantenac se llevó la mano al pecho.

No era su herida lo que le molestaba, era su corazón.

Pero no volvió la cabeza atrás.

Llegó hasta la calle y desapareció.

XI.

Rico y pobre.

Los acontecimientos que acabamos de referir habían tenido lugar en breves instantes.

El barón Mosés acababa de entrar en su hotel.

Después de una corta visita á la habitación de su hijo, bajó á su gabinete tranquilo con las declaraciones del doctor Berard.

El estado del herido no ofrecía la menor inquietud.

Causedé, que en el momento de la llegada del padre, estaba al lado de Jacobo, se había encargado de los mil detalles que forman el acompañamiento obligado de estos accidentes de familia.

Había que informar con discreción á la baronesa y á Raquel Mosés, que salían de la Opera en el momento de la catástrofe; inventar una causa cualquiera que diera la tranquilidad en el presente y garantías para el porvenir.

—Todo, en efecto.

—Y, sin embargo, yo no puedo odiarte. Quisiera...

—¿Qué?

—Dirigirte una súplica.

—¿Y es?...

—Desearia, cuando estemos separados... pues que hemos de separarnos... recibir noticias tuyas... Esa herida...

—Ya he dicho que no tiene gravedad.

—¿Me prometes que me escribirás?

—¿Para qué?

—Para saber lo que es de tí.

—No tiene objeto. ¿No lo hemos dicho hace un instante? ¡Todo ha concluido entre nosotros!

—Sin duda; pero...

—Eso sería reavivar recuerdos penosos, renovar dolores...

—¿No quieres!

Dantenac movió la cabeza.

Matilde permanecía inmóvil con la frente inclinada hacia el suelo.

El doctor había recogido sus instrumentos y cerrado su bolsa.

Se inclinó profundamente ante la joven.

Dantenac dió un paso hacia la puerta.

—Adios—dijo.

Matilde respondió como un eco:

—Adios.

La puerta se cerró entre ellos.

En el portal se separaron los dos hombres, pero antes dijo el doctor:

—Ya ve usted... lo que yo le decía, las

mujeres son incomprensibles. Y es adorable á fe mia, ¡encantadora!...

Pedro Dantenac se llevó la mano al pecho.

No era su herida lo que le molestaba, era su corazón.

Pero no volvió la cabeza atrás.

Llegó hasta la calle y desapareció.

XI.

Rico y pobre.

Los acontecimientos que acabamos de referir habían tenido lugar en breves instantes.

El barón Mosés acababa de entrar en su hotel.

Después de una corta visita á la habitación de su hijo, bajó á su gabinete tranquilo con las declaraciones del doctor Berard.

El estado del herido no ofrecía la menor inquietud.

Causedé, que en el momento de la llegada del padre, estaba al lado de Jacobo, se había encargado de los mil detalles que forman el acompañamiento obligado de estos accidentes de familia.

Había que informar con discreción á la baronesa y á Raquel Mosés, que salían de la Opera en el momento de la catástrofe; inventar una causa cualquiera que diera la tranquilidad en el presente y garantías para el porvenir.

El viejo Mosés se había retirado diciendo al bearnés:

—Cuento con usted, ya sabe usted lo que debe hacerse.

Ya lo creo que lo sabía.

Caussedé respondió con una mirada, cuya elocuencia no dejaba nada que desear.

Aquella mirada parecía decir:

—Esté usted tranquilo, que aquí estoy yo.

Pero interiormente pensaba:

—Ocupate de tus cosas, que yo me ocuparé de las mías.

El viejo Mosés se sentó delante de su escritorio, y solo, descontento, con la mirada sombría y amenazadora, interrogaba al presente y al porvenir.

Uno y otro le inspiraban exclusivamente temores.

¡Aquella Benedetta! No le era posible triunfar de ella, y sin embargo, cada día que pasaba, sus deseos iban siendo más intolerables; se exasperaba su pasión ante los obstáculos que la virtud de la joven levantaba.

¡Aquél Dantenac también había querido encadenarle como tantos otros, y se había equivocado!

Aquel campesino se había convertido en una preocupación, una amenaza, un enemigo que poseía algunos de sus secretos.

¡Y Matilde, su hija! ¿Qué decidiría ahora que estaba enterada de todo?

¿Cuál sería su comportamiento con él?

La casualidad había querido que se enterase del secreto de su nacimiento.

Se arrepentía de aquella debilidad que podía serle tan funesta.

¿Por qué había hablado? ¿Qué fatalidad le había obligado á romper el silencio que guardaba tantos años?

¿Le perdonaría ella alguna vez aquella confesión tardía que, había causado su desesperación?

El viejo barón se perdía en un caos de conjeturas cuando el reloj dió las once.

Se levantó.

La soledad no le satisfacía.

Felizmente, la puerta se abrió y apareció en ella el fiel Próspero.

El rostro del banquero se tranquilizó.

Aquel era su confidente, el más íntimo de sus amigos quizá, si puede darse ese título á un simple criado.

—Preguntan por el señor barón—dijo.

—¿A estas horas?

—Sí, señor barón, á estas horas.

—¿Y quién es?

—El señor Dantenac.

—¡El!—exclamó el banquero, incorporándose á medias.

—El señor Dantenac insiste para ver al señor barón.

—Está bien. ¡Que entre!

Lagrippe salió un momento, y en seguida volvió á entrar, anunciando:

—El señor Dantenac.

El marido de Matilde estaba muy pálido.

do. Había perdido mucha sangre, y su herida, aunque ligera, debía hacerle sufrir horriblemente, pero se presentaba muy tranquilo y completamente dueño de sí mismo.

—¡Usted aquí!—dijo el viejo Mosés.

—Sí, señor barón.

—¡En una casa adonde ha traído la desolación!

Dantenac respondió tranquilamente:

—Suplico á usted que considere que la provocación no ha sido mía; he sido ofendido, atacado.

—¡Mentira!

—Dantenac hizo un gesto de desdén.

—La mejor prueba de ello es que he recibido dos balazos, estando sin armas, en mi casa... Pero no he venido á quejarme... Ese es un asunto que hay que ventilar más adelante entre el ofensor y el ofendido.

El joven se expresaba con gran reserva y firmeza; pero en el fondo de aquella frase había una amenaza clara, evidente.

Aquello fué una imprudencia.

El viejo Mosés arqueó sus cejas cerdosas, y al mismo tiempo sus ojos tomaron una expresión de odio venenoso.

Estaba prevenido y esto era una ventaja.

—Además—continuó Dantenac—el que ahora viene aquí, no es el marido de su protegida, sino el empleado que usted ha enriquecido, el depositario de un puesto de confianza. Como nuestras relaciones

tienen que cesar necesariamente, vengo, para concluir sin demora, á entregar mis cuentas. Debía estar en este instante camino de Lisboa... Creo innecesario advertir á usted que no me iré.

—Ya contaba con ello—dijo el banquero en tono breve.—¿Es eso todo?

—Tengo que entregar á usted el dote que me entregó al casarme.

Y arrojó sobre la mesa un papel doblado en cuatro dobleces.

—Es la renuncia á todos mis derechos.—dijo.—La señora de Dantenac podrá disponer de su fortuna como ha dispuesto de su persona.

—¿Y adónde irá usted ahora?—dijo el barón.

—Tengo algunos asuntos que arreglar.

—¿De dinero?

—Esos los primeros.

—¿Y otros?

—Sí.

Pedro Dantenac miraba cara á cara al viejo Mosés.

—Tengo una misión que cumplir—dijo.

—¿Antes de marchar?

—Antes.

—¿Puedo conocerla?

—¿Por qué no?

Los dos adversarios eran fuertes y tranquilos. Tan impasible estaba el uno como el otro.

—¿Y qué es ello?—preguntó el judío.

—Una joven de mi país ha desaparecido.

—¿Cuándo?

—Hace tres ó cuatro días.

—¿Y vivía?...

—En la calle de Visconti.

—¿Quiere usted encontrarla?

—En efecto, lo quiero.

—¿Es pariente de usted?

—Lejana; pero además era la prometida de mi hermano, Juan Dantenac...

—El guía de Luchón.

—Precisamente.

—¿Usted ignora lo que ha sido de ella?

—Lo ignoro hoy día, pero lo sabré mañana.

—¿Porque medio?

—Ese es mi secreto... Permítame usted que lo guarde.

—¿Y después?

—Trataré de arrancarla de las manos en que ha caído y la acompañaré á mi país, de donde nunca debimos salir, ni unos ni otros... Adiós, señor barón.

—¡Adiós!

No había provocación alguna en las palabras de Dantenac, nada de fanfarronería, nada más que una firme seguridad.

Saludó al barón como un duelista saludado á su adversario antes de cruzar las espadas, y se dispuso á salir.

El barón no hizo ningún esfuerzo para detenerle.

Llamó.

Inmediatamente se presentó Lagrippe.

—Acompaña al señor Dantenac—le dijo el barón.

Y añadió vivamente, en voz baja:

—Vuelve en seguida.

El normando ejecutó lo mandado con prontitud.

En cuanto apareció, le dijo el viejo Mosés:

—Hay que seguir á ese hombre; quiero saber dónde va.

El amo y el criado se entendían con media palabra.

Lagrippe se puso un abrigo gris, y salió en persecución del joven.

No era difícil alcanzarle.

Pedro Dantenac caminaba lentamente, con la mano izquierda apoyada en la herida.

En la calle le esperaba un carruaje, un alquilón pintado de amarillo, arrastrado por un caballo flemático, dotado de la paciencia necesaria á estas víctimas de la civilización.

Si Próspero hubiera estado más cerca del hombre que tenía que vigilar, hubiera oído dar estas señas al cochero:

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

Y hubiera podido ahorrarse el paseo.

Pero estaba observando la salida de Dantenac desde la portería.

El coche se puso en camino al paso á fin de evitar al herido sacudidas y estremecimientos dolorosos.

Lagrippe encendió un cigarrillo y siguió al carruaje como un paseante distraído que toma el fresco de la noche.

Mientras tanto, el viejo Mosés, con los

codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, meditaba.

¡Aquel Dantenac era un peligro!

El judío se repetía esta frase con el estupor del condenado que ve en su último sueño, intermitente, lleno de espectros, la silueta amenazadora del verdugo.

Benedetta tenía á aquel hombre por defensor.

Todo desaparecía para el viejo Mosés delante de esta idea; su hijo herido, su hija Raquel condenada por los médicos; la otra, Matilde, irritada contra él, el escándalo de la calle del Circo y el drama de incesto involuntario causado por su disimulo y sus mentiras.

Un ligero ruido le sacó de sus meditaciones.

Era el normando que volvía.

—Y bien...—preguntó el barón.

—Ha seguido á ese Dantenac.

—¿Dónde vive?

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

—Está bien... mañana... dirás que venga Brichard.

El banquero se levantó; sus cejas se juntaban; su frente estaba cubierta de profundos surcos; estallaba su indignación contra aquel desgraciado que se había atrevido á desafiarse en su propia casa, despreciando todo su poder.

Y Lagrippe, que le seguía con la mirada, le vió volverse en la puerta de su gabinete, repitiendo:

—¡Hasta mañana!

XII

Menudencias.

A las ocho de la noche, cuando las modistas y los jornaleros se dirigen apresuradamente á su casa en busca de la cena, el padre Jeromo, plantado en el portal de su casa, con la pipa entre los labios, contemplaba melancólicamente la calle desierta, cuando dió un paso atrás como si hubiese distinguido en la extremidad, hacia la calle Bonaparte, la propia cabeza de Medusa.

Era el marqués Huberto de Causседé, que acababa de aparecer.

El padre Jeromo se vió obligado á esperar al propietario.

Sentía vivísimos deseos de largarse.

¡Imposible!

Al mismo tiempo que el marqués, llegó el cartero, que sacando un sobre le entregó al portero, diciendo:

—Para la señorita Soubére.

Y siguió andando.

—¿Y qué tal sigue la señorita Soubére—preguntó Causседé al sastre, que hubiera querido ser el demonio, tanto más cuanto que el marqués tenía un aspecto excesivamente burlón.

—Supongo que bien, señor marqués.

—¿Cómo que lo supone usted, señor Jeromo?...

—Naturalmente, señor marqués.

codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, meditaba.

¡Aquel Dantenac era un peligro!

El judío se repetía esta frase con el estupor del condenado que ve en su último sueño, intermitente, lleno de espectros, la silueta amenazadora del verdugo.

Benedetta tenía á aquel hombre por defensor.

Todo desaparecía para el viejo Mosés delante de esta idea; su hijo herido, su hija Raquel condenada por los médicos; la otra, Matilde, irritada contra él, el escándalo de la calle del Circo y el drama de incesto involuntario causado por su disimulo y sus mentiras.

Un ligero ruido le sacó de sus meditaciones.

Era el normando que volvía.

—Y bien...—preguntó el barón.

—Ha seguido á ese Dantenac.

—¿Dónde vive?

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

—Está bien... mañana... dirás que venga Brichard.

El banquero se levantó; sus cejas se juntaban; su frente estaba cubierta de profundos surcos; estallaba su indignación contra aquel desgraciado que se había atrevido á desafiarse en su propia casa, despreciando todo su poder.

Y Lagrippe, que le seguía con la mirada, le vió volverse en la puerta de su gabinete, repitiendo:

—¡Hasta mañana!

XII

Menudencias.

A las ocho de la noche, cuando las modistas y los jornaleros se dirigen apresuradamente á su casa en busca de la cena, el padre Jeromo, plantado en el portal de su casa, con la pipa entre los labios, contemplaba melancólicamente la calle desierta, cuando dió un paso atrás como si hubiese distinguido en la extremidad, hacia la calle Bonaparte, la propia cabeza de Medusa.

Era el marqués Huberto de Caussédé, que acababa de aparecer.

El padre Jeromo se vió obligado á esperar al propietario.

Sentía vivísimos deseos de largarse.

¡Imposible!

Al mismo tiempo que el marqués, llegó el cartero, que sacando un sobre le entregó al portero, diciendo:

—Para la señorita Soubére.

Y siguió andando.

—¿Y qué tal sigue la señorita Soubére—preguntó Caussédé al sastre, que hubiera querido ser el demonio, tanto más cuanto que el marqués tenía un aspecto excesivamente burlón.

—Supongo que bien, señor marqués.

—¿Cómo que lo supone usted, señor Jeromo?...

—Naturalmente, señor marqués.

—¿La ha visto usted esta mañana?

—No, esta mañana, no, señor marqués.

—¿Es ará en el almacén, verdad?

El buen hombre se ahogaba.

—En su almacén.... creo que no, señor marqués.

—Sin embargo, hace dos días que debe haberse presentado. La maestra me avisó. Era cosa convenida. Pasaré por allí cuando vuelva á casa.

—Se me figura que el señor marqués hará un viaje en balde.

El bearnés interrogó al sastre con sus azules y penetrantes ojos.

—¡Ah! padre Jeromo—dijo,—¿es que usted quiere burlarse de mí?

—¿Señor marqués!

—Hace cinco minutos que no hace usted más que decir tonterías. ¿La señorita Soubère esta aquí, sí ó nó?

—¡No, señor marqués!

—¿Cuándo se ha marchado?

—El domingo, señor marqués.

—Es decir, que hace tres días.

—Eso es.

—¿Y usted no ha vuelto á verla?

—No, señor.

—Sin embargo, yo la había recomendado bien.

—Es cierto...

—¿Y ni siquiera ha podido usted avisarme de su marcha?

—No me atrevía...

—¿Su conciencia no le acusa?

El buen hombre no respiraba.

Caussedé le sacó de su embarazo.

—Al hecho—dijo;—no tengo necesidad de que usted me diga nada... Todo lo comprendo. Han encontrado la pista de esta desgraciada y la han perseguido hasta esta casa donde yo la creía en seguridad. Le han ofrecido á usted dinero... y trato hecho, ¡la ha vendido!... Al menos, que yo sepa toda la verdad.

—¡Pero, si yo no estoy enterado, señor marqués!

—No mienta usted.

—Le juro á usted que no.

—¡Han arrastrado á esa desventurada niña á algún peligro!

—Eso es seguro.

—Piénselo usted bien; usted lo sabe todo.

—¡Le digo que no, señor marqués!

El desgraciado sudaba la gota gorda.

Y faltó de salida, acordándose de lo que había dicho á la señora Piot cuando volvió de dejar á la pequeña, y aprovechando que la viuda aparecía en aquel instante por la escalera, gritó:

—Mire usted; si quiere poner las cosas en claro, pregúnteselo á esa vieja; todo lo sabe; ¡ella es la que lo ha hecho!

El marqués no tuvo necesidad de largas explicaciones.

Acabó de conquistar al portero, diciéndole:

—¿He aquí el misterio! Ya sabía yo que el bravo Jeromo era incapaz de semejante cobardía.

Y entonces, con vivacidad calculada, cogió á la viuda por un brazo, la metió casi á la fuerza en la portería y se encerró con ella, diciendo:

—¡Ahora nos vamos á ver las caras!

La señora Piot tenía una frente de esas que no saben enrojecer.

Además, veintiseis mil francos en el bolsillo dan, aun á los más tímidos, una serenidad imperturbable.

La viuda se sentía independiente. Tenía el dinero; era lo principal.

Se encogió de hombros desdeñosamente, y aludiendo al sastre, dijo:

—Ya veo que ese... imbécil me ha hecho traición. No aprovecha para nada. Pero si usted cree que yo me arrepiento de lo que he hecho, se equivoca. Conmigo ó con otra, la cosa se hubiera hecho, esté usted seguro.

—¿De manera que ha recibido una buena recompensa?

—¡Ya lo creo! ¡Un Mosés! No hay nada que le resista...

—¿Entonces ha sido el barón?

—No tengo ningún inconveniente en decirlo.

El bearnés no se incomodó. Estudiaba á la viuda para ver por dónde debería atacarla.

La viuda continuó:

—Usted sabe que nos había hablado de un señor inmensamente rico que buscaba á la joven en cuestión.

—Eso es; perfectamente exacto.

—Después que usted se fué, aquello me tuvo muy preocupada. Soñé toda la noche con aquel viejo millonario. Yo no hubiera dado un paso por buscarlo, eso no; pero tenía el presentimiento de que él había de venir á mí.

—¿Y ha venido?

—Como se lo digo á usted. Tiene á sus órdenes numeroso personal. Por de pronto, vino un hombre alto, con grandes bigotes, que no hizo más que anunciarme la llegada del otro. En cuanto oí su nombre no cabía en mí de gozo. ¡El barón Mosés!... Aquello era el premio gordo, que me caía de las nubes... ¿Usted le hubiera dado con la puerta en las narices?... Francamente... ¿lo hubiera usted hecho?

—Contínúe usted; esto es muy interesante.

—Yo — siguió diciendo la viuda con idolatría, — cuando supe que llegaba, hubiera extendido una alfombra en el portal y en la escalera, como hacen en provincias cuando pasa la procesión; pero... francamente, no me lo permitían mis medios.

—¿Y vino?...

—En persona. ¿Quiere usted que le diga cómo es?

—Es inútil, le conozco.

—No es hermoso, más bien es feo; pero con su dinero siempre resulta agradable, ¿no es verdad?...

—Bueno, bueno. Y ¿qué pasó?

—Me preguntó y... mire usted, he guar-

dado bien la consigna, me atrevo á decirlo. Usted me recomendó que no le mentara para nada....

—En efecto.

—Pues no le he dicho una palabra... El barón me hizo mil preguntas para saber cómo había entrado en la casa la pequeña... Yo contesté: «como todo el mundo... alquilando una habitación». No le he mentado á usted más que al gran turco. En seguida quiso verla....

—Y entonces?...

—Subió á su cuarto. Estuvo allí bastante rato. La entrevista ha debido ser tempestuosa...

—¿Lo cree usted así?

—Estoy segura, porque al bajar traía el viejo una cara de condenado... Entonces es cuando me dijo que al día siguiente, sin falta, me pasara por su casa. Ya comprenderá usted que fui vestida con el fondo del arca...

—¿Y la prepararon ustedes una trampa?

—No puedo decir que no, pero no es lo que usted se supone. Ha sido poca cosa, y en el fondo bastante inocente.

—Veamos, cuente usted.

El marqués se había acercado á una mesa y apoyaba la barba en sus puños.

La viuda estaba al otro lado, con las manos en la tabla y el cuerpo inclinado hacia delante.

Parecían los mejores amigos del mundo.

—La comisión que el barón me propuso —continuó la viuda —era muy sencilla

Se trataba de conducir á esa joven á una casa, bajo pretexto de una colocación ventajosa, señorita de compañía, por ejemplo. Su ayuda de cámara...

—¿Próspero?

La señora Piot contempló al marqués con asombro.

—Sí, Próspero, un nombre fácil de retener. ¿Le conoce usted, por casualidad?

—Mucho. Por eso es por lo que quiero que mi nombre no suene.

—¿Por qué?

—Es una idea mia... Sigamos... Decía usted que Próspero...

—Es el barón quien habla. Próspero me daría las instrucciones. Yo no tenía que hacer más que seguirlas. La cosa era excelente. Una ocupación de dos horas, y después, amigo mio, ya tenía la tranquilidad asegurada para el resto de mi vida.

—¡Caramba!

—¿Entiende usted bien? ¡Por el resto de mi vida! Esto era un sueño... Francamente, esas cosas no se reusan.

—No, á fe mia—dijo Caussedé casi convencido.

—El señor Próspero me dió las señas; hablé á la joven...

—¿Y?...

—El domingo, cuando el Gran Premio, dimos nuestro paseo. No fué tan fácil... La pequeña pretendía que se había comprometido, que debía entrar en un almacén; pero la hice comprender que una visita no comprometía á nada, y cedió.

—¿Y ha cobrado usted?

—Ya lo creo, en dos veces.

—Un adelanto al principio...

—Y el resto después.

—La felicito. ¿Está usted satisfecha?

—Así, así. Si he de decir la verdad, yo esperaba más.

—¿No habían señalado ustedes precio?

—¡Ay! eso es lo sensible.

—Me asombra eso en una persona inteligente como usted.

—Ya lo he pensado.

—¿Y cuánto ha sido?

—No tengo por qué ocultarlo. Veintiseis mil.

La señora Piot hizo una mueca de desprecio.

—Yo hubiera querido treinta—añadió.

—Con treinta estaría encantada.

—Efectivamente, era una suma redonda muy aceptable—dijo el bearnés con su cómica gravedad.

—¿Verdad que sí?

—¿Y ha sido Próspero quien la ha pagado?

—La segunda vez, sí. Trece mil francos.

Causedé pensó:

—El bribón habrá sacado su escote.

Pero no lo dijo.

Miró cariñosamente á la viuda y prosiguió:

—Con veintiseis mil francos se pueden hacer muchas cosas.

—Sí, viajar sobre todo.

—Se lo iba á aconsejar á usted.

—Es lo que me propongo hacer... No tengo nadie que me estorbe...

—Sí, será lo prudente.

—¿Y usted me tendrá mala voluntad?

Causedé sonrió como un bienaventurado.

—¡Caramba!—dijo—algún motivo tengo; pero puesto que es cosa hecha... La tentación era demasiado fuerte... En resumen: el culpable es el barón, que ha venido á buscarla á usted... Ahora que nada tiene usted que esperar de él, quisiera que me prestara un buen servicio.

—¿A usted?

—A mí.

—Con el mayor placer, si es posible.

—Es muy sencillo. ¿Dónde ha llevado usted á esa pobre Benedetta?

—¡Caramba! Eso no sé si lo debo decir.

—¿Por qué no? Ya está hecho todo. Usted tiene el dinero, y seguramente no han de venir á quitárselo.

—Tiene usted razón; pero ¿me guardará usted el secreto?

—Como usted ha guardado el mio.

—Entonces, todo va bien. A casa de una condesa de Lanrose.

—¿Lanrose?...—repitió el marqués.—Nunca he oído pronunciar ese título.

—En el parque de Neuilly.

—¿Boulevard d'Argenson.

—¿Conoce usted la casa?

—Perfectamente.

—¡Usted lo sabe todo!

—Sé muchas cosas... ¿En esa casa, usted no ha visto tal condesa?

—No.

—Es que no existe. ¿Y la pobre niña, se ha quedado allí?

—Sí.

—¿Está todavía?

—Eso no lo sé.

—¿Ha oído usted alguna cosa más?

—Nada más.

Caussedé se levantó, salió á la puerta, llamó con una seña al sastre, que esperaba el resultado de aquella conferencia.

El buen hombre entró.

—Pues bien—dijo el marqués,— todo está arreglado. La cosa no es tan grave como parecía. Ya son ustedes ricos los dos. Lo que deben hacer, á mi juicio, es disfrutar juntos de la riqueza.

—¿Lo cree usted así?—dijo el padre Jeromo asombrado.

—Esa es mi opinión. Cada uno tiene sus pequeños defectos; y como ha dicho muy bien la excelente señora Piot, la tentación era muy fuerte. No se resiste á un barón Mosés.

La señora Piot hubiera abrazado al marqués por estas palabras.

Aquello era su rehabilitación.

Caussedé cogió la carta dirigida á Benedetta y la guardó en un bolsillo.

—Yo trataré de avisarla—dijo—sin comprometer á nadie. No se inquiete usted, y hasta muy pronto.

El marqués iba á retirarse, cuando se volvió á los porteros, diciendo:

—Todos los pecados serán perdonados, con una condición.

—¿Cuál?—dijo la viuda.

—Que me sigan ustedes teniendo al corriente de todo lo que ocurra.

Y añadió con una intención que no se escapó á la honrada señora Piot:

—Es preciso que la policía no se entremeta en estos asuntos; podría no ser tan indulgente como yo. Por supuesto, de mí, ni una palabra..

—¡Entendido!

Al salir examinó el sobre de la carta.

A primera vista se comprendía que estaba escrito por una mujer poco ilustrada.

—Tanto peor—dijo el marqués,— si profano la correspondencia de esta desgraciada. ¡Bien sabe Dios que es por ella!

Desgarró el sobre, que llevaba el timbre de las Clays.

La carta contenía solo estas dos líneas:

«Espero que venga usted el domingo. El niño no está bueno. He avisado al médico. Venga sin falta.»

El marqués tuvo un triste presentimiento.

Entró en un café. Escribió algunas palabras y las hizo llevar al hotel Louvois.

Caussédé decía á Pedro Dantenac:

«Conozco la casa donde Benedetta está secuestrada.

»Voy á estudiar los medios de entrar, y ya iré á verle.

»Cuente usted conmigo, como con usted mismo.

»Hasta muy pronto.»

Y dirigiéndose al barrio de Saint Honoré pensaba:

—¡Pobre madre! ¿Cómo advertirla? ¿Será tiempo todavía?

XIII

Consecuencias.

Serían próximamente las doce del día. Loiseleur, uno de los guardas que custodiaban el dominio de Plessis-Mortcerf, el que como sabemos tenía á su cuidado al pequeño Andrés, el hijo del incesto entre Matilde y Jacobo Mosés, volvía á su caseta después de la excursión de la mañana.

Abandonando su carabina, sentado en un ancho sillón de paja encarnada y amarilla, á la inglesa, hacía saltar sobre sus rodillas al pequeño Andrés, que le tiraba de los bigotes, y sonreía á su mujer, diciendo:

—Va á ser un buen mozo este bribón.

La señora Loiseleur le hacía coro, diciendo:

—Sí que es guapo, y está creciendo á ojos vistos.

—¡Caramba! si tiene á quien parecerse, pues su madre es bien guapa y muy buena.

En casa de los Loiseleur no se hablaba nunca del padre.

Los Mosés no eran muy queridos entre aquellas honradas gentes.

La joven Matilde podía tener sus defectos, sus vicios quizá, ¡pero era tan graciosa, tan sencilla!

¡No tenía orgullo!

Esta es una cualidad superior.

El buen Loiseleur, después de comer un buen trozo de carne y un enorme pedazo de pan, con su gran trago de vino y su taza de café, cogió su carabina, se ajustó su túnica como militar correcto, y salió, diciendo á su mujer:

—Si alguien viene á buscarme, di que estoy dando una vuelta por el coto de Neufmontiers y por la granja de Beauvoir.

Dando un beso al pequeño, que se entretenía con un gran caballo de cartón, se puso en marcha.

La señora Loiseleur, luego que se retiró su marido, se entregó á sus ocupaciones, que por el momento consistían en desgranar un montón de guisantes de su huerta.

Bruscamente se levantó, roja de placer.

Caussédé decía á Pedro Dantenac:

«Conozco la casa donde Benedetta está secuestrada.

»Voy á estudiar los medios de entrar, y ya iré á verle.

»Cuente usted conmigo, como con usted mismo.

»Hasta muy pronto.»

Y dirigiéndose al barrio de Saint Honoré pensaba:

—¡Pobre madre! ¿Cómo advertirla? ¿Será tiempo todavía?

XIII

Consecuencias.

Serían próximamente las doce del día. Loiseleur, uno de los guardas que custodiaban el dominio de Plessis-Mortcerf, el que como sabemos tenía á su cuidado al pequeño Andrés, el hijo del incesto entre Matilde y Jacobo Mosés, volvía á su caseta después de la excursión de la mañana.

Abandonando su carabina, sentado en un ancho sillón de paja encarnada y amarilla, á la inglesa, hacía saltar sobre sus rodillas al pequeño Andrés, que le tiraba de los bigotes, y sonreía á su mujer, diciendo:

—Va á ser un buen mozo este bribón.

La señora Loiseleur le hacía coro, diciendo:

—Sí que es guapo, y está creciendo á ojos vistos.

—¡Caramba! si tiene á quien parecerse, pues su madre es bien guapa y muy buena.

En casa de los Loiseleur no se hablaba nunca del padre.

Los Mosés no eran muy queridos entre aquellas honradas gentes.

La joven Matilde podía tener sus defectos, sus vicios quizá, ¡pero era tan graciosa, tan sencilla!

¡No tenía orgullo!

Esta es una cualidad superior.

El buen Loiseleur, después de comer un buen trozo de carne y un enorme pedazo de pan, con su gran trago de vino y su taza de café, cogió su carabina, se ajustó su túnica como militar correcto, y salió, diciendo á su mujer:

—Si alguien viene á buscarme, di que estoy dando una vuelta por el coto de Neufmontiers y por la granja de Beauvoir.

Dando un beso al pequeño, que se entretenía con un gran caballo de cartón, se puso en marcha.

La señora Loiseleur, luego que se retiró su marido, se entregó á sus ocupaciones, que por el momento consistían en desgranar un montón de guisantes de su huerta.

Bruscamente se levantó, roja de placer.

Una joven muy elegante, esbelta, y vestida con un delicioso traje negro, entraba en la sala.

Era la señora de Dantenac.

—¿Usted aquí?—dijo la buena mujer.—

¡Vaya una sorpresa! No la esperaba hoy.

¿Cómo ha sido venir?

Matilde se explicó:

—Mi marido se ha marchado antes de lo que yo me figuraba, y me ha dejado en París por unos días. ¡Ya ve usted si estaré contenta! Así es que me he aprovechado de esta libertad para ver á mi hijo...

Le cogió en sus brazos y le estrechó contra su pecho con frenesi.

—¡Mi pobre Andrés!—continuó.—¡Tengo tan pocas ocasiones de estar con él desde hace algun tiempo!

Le cubría de besos, y el niño, acostumbrado á sus caricias, estaba muy tranquilo cogiendo la cabeza de su madre y abrazándola á su vez.

—Llámame mamá, ya sabes que me gusta mucho.

Matilde entró en explicaciones, diciendo que se había escapado sin decir nada, y un coche le había dejado en las inmediaciones del bosque de Neufmontiers.

—Pero, ¿no ha dicho usted que vuelva á buscarla?

—No.

—¿Entonces tiene usted que volver á pie á la estación?

Matilde pareció asombrada, como si

efectivamente se la hubiera olvidado.

Pero en seguida encontró el remedio.

—Bueno, almorzaré aquí. Eso será para mí una gran alegría.

La mujer del guarda balbució:

—Yo me alegro mucho... ¡pero es tan tarde! Ya sabe usted que nosotros tenemos poca cosa.

—Yo me contentaré con muy poco.

Y de pronto:

—Pero qué tonta soy; puede usted ir en un momento al castillo; allí no falta nada.

—¡Oh! no; pero entre ir y volver tardaré lo menos hora y media, y tendrá usted que esperar.

—¿Qué me importa? No tengo ninguna prisa.

—Pues ya que voy, avisaré para que venga un coche á recogerla y la lleve á Tournan ó á Gretz... á las seis; ¿le parece á usted bien?

—Perfectamente.

La buena mujer se retiró, llevando una cesta para traer las provisiones.

No tenía ninguna inquietud.

¿Por qué podría tenerla?

¿Qué cosa más natural que aquella visita de una mujer que aprovechaba su libertad para pasar unas horas en compañía del hijo de su amor, que se veía obligada á ocultar á todo el mundo?

Cuantos la conocían adoraban á la joven, instintivamente, como se adora á un rayo de sol.

A Jacobo Mosés le sucedía lo contrario. No agradaba á nadie.

La señora Loiseleur se puso en camino, acordándose del pequeño y compadeciéndose á la madre, cuyos dolores conocía.

Caminando en medio del bosque, lleno de perfumes deliciosos, estaba muy lejos de pensar en un drama.

¡El drama, sin embargo, se aproximaba!

La vispera, después de marcharse su padre, Matilde había permanecido abatida por aquel tremendo golpe, sumida en una verdadera postración.

Parecía que todo se derrumbaba á su alrededor.

La doncella, Estefanía, viendo que no salía, fué, al cabo de un rato, á ponerse á sus órdenes.

La despidió, diciendo que no tenía necesidad de nada, y quería estar sola.

Durante una eterna noche trató de buscar una salida para aquella situación, que no la tenía.

Veía delante de sí un porvenir de desolación, una vergüenza inmensa, remordimientos aterradores como el infierno y el vacío en todas partes.

Su amor, aquel desvarío de los sentidos, aquella atracción por la fortuna inmensa que todo lo dominaba, la causaba horror.

Se decía que la sería imposible volverse á encontrar en presencia de su amante.

De pronto, como los fumadores de opio, tuvo una visión, la visión de lo desconocido, de ese país misterioso que una imaginación enfermiza puede embellecer, de ese lecho misterioso donde todos los dolores se olvidan, de la tumba, en una palabra.

¡Y por qué no, después de todo!

Aquello era el olvido, la salvación de aquel tormento horrible que encontraba insoportable, y del que quería librarse á cualquier precio, el único refugio que se la ofrecía.

Como la mayor parte de las gentes del mundo, estaba en posesión de un arma terrible, de una droga que causa innumerables estragos, y la tentación de servirse de ella debía triunfar en el estado de abatimiento en que se encontraba.

Desde que la nodriza dió algunos pasos dirigiéndose al castillo, Matilde dió principio á sus preparativos.

Lanzó una mirada de piedad al niño que tenía en sus rodillas, y le dejó en el suelo.

Después buscó una pluma y se puso á escribir nerviosamente.

«Señor:

»Ayer no se lo dije á usted todo, no me atreví.

»Hay confesiones tan dolorosas, que se retrocede delante de ellas como delante de un obstáculo insuperable.

»Sin embargo, ha llegado el momen-

to de que sepa usted toda la verdad.

»De la union monstruosa que usted conoce, tengo un hijo que tiene dos años y medio.

»Le llevo conmigo al país donde voy á buscar un refugio contra la suerte que usted me ha proporcionado.

»¡Adios, señor! ¡No me atrevo á decir mi padre!

»¡Lo ha sido usted tan poco para mí, que no quiero darle ese nombre!

»Adios, por su pobre nieto y por mí.

»Cuando reciba usted esta carta, que escribo corriendo porque tengo miedo de ser sorprendida, estaremos uno al lado del otro, frios y sin vida en la casa de los Loiseleur.

»Deseo ser enterrada al lado de las ruinas de la iglesia de Fadrey, en el viejo cementerio abandonado entre los arbutos y las flores silvestres.

»Este terreno es de usted, y es el único favor que le pido.

»Adios y que no le amargue mi recuerdo.

»MATILDE.»

La joven escribió esta despedida con irritación creciente, con verdadera cólera contra aquel hombre que hubiera podido librarla de tantas desgracias en un momento de franqueza.

¿Por qué tantas mentiras? ¿Por qué aquella sequedad de alma que había permitido á un padre permanecer frío y si-

lencioso delante de su hija, cuando tan feliz hubiera podido hacerla con solo una palabra?

Evitaba cuidadosamente acordarse de Jacobo Mosés.

Había venido á ser para ella uno de esos objetos que repugnan, y cuyo recuerdo atormenta el espíritu.

Mientras tanto las agujas del reloj, colocado en la sala, giraban con rapidez. El péndulo dejaba oír su tic-tac monótono y regular que parecía medir el tiempo con una velocidad abrumadora.

¿Por qué el hombre, cuando se condena con su propia voluntad, aprecia en tanto sus últimos instantes, como última concesión que quiere aprovechar por completo?

Matilde se volvió hacia el niño, que estaba ocupado con sus juguetes y no se acordaba de ella.

Le cogió la mano, una linda mano morena adornada con preciosos hoyuelos.

Bruscamente el niño levantó la cabeza y la miró.

La joven sufrió un estremecimiento convulsivo.

El parecido era extraordinario.

Aquellas eran las facciones, la mirada sombría y los cabellos del padre.

Miró por última vez los techos del castillo de los Mosés, que brillaban á lo lejos con resplandores de incendio, y cogiendo á su hijo de la mano, subió con él á la habitación alta.

El niño se puso á llorar.

¿Por qué?

Quizás porque su nodriza tardaba demasiado, y aquella hermosa señora que veía de tarde en tarde, le inspiraba menos cariño que la mujer que constantemente tenía á su lado, quizás también porque le habían separado de sus juguetes.

La habitación era bonita, casi coqueta:

La cama estaba cubierta de una gran colcha color malva, regalo de Matilde, y en un rincón estaba la cuna de Andrés, cubierta por cortinas de seda azul.

La madre había tenido cuidado de adornar el nido de su hijo. Su corazón se oprimió al entrar en esta habitación, de la que no pensaba salir viva.

El niño se tranquilizó con las caricias de la madre, que la decía cariñosamente, mientras le estrechaba contra su pecho:

—No temas nada... Ahora vamos á dormir.

Ni una sola vez, ni aun escribiendo la carta de despedida, ni aun pensando en su hijo, habían vertido sus ojos una lágrima.

Estaban secos, fríos, casi helados.

Caminaba á su fin, obstinadamente, con valor, con una inflexible rigidez.

Sus instintos de mujer elegante no la abandonaron un momento.

Se puso hermosa para morir, casi tanto como se ponía para el amor.

También se ocupó de su hijo; le puso un vestido nuevo y le arregló sus cabellos.

El pequeño Andrés, asombrado, la preguntaba con su encantadora media lengua:

¿Dónde vamos?

Y ella le contestó sonriendo:

—Ahora verás.

Nadie podía impedir el crimen de una madre dando muerte al hijo á quien había dado el sér.

Los pájaros venían familiarmente á posarse en el balcón, y volaban con pequeños chillidos de alegría.

Cuando Matilde estuvo dispuesta, vertió en un vaso algunos dedos de un licor incoloro, sin olor, y con mano firme lo aproximó á los labios de su hijo.

—Eebe—ordenó.—Es muy bueno.

El niño obedeció.

—Sí que está bueno—dijo.

Matilde sonreía.

—Al menos—pensaba—no sufrirá.

Y bruscamente, cuando el niño se detuvo para respirar, cogió el vaso, y vació el resto de un trago.

—Todo ha concluido — pensó.—Solo Dios podría salvarnos, y seguramente no querrá.

¡Dios! ¿Por qué acudía á sus labios esta palabra? Ella no creía en El, y lo más que hacía era preguntarse si existía y si se ocupaba de nosotros.

Nunca había oído celebrar más poder que el del oro, al que adoraban cuantos la habían rodeado, que vivían proclamando su gloria.

Además, ¿cómo hubiera podido encontrar tiempo de pensar en Dios?

Su juventud había sido un largo sueño, en medio de una continua orgía, en constante lucha de vanidades, de aturdimientos, de bailes, de viajes, de fiebre y de agitación.

El despertar era horrible.

Pero la joven no vaciló un momento, y tomó su partido con decisión.

El medio que había elegido era infalible.

El terrible veneno debía obrar con la rapidez del rayo.

Acababa apenas de apoyarse en la vidriera para contemplar por última vez el opulento paisaje por el que había dado tantos paseos, cuando sintió que el niño vacilaba y se cogía á su falda—sin murmurar una queja.

Matilde le miró.

Sus ojos se agrandaban enormemente.

Sus pupilas se habían dilatado, su mano estaba fría, su respiración, irregular y acelerada.

Volvió atrás espantada llevando al niño entre sus brazos.

La cabecita de Andrés se inclinó sobre el hombro de la madre.

Ya se lo había anunciado, iba á dormir.

Matilde, al mismo tiempo, sufría una irresistible tendencia al sueño.

Trató de resistir.

Pero sus ojos se cerraban á despecho de sus esfuerzos; sus piernas se negaban

á sostenerla; su cabeza la pesaba horriblemente; sombras confusas pasaban delante de sus ojos.

—Ya—murmuró.

Entonces se tendió sobre el lecho conservando á su hijo entre sus brazos.

El inocente debía pasar de la vida á la muerte sin sentirlo.

Un ligero espasmo sacudió su pequeño cuerpo, que en seguida permaneció inmóvil.

La madre tuvo valor para mirarle, y besándole en la frente se puso á temblar como la hoja en el árbol.

El horror de su crimen la espantaba.

¡Todo había concluído!

Dejó caer su cabeza sobre el almohadón.

Media hora más tarde, cuando la señora Loiseleur entró con la cesta en el brazo, se extrañó del silencio de la casa,

Nada de risas de niño; nada de crugido de sedas.

Llamó con voz inquieta.

Nadie le respondió.

Sobre la mesa, muy á la vista, había una carta con esta dirección:

«Para entregar al barón Isaac Mosés.»

—Es muy extraño—pensaba la buena mujer.

Entonces llamó de nuevo por fuera.

El mismo silencio.

Subió á la habitación alta.

Con los cabellos en desorden, y el rostro sonriente, Matilde parecía dormir al

—De lo que ha pasado.

—¿Y de quién?

—¡De ese Dantenac, pardiez!

Brichard sonreía. Estaba más alegre que de ordinario.

Lagrippe se extrañaba.

—Yo creo que quien debía estar quejoso es el pobre mozo. Le han birlado la dama—dijo Brichard.

—Y el dote—añadió Lagrippe.

—Sí, la dama y el dote. La mujer era de primera, y el dote no era flojo: pero el hombre se ha enterado de que el joven señor comía la fruta de su huerto, y se ha ido á la empinada... ¡La cosa no puede ser más natural!

—Sin duda—dijo el normando.—Pero eso no impide que se haya portado como un salvaje, y el amo tiene miedo de que vuelva á empezar... Por eso...

—¿Por eso, qué?—preguntó Brichard.

—Pues quisiera ponerle en situación que no lo pudiera hacer.

—¡Demonio!—dijo en voz alta el polizonte.

Y por lo bajo pensaba:

—Mira, mira. El padre y el hijo han tenido la misma idea. No pueden parecerse más.

Y mirando á Lagrippe, que llenaba de nuevo su vaso, dijo:

—¿Qué, te ha hecho confidencias el barón?

—Ya lo ves.

—¿Esta mañana?

—Sí, esta mañana, bien temprano.

—¿Entonces, tiene prisa?

—En efecto.

Brichard pensaba:

—En todo igual que el joven barón. Tal padre, tal hijo.

Pero se calló.

Tenía muy buenas razones para callarse, contantes y sonantes, y esperanzas además.

Brichard prosiguió:

—Veamos, claramente, ¿qué es lo que quiere?

—Es muy penoso de explicar.

—¡Qué tonto eres!

—A fe mía, no me atrevo.

—¡Corazón tímido! ¡Atrévete!

—Sea; pero ya comprendes que quien habla es el barón.

—Perfectamente entendido.

—Pues bien... Quiere suprimir á ese Dantenac.

—¡Caramba!

—Como lo digo.

—¿De una vez?

—De una vez.

—¿Por qué medio?

—Por el medio que quieras.

—Suprimir es matar.

—Hombre, ¡qué crudeza!

—Y eso hay que reflexionarlo.

—El barón asegura que eso se hace todos los días y en todos los países.

Brichard pensaba:

—Exactamente lo mismo que su hijo.

Lagrippe añadió:

—Sostiene además, que eso es sencillamente una cuestión de dinero.

—No digo que esté equivocado. ¿Y ha dicho algo del precio?

—Eso lo deja á nuestra discreción.

—¡A nuestra discreción!—repitió Brichard.—Entonces es que piensa que nos encarguemos del asunto.

—Probablemente.

—Es muy grande el honor que nos hace.

—No estás obligado á aceptar.

—Ya lo sé. Pero en fin, ¿ha dicho alguna cantidad?

—Por encima, sin concederle importancia... ¿Qué le cuesta á él el dinero?

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta ó doscientos mil francos...

Brichard se mordió los labios.

—Siempre como Jacobo—pensaba.—Podría creerse que son dos cuerpos con una sola alma.

—¿Y á tí que te parece esto, Brichard?—preguntó el normando.

—Pues yo creo que esa cifra es aceptable para otros; pero que el barón puede dar más.

—¡Peste! Eres difícil de contentar.

—Si doblara la suma, podríamos partirla y retirarnos á disfrutarla con tranquilidad.

—Ya lo creo que me iría.

—Pues lo que es yo...

—Únicamente que la operación es escabrosa.

Lagrippe iba á exponer su proyecto, que era bastante maquiavélico, guardarse los cuartos y no hacer nada; pero el polizonte apoyó los codos sobre la mesa, y mirando maliciosamente á su compinche, dijo:

—Veamos, amigo mío; no hay que asustarse por tan poca cosa. Lo que el barón quiere, después de todo, es el *abc* del oficio... No se ganan cientos de miles de francos paseándose con el bastón en la mano ó llevando cartitas amorosas... Un quidam molesta al barón Mosés, y quiere deshacerse de él; es una cosa bastante lógica. Cuando se tienen tantos millones, es para poderse ver libre de estas tareas enojosas, pagándosele á los demás... Si no se hubiera dirigido á nosotros, encontraría en un cuarto de hora más de diez bribones que se encargarían del asunto y se guardarían los cuartos en nuestras barbas...

—¿De manera?...

—Que yo creo que es necesario aceptar...

Brichard dió su opinión con una tranquilidad, que hizo reflexionar al normando.

Lagrippe tenía vicios de marca mayor; su probidad dejaba que desear enormemente, y no hubiera retrocedido ante toda clase de engaños para aumentar su peculio; pero no tenía corazón para asesinar...

nar á un hombre detrás de una esquina.

Se rascaba la barba con embarazo.

Brichard continuó:

—Ya comprenderás que esta es una ocasión que debemos coger por los cabellos. Doscientos ó trescientos mil francos no se encuentran á cada paso.

Y añadió, más bajo:

—Sin contar con que más adelante podremos explotar al barón. ¡Estos servicios no se pagan de una sola vez!

Lagrippe trataba de hacer objeciones.

—¡Pero es cosa difícil! — decía.

El polizante hizo un gesto de piedad.

—Tú no entiendes de eso — replicó. — No pasa día sin que muera algún pobre diablo, de quien no se vuelve á hablar más.

—Pero es que Dantenac no es un desconocido.

—Seguramenté; pero no le faltan razones para estar disgustado de la vida, expatriarse ó destruirse... ¡Desaparecer, en una palabra!

—Es claro como la luz del día... ¡Hizo una boda soberbia!... El, un campesino, un empleado sin una peseta, se casó con una mujer hermosa y rica, de la que estaba perdidamente enamorado... Al principio todo iba bien; luego, al cabo de algún tiempo, se apercibió de que su mujer le engañaba... Tuvo lugar una terrible escena con el amante. ¡Escándalo, lucha, raptura!... Ya comprenderás en qué estado se encontraría el marido... Recibe un buen golpe, se le arroja al Sena... es un

suponer... ¡Vaya usted á saber cómo ha sucedido!

—¿Y tú harías eso?

Brichard tuvo un estremecimiento de orgullo.

—En verdad — dijo — que te tengo lástima... Yo te creía más animoso. Si no lo hago, no faltará quien se encargue del negocio por mil escudos.

—De manera — dijo Lagrippe — ¿qué tú te encargas de la comisión?

—Sin vacilar.

—¿Sabes dónde está Dantenac?

—Plaza Louvois, hotel Louvois. Me enteré ayer al mismo tiempo que tú cuando le seguiste hasta su domicilio.

—¡Yo!

—Sí, tú, Próspero Lagrippe.

El normando se enjugó la frente maquinalmente.

Brichard empezaba á darle miedo.

Lo que el polizante del viejo Mosés no decía, es que la vispera, cuando el portero de la calle del Circo llegó con la noticia, él se encontraba presente, y que se había interesado en la aventura esperando sacar partido de ella.

Brichard continuó:

—Tú no eres hombre de acción, pero si quieres podríamos repartirnos el trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—El trabajo y la utilidad, se entiende — replicó Brichard. — ¿El barón ha dicho cientocincuenta ó doscientos mil francos?

—Si.

—Tú tienes influencia sobre él.

—La que se puede tener sobre un animal de su especie.

—Tú conseguirás que aumente la suma y yo me encargaré de lo demás; ¿qué te parece?

—Perfectamente. ¿Tú no tienes escrúpulos?

Brichard contempló á su compañero con lástima.

—¡Escrúpulos! No se conocen en mi oficio. Lo único que hay que tener es cuenta es no dejarse coger. ¡Vamos, hombre, déjate de esas historias!

Decididamente Lagrippe desmerecía en la opinión de Brichard. Lagrippe articuló un «perfectamente» con bastante flojedad, y como Brichard se levantase y le tendiera la mano, en despedida, la estrechó débilmente, diciendo:

—Haz lo que quieras; pero yo no me mezclo en nada... Es el barón el que manda.

—¡Miedoso!

—Es posible. Cada uno tiene su temperamento. Yo estoy por los procedimientos pacíficos. Lo más que puedo hacer es aconsejar al barón que pague en grande.

¿Comprendes?

—¡Perfectamente!

—¡Convenido!

Brichard salió frotándose las manos.

El negocio sería excelente.

Doscientos mil francos del hijo y otro

tanto del padre, constituían una fortuna.

¡Qué dicha cuando los tuviera reunidos!

Lagrippe permanecía pensativo, vagamente inquieto, sin comprender por qué Brichard había aceptado tan de prisa el ofrecimiento del barón sin presentar objeciones como una cosa muy natural, de la que sólo era discutible el precio.

El viejo Mosés tenía razón al contar tan seguramente con el poder de su dinero. Disponía á su antojo de los unos para hacer desaparecer á los otros.

No se trataba más que de pagar.

Lagrippe tenía seguramente muy sucia la conciencia; pero aquello le repugnaba.

Se tomó dos ó tres vasos de Málaga para aturdirse, lo que consiguió fácilmente, y algo más alegre, se dijo que quizás los preparativos del asunto pidieran una espera, y en ese tiempo podría surgir un pretexto para evitar el crimen.

Haciéndose estas reflexiones se disponía á salir para tomar el aire fresco, cuando llamaron á su puerta discretamente.

El normando, por costumbre, dijo:

—Adelante.

La puerta se abrió, y el normando, asombrado, exclamó:

—¡Usted, señor marqués!

—Sí, yo soy. ¿Puede usted escucharme un momento, Próspero?

—Seguramente, señor marqués.

—¿No le molestaré?

Laprippe poseía la educación del criado correcto como nadie.

—El señor marqués se ríe de mí—dijo, —demasiado sabe el señor marqués que me tiene á sus órdenes.

Caussedé, porque era él, examinaba la habitación como hombre que teme el espionaje.

—Lo que tengo que confiar á usted—dijo—es bastante grave.

—El señor marqués puede estar tranquilo, pues estamos solos; además, las puertas son dobles.

—Ya sé... ya sé... ¿Es Brichard el que acaba de salir de aquí?

—Sí, señor marqués.

—Un tunante, del que no es muy prudente fiarse.

—¡Oh! señor marqués.

—A fe mía, él podrá ser todo lo bueno que quiera, pero no me agrada; todo esto dicho entre nosotros, se entiende.

—¿El señor marqués tiene alguna sospecha de él?

—Será quizá la prevención que se tiene á los de su oficio. ¡No gana ninguno de ellos premio de virtud!...

Los dos hombres se observaban.

Caussedé se paseaba á lo largo de la habitación, pensando:

—¿Por dónde empezaré?

Y Lagrippe, por su parte, decía:

—¿Qué me querrá?

—Por último, el bearnés se detuvo delante del normando.

—Próspero—dijo,—tengo que proponerle una buena acción, y cuento con usted.

El normando estaba á la defensiva.

No desconfiaba de Caussedé, nadie desconfiaba de él en la casa, pero Lagrippe era receloso por instinto.

El marqués prosiguió:

—Ya sabe usted la amistad que profeso á los dueños de la casa; usted es también completamente adicto; pero á pesar de mi amistad, no puedo menos de tener ojos, y si trato de ocultar los defectos de un amigo, por discreción, eso no impide que esté enterado de ellos.

Lagrippe no contestó; esperaba.

Las frases del marqués eran muy obscuras y no dejaban adivinar su objeto.

Sin embargo, pronto pudo comprender.

El marqués le preguntó:

—Próspero, ¿se acuerda usted de aquella joven?...

—¿Cuál, señor marqués?

—La de Luchón, ó mejor dicho, de los alrededores de Luchón.

—¿De Marignac?

—Precisamente.

—Espere usted—dijo el normando que parecía registrar su memoria,—una joven rubia...

—Eso es.

—¿Que estaba en un despacho de tabaco?...

—Con su hermana, una morena.

—Las hijas de un capitán...

—Difunto... El capitán Soubère.

—El señor marqués me va haciendo recordar.

—¿Verdaderamente la había usted olvidado?—preguntó el marqués con una intención que hizo reflexionar á Lagrippe.

—Seguramente, pasan tantas cosas...—contestó afectando indiferencia.

—Sobre todo, de algún tiempo á esta parte—añadió el bearnés.

—El señor marqués tiene razón... sobre todo de algún tiempo á esta parte...

—¿No es así?

—Y por lo mismo es bien excusable que se pierdan algunos detalles—concluyó Lagrippe.

—Es muy natural—dijo cariñosamente Caussedé;—pues bien, amigo Próspero, de esa joven es de la que tengo que hablar á usted.

—¡Ah!

Los dos hombres se contemplaron un instante como adversarios que buscan el punto vulnerable de la coraza; bruscamente el bearnés se echó á reír con una risa perfectamente natural.

—Seguramente—dijo—que soy bastante tonto, al no hablarle á usted con claridad. Nosotros tenemos que entendernos, con seguridad. No será la primera vez que la Normandía y el Bearn han hecho causa común.

Y añadió bajando la voz:

—Aquí estamos en país conquistado... tanto el uno como el otro.

El normando no se franqueó en seguida.

—Seguramente, señor marqués; no diré lo contrario. Hay algo de cierto en lo que usted dice.

Caussedé señaló la botella casi vacía.

—¿Qué es eso que tiene usted, Próspero?—preguntó.

—Vino de España, señor marqués.

—Pues deme un vaso; he pasado una noche sin dormir y estoy algo alterado.

—Tengo algo mejor que ofrecer á usted, señor marqués—dijo el criado, que se levantó, abrió un armarito empotrado en la pared y volvió con una botella intacta y un vaso, que colocó sobre un platillo de viejo Sevres.

—Bueno, ¿y usted?—preguntó el bearnés;—¿me dejará beber solo, como un borracho?

—No, si el señor marqués me hace el honor de beber conmigo.

—Sin duda, Próspero, sin duda. Cuando digo á usted que tenemos que hablar como amigos... ¿y quién sabe? quizá como asociados.

El normando empezaba á comprender.

Aquel astuto Caussedé tenía que pedirle un favor, iba á proponerle un negocio.

Lagrippe había pensado muchas veces en las miras que podría abrigar el bearnés al asistir tan asiduamente á aquella casa.

Pensó que había llegado el momento de saberlo.

No se engañaba.

Dos minutos después el marqués humedecía sus labios en el vaso, donde brillaba un licor de color de ámbar, alegre como un rayo de sol; y saludando cariñosamente á su compañero, le decía con amistosa sonrisa:

—Por su salud, Próspero.

—Muy agradecido, señor marqués.

—Dejémonos de rodeos y juguemos á cartas vistas. Yo tengo mi idea, como usted tiene la suya. Si usted me ayuda, le ayudaré; si me hace usted la guerra, también tengo mis armas, y me defenderé... Lo que le propongo es una alianza leal y secreta. Nunca podrá perjudicarle; al contrario, todo el provecho será para usted. ¿Usted me entiende?...

—Entiendo lo que dice, señor marqués; pero no comprendo adónde va usted á parar.

—Ya lo comprenderá usted.

—No deseo otra cosa.

—Me es usted muy simpático, Próspero... ¡muy simpático!... Siempre me lo ha sido.

El normando saludó.

Había una sombra de desconfianza en su saludo.

Causedé prosiguió:

—Esa simpatía la he demostrado, y voy á decir á usted cómo... Si hubiera querido perderle, hace mucho tiempo que podía haberlo hecho.

El normando sonrió.

—Eso es más difícil de hacer que de

decir—replicó.—Permítame usted que lo crea así...

Pero el bearnés siguió hablando como si nada hubiera oído.

—Para ello no me hubiera dirigido al barón. Es más culpable que usted... El manda y usted obedece... Es un gran criminal....

—¡Señor marqués!

—Ya sé lo que me va usted á objetar. Si es un gran criminal, ¿por qué es usted su amigo? El argumento no deja de ser justo. Sin embargo, usted se engaña. Hay amigos sinceros, y otros que no lo son. Yo, nunca seré amigo sincero, amigo verdadero de un Mosés...

—¡Oh! señor marqués—repitió el normando.

—Sí, y lo digo muy alto delante de usted, que es el confidente del barón; es que quemo mis naves, ó mejor dicho, que me he propuesto un objeto, y entiendo que ha llegado el momento propicio... á pesar de que usted también tiene su objeto...

—¿Usted cree?

—¡Caramba! el mío es vengar una antigua injusticia, una antigua injuria... El de usted es hacer fortuna por todos los medios posibles.

—No lo niego; pero el del señor marqués puede tener alguna semejanza con el mío.

Causedé respondió con cierta alternería:

—No, porque si fuera lo que usted dice, hace mucho tiempo que lo hubiera logrado.

—¿Cómo?

—Casándome con Raquel. ¿No le parece á usted?

—¿El señor marqués no se casará con ella?

—La pobrecilla morirá bien pronto. La compadezco con toda mi alma. Los otros, los execro.

Esto fué dicho sencillamente, pero con firmeza.

El marqués se levantó y empezó á pasear por la habitación con las manos en los bolsillos.

—Sí, mi querido Próspero—prosiguió,—esta es mi confesión en pocas palabras. Odio á los Mosés; los odio por multitud de razones, públicas y privadas; privadas, sobre todo; pero si lo publicara, ¿qué sucedería? Que me cerrarian su puerta; mientras que, disimulando, como lo hago, permanezco dentro de la plaza, todo lo observo y de todo me entero para sacar partido contra ellos, ¿No está claro?

—Como el agua, señor marqués.

—Usted, Próspero, ha entrado en casa de los Mosés para enriquecerse, y ¡vive Dios!—como decían mis abuelos—que no lo encuentro mal. Coja usted cuanto pueda y le prometo que le gritaré ¡bravo! y le aplaudiré á dos manos. Eso será una restitución. Bastante nos han saqueado, y si pudieran nos arrancarían la piel para

hacerse guantes ó bolsas de viaje. Ya ve usted la franqueza con que le hablo. Estoy seguro de que no abusará usted de ella, sobre todo porque lo hago en su interés.

—¿Por mi interés?—preguntó Lagrippe.

—Sí, por su interés. Todo lo bueno que soy para los que están de mi parte, soy de rencoroso para los que están en contra mía... Y en caso de traición, no retrocedo delante de ninguna clase de represalias. Los Causédé han dado siempre mucho que hacer á sus enemigos, todo el mundo lo sabe en mi país.

—Sí, ya entiendo—dijo Lagrippe, tratando de poner buena cara.

—Sí, querido mio. Ahora bien; desde que frecuento este casa, Dios sabe lo que he observado de intrigas y aventuras, pero más que nunca desde hace un año.

—¿Desde hace un año?—repitió maquinalmente Próspero.

—Así es que esa joven de que hablamos hace un momento...

—¿La señorita Soubére?

—Sí, Benedetta Soubére... Me permito creer que conozco su historia mejor que ella misma...

—¿Es extraño!

—Verá usted. El barón se vió acometido por ella de una de esas pasiones, que llegan á ser terribles en un hombre de su edad. Ella no le quería de ninguna manera... Usted lo sabe tan bien como yo, puesto que era el confidente del viejo...

—¿El señor marqués está enterado!

—Perfectamente. Promesas, amenazas, nada hizo efecto sobre la pobre Benedetta. Era una muchacha honrada en toda la extensión de la palabra. Además, tenía una razón para resistir, de gran importancia. Iba á casarse y estaba enamorada de su futuro. Entonces el barón tomó una resolución; la de forzar la puerta que no querían abrirle. Cuando hay dinero no es difícil encontrar ayudas. Usted se las procuró, tales como las pudo desear.

—¡Yo!—dijo Lagrippe incorporándose.

—No se asombre usted. Era cosa muy natural. Yo en su lugar, con sus deseos de fortuna, hubiera hecho otro tanto... Una noche, en el camino de Marignac se apostó un carruaje conducido por un miserable á quien usted había prometido una fuerte recompensa.... Ese miserable se llama Arros.

—¡Señor marqués!

Causedé siguió tranquilamente:

—Cuando digo miserable, amigo mío, es con una gran indulgencia por el que en su pobreza se ve acometido por una poderosa tentación que no puede resistir. El verdadero culpable, el grande, ¡es él! La pobre muchacha fué detenida, sujeta y conducida al hotel que usted ya conoce. Por precaución la hicieron dormir en el camino. Mientras tanto, el barón, jugaba tranquilamente en el casino. Usted fué á buscarle. Todo estaba arreglado. Sin embargo, no se hizo con tanto sigilo que no pudiera averiguarse la verdad. El

cómplice de Pedro Arros era usted; el hombre que hizo dormir á la desgraciada, con ayuda de una droga, era usted... El barón llegó... el crimen fué consumado... Media hora después, usted salía del hotel con una mujer en los brazos...

—¡Yo!—exclamó nuevamente Lagrippe.

—¡Usted!

—¡Es falso!

—No se sofoque usted. No es falso, como tampoco lo es que, después de muchos sufrimientos, con un hijo, del que es único amparo esa desgraciada, se refugió en una casa de la calle Visconti, de donde la sacó una odiosa mujer comprada también por usted, para encerrarla en la quinta del boulevard d'Argenson. Ya ve usted si estoy enterado, señor Próspero, y le ruego se tranquilice, porque no trato de hacerle daño; pues de querer, ya se lo hubiese hecho, y, al contrario, le propongo la alianza, prometiéndole que le ayudaré con todas mis fuerzas á hacer fortuna. ¿Qué le parece á usted?

Lagrippe pensaba que el marqués tenía razón, y que con aquella alianza él no podía hacer más que ganar.

—A fe mía, señor marqués—dijo,—que no hay medio de resistirse. Acepto; ¿pero usted me promete el silencio?

—Confíe usted en mí, Próspero, y no perderá nada.

—¿Qué es preciso hacer?

—Poca cosa, y, de todos modos, nada grave ni comprometedor.

—¿Y la buena acción?

—Benedetta tiene un hijo.

—Ya lo sé.

—Es una criatura raquítica. Ahora bien, aquí tengo una carta...

Caussedé sacó del bolsillo la carta de la nodriza.

—En esta carta se reclama apresuradamente á la madre, por la mujer que cuida al niño.

—Y entonces...

—Sería cruel dejarle morir sin que pudiera verle, convenga usted conmigo.

—¿Pero está muy grave?

—No lo sé á ciencia cierta. Explíqueme usted el caso al barón. Digale lo que quiera... que han venido de la calle Visconti á avisar... cualquier cosa... pero no pronuncie mi nombre. Es preciso que Benedetta vea á su hijo... es todo lo que pido por el momento... ¿Usted comprende?

—Perfectamente.

—Si el niño muere lejos de ella será un dolor más para esta desgraciada; otro crimen que habrá cometido el barón.

—Volverá á verle, señor marqués, os lo juro.

—Bien.

Caussedé alargó su mano al ayuda de cámara, que la cogió débilmente, y salió.

En el patio del hotel, donde se detuvo á respirar un momento, el marqués se decía:

—He estrechado la mano de este Lagrippe que es un bribón, pero que podrá ser-

me útil, y como decía Enrique IV, mi paisano: «Quien quiere el fin quiere los medios... París, bien vale una misa.»

XV

El último golpe

Lagrippe cumplió su palabra.

Después de haber reflexionado, no se arrepintió de la última alianza con el bearnés. Hacía algunos años que el marqués se le presentaba en la casa como un enigma.

Sin causarle inquietud, porque aquel excelente Caussedé, tan alegre, tan tranquilo, tan dispuesto siempre á hacer un favor á todo el mundo, no inquietaba á nadie, le inspiraba curiosidad.

Para él el bearnés era una especie de fenómeno, y al presente ya conocía el misterio.

Caussedé adquirió de pronto para él proporciones extraordinarias.

Aquel hombre que parecía tan frívolo, tan ligero, tan absorbido por esas menudencias y fantasías que componen el fondo de la existencia de los hombres de sociedad, le inspiraba una especie de temor supersticioso.

Así es que Lagrippe se sometió con sinceridad.

Caussedé le imponía á la vez respeto, temor y confianza.

—¿Y la buena acción?

—Benedetta tiene un hijo.

—Ya lo sé.

—Es una criatura raquítica. Ahora bien, aquí tengo una carta...

Caussedé sacó del bolsillo la carta de la nodriza.

—En esta carta se reclama apresuradamente á la madre, por la mujer que cuida al niño.

—Y entonces...

—Sería cruel dejarle morir sin que pudiera verle, convenga usted conmigo.

—¿Pero está muy grave?

—No lo sé á ciencia cierta. Explíqueme usted el caso al barón. Digale lo que quiera... que han venido de la calle Visconti á avisar... cualquier cosa... pero no pronuncie mi nombre. Es preciso que Benedetta vea á su hijo... es todo lo que pido por el momento... ¿Usted comprende?

—Perfectamente.

—Si el niño muere lejos de ella será un dolor más para esta desgraciada; otro crimen que habrá cometido el barón.

—Volverá á verle, señor marqués, os lo juro.

—Bien.

Caussedé alargó su mano al ayuda de cámara, que la cogió débilmente, y salió.

En el patio del hotel, donde se detuvo á respirar un momento, el marqués se decía:

—He estrechado la mano de este Lagrippe que es un bribón, pero que podrá ser-

me útil, y como decía Enrique IV, mi paisano: «Quien quiere el fin quiere los medios... París, bien vale una misa.»

XV

El último golpe

Lagrippe cumplió su palabra.

Después de haber reflexionado, no se arrepintió de la última alianza con el bearnés. Hacía algunos años que el marqués se le presentaba en la casa como un enigma.

Sin causarle inquietud, porque aquel excelente Caussedé, tan alegre, tan tranquilo, tan dispuesto siempre á hacer un favor á todo el mundo, no inquietaba á nadie, le inspiraba curiosidad.

Para él el bearnés era una especie de fenómeno, y al presente ya conocía el misterio.

Caussedé adquirió de pronto para él proporciones extraordinarias.

Aquel hombre que parecía tan frívolo, tan ligero, tan absorbido por esas menudencias y fantasías que componen el fondo de la existencia de los hombres de sociedad, le inspiraba una especie de temor supersticioso.

Así es que Lagrippe se sometió con sinceridad.

Caussedé le imponía á la vez respeto, temor y confianza.

Además, el encargo que el marqués le había hecho era fácil de cumplir.

Hablar de Benedetta al barón Mosés era anticiparse á los deseos del señor.

Lagrippe explicó al barón la situación de la manera más sencilla, acercándose mucho á la verdad.

La señora Piot había creído deber prevenir al señor barón.

La nodriza avisaba que el niño estaba enfermo, y pedía que fuera la madre.

El viejo Mosés se tragó la píldora inocentemente.

Todos los pretextos para ver á Benedetta, todos los medios le parecían bien. Juzgó que aquella era una ocasión propicia para ganarse las simpatías de la joven, acercándola á su hijo.

A medio día, casi al mismo tiempo que Matilde llegaba á casa de los Loiseleur, un cupé tirado por dos magníficos caballos se detenía, no en la verja de la posesión de Neuilly, sino delante de la misma escalinata del hotel.

Del cupé descendió el barón.

Benedetta le recibió con la misma desconfianza.

¿Por qué se presentaba antes del plazo de espera que le había concedido?

Estaba tan abatida como en la última visita de su perseguidor. Había en ella una desanimación profunda, una especie de aturdimiento provocado por los temores que le asaltaban y por la soledad en que vivía.

Sin embargo, la negra se conducía con ella con extrema bondad, estimulada por la dulzura de su prisionera y por el encanto que se extendía á su alrededor, como el calor alrededor de un brasero.

Desde las primeras palabras que el barón pronunció acerca de su hijo, el rostro de la reclusa se iluminó.

El viejo Mosés no hizo ninguna alusión á la enfermedad del niño.

Dijo que había reflexionado, que la quería en demasia para verla sufrir, y que solo quería conquistarla con sus bondades; que para empezar iba á devolverla su hijo, y que en seguida la dejaría libre, seguro de que ella se sacrificaría alegremente por la felicidad de su hijo.

¿Podía una madre vacilar?

Por primera vez el barón se había expresado con una dulzura y una generosidad que la impresionaron.

—Venga usted—la dijo al concluir,— voy á acompañarla.

—¿Dónde vamos?

—A las Claves. Dentro de una hora estará usted á su lado.

Una alegría intensa la transfiguró.

La joven ne se hizo rogar.

Además, ¿qué otra cosa podía temer, más de lo que la había sucedido?

Estuvo dispuesta en un momento, y bajó con el viejo Mosés.

Un cochero de imponente figura sujetaba los caballos desde el pescante, y un

lacayo de facciones rudas abría respetuosamente la portezuela.

Benedetta, sentada al lado del barón, se sintió blandamente conducida al trote acompasado de los caballos, que cruzaron el bosque de Boulogne para pasar por Versailles, Saint-Cyr, Villepreux, y llegar, por último, á las Claves.

El barón trató de concluir la obra comenzada y acabar de ganarse la amistad de la que hasta entonces no había hecho más que odiarle.

La hablaba con calor.

¡Cuántos lazos los unían! Aquel hijo que iban á ver, ¿no sería el iris de paz entre ambos? Si ella quisiera, ¡qué existencia tan dichosa la suya y la de su hijo!

Castillos, palacios, dominación, poderío, títulos, ¿no podía él dárselo todo con un rasgo de su pluma?

¿Y á él qué le costaría todo eso?

¡Nada!

A cada instante se detenía para suplicarla, diciendo:

—¡Dime que consientes, que serás mía libremente y para siempre!... Por ese consentimiento te proporcionaré una existencia de reina.

La joven le escuchaba distraidamente, sin contestar, con los ojos fijos en el horizonte, viendo desfilas las casas, los jardines y los campos, que se sucedían en espléndido panorama.

El continuaba cada vez con más animación, sin conseguir ablandarla.

Por último ella le dijo:

—¿Por qué me atormenta usted? ¿No me ha dado tres días de plazo?... Cuando pasen le contestaré.

—¿Favorablemente?...

La joven reprimió un movimiento de horror. Los ojos del viejo la causaban una impresión penosa.

Sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí misma, trató de ensayar una pálida sonrisa, que resultó una mueca dolorosa, y contestó:

—Quizá... ¡Espere usted!

El rostro del judío se iluminó súbitamente. Intensa alegría levantó su pecho. ¡Era la primera esperanza que le daba Benedetta!

Pero la joven estaba embargada por un temor profundo.

Temía á cada instante que á una orden del dueño, el carruaje se dirigiera por otro camino y la alejara de aquel hijo que quería con toda su alma.

En aquel momento el cupé atravesaba por Saint-Cyr.

Para escapar á las preguntas de su compañero, la joven cerró los ojos y fingió dormir.

De pronto sintió un choque que la despertó.

El carruaje acababa de detenerse.

El barón cogió una de las manos de Benedetta, la llevó á sus labios y, como ella la retirase, asustada é inquieta, la dijo dulcemente:

—Hemos llegado.

El cochero se inclinó á la ventanilla y preguntó:

—¿El señor barón quiere llegar hasta la casa?

—Sin duda.

Cubierto con su librea verde, con su gran capote adornado de botones dorados y su alto sombrero, reluciente como si acabara de salir del almacén, era difícil reconocer en aquel correcto cochero al tunante Brichard.

Allí estaba por lo que hubiera podido ocurrir.

A la orden del dueño, el cupé se puso en marcha nuevamente; pero de pronto, cuando iba á volver á la izquierda, para entrar en la que podría llamarse calle del pueblo, el coche tuvo que detenerse.

Del fondo de una plaza, adornada con algunos castaños, salía de la iglesia un pequeño grupo de gente que avanzaba en dirección del carruaje.

Era un entierro de pobre, muy humilde, porque sólo se componía de tres personas: el sacristán, que llevaba al hombro un pequeño ataúd de madera que contenía indudablemente el cadáver de un niño; el sacerdote, revestido con una estola negra con cruz de plata, y detrás de ellos una anciana campesina pobrementó vestida.

Eo era todo.

El pequeño cortejo torció por otro camino y dejó el campo libre al espléndido carruaje, que avanzó algunos pasos y se

detuvo delante de una casa baja y humilde, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Benedetta se precipitó al suelo.

¡Allí estaba su hijo!

El corazón de la madre se agitaba violentamente en el pecho.

El barón Mosés bajó á su vez con más lentitud.

Algunas vecinas se iban asomando á las puertas atraídas por una curiosidad muy natural.

¿Por qué aquel carruaje de millonario, porque no había engaño posible, se detenía en la pobre casa de Marta Vincent?

Las vecinas decían, la Vincent.

Aquello era muy extraordinario, hay que convenir en ello.

Mientras tanto, Benedetta penetró en la pobre casa.

A primera vista una terrible angustia la oprimió el corazón.

El aspecto que la casa ofrecía era muy singular.

¿Qué había pasado?

Con la vista buscó la cuna.

Estaba vacía y arrinconada; las envolturas en el suelo; un gran lienzo blanco estaba tendido no lejos de la puerta como si se hubiera querido figurar una pobre capilla dentro de aquella habitación.

Extraños olores flotaban en la atmósfera, á pesar de estar abiertas las ventanas.

Dos candeleros de latón soportaban dos

velas, de las que una estaba medio consumida y la otra, olvidada, estaba agonzando con su luz amarilla en medio de la claridad del día.

Benedetta se aproximó á la cuna, recelosa, agitada, examinándola con atención, y retrocedió un paso con los brazos extendidos.

Un crucifijo de madera negra, con el Cristo groseramente labrado en hueso, estaba abandonado sobre la almohada, que aun conservaba la huella de una cabeza.

La madre temblaba con todos sus miembros.

Tenía miedo de comprender.

Sus dientes castañeteaban; un sudor frío inundaba sus sienes.

El barón Mosés, que permanecía en la puerta, sentía á la vista de aquella desgraciada que se le helaba la sangre en las venas.

¡El había comprendido en seguida!

Las confusas explicaciones de su ayuda de cámara, el entierro que había visto pasar, el desorden de aquella casa miserable donde se respiraba la muerte, todo se amontonaba para revelar la verdad.

Benedetta permaneció un minuto dudosa, con los ojos secos, fijos en la cuna vacía, en aquel crucifijo revelador, en aquella luz que expiraba, y bruscamente se volvió al barón lanzando un grito desesperado.

—¿Ha muerto, verdad? ¿Usted lo sabía?

¡Ha muerto sin mí, sin su madre! ¡Ah! ¡estoy maldita! ¡Qué he hecho yo, Dios mío, para esto!

Y en seguida, como una fiera á la que hubiesen quitado sus hijuelos, lo recorrió todo, abrió las puertas, se lanzó al jardín, y distinguiendo á la hermana de Brichard, se precipitó sobre ella preguntando:

—¡Mi hijo, usted lo sabe! ¿Dónde está?

La horrible mujer contestó brutalmente:

—En el cementerio, ó en camino.

Benedetta vaciló un momento transida de dolor, y exhausta de fuerzas, aniquilada su energía, cayó como un cuerpo muerto sobre el suelo cubierto de violetas y pensamientos.

XVI

¡Loca!

El carruaje se alejó al trote largo de sus caballos.

Fué una huida más que una caminata.

Los caminos lucían espléndidamente iluminados por el sol á través del polvo que levantaba el coche.

Ya estaban más allá de Saint-Cyr, cuando la nodriza, al volver á su casa, encontró sobre la mesa algunas líneas trazadas por una mano desconocida.

Apenas sabía leer, y como otras muchas campesinas, estaba obligada á re-

velas, de las que una estaba medio consumida y la otra, olvidada, estaba agonzando con su luz amarilla en medio de la claridad del día.

Benedetta se aproximó á la cuna, recelosa, agitada, examinándola con atención, y retrocedió un paso con los brazos extendidos.

Un crucifijo de madera negra, con el Cristo groseramente labrado en hueso, estaba abandonado sobre la almohada, que aun conservaba la huella de una cabeza.

La madre temblaba con todos sus miembros.

Tenía miedo de comprender.

Sus dientes castañeteaban; un sudor frío inundaba sus sienes.

El barón Mosés, que permanecía en la puerta, sentía á la vista de aquella desgraciada que se le helaba la sangre en las venas.

¡El había comprendido en seguida!

Las confusas explicaciones de su ayuda de cámara, el entierro que había visto pasar, el desorden de aquella casa miserable donde se respiraba la muerte, todo se amontonaba para revelar la verdad.

Benedetta permaneció un minuto dudosa, con los ojos secos, fijos en la cuna vacía, en aquel crucifijo revelador, en aquella luz que expiraba, y bruscamente se volvió al barón lanzando un grito desesperado.

—¿Ha muerto, verdad? ¿Usted lo sabía?

¡Ha muerto sin mí, sin su madre! ¡Ah! ¡estoy maldita! ¡Qué he hecho yo, Dios mío, para esto!

Y en seguida, como una fiera á la que hubiesen quitado sus hijuelos, lo recorrió todo, abrió las puertas, se lanzó al jardín, y distinguiendo á la hermana de Brichard, se precipitó sobre ella preguntando:

—¡Mi hijo, usted lo sabe! ¿Dónde está?

La horrible mujer contestó brutalmente:

—En el cementerio, ó en camino.

Benedetta vaciló un momento transida de dolor, y exhausta de fuerzas, aniquilada su energía, cayó como un cuerpo muerto sobre el suelo cubierto de violetas y pensamientos.

XVI

¡Loca!

El carruaje se alejó al trote largo de sus caballos.

Fué una huida más que una caminata.

Los caminos lucían espléndidamente iluminados por el sol á través del polvo que levantaba el coche.

Ya estaban más allá de Saint-Cyr, cuando la nodriza, al volver á su casa, encontró sobre la mesa algunas líneas trazadas por una mano desconocida.

Apenas sabía leer, y como otras muchas campesinas, estaba obligada á re-

currir á los buenos oficios de sus vecinos para enterarse de sus asuntos.

Encontró al cura que se dirigía á su casa, después de haber extendido el agua bendita sobre la estrecha tumba abierta entre la hierba espesa.

El sacerdote conocía de muy antiguo á la nodriza y la estimaba.

—Marta—la dijo,—tiene usted muchas razones para aceptar; el niño que usted ha cuidado, la enriquece.

La esquila estaba concebida, en efecto, en los siguientes términos:

«Dentro de dos días recibirá usted un título de renta de dos mil francos para que disponga usted de él como quiera.

»Gracias por la madre y por el hijo.»

No había firma.

El barón Mosés, espantado de sí mismo, sacrificaba una suma considerable para los demás, óbolo para él, con el fin de tranquilizar su conciencia sublevada.

¡Vana esperanza!

Después de escribir esta nota, se había marchado, llevándose á Benedetta, que había vuelto á la vida, si se puede llamar vida la existencia de un cuerpo que respira, pero cuyo espíritu se encuentra lejos.

La habían colocado en el cupé, sin que ofreciera la menor resistencia, sin que pronunciara una sola palabra, sin que contemplara con sus ojos medio cerrados,

nada de lo que pasaba á su alrededor.

Sentada al lado del barón, apoyaba su cabeza en el almohadillado del respaldo, y con los brazos cruzados sujetaba contra su pecho, meciéndolo imperceptiblemente, al hijo que creía llevar con ella.

Su mirada, velada por sus largas pestañas, ofrecía una dulzura angelical.

El viejo Mosés no se atrevía á pronunciar una palabra.

A cada instante esperaba ver separarse los labios de su víctima para colmarle de reproches; pero ella, sin ocuparse de él, continuaba su monótono movimiento como una nodriza que trata de dormir á un niño.

El carruaje corría con fantástica rapidez.

Cuando atravesaba la verja de la posesión de Neuilly, eran las cinco de la tarde.

Se detuvo delante de la escalinata del hotel, ó mejor dicho, del palacio del barón. Benedetta bajó con una indiferencia de autómeta.

Sin embargo, al sentir que la mano del viejo Mosés se apoyaba en la suya para ayudarla á bajar, tuvo un estremecimiento de temor; pero aquello no duró más que un instante.

Se dejó conducir como un niño sin defensa, y subió la escalera monumental hasta el primer piso, siguiendo el corredor que conducía á la sala, con una doc-

lidad de colegiala que obedece las órdenes de la superiora.

El viejo Mosés experimentaba en su presencia un sentimiento extraño, mezcla de deseos y de piedad, no sabiendo á qué causa atribuir aquella sumisión asombrosa, y sin atreverse á creer que todo ello fuera debido á la locura.

Solo con ella en la sala inmensa, se sentó en un diván, la atrajo hacia él, sin que la joven se opusiera, y dulcemente, con acento de profunda ternura, la dijo:

—Benedetta, está usted muy trastornada, y me hago cargo de ello...

La joven le detuvo, y replicó:

—No estoy triste, no.

—Ha perdido usted...

El barón volvió á empezar, diciendo:

—Hemos perdido el hijo que usted tanto quería.

—¡Oh, sí!

—Es una gran desgracia.

Benedetta le interrumpió de nuevo:

—¿Una gran desgracia? ¿Por qué? ¿Pien-
sa usted que la vida es tan buena? Eso es
un error. Ha muerto...

La joven siguió con extraña sonrisa:

—Yo creo que es bien dichoso. Así no
sufrirá más... Yo pensaré en él hasta el
día que nos reunamos de nuevo.

—Tiene usted que tratar de abandonar
esas ideas. Todo no está perdido.

—No, sin duda.

—Hará usted un esfuerzo sobre sí mis-
ma, y tratará de olvidar.

—No puedo... no quiero... al contrario,
es una felicidad para mí pensar en él. Yo
le llamaba Juan... Habrá que poner ese
nombre en una cruz...

—Si usted lo desea...

—Lo hará usted para complacerme,
¿verdad?

—Sí.

—¿Me lo promete usted?

—Se lo prometo.

Hablaba con naturalidad, con sencillez,
como si se dirigiera á un amigo en quien
tuviera toda su confianza; pero el viejo
Mosés estaba asombrado del brusco cam-
bio que se había operado en la joven.

Trató de arrancarla aquellos recuerdos.

—Veamos— prosiguió, estrechánola
cariñosamente, con las manos apoyadas
en su esbelto talle, sin que ella hiciera
ningún esfuerzo por rechazarle—hable-
mos del porvenir. Usted ya sabe lo que
quiero.

Benedetta abrió sus grandes ojos asom-
brada.

—No—le dijo—no lo sé.

—Ya sabe usted que la amo.

—Bien.

—Y quiero que sea usted rica.

—¿Yo?

—Causará usted envidia á todas las mu-
jeres, por altas que estén colocadas.

—¿Es posible!

—Si usted me escucha, si sigue mis
consejos, si hace lo que yo la diga, ten-
drá usted un palacio, criados...

—¡Ya comprendo!

—Será usted tan poderosa, que podrá satisfacer todos sus caprichos.

—¡Oh!—dijo la joven—yo necesito bien poco.

Levantó al techo sus hermosos ojos, y prosiguió:

—Una casa pequeña, un jardín, una fuente, escuchar los torrentes que corren allá... lejos; por último... un amigo.

—¡Yo seré ese amigo!

—¡Usted!

—¿Dónde encontrará usted otro más cariñoso? ¿Quiere usted?

—¿Por qué?—dijo Benedetta.

—¿Quieres?—repitió el barón, estrechándola contra su pecho.

—Ya lo creo... Yo creía que era usted malo, pero es bueno... Me ha tratado usted con dureza; pero ahora me habla con dulzura.

—¿De modo que consentirás?

—Seguramente.

La joven pronunció esta palabra sonriendo.

—¿Quiere usted que firme el contrato?—siguió diciendo la joven.

El inclinó la cabeza.

La joven se desprendió de sus brazos, abrió un secreter admirable de palo rosa, y cogiendo una pluma, trazó rápidamente estas palabras:

«Le amaré á usted toda mi vida.»

Y añadió dirigiéndose al barón:

—¿Es esto lo que usted quiere?

—Sí, pero firma.

—Lo haré, si usted lo desea; pero exijo una promesa en cambio.

—¿Cual?

—¿Acaso piensa usted reusármela?

—No lo temas.

—¿Dice usted la verdad?

—Todo lo que pidas está aceptado de antemano.

La joven se expresaba como una hija caprichosa que quiere arrancar una concesión á su padre.

Volvió al secreter y puso su nombre debajo de las palabras que había trazado:

«Benedetta Soubére.»

Y en un momento de lucidez, tendiendo el papel al barón, con un gesto lleno de solemnidad que contrastaba con la infantil vivacidad de antes, dijo:

—No tengo en el mundo á nadie más que á usted. Mi mismo pensamiento se me escapa. Si usted me abandona no sé lo que será de mí... Haré todo lo que usted quiera... Usted mandará y yo obedeceré. Estoy vencida, me someto, pero con una condición.

—Habla.

—Quiero volver á mi país; quiero ser libre algunas semanas, dos meses; llevar el luto de este hijo que he perdido y que yo sola amaba, como usted será solo para amar á su madre...

El vaciló, y al ver que no contestaba, ella prosiguió:

—Juro á usted que me callaré como una tumba, que á nadie revelaré lo que ha pasado entre nosotros. Yo esconderé estos horribles recuerdos en la tumba de mi hijo, de ese hijo que no he tenido el consuelo de abrazar en sus últimos momentos. Concedame usted la libertad á precio. Le juro también no pertenecer á ese nadie. ¿Y quién podría querer á una desgraciada como yo? Acepto las consecuencias de una falta que no he cometido. ¿Qué más puede usted exigir?

Había tal majestad en aquella inocencia resignada á un oprobio inmerecido, que el barón Mosés sintió que un agudo remordimiento le entraba en el alma, y al mismo tiempo sentía profunda admiración por la dulzura de aquel ángel, sin fuerza para odiar.

—¿De manera que será usted mía?— preguntó.

—¡Puesto que es mi destino!

—¡Lo ha prometido usted!

La joven cerró los ojos. Dos lágrimas se filtraban entre sus pestañas.

—¡Es el precio de mi libertad!— dijo.

—¿Dentro de dos meses?

—Sí, dos meses.

—Estamos á diez y seis de junio. El plazo expirará el diez y seis de agosto. Benedetta inclinó la cabeza.

El barón la cogió las dos manos.

—Y entonces, ¿será para siempre?

La joven respondió muy bajo:

—Para siempre.

El barón la estrechó por última vez, y la besó en la frente.

Su naturaleza viciosa palpitaba al contacto de aquella juventud; sus manos temblaban sujetando las manos frías de Benedetta; un furioso deseo de violencia le mordía el corazón, pero el recuerdo de la pequeña tumba medio cerrada, pudo contenerle.

Además, tenía tiempo. Su instinto le decía que aquella conciencia leal no le engañaba, que su promesa era sincera, y aquella resignación le imponía respeto.

Se creía seguro con la palabra de aquella víctima, vencida como ella había dicho por todo su poder.

Además tenía otra razón para esperar. Por un momento había temblado por la razón de aquella desgraciada, y violentándola hubiera dado el golpe supremo á aquella extremada debilidad.

Permaneció un momento á su lado.

Se le aparecía espléndida, más hermosa en su dolor que nunca lo había estado en medio de sus alegrías, y cuando se decidió á separarse de ella, la preguntó:

—¿Dónde quiere usted ir?

—A mi casa.

—¿Calle de Visconti?

—Sí.

—¿Y qué hará usted?

—Descansaré una noche y luego me marcharé.

—¿A Marignac?

—Sí, á mi país.

—¿Cómo la recibirán á usted?

—¡Qué me importa! Ya lo verá. Eso es todo lo que deseo.

—¿Y si es usted rechazada?

—No lo temo. Marieta me quiere. Estará llorando por mí. Los demás... los conozco... Todos tienen buen corazón.

—¿Volverá usted?

—El día fijado.

—¿Y después?

—Soy de usted.

Por un momento la joven tuvo miedo. El viejo Mosés fruncía el entrecejo. La joven comprendió que quería tentar un último esfuerzo.

—¿No lo he jurado?—le dijo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la cabeza de ese pobre que descansa en su fosa solitaria, donde solo una extraña se ha arrodillado.

Un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

—Mientras tanto—prosiguió,—cumpla usted sus promesas, yo sostendré las mías.

—Sea de lejos como de cerca, yo no cesaré de vigilarla.

Y la trató de consolar con palabras ardientes y sinceras.

—¡Por tí—la dijo—sacrificaría yo la mitad de mi fortuna, con la que se pueden enriquecer diez príncipes!

La joven había hecho brotar una emoción pasajera en aquel corazón de piedra, como Moisés había hecho brotar el agua de las rocas.

Cuando salió, la negra vino á reemplazarle al lado de Benedetta.

La joven se sentó en el diván que había abandonado el barón Mosés, y maquinalmente recobró la actitud adoptada á su venida en el cupé.

Con los ojos medio cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho, murmuraba una especie de canción monótona, como si estuviera cantando á un niño.

La negra la sacó de su postración.

—Y bien—la dijo.—¿Va usted á dejarme?

—En efecto.

—¿Está usted libre?

—Sí.

—¡Pero volverá usted!

—Sin duda.

—El señor ha salido radiante. ¡Cuánto la quiere!

La joven guardó silencio.

Parecía salir de un sueño.

—¿Se vuelve usted á su país?—preguntó la negra.

—Sí. ¿No desearía usted volver al suyo?

La vieja hizo un gesto de indiferencia.

—Hace mucho tiempo que le dejé—dijo.

—¿Y sus padres?

—¡Dónde estarán!

—¿Y sus amigos?

—¡Los he tenido alguna vez! ¡Nosotros no los tenemos nunca!

Mientras hablaba, la negra iba y venía en la habitación. Llenaba una maleta de efectos de toda clase, diciendo:

—Todo esto lo necesitará usted yendo de viaje.

El barón la había dejado un paquete de billetes de Banco y una bolsa llena de monedas de oro.

—Esto es de usted—dijo la esclava;— el señor quiere que lleve usted el oro á manos llenas para que no careza de nada y para que pueda hacer bien á los que la aman.

Benedetta la escuchaba distraidamente, dejándola obrar á su antojo.

La negra disponía sobre la cama los vestidos necesarios para una larga ausencia y los colocaba en un segundo baul.

—Entre los suyos—continuó—parecerá usted una gran señora. Tendrá usted, sólo en este baul, más riqueza que haya en todo el pueblo.

Y añadió, cuando hubo terminado sus preparativos:

—Un carruaje vendrá á buscarla dentro de algunas horas, por la noche, para llevarla donde usted quiere ir. Yo la acompañaré. Mientras tanto, venga usted.

Condujo á su prisionera hasta el comedor, pero en el camino se detuvo asombrada. Benedetta, indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor, murmuraba, andando, la extraña canción que la negra le había oído anteriormente.

—¿Qué canta usted?—la preguntó.

La joven contestó con una voz semejante á las que se oyen entre sueños:

—No sé.

—Hay que tomar fuerzas para el viaje.

—Tiene usted razón.

Y se sentó á la mesa sin resistencia.

El día declinaba. Las lámparas eléctricas se encendieron, como de costumbre, automáticamente.

Nuestros antepasados hubieran tomado estas maravillas por maniobras de brujería.

El oro y la plata de las vajillas lanzaban brillantes reflejos.

Benedetta lo miraba todo con curiosidades de niño.

A las diez vino á buscarla una berlina.

El baúl se colocó delante, en el pescante; la maleta en el interior; la negra se colocó al lado de su prisionera, y el coche salió al trote largo de un excelente caballo.

Benedetta iba vestida de negro. Llevaba una elegante capota y un abrigo. La negra la había vestido, sin que la joven hiciera la menor observación.

La viajera estaba divinamente hermosa con aquel traje; iba muy tranquila, y, sin embargo, la vieja la examinaba con inquietud, preguntándose:

—¿Se habrá vuelto loca?

A las once menos cuarto llegó á la calle de Visconti, y estrechó las manos de su guardiana, diciéndola:

—Ha sido usted muy buena para mí... Gracias. Ya hemos llegado... Volveré... Lo he prometido.

Y casi en el mismo instante, mientras

el coche se alejaba, distinguió en la puerta de la casa á su hermana, acompañada de Pedro Dantenac, y se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¡Marieta! ¡Pedro!

XVII

Lo que cuesta la vida de un hombre.

La herida de Pedro Dantenac era menos grave aún de lo que el doctor Desbarres pudo suponer en el primer momento.

El herido mandó llamar al médico por la tarde, y el doctor, después de un examen de algunos minutos, se convenció de que su cliente no tenía necesidad de sus visitas.

—Con la magnífica sangre que usted tiene—dijo á Pedro Dantenac,—no hay nada que temer. La madre naturaleza hará lo que falta.

Dantenac quiso recompensarle por sus servicios; pero el doctor luchó con él en generosidad y no consintió en recibir nada.

La puerta acababa de abrirse, apareciendo en ella Marieta.

Los dos hombres se separaron; pero antes el doctor repitió afectuosamente á su cliente:

—Sobre todo, no lo olvide. Si tiene usted necesidad de mí, no tiene que hacer más que mandar un recado... Ya lo sabe usted, nosotros somos confesores. Secre-

to profesional. Seré demasiado dichoso si en algo puedo serle útil.

Al salir el doctor Desbarres saludó profundamente á Marieta, analizándola rápidamente, y pensando cuando estuvo en la escalera:

—¡Es superior esta morena! ¿Qué haría ahí? ¡Misterio! Quién sabe si será su hermana...

Cuando se quedó solo con Marieta, Pedro Dantenac la llamó á su lado.

La alegría de los antiguos tiempos, la animación de la joven, habían desaparecido.

Los acontecimientos que se sucedían sin interrupción desde su llegada á París, la causaban una impresión siniesta.

Ella, cuya vida había sido tan inocente, tan tranquila, tan uniforme desde su infancia, se encontraba de pronto como el que por vez primera se embarca en un buque destartado en día de tempestad.

Y sobre todo, el recuerdo de su hermana secuestrada, sometida á una especie de tortura, sobrepujaba á todas sus inquietudes.

A las siete, un mandadero se presentó en el hotel preguntando por el señor Dantenac.

Llevaba una carta del marqués.

«Mi querido Dantenac:

»Sé por el doctor que está usted casi restablecido, y por ello me felicito.

»Acabo de saber también que la des-

el coche se alejaba, distinguió en la puerta de la casa á su hermana, acompañada de Pedro Dantenac, y se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¡Marieta! ¡Pedro!

XVII

Lo que cuesta la vida de un hombre.

La herida de Pedro Dantenac era menos grave aún de lo que el doctor Desbarres pudo suponer en el primer momento.

El herido mandó llamar al médico por la tarde, y el doctor, después de un examen de algunos minutos, se convenció de que su cliente no tenía necesidad de sus visitas.

—Con la magnífica sangre que usted tiene—dijo á Pedro Dantenac,—no hay nada que temer. La madre naturaleza hará lo que falta.

Dantenac quiso recompensarle por sus servicios; pero el doctor luchó con él en generosidad y no consintió en recibir nada.

La puerta acababa de abrirse, apareciendo en ella Marieta.

Los dos hombres se separaron; pero antes el doctor repitió afectuosamente á su cliente:

—Sobre todo, no lo olvide. Si tiene usted necesidad de mí, no tiene que hacer más que mandar un recado... Ya lo sabe usted, nosotros somos confesores. Secre-

to profesional. Seré demasiado dichoso si en algo puedo serle útil.

Al salir el doctor Desbarres saludó profundamente á Marieta, analizándola rápidamente, y pensando cuando estuvo en la escalera:

—¡Es superior esta morena! ¿Qué haría ahí? ¡Misterio! Quién sabe si será su hermana...

Cuando se quedó solo con Marieta, Pedro Dantenac la llamó á su lado.

La alegría de los antiguos tiempos, la animación de la joven, habían desaparecido.

Los acontecimientos que se sucedían sin interrupción desde su llegada á París, la causaban una impresión siniesta.

Ella, cuya vida había sido tan inocente, tan tranquila, tan uniforme desde su infancia, se encontraba de pronto como el que por vez primera se embarca en un buque destartado en día de tempestad.

Y sobre todo, el recuerdo de su hermana secuestrada, sometida á una especie de tortura, sobrepujaba á todas sus inquietudes.

A las siete, un mandadero se presentó en el hotel preguntando por el señor Dantenac.

Llevaba una carta del marqués.

«Mi querido Dantenac:

»Sé por el doctor que está usted casi restablecido, y por ello me felicito.

»Acabo de saber también que la des-

venturada Benedetta debe llegar esta noche á su casa, calle de Visconti, próximamente á eso de las diez.

»Su hijo ha muerto.

»Por ella sabrá usted lo demás.

»Lo sé por el barón mismo, que la ha dejado hace dos horas.

»No cometa usted ninguna imprudencia y cuente usted siempre con la adhesión de su amigo,

»H. C.

»P. D. No sé qué promesa la ha arrancado el barón, ni por qué medio, pero ella debe pasar en su país algunas semanas, y volver á Paris dentro de dos meses.

»¿Por qué?

»Es un misterio.»

A la vista de esta carta, Marieta se vió acometida de una intensa alegría.

¡Por fin iba á volver á ver á Benedetta, su hermana querida, la compañera de sus tiernos años!

¡Podría llevarla con ella á su país, á Marignac!

No se ocupaba de lo que dirían, del público, del porvenir, ni de nada, más que de la alegría que experimentaba por encontrar á la que tanto había querido y cuya huida había causado tan inmensa pena en la modesta casa del difunto capitán.

Corrió al telégrafo y puso un despacho

á su amigo Barrousse rogándole que transmitiera la noticia á su tía, que se vería colmada de alegría:

«Benedetta encontrada.»

Nada más, y aquello era bastante.

Las horas la parecieron muy largas.

Sentada al lado de Pedro Dantenac, se extasiaba formando proyectos para el porvenir y tratando de hacer asomar una sonrisa á los labios del herido, cuyo dolor adivinaba á pesar de los esfuerzos que hacía Dantenac por ocultarlo.

Su tranquilidad, su fortuna, sus esperanzas y su amor, habían desaparecido en aquella catástrofe, como esas ciudades edificadas en islas volcánicas que un temblor de tierra hace desaparecer sin que quede vestigio de su existencia.

Marieta le decía:

—Todo lo olvidarás, Pedro, en la paz de nuestras queridas montañas, como tenemos que olvidar los demás.

Y con el poético acento de su dialecto, tan expresivo y tan gracioso, que en él las palabras tienen más alcance que en las regiones frías, añadía:

—¡Ya verás cómo te reanimas con el sol de mayo, contemplando las verdes praderas y los alegres torrentes del país!

Momentos antes de las diez, Marieta llegó á la esquina de la calle del Sena y la calle Visconti, esperando ansiosamente la llegada de su hermana á la vieja casa del marqués de Causse-dé.

No estaba sola.

Pedro Dantenac había querido acompañarla.

Sin embargo, él sufría todavía, tanto en el alma como en el cuerpo, pero tenía fuerzas para disimular aquel doble sufrimiento.

En la habitación de Benedetta, que la buena señora Piot había arreglado atendiendo á una secreta recomendación del marqués, Marieta y Pedro Dantenac se asombraron del estado de la desgraciada niña.

Fuera del cariño, de la alegría que demostraba, la joven parecía no tener conciencia de nada. Su memoria estaba oscurecida como un espejo empañado. No hizo ninguna alusión ni al barón Mosés, ni al hijo que acababa de perder.

Únicamente repetía abrazando á su hermana con un terror instintivo y un acento temeroso:

—¡Llévame, vámonos!

Su traje era el de una parisien rica, con algunas incoherencias que sólo podían atribuirse á la precipitación de su salida de Neuilly.

Marieta y Dantenac se comunicaban sus inquietudes con furtivas miradas.

Como la negra en el momento de dejar á Benedetta, el joven se preguntaba si estaba en la plenitud de su razón, y sin embargo, no se atrevía á interrogarla por miedo de agravar el mal y provocar una crisis.

Después de todo, puesto que ya estaba

con ellos, tenían tiempo por delante. Su locura, si es que existía, era dulce é inofensiva, y había que contar con la bienhechora influencia de la pequeña casa de Astos y el cariño de que la pobre se vería rodeada para tranquilizar aquella alma tan profundamente turbada.

Eran más de las once cuando Dantenac se decidió á retirarse.

Marieta se obstinaba en acompañarle; pero él la instó para que se quedara al lado de su hermana.

—De los dos—la decía dulcemente,—ella es la que está peor; puesto que la has encontrado, guárdala bien.

Besó en la frente á las dos jóvenes y se puso en marcha penosamente.

Desde la llegada de la que tan indignamente había vendido, la odiosa portera evitaba que la vieran.

Cuando Pedro Dantenac concluyó de bajar la escalera, la pesada puerta adornada de gruesos clavos se entreabrió para dejarle paso.

El joven la atravesó y se dirigió hacia la calle del Sena.

Al llegar se acordó de que había despedido el coche que le había conducido con Marieta hasta la calle Visconti.

Esperó un momento por si pasaba alguno, pero la calle del Sena á aquellas horas está casi siempre desierta.

Dantenac esperó algunos minutos en vano; después se decidió á llegar á pie hasta los muelles, de los que no estaba lejos.

Avanzaba lentamente, apoyando en el pecho la mano izquierda á fin de sujetar el vendaje puesto por el doctor Desbarres, y preocupado por una multitud de ideas, no observó que un hombre de gran estatura iba detrás de él por la acera opuesta, observando todos sus movimientos.

Aunque lo hubiera visto no hubiera experimentado ningún temor; solo hubiera podido tomarlo por uno de esos agentes de policía que vigilan paseándose por los barrios solitarios y sombríos.

Pero Pedro Dantenac ni siquiera se acordaba de él.

Olvidaba su propia herida desde que el doctor Desbarres le había asegurado que no ofrecía peligro.

Su mal no era aquel.

Su verdadera herida estaba en su corazón lacerado, en su impotencia para imaginar una venganza contra sus formidables adversarios.

Delante del Instituto miró afanosamente por todas partes.

Siempre la misma soledad.

Unicamente pasaron algunos estudiantes cogidos del brazo, que se dirigían á dar una vuelta por los boulevares.

Después, dos coches pasaron á algunos pasos de él; pero uno de ellos iba ocupado por mozas alegres y bebedores despreocupados que pasaban cantando, y el otro, conduciendo equipajes, se dirigía á la estación de Orleans ó á la de Lyon.

Pedro Dantenac subió los pocos escalones que ofrece la acera del puente de las Artes, y se dirigió á la otra orilla del río sin apresurarse.

La noche era oscura. Una ligera niebla se levantaba del río y envolvía como en un velo las siluetas de los transeúntes.

En medio del puente se detuvo el herido para respirar, y al mismo tiempo para contemplar el curioso espectáculo que ofrece el Sena en aquel sitio.

Los barcos golondrinas, semejantes á fuegos fatuos, con sus luces delante y atrás, concluían sus últimos viajes. A los lados de los muelles, interminables filas de faroles de gas se alargaban, acercándose en la lejanía hasta perderse en las inmediaciones del Trocadero; el agua negra se estrellaba rugiendo contra los pilares del puente.

Dantenac, apoyado en la barandilla de hierro, no prestaba la menor atención al movimiento de las gentes, que iban y venían en escaso número á esta hora, en que la circulación está casi interrumpida, para no recobrar alguna actividad más que alrededor de la media noche.

Mientras tanto, el hombre que le vigilaba desde la calle del Sena y que se había emboscado en el Instituto, se aprovechó de un momento en que el puente estaba completamente desierto.

Se acercó con paso rápido, y llegando al lado del herido, que se volvió á medias, le asestó en la cabeza un formidable gol-

pe con un bastón de puño de plomo, tan violentamente, que el desgraciado cayó á tierra sin exhalar una queja.

Entonces el hombre se inclinó á su vez sobre el río.

Estaba desierto como el puente: los barcos estaban muy lejos.

El desconocido levantó el cadáver con sus brazos robustos y le hizo bascular sobre la barandilla.

Aquello fué asunto de algunos segundos.

La masa inerte, con los brazos en cruz y la cabeza oscilante, se hundió en el agua, que pareció crugir de alegría al recibir su presa.

El hombre murmuró algunas palabras mezcladas con risas siniestras y se alejó á grandes pasos.

Casi al mismo tiempo el barón Mosés, encerrado en su gabinete, tenía entre sus manos la carta de Matilde, que un criado de Plessis-Mortcerf acababa de entregarle tardamente.

¡La joven se había suicidado!

¡El hijo del crimen no existía!

¡Aquellas eran sus primeras víctimas! Abismado en aquellas reflexiones, el banquero, con la cabeza entre las manos, sentía que pesaba sobre él una maldición.

¿A qué lado podía volverse que no viera más que desastres?

La pequeña tumba de las Clayes y la que acababan de abrir para los muertos de la casa de los Loiseleur, no eran las únicas que debía temer.

El doctor Berard no ocultaba sus inquietudes á propósito de Raquel.

A pesar de todas las precauciones tomadas para atenuar el drama de la calle del Circo, la inocente joven había sufrido una crisis terrible.

Todo era para el opulento banquero causa de terror.

De pronto se acordó de la orden que había dado en una explosión de resentimientos, de miedo y de orgullo.

Llamó violentamente.

Próspero se presentó.

—¡Señor barón!—exclamó presa también del espanto.

La fisonomía del banquero era para espantar á cualquiera.

Los cabellos grises del judío, que él mismo había arreglado, estaban en desorden sobre su cabeza congestionada; sus ojos tenían una singular expresión de terror.

—Te he dado una orden—balbució con voz llena de angustia.

—En efecto.

—A propósito de ese Dantenac. ¿Qué has hecho?

—Se la he transmitido á Brichard, como la he recibido.

—¿Hace mucho tiempo?

—En seguida. Suplico al señor barón tenga en cuenta que yo no era más que un eco. No me mezclo en estos asuntos.

Había asomos de insolencia en el tono del normando.

El barón no tuvo cuenta de ello.

—Y Brichard, ¿qué te contestó?

—Que estaba á la disposición del señor barón.

—De modo...

—Y que no haría más que obedecer.

—Que le busquen, y le traigan en seguida.

—El señor barón le ha dejado á las seis.

—Próximamente... No quiero que se cumpla esa orden... No lo quiero... ¿Lo entiendes?

—Perfectamente. Me atrevo á decir al señor barón que tiene razón.

—¡Basta de desgracias, Próspero!... ¡basta de desgracias!

—El señor barón hace mal en atormentarse ahora á propósito del señor Dantenac.

—¿Lo crees así?

Ese señor debe estar á estas horas durmiendo tranquilamente en el hotel Louvois... Si el señor barón quiere creerme, mañana será tiempo de dar el aviso.

El viejo Mosés respiró.

El criado parecía tan tranquilo, que el amo á su vez se tranquilizó.

Precisamente en aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

Lagrippe sufrió un estremecimiento involuntario.

—El señor barón quería llamar á Brichard—dijo.—Creo que estará usted satisfecho, pues si no me engaño el que llama es Brichard.

El era en efecto.

Entró.

Brichard era un hombre sereno. La costumbre de su oficio había bronceado su alma, si la podemos dar ese nombre.

No parecía emocionado ni agitado por ninguna impresión extraña.

Si había asistido á la rápida escena del puente de las Artes, su emoción, caso de tenerla, habíadesaparecido por completo.

Su rostro innoble, oscurecido por una barba de tres días, respiraba la alegría, la codicia satisfecha, el triunfo en un negocio feliz.

El barón se estremeció.

Murmuró, presa de una cruel ansiedad:

—Quería hablarle á usted, Brichard... á propósito de ese asunto...

—Ya sé, señor barón.

—¿Vió usted á Próspero esta mañana?

—Me ha transmitido sus órdenes, señor barón.

Sonreía como hombre contento de sí mismo y que piensa hacer efecto.

De pronto estalló:

—¡Ah! El señor barón dudaba de mí. El señor barón me reprochó una vez mi lentitud á propósito de una joven que no podía descubrir... He tomado mi revancha, el señor barón va á convencerse, y sin embargo, se trataba de un negocio bastante difícil.

El viejo Mosés sentía que le estallaba la cabeza.

—Explíquese usted—ordenó.

Brichard obedeció lentamente, recalando sus palabras.

—Creo que el señor barón me hará justicia... El señor barón puede dormir tranquilo... no tiene nada que temer del hombre que le preocupaba.

—¿De modo que ha visto usted á ese Dantenac?

—Si, señor; sin molestia ninguna... él mismo ha facilitado mi misión. Yo creía que tendría para algunos días... Pero nada, esta misma noche estuve esperando en la calle de Visconti... ¡Por algo me gustaba á mí aquel sitio! En efecto, Dantenac llegó. Yo había tomado mis medidas...

—¿Y entonces?

—Entonces, mire usted lo que ha pasado. A las once salió de la casa que usted conoce, para dirigirse á la calle del Sena. No había ni un alma por las calles. Caminaba con bastante dificultad, ya sabe el señor barón por qué. Esperó un coche durante algunos minutos, pero inútilmente. Se decidió á marchar, y, como yo me había figurado, fué á pasar el puente de las Cortes. No aconsejaría al señor barón que pasase por allí tarde, á menos de ir bien acompañado.

—La noche estaba muy buena—objetó Próspero.

—Únicamente un poco de bruma—dijo Brichard.—Dantenac llegó á la mitad del puente y se detuvo á ver correr el agua. Hizo muy mal. Hé aquí lo que yo mismo

he podido ver. Un bribón vestido de guardia de paz, que iba siguiéndole, se aprovechó de aquella parada. Se acercó rápidamente á él, como hombre que lleva prisa. Nadie se veía en toda la extensión del puente. Aquel, era evidentemente, un falso guardia de paz. Al pasar al lado de Dantenac, que se inclinaba imprudentemente al otro lado de la barandilla, le asestó un golpe capaz de aniquilar á un buey. El pobre señor no dijo ¡ay! y el cuerpo se volvió al otro lado del parapeto y cayó en el agua negra y fría. El señor barón se convencerá ahora de que el asunto está terminado.

Brichard se detuvo.

Próspero Lagrippe apretaba los labios. Las cejas del viejo Mosés se juntaban; sus dientes chocaban con cólera.

—¡Toda la verdad!—ordenó duramente.

Brichard venteó la tempestad y replicó:

—Acabo de decírsela al señor barón.

—¿El falso agente era usted?

Brichard sonrió irónicamente.

Aunque así fuera—dijo,—el señor barón convendrá conmigo en que yo no había de decirlo.

—¿De manera que ha matado usted á ese hombre?

—Si lo he hecho, el señor barón no debe quejarse, puesto que lo he hecho por orden suya.

—Ha interpretado usted mal algunas palabras vagas, pronunciadas en un momento de cólera.

—El señor barón se engaña. Las instrucciones eran formales; hasta el precio estaba convenido.

Y Brichard añadió con cierta firmeza:

—Por el momento, no falta más que arreglar la cuenta. El asunto está terminado, y bien; me atrevo á decirlo.

El viejo Mosés se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Brichard se manifestaba muy respetuoso en la forma; pero en el fondo, el viejo Mosés comprendía que el antiguo polizonte jugaba con él, como el gato con el ratón.

La cólera y el miedo le habían llevado lejos, á él que de ordinario decidía en todas sus cosas con tanta reflexión.

Cambió de actitud, pareciendo tomar una determinación aceptando los hechos consumados.

—¿De manera—dijo—que abandona usted mi servicio, Brichard?

—En efecto, estoy decidido señor barón. Las emociones fuertes no me agradan... Necesito descanso.

—¿Es decir, que se encuentra usted bastante rico?

—Algo de eso influye en mi resolución.

—¿Cuánto tiene usted ahorrado hasta ahora?

—Poca cosa, señor barón. Hay que vivir y la vida es cara.

—¿Pero cuánto?

—Unos veinte mil francos, todo lo más, en diez años,

—Es una miseria.

—Esa es la palabra, pero yo no soy ambicioso... Además, el negocio de hoy es mejor...

—¿Qué piensa usted recibir?

Brichard lanzó una mirada á Lagrippe, que se hizo el distraído.

El normando había reflexionado.

Decididamente, los negocios peligrosos no le seducían. Prefería abandonar el beneficio y los riesgos á los demás.

En caso de necesidad, seguramente hubiera sido menos escrupuloso, pero tenía abundantes recursos.

Como otros muchos, se volvía casi virtuoso al ser rico.

Brichard, reducido á sus propias fuerzas, dijo mirando al banquero:

—El señor barón creo que ha hablado de ciento cincuenta á doscientos mil francos.

—¿Y bien?

—Yo creo que el señor barón no vacilará en aumentar la suma.

—Es usted exigente, Brichard.

—Creo que es la única ocasión en que puedo serlo, señor barón.

—¿Eso es una amenaza?

—El señor barón haría mal en creerlo; pero creo que á nadie le está prohibido defender sus intereses. Ya se lo he dicho al señor barón: este será mi último negocio... quiero que sea bueno.

A su vez el viejo Mosés consultó con la mirada al normando,

Lagrippe esta vez, ayudó á su compañero.

No pronunció una palabra, pero con un gesto expresivo, hizo comprender al banquero que no tenía más remedio que someterse.

El barón se resignó.

Más valía dejar un pequeño girón de su fortuna en manos del bribón, que crearse un enemigo de aquella importancia.

—No se lo reprocho á usted—dijo;—ha comprendido usted mal mis intenciones y obrado con demasiada rapidez. Tendrá usted su dinero... trescientos mil francos. ¿Es bastante?

Brichard se estremeció de alegría.

—Si le parece al señor barón—dijo.—Yo no puedo discutir con él.

—Pues bien, mañana aquí mismo, se los entregará Lagrippe. ¿Le basta á usted mi palabra?

—Perfectamente, señor barón.

—¿Y me abandonará usted?

—Así pienso, señor barón; pero si necesita usted mis servicios, fácilmente me podrá encontrar.

—Está bien.

Brichard salió encantado; pero no anduvo mucho.

En el piso bajo, al lado de la escalera, dos criados estaban perezosamente tendidos en anchas banquetas.

La luz eléctrica y el gas brillaban por todas partes, iluminando el inmenso pórtico donde se mezclaban el púrpura y el

onix con las diversas coloraciones del marmol.

Brichard pasó, siguió dos corredores cubiertos de alfombras magníficas y llegó á la puerta de un pabellón situado en el final del hotel.

Llamó.

Una doncella salió á abrirle.

—¿El señor barón está visible?—preguntó el polizonte.

—Ha preguntado por usted lo menos diez veces en media hora. Pase usted.

—Está solo.

—Solo.

Jacobo Mosés descansaba tendido en la cama, en una habitación inmensa, soberbia, con un lujo verdaderamente oriental.

Quando se presentó Brichard, se incorporó á medias.

—¿Y bien?—preguntó.

—Está hecho, señor barón.

—¿Ya?

—Se ha presentado una ocasión y la he cogido por los cabellos.

—¿Ese Dantenac?

—El señor barón no debe dudar de mí. A estas horas duerme un sueño demasiado profundo.

—¿Dónde?

—En el Sena, cerca del Instituto.

—¡Demonio! Por ahí hay mucha circulación, Brichard...

—Razón de más para que pueda creerse en un suicidio, señor barón. Eso es lo que

pasará. Nadie puede impedir que un loco se tire al agua...

Jacobo Mosés reflexionó durante diez segundos. No tenía los mismos escrúpulos de su padre.

Su rostro expresaba una alegría venenosa; la de la venganza satisfecha.

—Me fio en usted, Brichard,—dijo—y pago al contado.

Y pasando la mano bajo su almohada, sacó dos paquetes de billetes de Banco.

Había doscientos.

—Usted lo contará, Brichard. Si hay error, se reparará. Somos honrados y generosos, pero nos cuesta poco. ¿Podría creerse, en verdad, que las paredes sudan dinero en esta casa!

Los dos bandidos estaban tan tranquilos como si no se tratara de la vida de un hombre.

Brichard se guardó los billetes y se retiró.

Al día siguiente del atentado del puente de las Artes, el tren rápido de la noche, que salió de la estación de Orleans, se llevaba á Marieta y Benedetta, que se dirigían á Marignac.

Iban solas.

Benedetta, abatida y silenciosa, como esas enfermas que una fiebre lenta y pertinaz consume, extinguiendo sus ideas, iba sentada al lado de su hermana con la cabeza apoyada en su hombro, mientras Marieta la contemplaba de cuando en cuando con apasionada ternura.

Pronto cayó en un profundo sueño.

Entonces Marieta sacó de su corsé una carta, que leyó detenidamente, para penetrarse completamente de su sentido.

Estaba escrita por Pedro Dantenac.

«Mi querida Marieta:

»Esta carta es para ti, para ti sola.

»Si la enseñaras á alguien, me expondrías á los mayores peligros.

»He sido víctima, anoche, de un odioso atentado.

»Un verdadero milagro me ha salvado por segunda vez.

»Para todo el mundo, y para los que han atentado contra mi vida, estoy muerto.

»Al menos yo, quiero dejarles en esa creencia.

»No trates de comprender más.

»Márchate sin tardanza á Marignac.

»Dentro de poco tiempo recibirás noticias mías. Mientras tanto, no estés inquieta.

»Te remito un billete de mil francos.

»Que no me busquen, y procura que se hable poco sobre mí y sobre mi historia.

»Es el único servicio que espero de ti hasta el momento que vuelva á verte, y que será la hora del castigo.

»Hasta muy pronto.

»Te abraza como un hermano, tu amigo

»PEDRO DANTENAC,

»P. D. ¿Te haces cargo? Para todo el mundo estoy muerto. ¡Silencio!»

Esta última palabra estaba groseramente subrayada.

—¡Pobre Pedro!—murmuró Marieta.—
¡Que se cumpla su voluntad... ¡Si me hubiera hecho caso!

XVIII

Resucitado

Han transcurrido tres semanas.

El marqués Huberto de Causstedé estaba de malísimo humor. No lo dejaba comprender, gracias al dominio que tenía sobre sí mismo, y que ha sido el mejor auxiliar de la diplomacia en todos tiempos.

La borrasca que había estallado sobre sus amigos los Mosés se iba apaciguando. Apenas si quedaban algunos vestigios.

De todos modos, no había castigado á los que él tenía interés en hacer desaparecer.

Sólo habían sucumbido inocentes ó comparsas.

Jacobo Mosés estaba curado hacía mucho tiempo.

De la escena que tanto había hecho sufrir á su orgullo no conservaba más que una frialdad más altanera, una dureza más cruel, una sed de revancha que se extendía á la humanidad entera, como si hubiera hecho causa común con aquel

desgraciado Dantenac en su lucha contra él.

El viejo Mosés tenía algunos momentos de debilidad y de duda.

No estaba seguro de su poder, que se había acostumbrado á considerar sin límites.

El secreto duelo en que le había sumido el trágico fin de Matilde, no era conocido más que de él sólo.

La joven había encerrado su secreto en la tumba. El no se lo revelaría á nadie.

Pero pronto trató de distraerse cediendo á la más vehemente pasión que se puede abrigar en el corazón de un hombre que entra á grandes pasos en la vejez.

Su mirada sombría se dirigía sin cesar á las lejanas regiones donde se había retirado Benedetta.

Contaba los días y las horas del plazo convenido entre ellos y aceptado por su víctima.

No era la reciente tumba de Matilde, no era la salud de su hija Raquel, que declinaba de día en día, lo que le tenía preocupado; era aquella casita blanca del arrabal de Astos, allá en los Pirineos, donde Benedetta se había refugiado, y á veces se reprochaba amargamente por haberla concedido su libertad.

Hubiera querido tenerla á su merced, entre sus manos, y el tiempo transcurriendo perezosamente, le irritaba y se le antojaba interminable.

»P. D. ¿Te haces cargo? Para todo el mundo estoy muerto. ¡Silencio!»

Esta última palabra estaba groseramente subrayada.

—¡Pobre Pedro!—murmuró Marieta.— ¡Que se cumpla su voluntad... ¡Si me hubiera hecho caso!

XVIII

Resucitado

Han transcurrido tres semanas.

El marqués Huberto de Causstedé estaba de malísimo humor. No lo dejaba comprender, gracias al dominio que tenía sobre sí mismo, y que ha sido el mejor auxiliar de la diplomacia en todos tiempos.

La borrasca que había estallado sobre sus amigos los Mosés se iba apaciguando. Apenas si quedaban algunos vestigios.

De todos modos, no había castigado á los que él tenía interés en hacer desaparecer.

Sólo habían sucumbido inocentes ó comparsas.

Jacobo Mosés estaba curado hacía mucho tiempo.

De la escena que tanto había hecho sufrir á su orgullo no conservaba más que una frialdad más altanera, una dureza más cruel, una sed de revancha que se extendía á la humanidad entera, como si hubiera hecho causa común con aquel

desgraciado Dantenac en su lucha contra él.

El viejo Mosés tenía algunos momentos de debilidad y de duda.

No estaba seguro de su poder, que se había acostumbrado á considerar sin límites.

El secreto duelo en que le había sumido el trágico fin de Matilde, no era conocido más que de él sólo.

La joven había encerrado su secreto en la tumba. El no se lo revelaría á nadie.

Pero pronto trató de distraerse cediendo á la más vehemente pasión que se puede abrigar en el corazón de un hombre que entra á grandes pasos en la vejez.

Su mirada sombría se dirigía sin cesar á las lejanas regiones donde se había retirado Benedetta.

Contaba los días y las horas del plazo convenido entre ellos y aceptado por su víctima.

No era la reciente tumba de Matilde, no era la salud de su hija Raquel, que declinaba de día en día, lo que le tenía preocupado; era aquella casita blanca del arrabal de Astos, allá en los Pirineos, donde Benedetta se había refugiado, y á veces se reprochaba amargamente por haberla concedido su libertad.

Hubiera querido tenerla á su merced, entre sus manos, y el tiempo transcurriendo perezosamente, le irritaba y se le antojaba interminable.

Confidente de sus pensamientos, porque el banquero no podía guardarlos solo, era Caussedé, que se abstenía de dar al barón aquel consejo que esperaba constantemente:

—¡Partamos!

El bearnés estaba desanimado.

Su pasión por Elena de Villedieu, se agrandaba de día en día; ella le adoraba y no trataba de ocultarlo.

Su amor por su primo aumentaba al mismo tiempo que el desprecio que sentía por su marido.

Pero aquel amor se impacientaba por los plazos y las condiciones que le imponían. El lazo que unía á la joven con Jacobo Mosés era sólido y no podía romperse más que al precio de un escándalo. Caussedé se desesperaba por su impotencia para resolver una situación que hace pocos días juzgaba tan fácil deshacer.

Pedro Dantenac, con el que contaba como los judíos con el Mesías, había desaparecido de pronto.

No se tenían noticias suyas; ¿pero acaso se necesitaban? Algunas líneas que aparecieron en los periódicos contenían para el marqués la más clara de las revelaciones.

El marido de Matilde había sucumbido trágicamente.

Jacobo Mosés no podía menos de haber tomado una cruel venganza de su humillación.

Caussedé no lo dudó un momento.

Además, Lagrippe, con algunas palabras vagas, le había puesto al corriente de la situación.

¿Qué hacer, en efecto?

Si Dantenac hubiera vivido, ¿qué diferencia!

Decidido á obrar por sí mismo, á buscar una ruptura, Caussedé temporizaba todavía, porque conservaba alguna esperanza.

El bearnés no podía creer en la muerte de Pedro Dantenac. Le parecía imposible que aquel hombre tan enérgico y robusto pudiera ser sorprendido y asesinado.

Pero á medida que el tiempo pasaba, aquella esperanza se iba debilitando, para extinguirse completamente.

Una tarde de julio Caussedé, que pasaba casi todo su tiempo en Plessis-Mortcerf, donde los Mosés se habían instalado, acababa de entrar en su hotel de la calle de Ecuries d'Artois, y allí, registrando su memoria, se preguntaba de qué medio se valdría para aclarar el misterio que rodeaba la desaparición de Dantenac, cuando la puerta se abrió, y su viejo criado le dijo cariñosamente:

—Aquí hay un hombre que desea hablar con el señor marqués.

—¿Quién es?

—Un mandadero.

—Que pase.

Un hombre, vestido con un traje de pana, se presentó.

—¿Es usted el señor marqués de Caus-

sedé?—preguntó con marcado acento auvernés.

—Sí, amigo mio.

—¿De veras?

—Sí, hombre, sí.

—Es que me han mandado que le hable en persona.

El bearnés repitió:

—Yo soy el marqués Huberto de Caus-sedé, y creo que no exista otro.

—Entonces, bueno; todo va bien.

El honrado auvernés separó de su chaqueta una carta que llevaba sujeta con un alfiler, y se lo entregó al bearnés, que se apoderó de ella con presteza.

Alguna cosa le hacía suponer que aquella era la clave del enigma.

No se engañaba.

Sin embargo, la carta estaba concebida en términos oscuros.

«Se ruega á usted siga al mandadero, que le guiará. Encontrará usted una persona que le dará noticias muy útiles.»

No había firma.

El marqués consultó el reloj.

Señalaba las cinco.

—¿De dónde viene usted?—preguntó Caus-sedé al mandadero.

—De la isla de San Luis.

—¿A qué se dedica usted?

—A lo que vé el señor marqués en este instante.

—¿A hacer recados?

—Lo que me quieren encargar. Pero el oficio da poco de sí.

—¿Vuelve usted ahora?

—Al momento.

—Me dicen que le acompañe á usted.

—No lo sé. Yo debo esperar contestación.

—¿Quién le ha entregado esta carta?

—Un criado.

—¿De buena casa?

—Sí, de una casa de buenas gentes, que me han ocupado más de una vez.

—Voy en seguida... el tiempo que tarde en coger un sombrero.

—Bien.

Ya en la calle, Caus-sedé detuvo el primer coche que pasó, y se instaló en él con el mandadero.

A las cinco y media el coche se detuvo en medio del muelle de Bethune.

Un criado de alguna edad se paseaba á la orilla del agua esperando al marqués.

Cuando Caus-sedé bajó del coche, el criado se acercó á él y le dijo:

—Si el señor marqués quiere seguirme.

El bearnés no se preguntó el por qué de tantas precauciones.

Entregó diez francos á su compañero, despidió al coche, y siguió al criado cuya fisonomía y aspecto eran excelentes.

No fueron muy lejos.

Los dos se detuvieron, el marqués detrás del criado, delante de una gran puerta maciza de hermosa forma y artísticamente adornada.

Daba acceso á uno de esos antiguos hoteles que cuentan trescientos ó cuatrocientos años de vida y conservan un sello muy original y artístico.

El aspecto interior era verdaderamente grandioso.

El criado, siempre delante del marqués, atravesó un vasto patio rodeado de edificios con grandes ventanas que dejaban vislumbrar salones magníficos con colgaduras de blanco y oro, abrió la puerta de un pabellón situado al lado de las cuadras y apartándose para dejar pasar á Caussedé, le dijo respetuosamente:

—Si el señor marqués quiere entrar...

Caussedé se encontró entonces en una habitación severa y ricamente amueblada, en la que sobre una cama descansaba un hombre, que al entrar el bearnés se incorporó afanosamente.

—¡Dantenac!— exclamó el marqués.

—Sí, yo soy, que vuelvo del otro mundo— contestó sonriendo el enfermo.

—¡Vive usted!

—Ya lo creo, pero no sin trabajos.

—Cuénteme lo que le ha ocurrido.

—Poca cosa; pero merced á esa poca cosa he estado á punto de no poder servir para nada... Siéntese usted.

Caussedé cogió un banquillo de madera muy curioso, y le aproximó á la cama de columnas.

—Caramba— dijo,— está usted bien alojado, amigo mío.

—Estoy en casa de un verdadero prin-

cipe, un corazón generoso; lo que prueba que aun se encuentran en los tiempos que corremos. A él es á quien debo la vida.

Dantenac explicó al marqués en pocas palabras lo que le había ocurrido desde la tentativa de asesinato de que había sido víctima.

—Salía de la calle Visconti— dijo,— donde fui después de recibir su aviso. La pobre Benedetta nos contó su historia, que es lamentable.

—¿Qué ha sido de ella?— interrumpió el marqués.

—No sé— contestó.— Para todo el mundo, como para los Mosés, estoy muerto, y quiero seguir estándolo hasta el día de mi resurrección.

Y añadió fijando en Caussedé su profunda mirada:

—No se desconfía de un muerto, y usted comprende que con adversarios como los míos es necesario tener prudencia... Usted me había prevenido... hice mal en olvidarlo ni un minuto... Pero ahora no lo olvidaré, respondo de ello.

Había tan terrible acento de resolución en la mirada y en las palabras de Dantenac, que Caussedé se estremeció de placer.

El marqués instó al herido á que continuara su historia.

Dantenac continuó:

—Había hecho la tontería de despedir al carruaje que nos condujo hasta la calle Visconti. No se puede pensar en todo, y yo

estaba muy preocupado con la ideade volver á ver á la pobre víctima del infame Mosés, menos infame aun que su hijo. La dejé bajo la custodia de su hermana Marieta, y me volvía solo á mi hotel. Éran las once de la noche. No encontré ningún carruaje en el camino y marchaba pensativamente aunque con menos dificultad de la que podía esperar. En medio del puente de las Artes me detuve contemplando el fantástico espectáculo de las orillas del Sena. Sentí que un hombre avanzaba rápidamente, y me volví un instante para verle. Era un agente de policía, ó al menos llevaba su traje. Cuando pasó á mi lado, sentí que un golpe terrible me aplastaba el cráneo, y eso fué todo. Cuando volví en mí, estaba chorreando agua en el fondo de un pequeño yate de vapor. Una joven hermosa como el día, dulce como un ángel, espiaba mi vuelta á la vida. Apoyada en el brazo de un hombre de alguna más edad que ella, aun recuerdo que dijo cuando volví en mí:

—¡Gracias á Dios que no ha muerto!

Era la propietaria de este hotel.

Dantenac pronunció un nombre conocido de todo París, y prosiguió:

—Dentro de algunos días, mañana quizá, podré despedirme de mis bienhechores, guardándoles eterno reconocimiento.

—¿Y después?—preguntó Caussedé.

—Después iré á concluir de restablecerme á nuestra casa de Caubous, al lado de mi anciana tía, la hermana de mi pa-

dre... El doctor asegura que de aquí á ocho días estaré más fuerte que nunca. Yo le creo, y, además, lo deseo tanto, que se me figura que Dios ha de concedérmelo.*

—Se lo concederá—dijo Caussedé.—¿Y después de esos ocho días?

Pedro Dantenac apretó los labios.

—Después—contestó—no sé lo que sucederá. He reflexionado. En el estado en que estoy, he pasado más de una noche con fiebre, y la fiebre despierta la imaginación.

—¿De modo que?...

—Quizá le pareceré á usted un insensato.

—Diga usted.

—He pensado que Benedetta está en Marignac, y que el viejo Mosés está estúpidamente enamorado.

—Es verdad—afirmó Caussedé.—Aun más de lo que usted se figura.

—Tanto mejor. Me he dicho que no sería extraño que él fuera á Luchón, sobre todo si algún amigo le aconsejaba hábilmente este viaje...

—¿Tiene usted razón!

—Por último, he creído que el hijo podría acompañarle, puesto que todos caben en su palacio. Sobre todo, al hijo es al que yo quisiera pillar allí.

Dantenac sonrió con amargura.

—Ya ve usted que esto es un sueño, que quizá será irrealizable, como todos los sueños.

—No—dijo Caussedé;—pero ¿y una vez allí?

—Allí, ya sabré lo que he de hacer. Yo no pido sino que vayan. Con otros adversarios no emplearía esos medios; pero ya que únicamente la astucia puede librarme de ellos, yo seré astuto como el lobo de las montañas con la presa que acecha. ¡Yo solo me haré justicia, puesto que los jueces estarían siempre de parte de esos bandidos!

—¿Cuándo se marcha usted?—preguntó Caussedé.

—Dentro de tres días estaré en la casa de Caubous. Nadie me ha visto entrar aquí y nadie me verá salir.

—¿Tiene usted dinero?

—Más de lo que necesito. El miserable no me robó, sin duda para hacer creer mejor en un suicidio. ¿Brichard, eh?—preguntó mirando á Caussedé.

—¿Lo cree usted así?

—Sí.

—Yo también estoy seguro de ello—declaró el marqués.—Brichard ha sido pagado régicamente, pues que se encuentra bastante rico para retirarse. Me lo han dicho.

—¿Quién?

—Alguien que me sirve fielmente.

—¿Lagrippé?

—Puede ser.

—¡Pobre barón!—dijo Dantenac con un movimiento despreciativo de hombros.—¿Qué odioso debe ser, á pesar de sus ri-

quezas, cuando no encuentra á su alrededor más que traidores!

—El padre y el hijo han coincidido en un mismo pensamiento.

—¿Cual?

—El de desembarazarse de usted.

—¡Asombrosa conformidad de ideas!

—El padre revocó la orden, pero era demasiado tarde.

—¿El hijo me había ejecutado?

—Precisamente.

—¿Y por qué cambió el viejo de opinión?

—A causa de una desgracia que le ha anonadado.

—¿Qué desgracia?

—Quería ocultárselo á usted.

—¿Por qué?

—¿Porque se va usted á impresionar.

—Hable usted sin temor. Tengo el corazón endurecido, y mi vida no tiene objeto.

—¿Y la venganza?

—Eso es lo único. ¿Qué desgracia decía usted?

—El barón acababa de recibir una triste noticia.

—¿Matilde, quizá?...

—Se había suicidado con su hijo.

Pedro Dantenac se puso lívido y se oprimió el pecho con las manos.

—¿Todavía se acuerda usted de ella?—preguntó el marqués.

—Todo lo que puedo decir es que la he querido apasionadamente.

Dantenac suspiró ruidosamente.

—¿Y por qué esa extrema resolución?— preguntó al cabo de un momento.

—No lo sé. Habrá un misterio en su vida...

—¿Usted no le conoce?

—Lo sospecho.

—¿Y qué le parece á usted?

El marqués pronunció lentamente las siguientes frases:

—El viejo Mosés debía ser su padre.... ella lo ignoraba... y lo ha sabido... demasiado tarde.

Pedro Dantenac bajó la cabeza.

—¡Por lo menos tenía corazón!—murmuró.

—Es cierto.

—¿Dónde ha muerto?

—En Chesnay.

—¿En casa del guarda?

—Sí.

—¿Cómo?

—Envenenada.

—Y ahora, ¿dónde está?

—En el cementerio de Fadrey, al pie de una iglesia arruinada; así lo ha querido.

Hubo un momento de silencio.

Dantenac parecía contemplar con su mirada extraviada, un rincón de tierra lleno de plantas y hierbas silvestres, donde descansaba la mujer que había amado con locura, la fantástica aparición que sin vacilar hubiera seguido hasta el fin del mundo.

De pronto su odio se reanimó, inflamado con más violencia por aquella lúgubre revelación.

—¿De manera—dijo— que irán?... ¿A usted qué le parece?

—Estoy seguro de ello.

—¿Cuándo?

—Cuando esté usted completamente bueno.

—¿Dentro de quince días?

—Si á usted le parece...

—Bien.

—Si tiene usted algo que comunicarme puede dirigirse á la señora Dantenac, en Caubous, por Luchón.

—Convenido.

—¿Tiene usted algo más que decirme?—dijo Dantenac.

—Sí.

—Usted dirá.

Caussedé contempló fijamente á Dantenac

—El hombre que usted más odia—dijo con lentitud—es Jacobo Mosés.

—Sí.

—Sin mi ayuda, á menos de asesinarle, no le podría usted castigar.

—Quizá.

—Yo le entregaré, pero con una condición.

—¿Cual?

—La de concederme, en el momento de la entrega, la gracia que yo pida.

—Si es posible...

—Lo será.

- ¿Está convenido?
 —Convenido.
 —Entonces, hasta muy pronto.
 —Adiós.

Los dos hombres cambiaron un energético apretón de manos.

—Mire usted—dijo Dantenac,—tan solo con verle me encuentro más fuerte. Mañana marcharé.

- Adiós, marqués, hasta la vista.
 Causседé respondió como un eco:
 —Hasta la vista.

XIX

El calvario de Astos.

La casa del capitán Soubère en el pueblecito de Astos, había recobrado su aspecto ordinario.

Desde la huida de Benedetta había estado cerrado, como esos hoteles deshabitados en invierno que esperan las bandadas de viajeros que llegan de las ciudades para instalarse durante algunas semanas en aquellos nidos de verdura, á fin de recobrar las fuerzas para acometer nuevos trabajos y nuevos placeres.

La tía Julia apenas entraba, trabajando fuera como una mercenaria, y en el fondo del alma estaba mortalmente triste y desolada.

Ahora estaba la casa otra vez abierta y reanimada.

Marieta y Benedetta estaban de vuelta.

La pobre señora no quería conocer las causas porque había huido su sobrina, ó mejor dicho, su hija.

Benedetta había vuelto; la oveja descarriada entraba en el redil, según la expresión del padre Artigues. Era todo lo que la hermana del capitán quería.

Algunos días después de la entrevista del marqués de Causседé y de Pedro Dantenac, á las tres de la tarde, estaban sentadas las dos hermanas en el pequeño pabellón donde el barón había tratado de seducir á la desgraciada joven, al principio de este drama.

Benedetta parecía perdida en el mundo quimérico de los sueños.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada indecisa, ejecutaba aquel cadencioso movimiento que el barón Mósés había observado á la vuelta de las Clayes, cuando la desventurada se trastornó con la muerte de su hijo.

Como en el hotel de Neuilly, el movimiento era casi imperceptible; sin embargo, Marieta la preguntó con inquieta ternura:

—¿Qué haces?

—Nada—dijo la joven estremeciéndose.

—¿En qué piensas?

—Benedetta movió la cabeza.

—No lo sé—contestó.

—¿Quieres salir? ¿Quieres ver á nuestros amigos, Rabastoul, por ejemplo?

—No; estoy aquí bien contigo.

- ¿Está convenido?
 —Convenido.
 —Entonces, hasta muy pronto.
 —Adiós.

Los dos hombres cambiaron un energético apretón de manos.

—Mire usted—dijo Dantenac,—tan solo con verle me encuentro más fuerte. Mañana marcharé.

- Adiós, marqués, hasta la vista.
 Caussedé respondió como un eco:
 —Hasta la vista.

XIX

El calvario de Astos.

La casa del capitán Soubère en el pueblecito de Astos, había recobrado su aspecto ordinario.

Desde la huida de Benedetta había estado cerrado, como esos hoteles deshabitados en invierno que esperan las bandadas de viajeros que llegan de las ciudades para instalarse durante algunas semanas en aquellos nidos de verdura, á fin de recobrar las fuerzas para acometer nuevos trabajos y nuevos placeres.

La tía Julia apenas entraba, trabajando fuera como una mercenaria, y en el fondo del alma estaba mortalmente triste y desolada.

Ahora estaba la casa otra vez abierta y reanimada.

Marieta y Benedetta estaban de vuelta.

La pobre señora no quería conocer las causas porque había huido su sobrina, ó mejor dicho, su hija.

Benedetta había vuelto; la oveja descarriada entraba en el redil, según la expresión del padre Artigues. Era todo lo que la hermana del capitán quería.

Algunos días después de la entrevista del marqués de Caussedé y de Pedro Dantenac, á las tres de la tarde, estaban sentadas las dos hermanas en el pequeño pabellón donde el barón había tratado de seducir á la desgraciada joven, al principio de este drama.

Benedetta parecía perdida en el mundo quimérico de los sueños.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada indecisa, ejecutaba aquel cadencioso movimiento que el barón Mósés había observado á la vuelta de las Clayes, cuando la desventurada se trastornó con la muerte de su hijo.

Como en el hotel de Neuilly, el movimiento era casi imperceptible; sin embargo, Marieta la preguntó con inquieta ternura:

—¿Qué haces?

—Nada—dijo la joven estremeciéndose.

—¿En qué piensas?

—Benedetta movió la cabeza.

—No lo sé—contestó.

—¿Quieres salir? ¿Quieres ver á nuestros amigos, Rabastoul, por ejemplo?

—No; estoy aquí bien contigo.

Y volviendo á sumergirse en sus sueños, fué recobrando poco á poco su monótono movimiento.

Luchón estaba en plena temporada. Los hoteles se llenaban de forasteros. El casino había empezado sus fiestas, sus fuegos artificiales, sus conciertos.

A cada instante, carruajes de dos ó de cuatro caballos envolvían en polvo los caminos, alegres cabalgatas cruzaban por Marignac, precedidas de guías pintorescamente vestidos, que hacían restallar alegremente sus fustas.

Casi todos los forasteros se detenían en el pabellón con el pretexto de comprar tabaco, pero en realidad para ver á las hijas del capitán, y sobre todo para contemplar á la que con tanta justicia se había llamado la Virgen de Marignac.

La joven se retiró, á fin de no dar á los curiosos el espectáculo de sus lágrimas.

Se dirigió á la aldea de Astos, de la que no estaba separada más de trescientos metros.

El sendero que conduce desde la plaza del pueblo hasta la casa del capitán, serpenteaba entre bosquecillos de hayas y manzanos.

Benedetta se encontraba á la mitad del camino, cuando se detuvo. Cerca de ella acababan de pronunciar el nombre de Juan Dantenac.

El sendero que seguía estaba tapizado de musgo, y como los setos vivos que le cerraban tenían más altura que la de un

hombre, los que hablaban al otro lado no podían verla ni oirla.

Había un hombre y una mujer.

El hombre era Rabastoul el marmolista, el padrino de Benedetta, que preguntaba en voz baja:

—¿Está usted segura de lo que dice, Mariana?

—Como que acabo de ver al sacristán de Marignac hace un momento. Después de todo, hará usted mal en enfadarse... Ese muchacho no puede estar solo toda su vida... sin establecerse.

—Es claro... lo comprendo. Sin embargo...

—Quiere establecerse y le hace falta una mujer y dinero. Contaba con su hermano Pedro, pero no se sabe lo que ha sido de él. Los unos dicen que ha marchado al extranjero; los otros que ha muerto. Esto no está claro. La sobrina del señor Bastida es una buena muchacha, y en la casa hay muy bien cuarenta mil francos... Andando el tiempo, todo será para ella. Juan se irá á vivir con el buen hombre y juntos seguirán en el oficio.

—¿Está convenido?—preguntó la gruesa voz de Rabastoul?

—Completamente. Casándose con Benedetta hubiera tenido que pagar al señor Bastida; casándose con su sobrina se ahorra eso, y siempre va ganando.

Benedetta, apoyada en el tronco de un árbol, se comprimía el pecho con ambas manos.

Juan Dantenac, su prometido, no la había amenazado en vano.

Al volver á su país había buscado una mujer y no le había costado trabajo encontrarla.

¡Y bien pronto!

Pero ¿ella misma no se lo había aconsejado?

Las voces se alejaron.

Rabastoul iba tronando de despecho.

A la orilla del sendero, separada cincuenta pasos de donde estaba Benedetta, bajando hacia el Garona, se ve una antigua cruz de mármol gris, erigida desde tiempo inmemorial.

Aquella cruz se llama el calvario de Astos.

La hierba crece sobre la base de la cruz, formando una pequeña elevación cubierta de verdura.

Cuando el marmolista, veinte minutos después salía del bosque, iba solo.

Al volver en el camino distinguió una forma humana extendida sobre la verde alfombra que rodeaba la cruz.

Se aproximó rápidamente y escuchó sollozos apagados.

Benedetta, con los dedos entre sus cabellos, murmuraba una plegaria confusa, de la que Rabastoul sólo oía estas palabras, pronunciadas con acento desgarrador:

—¡Dios mío ¡Dios mío!

Se inclinó sobre ella, la cogió entre sus brazos robustos, y la llevó como un niño.

Era un hombre de corazón fuerte y rudo; sin embargo, una lágrima cayó de sus ojos sobre el rostro de nieve de aquella mártir del destino.

XX

En el templo de Eros.

Un ruido singular se había extendido por París.

Se decía que los Mosés se retiraban de los negocios.

Un periódico mal intencionado, al mismo tiempo que lanzaba esta increíble noticia, la ponía un atrevido comentario:

«Nunca ha podido decirse con más razón que ahora:

«Los negocios, son el dinero de los demás.»

La familia estaba en Plessis-Mortcerf.

El real castillo tenía su aspecto ordinario.

Todo estaba lo mismo que el año anterior cuando se había decidido el matrimonio de Jacobo Mosés con Elena de Villedieu.

Sin embargo, ¡cuántos acontecimientos habían tenido lugar, oscuros para los que no conocían á fondo la casa!

Ni Plessis-Mortcerf, ni el hotel de la avenida Gabriel habían perdido nada de su esplendor. No faltaba ni un criado en las antecámaras, ni un caballo en las cuerdas.

Causседé esperaba confiado.

Preparaba los acontecimientos con tranquila paciencia; conocía á sus paisanos, su tenacidad, su astucia de cazadores, la violencia de sus resentimientos y la energía que desplegaban en la venganza.

La tarde de la escena del calvario de Astos, había en Plessis-Mortcerf numerosos invitados.

A las seis una brillante multitud se reunía en la explanada del castillo.

Causседé estaba sentado con Elena en un banco de marmol.

—Vámonos—la dijo.

—Vámonos—repitió Elena.

—¿Por dónde?

—Por donde quieras. Lejos de toda esta gente odiosa.

E inclinándose al oído del marqués, añadió:

—Tengo que hablarte.

—¿Sobre qué?

—¿No lo adivinas?

—Puede que sí.

Se alejaron, separándose de la terraza, y se perdieron por las grandes avenidas sombrías que rodeaban el castillo.

Poco á poco se fueron acercando al pequeño templo, en el que se encontraron el día que el barón Mosés pidió la mano de Elena para su hijo Jacobo.

La puerta, abierta, dejaba ver el interior de aquel retiro tan coqueto y agradable.

No había nadie.

El corazón de Causседé se oprimió, acordándose de aquella graciosa Matilde que había sorprendido el año precedente y que no volvería á entrar más.

Ya la joven baronesa estaba dentro, y llamaba á su primo con gesto imperioso.

—Siéntate — le dijo, señalándole un asiento—y hablemos.

—Te escucho.

—¿Tú me amas?—le preguntó ella bruscamente.

—No lo dudes, Elena.

—Pues bien debes comprender que mi existencia es intolerable.

—Sí que lo sé.

—Nunca he tenido más que aversión por mi marido... Esta aversión se complica con el desprecio... y ha llegado á ser odio violento.

—Te comprendo.

—Esta vida debe cesar.

—¿Cómo?

La joven tuvo un arranque de irritación.

—¿No comprendes que quiero que esto termine, cueste lo que cueste? ¿Crees acaso que no comprendo los horrores que me rodean, y que tú mismo contribuyes á hacer oscuros para mí?...

El marqués no trató de negar.

—Es cierto—dijo.

—¿Por qué me engañas?

—Porque quiero evitarte disgustos en el presente y remordimientos en el por-

venir. No quiero que vivas bajo el peso de las atrocidades que ocurren en esta casa.

—¿Atrocidades dices?

—¡Mucho peores de lo que puedes suponer!

—Razón de más para concluir.

—Dentro de algunos días serás libre.

—¡Vanas promesas!

—Te juro que no. Te he pedido un plazo...

—Que yo no tengo fuerzas para conceder.

—Es preciso.

El marqués cogió las débiles muñecas de la joven, la atrajo hacia sí y añadió, mirándola fijamente:

—¿Crees tú que el tiempo me parece más corto que á tí? Cada día me pareces más hermosa y cada día te quiero más. Ya te lo he dicho; te quiero para mí, para mí solo. La casualidad ha hecho que vayas á parar á los brazos de ese hombre, de ese miserable... Yo te arrancaré de ellos aunque tenga que matarlos con mis propias manos... Pero espero no tener necesidad de esto, trato de evitar un escándalo... ¡Paciencia!

—¡Yo no puedo más!

—Todavía unos días... Escucha... no perdamos el tiempo... Pueden sorprendernos... Desde hace algún tiempo parece que tu marido se ocupa de tí...

—En efecto... pero entre nosotros hay una barrera infranqueable.

—Pues él trata de salvarla.

—¿Qué sabes tú?

—¿Crees que los ojos de un celoso no lo ven todo?

—Desde el escándalo de la calle del Circo, nuestra separación ha sido más completa.

—Quiere hacerse perdonar.

—No llegará el caso. Ese hombre me causa horror.

—De todos modos, puedes imponerle tu voluntad. El momento es propicio.

—Quizá.

—El barón se marcha á Luchón.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos días.

—¿Te lo ha dicho?

Caussedé pronunció las palabras siguientes, fijándose en cada palabra.

—Que me lo haya dicho ó no, el caso es que lo sé. Es preciso que tu marido le acompañe.

—¿Eso es todo?

—Todo.

—Pues irá. ¿Y después?

—Después... nada.

El marqués abrazó á su prima ardentemente en un arranque de pasión.

La joven se separó y dijo:

—No sé lo que quieres, y sin embargo, obedeceré. Iremos á Luchón, pero piensa que será mi última concesión. Tú me amas, según dices; pruébame lo devolviéndome la libertad, y si no, la recobraré yo sola.

Abandonaron el pequeño templo.

El pecho de la joven se levantaba á impulsos de su emoción, bajo la débil tela de su justillo. Causedé tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para tranquilizarse.

Aquella vida tan familiar, su intimidad con aquella mujer, más encantadora cada día, exaltaban el amor que sentía por ella hacia largo tiempo.

La joven se apoyó en el brazo de su primo diciendo:

—¡Qué hermoso es esto! La naturaleza es soberbia, pero ¡qué contraste con el mundo que se ve! El honor de mi padre me ha obligado á someterme, he cedido en un momento de desfallecimiento, pero, ¡cuánto me arrepiento de ello!

Causedé interrogó con la mirada á la joven.

—¿Por qué?—la dijo.

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Es que yo no me hago cargo de las cosas? ¡Esa Matilde enterrada en Jadrey con su hijo; ¡Ese Dantenac desaparecido! ¡Cierro los ojos para no ver, y sin embargo, veo! ¡Comprendes! ¡Por eso quiero terminar, lo quiero, debo hacerlo!

¡Qué contestar!

No pronunciaron una palabra más.

Recorrieron de nuevo las sombrías alamedas, atravesaron las explanadas adornadas de estatuas, y llegaron á mezclarse con los invitados en el momento que la campana avisaba para comer.

El viejo Mosés, solo en un ángulo de la explanada, apoyado en el pedestal de una magnífica Venus saliendo de las aguas, tenía un papel en la mano que leía con atención.

Llamó á Causedé con un signo.

Su rostro, curtido como el de un marino caldeado por el sol de los trópicos, resplandecía de satisfacción.

—Lea usted—dijo en voz baja al bearnés;—es de su tierra.

Su voz parecía cantar un himno de triunfo.

El papel solo contenía dos palabras:

—¡Venga usted!

No tenía firma, pero el telegrama estaba expedido en Luchón.

—¿Qué le parece á usted, amigo mio?—preguntó el banquero.

—Le felicito sinceramente. ¡Es usted el hombre de la suerte!

—¡Se humaniza!

—Todo cede ante usted. ¡Todo se le somete!

—Vendrá usted con nosotros, Causedé.

—¡Pero se marcha usted?

—¿Ya lo creo. Además tengo necesidad de distraerme. ¡Tengo aquí muy malos recuerdos!

—¿Cuándo se pone usted en camino?

—Lo más pronto posible, dentro de dos ó tres días. El tiempo indispensable para hacer algunos preparativos.

La campana llamaba por segunda vez. Raquel vino á poner su dulce rostro

entre el de su padre y el del marqués.

La anemia la mataba. Ya no había sangre en aquel ser delicado cuya vida estaba pendiente de un hilo.

—¿Decían ustedes?—preguntó.

—Que nos vamos á Luchón.

—Es muy lejos—murmuró la enferma.

Y con una mirada suplicante preguntó al marqués:

—¿Usted viene también?

—Su padre se ha empeñado en que acompañe á ustedes...

—¡Entonces, también voy yo!

Y acercándose al oído de Causседé añadió:

—No me encuentro bien, y sentiría morirme lejos de usted.

Causседé la contestó dándole el brazo:

—Luchón es un país delicioso que la devolverá la salud. ¡Ya verá usted!

La joven movió la cabeza y mirándole con sus grandes ojos que brillaban en su rostro de muerta, le dijo:

—Quiere usted consolarme... es inútil. No temo la muerte. ¡No he hecho daño á nadie y bajaré á la tumba con un solo sentimiento!

—¿Cuál?—la preguntó el joven acariciándola con una mirada llena de piedad.

—¡El de no volverle á ver!

XXI

En la posada de la Gamuza.

El 25 de julio, la temporada en Luchón estaba en todo su esplendor.

En el Casino se jugaba muy fuerte y se murmuraba de firme entre las verdes alamedas, al ruido de las cascadas y de las risueñas fuentes.

No faltaban personas importantes: la literatura, las artes, la política y la ciencia estaban dignamente representadas por un buen número de reumáticos y enfermos del pecho.

Pero todas estas notabilidades se oscurecieron ante un astro que aparecía.

¡Se estaba esperando á los Mosés!

Ya se había presentado el ayuda de cámara, Próspero Lagrippe, el *factotum* del célebre barón.

Las once daban en el gran reloj de los baños. Las once de la noche.

El cielo estaba ligeramente velado, la temperatura era agradable.

Poco á poco se iba extendiendo el silencio por todas partes, excepto en un barrio que podría compararse al boulevard y que empieza en los jardines públicos para terminar en el café Arnativo.

El viejo Luchón iba apagando sus luces.

La avenida de los Suspiros estaba desierta; solo se oía el ruido de los dos arro-

entre el de su padre y el del marqués.

La anemia la mataba. Ya no había sangre en aquel ser delicado cuya vida estaba pendiente de un hilo.

—¿Decían ustedes?—preguntó.

—Que nos vamos á Luchón.

—Es muy lejos—murmuró la enferma.

Y con una mirada suplicante preguntó al marqués:

—¿Usted viene también?

—Su padre se ha empeñado en que acompañe á ustedes...

—¡Entonces, también voy yo!

Y acercándose al oído de Causседé añadió:

—No me encuentro bien, y sentiría morirme lejos de usted.

Causседé la contestó dándole el brazo:

—Luchón es un país delicioso que la devolverá la salud. ¡Ya verá usted!

La joven movió la cabeza y mirándole con sus grandes ojos que brillaban en su rostro de muerte, le dijo:

—Quiere usted consolarme... es inútil. No temo la muerte. ¡No he hecho daño á nadie y bajaré á la tumba con un solo sentimiento!

—¿Cuál?—la preguntó el joven acariciándola con una mirada llena de piedad.

—¡El de no volverle á ver!

XXI

En la posada de la Gamuza.

El 25 de julio, la temporada en Luchón estaba en todo su esplendor.

En el Casino se jugaba muy fuerte y se murmuraba de firme entre las verdes alamedas, al ruido de las cascadas y de las risueñas fuentes.

No faltaban personas importantes: la literatura, las artes, la política y la ciencia estaban dignamente representadas por un buen número de reumáticos y enfermos del pecho.

Pero todas estas notabilidades se oscurecieron ante un astro que aparecía.

¡Se estaba esperando á los Mosés!

Ya se había presentado el ayuda de cámara, Próspero Lagrippe, el *factotum* del célebre barón.

Las once daban en el gran reloj de los baños. Las once de la noche.

El cielo estaba ligeramente velado, la temperatura era agradable.

Poco á poco se iba extendiendo el silencio por todas partes, excepto en un barrio que podría compararse al boulevard y que empieza en los jardines públicos para terminar en el café Arnavivo.

El viejo Luchón iba apagando sus luces.

La avenida de los Suspiros estaba desierta; solo se oía el ruido de los dos arro-

yos que corren por las cunetas y que cantan perpetuamente sobre su lecho de guijarros.

En la fachada de la posada de la Gamura se apagó la linterna.

Todos los huéspedes se habían recogido.

Sin embargo, alguien velaba en casa de los Dantenac.

Miguel, el dueño de la casa, estaba sentado al lado de su mujer en la vasta sala que tenía al lado de la cocina.

El posadero separó la pipa de la boca, y sacudiendo la ceniza dijo á su mujer:

—Oye Victoria, ¿no has visto á Juan?

La patrona se frotó los ojos.

—¿Juan?—dijo.—Hoy no le he visto.

Le vi ayer.

—¿Piensa siempre en su matrimonio?

—Sin duda... ¿No es lo convenido? ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada; es una idea mía.

Victoria contempló á su marido con inquietud.

—¿Qué! ¿acaso querías que no se hiciera?—preguntó.

—No.

—Sería una desgracia para Juan. La sobrina de Bastida es una buena proporción. Es trabajadora, activa... ¡y ya que no puede pensar en la otra!...

Victoria se levantaba cuando la puerta de la calle se abría.

—Todavía viene gente—dijo el posadero.

—¡Tan tarde!

—¿Te molesta?

—No—dijo.—Con eso entra agua en el molino—y movió los bolsillos, que dejaron oír un sonido metálico.

De pronto su rostro se llenó de alegría.

Estagnon y Juan Dantenac acababan de aparecer en la habitación.

—¡Todavía levantados!—dijo alegremente Estagnon.

—Aun tenemos tiempo de dormir—contestó el patrón.—Podemos ofrecer un trago.

—Con mucho gusto.

—Brígida—dijo Miguel,—una botella y cuatro vasos.

La posadera no se sentó.

—Buenas noches—dijo,—yo tengo que madrugar, y no me es posible hacerlos compañía.

Y subió por la escalera de madera, acompañada siempre por el ruido de los cuartos en la faltriguera.

—Buena mujer—dijo Estagnon, á quien por instinto le gustaban todas.—Si encontrara una como ella, me casaba en seguida.

Juan Dantenac guardó silencio.

Su tristeza, constante desde que volvió de París, iba aumentando cada día.

—Deja esa murria—dijo el posadero,—que no es propia de un hombre que se va á casar.

—¡Oh, todavía no!

—No, dentro de quince días; eso pasa pronto.

Estagnon se echó á reír.

—Más pronto pasará el tiempo después de la boda. La novia es buena, alegre y está siempre de buen humor. Creo que no te arrepentirás.

—¿Te parece á tí?

—¡Pardiez! Quisiera estar en tu lugar, y puedes creer que no soy el único.

Juan Dantenac iba á responder; pero se detuvo á escuchar.

—Eh—dijo,—parece que llaman.

—Algún huésped retrasado—dijo el posadero.

—Todos se han recogido—hizo notar Brigida.

—Bueno, ve á abrir.

En el mismo instante se oyó la gruesa voz de la criada, que decía:

—¡Es posible! ¡Sí, es el señor Luis!

—¡Mi hermano!—dijo el posadero levantándose.

Era el militar que llegaba.

En la familia le llamaban el *Africano*. Hubo abrazos para todos y multitud de preguntas.

—¡Tú á media noche! ¡Y sin avisarnos! ¿De dónde vienes?

—Vengo derecho de Blidath, tengo licencia por dos meses.

El suboficial, robusto y tostado, llevaba con mucha soltura su uniforme galoneado y el kepis sobre los cabellos negros, cortados al rape.

—Para hacer un viaje tan largo—dijo—tengo mis razones. Pasan cosas muy extrañas por aquí.

—¿Has venido hasta Luchón en el tren?—preguntó Juan.

—No, me he detenido en Marignac.

Juan Dantenac balbució:

—¡Ah! ¿Has estado allí?

—Dos horas largas en casa de Barrouse. Sabía cosas que me llenaban de curiosidad. Barrouse, que es un buen amigo, me ha escrito más de una vez, y la idea de venir me atormentaba. Ahora bien, cuando se decidió el matrimonio de Juan, me fui á ver al coronel y me concedió permiso. Tomé el vapor para Cette, y aquí estoy. ¿No habéis oído hablar de Pedro?

Miguel movió la cabeza.

—¿No te parece que es muy extraño lo que pasa?

—Y muy triste.

—¡Cómo hubiera podido figurarse eso el día de su boda! Parecía completamente dichoso.

Estagnon se inflamaba fácilmente.

Sus ojos brillaron como ascuas.

—Tenía motivo para ello—dijo.—El dinero á montones, y una mujer superior.

—Y muy cariñosa—dijo el suboficial.—Nos recibió admirablemente.

—Aseguran que ha muerto—dijo el posadero;—sin embargo, nadie nos lo ha hecho saber directamente.

—¿Y Pedro?

—De ese no se habla.

—¡Ah!— dijo Luis,—¿no veis á los amigos de Marignac?

—Ya comprenderás — dijo Miguel,— después de lo que ha pasado con la pequeña, sobre todo desde que está decidido el matrimonio de Juan con otra, es embarazosa nuestra presencia allí.

—Pues bien, Marieta dice que Pedro ha muerto, que está segura de ello.

—Y cómo lo sabe.

El soldado prosiguió:

—Yo creo que tiene razón. Si Pedro viviera, nos hubiera escrito. No se prescindía de los hermanos en semejantes casos. El estaba loco por su mujer... Matilde ha muerto y habrá querido reunirse con ella.

—Mejor hubiera hecho casándose con otra—insinuó Estagnou.

Aquellas palabras no gustaron á los tres hermanos.

El guía comprendió que tenía la lengua demasiado larga.

Se levantó perezosamente y dijo á su primo:

—¿Te vienes, Juan? Mañana tenemos que hacer.

—¿Con los Mosés, quizá? — preguntó Luis.

—No, este año no se sirven de nosotros. Se valen de ese canalla de Arros. No sé cómo ha podido hacerlo, pero el caso es que tiene unas cuadras de primera y ca-

rruajes que valen mucho dinero. Hay algún misterio por medio. Buenas noches.

Se marchó solo, pues Juan Dantenac le había hecho comprender con un gesto que no le seguía.

La criada echó el cerrojo y dijo al soldado:

—Tiene usted su habitación preparada. La patrona es la que se asombrará mañana. He ido á avisarla, pero dormía profundamente.

—Bien—dijo el posadero.—Tú también puedes acostarte.

—¡Buenas noches!

Brígida se dirigió á su cuarto con la palmatoria en la mano, no sin admirar por última vez al militar, cuyo uniforme y apostura la encantaban.

Los tres hermanos quedaron solos.

El africano se volvió bruscamente á Juan y le dijo:

—¿Conque te casas?

Juan respondió torpemente:

—Sí.

—¿Con Susana Bastida?

—Con ella.

—Y ese matrimonio, ¿te satisface?

—Como otro cualquiera.

—Parece que la pobre Benedetta es muy desgraciada.

Nadie contestó.

El soldado añadió:

—Barrousse pretende que la pobre no tiene el juicio sano. Hay momentos en que pierde la cabeza... La infeliz ha su-

frido horriblemente... ¡Y de seguro, no lo sabemos todo! Barrousse cree también que el barón Mosés, en cuya casa estaba Pedro, podría informarnos sobre esto. Es una gran desgracia que esas gentes hayan venido á este país... Barrousse es quien lo dice.

Hubo un penoso silencio en la sala.

Los otros dos no parecían estar de acuerdo con su hermano, y no querían discutir con él.

Por la ventana, abierta sobre la pradera, entraba una frescura húmeda en la sala, que el sol de julio había caldeado.

Un quinqué de petróleo suspendido del techo, con una pantalla blanca, alumbraba la mesa, dejando el resto de la habitación casi en la obscuridad.

De pronto el suboficial se volvió hacia la pradera.

—¿Habéis oído?—preguntó.

—¿Qué?

—Parece que andan por ahí.

—¿Quién podría ser?—dijo el posadero.

Luis fué á la ventana y registró entre las tinieblas.

No vió nada.

—Es extraño—dijo.—Me había parecido escuchar pasos... Respecto á Pedro, esto no puede quedar así. Hay que averiguar lo que le ha pasado. No pienso tardar ni dos días. Si Pedro vive, le encontraré, y si ha muerto, se sabrá cómo...

El posadero se volvió á su vez hacia la ventana.

—Es verdad—dijo.—Luis tenía razón. Hay alguien por afuera.

Una sombra oscura se dibujó en la ventana sobre el fondo algo más claro de la noche.

El militar se levantó diciendo:

—¿Quién es?

Una voz contestó:

—¡Silencio!

—¿Quién es usted?

Los tres hermanos observaban con asombro aquella sombra que hablaba.

—¿No me conocéis?—dijo.

—¡Pedro!—exclamó el militar.

—¡Sí, yo soy!

Y al mismo tiempo saltó por la ventana y apareció en la sala entre la estupefacción de los tres hermanos.

XXII

De vuelta.

Pedro Dantenac cerró las puertas, corrió los cerrojos, y sentándose á la mesa en que sus hermanos permanecían inmóviles, dijo tranquilamente:

—Pues bien, ¡yo soy! ¿Lo dudáis todavía?

—¡Pedro!

—¡Tú!—dijo el suboficial.

—Me habeis creído muerto, enterrado, perdido ó sumergido en el fondo del agua con una piedra al cuello. Todo esto hubiera podido ser y ha estado á punto de

frido horriblemente... ¡Y de seguro, no lo sabemos todo! Barrousse cree también que el barón Mosés, en cuya casa estaba Pedro, podría informarnos sobre esto. Es una gran desgracia que esas gentes hayan venido á este país... Barrousse es quien lo dice.

Hubo un penoso silencio en la sala.

Los otros dos no parecían estar de acuerdo con su hermano, y no querían discutir con él.

Por la ventana, abierta sobre la pradera, entraba una frescura húmeda en la sala, que el sol de julio había caldeado.

Un quinqué de petróleo suspendido del techo, con una pantalla blanca, alumbraba la mesa, dejando el resto de la habitación casi en la obscuridad.

De pronto el suboficial se volvió hacia la pradera.

—¿Habéis oído?—preguntó.

—¿Qué?

—Parece que andan por ahí.

—¿Quién podría ser?—dijo el posadero.

Luis fué á la ventana y registró entre las tinieblas.

No vió nada.

—Es extraño—dijo.—Me había parecido escuchar pasos... Respecto á Pedro, esto no puede quedar así. Hay que averiguar lo que le ha pasado. No pienso tardar ni dos días. Si Pedro vive, le encontraré, y si ha muerto, se sabrá cómo...

El posadero se volvió á su vez hacia la ventana.

—Es verdad—dijo.—Luis tenía razón. Hay alguien por afuera.

Una sombra oscura se dibujó en la ventana sobre el fondo algo más claro de la noche.

El militar se levantó diciendo:

—¿Quién es?

Una voz contestó:

—¡Silencio!

—¿Quién es usted?

Los tres hermanos observaban con asombro aquella sombra que hablaba.

—¿No me conocéis?—dijo.

—¡Pedro!—exclamó el militar.

—¡Sí, yo soy!

Y al mismo tiempo saltó por la ventana y apareció en la sala entre la estupefacción de los tres hermanos.

XXII

De vuelta.

Pedro Dantenac cerró las puertas, corrió los cerrojos, y sentándose á la mesa en que sus hermanos permanecían inmóviles, dijo tranquilamente:

—Pues bien, ¡yo soy! ¿Lo dudáis todavía?

—¡Pedro!

—¡Tú!—dijo el suboficial.

—Me habeis creído muerto, enterrado, perdido ó sumergido en el fondo del agua con una piedra al cuello. Todo esto hubiera podido ser y ha estado á punto de

serlo. Por fortuna me he podido librar.
¡Abrcémonos!

Los Dantenac nunca habian tenido disgustos, ni rencillas. Se querían sinceramente, sin demostraciones vanas, con lealtad.

Una vez que volvieron de su asombro, todos se arrojaron en los brazos del hermano mayor.

—¿Estamos solos?—preguntó.

—Completamente.

—¿No hay nadie más levantado en la casa?

—Nadie.

—¿Si estabas ahí, por qué no entrabas?

—Estagnou me inquietaba. Es joven. Una imprudencia se comete muy fácilmente, y entonces, adiós mis proyectos.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya comprendereis que si vengo así, de noche, como un ladrón, es porque tengo mis razones.

—Nos las dirás.

—Sin duda.

—¿De dónde vienes, de París?

—Hoy no. Estoy en Caubous hace diez días.

—¿Y no me has avisado?—exclamó Miguel en tono de reproche.

—Estaba muerto y deseo que se crea que lo estoy todavía.

—¡Muerto!—preguntó el militar, con una inquietud que no se le escapó a su hermano.

—No temas nada—dijo,—tengo todo mi juicio.

Sacó de su bolsillo un periódico antiguo y se lo entregó al soldado, diciendo:

—Lee donde está señalado de rojo.

Era la falsa información facilitada á la prensa por Brichard, y en la que se hacia alusión al suicidio del empleado de los Mosés.

—¡Demonio!—dijo Luis devolviendo el periódico.

—¿Comprendes ahora?—dijo el hermano mayor.

—Casi, casi.

—Estas líneas las han insertado evidentemente los que me han hecho asesinar...

Los tres hermanos abrieron desmesuradamente los ojos.

—O que me han asesinado ellos mismos—concluyó tranquilamente Dantenac.

—¿Has sido asesinado?—preguntó el africano, á quien nuevamente acometian las dudas de antes.

—Dos veces, y en las dos me he salvado por milagro.

—¿Es posible?

—Si lo dudais, voy á enseñaros una prueba irrecusable.

Esta vez fué su tarjetero lo que sacó del bolsillo, de donde había sacado el periódico.

Estaba atestado, como cuando volvió de Lisboa, de papeles y de billetes de Banco.

Pedro Dantenac lo sacudió sobre la mesa.

De entre medio de los papeles una bala aplastada cayó sobre la mesa.

—El tarjetero estaba aquí—dijo, poniendo la mano en el pecho.—A no ser por él, la bala hubiera ido derecha al corazón. Pero no es eso todo.

—¿Qué más?

—El arma que usaba el asesino era un revólver de primera. La segunda bala entró aquí.

Descubrió su hombro, en el que se veía una cicatriz reciente de tres centímetros de diámetro.

—El bandido no tuvo tiempo de hacer más disparos. Yo no tenía más armas que estas...

Y enseñó los puños.

—Pero son fuertes. Tenía casi ahogado al asesino y estaba á punto de arrojarle al suelo desde el balcón, á una altura de treinta pies... pero cedí ante las súplicas de una mujer...

—¿Quién era esa mujer?—preguntó el posadero.

—La mía.

—¿Y el hombre?—preguntó el militar.

—El barón Jacobo Mosés, su amante.

—¿Qué dices?

Pedro Dantenac repitió friamente:

—El barón Jacobo Mosés, su amante. Los había sorprendido, y en medio de mi cólera propuse un combate leal á aquel miserable. Esas gentes no se baten.

Asesinan á su enemigo ó pagan á otro para que los asesine. Al día siguiente la señora Dantenac se suicidó. ¿Por qué? Todavía no lo sé, aunque tengo una duda. ¿Pero qué importa?

La voz de Pedro Dantenac se alteró.

Hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y con voz firme y seca prosiguió:

—Jacobo Mosés no perdió el tiempo. A los dos días, por la noche, atravesando un puente solitario, me dieron un golpe capaz de tumbar á un toro, y me arrojaron al agua. Afortunadamente, á poco, pasó por allí un barco de recreo; los que iban en él, una buena gente, me recogieron y me han cuidado en secreto. Me vine aquí á poco, y el aire de las montañas, con el deseo y la esperanza de vengarme me han curado muy pronto. Afortunadamente, hoy me encuentro más fuerte que nunca, y me alegro, porque lo necesito.

—¿Que lo necesitas?—preguntó el suboficial con los codos apoyados sobre la mesa.

—¿Piensas acaso que ese hombre, por rico que sea, me ha deshonrado y ha tratado de asesinarme para no recibir castigo?

—No.

—Pues oye. Eso es lo que ha hecho el hijo. Ahora verás lo que ha hecho el padre. Había en Marignac una joven hermosa, casta, cariñosa y modesta. Uno de vosotros iba á casarse con ella.

—Benedetta—murmuró Juan.

—Sí, Benedetta, la flor de la pureza. El monstruo trató de seducirla ofreciéndola lujo y riquezas. La desventurada rehusó. Una noche, auxiliándose con otro infame, la robó, la hizo dormir con no sé qué droga, y el malvado ultrajó á la pobre niña. Después volvieron á dejarla en la carretera amenazándola cruelmente si hablaba. Luego, cuando la desgraciada se fué á París á ocultar su vergüenza, la policía del barón la descubrió y valiéndose de un engaño, la aprisionaron. Mientras tanto el hijo de aquel crimen, porque la desgraciada tuvo un hijo, murió separado de su madre. No ha obtenido su libertad más que prometiendo al tirano que aceptaría voluntaria la infamia de ser suya. Esta es su historia. Deshonrada, es un ángel de virtud; marchita, es más pura que el lirio de los valles; sin embargo, sufre la pena del crimen de otro y sin ser profeta, puedo decir que está atacada al corazón y morirá.

Y añadió con sombría energía:

—¡Pues bien! delante de Dios que nos escucha, me ayudeis ó no, prometo que la vengaré y me vengaré al vengarla.

—Juan Dantenac, aterrado, permanecía inmóvil como herido del rayo.

El posadero movió la cabeza y dijo:

—Tienes razón, Pedro; ¿pero qué podemos contra ellos?

—Lo que pueden las gentes honradas contra los bríbones que les atacan.

Y añadió bajando la voz:

—Si tuviéramos á los Mosés, una noche, en nuestras montañas, cara á cara con ellos...

—¡Quimera!—murmuró el pasadero.

—¿Por qué quimera?—replicó vivamente el africano.

—Si cayeran en nuestro poder sin que nadie sospechara nada; si pasaran tres ó cuatro horas sin saber á dónde iban, algunos días después las gentes que les adulan y les sirven se dirían: «¡Es extraño! ¿Dónde se han ido los Mosés? ¡Desaparecidos! ¡gentes tan ricas!» Si después de muchas conjeturas, la justicia acabara por fijarse en nosotros, y yo, yo solo, me presentara ante el tribunal diciendo: Yo les he matado. El viejo Mosés había ultrajado á la futura de mi hermano, y el hijo, Jacobo, ha tratado de asesinarme dos veces, después de haberme robado el honor... ¿Crees tú que me condenarian?

—¿Tienes las pruebas?—preguntó el suboficial.

—Las tengo.

—¿Crees que puedes triunfar?

—Cuando se va á la guerra, ¿se tiene el triunfo seguro?

—Tienes razón.

—¿Quién te ayudará?—preguntó el posadero convencido.

—Por de pronto, tú.

—Puedes contar conmigo. ¡No se dirá que un Dantenac ha abandonado nunca á su hermano! ¿Y además?

—Luis y Juan.

El soldado hizo un signo enérgico. El guía, con la cabeza entre las manos, escuchaba con una atención extraordinaria.

Todo el pasado acababa de aclararse para él.

—¡Oh! sí—murmuró con voz sorda.

—¿Y la tía de Caubous, la has consultado?—preguntó Miguel.

—Tú mismo la verás.

—¿Cuándo?

—En el momento de obrar.

—¿Tendrá lugar la cosa en Caubous?

—Quizá: no sé cuándo ni en dónde, pero hay que estar preparados. Puede ser mañana ó puede ser dentro de ocha días.

El soldado se alegraba.

Aquello era la guerra, y toda guerra le parecía bien.

—Deja obrar á Pedro—dijo.—Cuando se persigue al lobo, ¿se sabe dónde se le va á encontrar?

Y apoyando su mano nerviosa en la de su hermano mayor, dijo:

—No temas nada. Miguel es prudente; pero puedes contar con él como contigo mismo.

Pedro se levantó.

El reloj señalaba la una de la mañana.

—Os dejo. No digais á nadie una palabra de mi venida.

—¿Ni á Victoria?

—Sobre todo á Victoria. Las mujeres tienen nervios... Ya encontrarás motivo

para una ausencia un poco larga... Una enfermedad de la tía, por ejemplo.

—Bien.

—Adiós.

Los cuatro hermanos se abrazaron.

—No sabéis lo contento que estoy de encontrarme aquí—dijo el militar.—Estate tranquilo, que la razón es nuestra.

—¿Te vuelves á Caubous?—preguntó Juan.

—Sí.

Pedro Dantenac extendió la mano en dirección del hotel Mosés, en la avenida de la Pique, diciendo:

—Me creen muerto, y eso les perderá. Si me vieran me tomarían por un fantasma. ¡Adiós!

Y saltando nuevamente por la ventana, se dirigió al arroyo por la pradera, desapareciendo en medio de la noche.

XXIII

Pasión senil.

A la hora en que los Dantenac se reunían en la posada de Gamuza, el hotel Mosés estaba ocupado por el más importante de sus dueños.

El viejo, cediendo á su impaciencia, se habia adelantado al resto de la caravana que se dirigía de París á Luchon.

Caussedé, que no abandonaba á su amigo, por miedo sin duda de que se le esca-

El soldado hizo un signo enérgico. El guía, con la cabeza entre las manos, escuchaba con una atención extraordinaria.

Todo el pasado acababa de aclararse para él.

—¡Oh! sí—murmuró con voz sorda.

—¿Y la tía de Caubous, la has consultado?—preguntó Miguel.

—Tú mismo la verás.

—¿Cuándo?

—En el momento de obrar.

—¿Tendrá lugar la cosa en Caubous?

—Quizá: no sé cuándo ni en dónde, pero hay que estar preparados. Puede ser mañana ó puede ser dentro de ocha días.

El soldado se alegraba.

Aquello era la guerra, y toda guerra le parecía bien.

—Deja obrar á Pedro—dijo.—Cuando se persigue al lobo, ¿se sabe dónde se le va á encontrar?

Y apoyando su mano nerviosa en la de su hermano mayor, dijo:

—No temas nada. Miguel es prudente; pero puedes contar con él como contigo mismo.

Pedro se levantó.

El reloj señalaba la una de la mañana.

—Os dejo. No digais á nadie una palabra de mi venida.

—¿Ni á Victoria?

—Sobre todo á Victoria. Las mujeres tienen nervios... Ya encontrarás motivo

para una ausencia un poco larga... Una enfermedad de la tía, por ejemplo.

—Bien.

—Adiós.

Los cuatro hermanos se abrazaron.

—No sabéis lo contento que estoy de encontrarme aquí—dijo el militar.—Estate tranquilo, que la razón es nuestra.

—¿Te vuelves á Caubous?—preguntó Juan.

—Sí.

Pedro Dantenac extendió la mano en dirección del hotel Mosés, en la avenida de la Pique, diciendo:

—Me creen muerto, y eso les perderá. Si me vieran me tomarían por un fantasma. ¡Adiós!

Y saltando nuevamente por la ventana, se dirigió al arroyo por la pradera, desapareciendo en medio de la noche.

XXIII

Pasión senil.

A la hora en que los Dantenac se reunían en la posada de Gamuza, el hotel Mosés estaba ocupado por el más importante de sus dueños.

El viejo, cediendo á su impaciencia, se habia adelantado al resto de la caravana que se dirigía de París á Luchon.

Caussedé, que no abandonaba á su amigo, por miedo sin duda de que se le esca-

para, estaba con él en Burdeos, de donde debían llegar al día siguiente.

Raquel, acompañada de Elena, que aprovechaba todos los pretextos para separarse de su marido, estaba todavía en Poitiers y viajaba lentamente á causa de su debilidad.

El banquero, solo en la habitación donde un año antes había cometido el crimen cobarde y odioso de mancillar á una pobre niña inderensa, olvidaba todo para no acordarse más que de la infame voluptuosidad que aun saboreaba.

El viejo Mosés se encontraba de pie cuando entró su fiel Próspero.

El barón le dijo con vivacidad juvenil:

—Vamos, pronto, mis vestidos. Y en seguida un carruaje.

—¡Ya!—dijo el ayuda de cámara.

—¿Por qué no?

—¿A dónde quiere ir el señor barón? ¡El señor acaba de llegar!

—Menos palabras. El carruaje en seguida—repitió el banquero.

—¿Para todo el día?

—Para dos ó tres horas.

—El señor barón creo que irá satisfecho. Le guiará un hombre que le es muy adicto.

—¿Arros?

—El mismo.

—¿Y el otro?... Juan Dantenac.

—¿El guia?

—Naturalmente. ¿Qué ha sido de él

—Me olvidaba decirselo al señor barón. ¡Vá á casarse!

—¡Ya!

—Ya, señor barón.

—¿Con quién?

—Con una guapa chica del país.

—¿Es verdad lo que me dices?

—Ya lo creo, señor barón.

El rostro del barón se iluminaba de alegría.

—Entónces—pensó,—todo va bien. El pobrecillo ha tomado su desgracia con paciencia.

Lagrippe se retiró.

El judío se puso á la ventana.

La noticia que acababa de saber le libraba de un peso enorme.

¡Juan Dantenac se casaba! Luego había renunciado á Benedetta. Sin duda la despreciaba y abandonaba... ¡Todo peligro había desaparecido! ¿Qué otra persona podía ocuparse de ella?

Los últimos temores del barón se desvanecieron.

¡Iba á verla! ¡Nadie se la disputaría!

Así se realizaba aquella profecía que había anunciado á la desgraciada en aquella misma habitación.

—¡En adelante, quieras ó no, has de ser mía para siempre!

Lagrippe volvió en seguida, diciendo:

—El carruaje estará aquí al instante.

—Bien.

—Parece que el señor barón se ha rejuvenecido diez años.

—¿Hombre, qué dices?

—El señor barón puede convencerse por sí mismo.

El viejo Mosés se encontraba enfrente del inmenso espejo de la chimenea.

Allí mismo se había visto la noche del crimen, con los cabellos erizados, la faz lívida, con horrible aspecto en una palabra, figurándose que los ojos de la víctima se fijaban en él.

Felizmente, el ruido de los cascabeles vino á distraerle de este triste recuerdo.

Una victoria enganchada le esperaba delante de la verja, en la avenida de la Pique.

—¿El señor barón quiere que le acompañe?—preguntó Próspero.

—Es inútil. Estaré de vuelta á la hora de almorzar.

—El señor barón no olvidará que el barón Jacobo y el señor marqués de Causse-de deben llegar hoy por la mañana.

—Está bien, que les preparen sus habitaciones.

—Ya se ha hecho.

El barón Mosés bajó alegremente la gran escalera del hotel.

Como había dicho Lagrippe, se sentía rejuvenecido veinte años.

Los pensamientos importunos que le asediaban en Plessis-Mortcerf estaban tan lejos de su espíritu como el mismo castillo.

En aquel encantado país de Luchón, todo le recordaba á la mujer cuyo solo

pensamiento hacía hervir la sangre en sus venas y crispase sus dedos en ardiente deseo.

Se instaló en la victoria, diciendo al cochero:

—¡A Marignac, de prisa!

Para un parroquiano como el barón Mosés, el cochero era Arros en persona.

—El señor barón quedará contento—dijo animando á los caballos.

El carruaje se dirigió por la avenida que conduce al gran establecimiento de baños, y siguió al trote por la carretera de Marignac, donde el mismo Arros había robado un año antes á la desgraciada que el barón iba á volver á ver.

Los caballos volaban en el camino, á la orilla de la Pique, cuyas aguas se precipitan atropelladamente, como si tuvieran prisa de entrar en el Garona.

En seguida llegó la victoria á Guran, donde Benedetta había despedido á su novio en la noche fatal.

Después dejaron atrás los álamos de Gaud.

Arros hubiera preferido dar un rodeo para evitarse un mal recuerdo, el del atentado á que debía su fortuna.

Por último, en una revuelta del camino se distinguió el campanario de Marignac, con su grupo de casas repartidas entre la verdura; en el fondo del sonriente valle por donde corren el Garona y la Pique.

El viejo Mosés se levantó y apoyó su

mano en el hombro del cochero, diciéndole:

—¡Para!

Arros se detuvo.

—¿El señor barón no quiere seguir más?

—No; puedes esperarme aquí.

Bajó del coche y siguió por el camino que conduce á la iglesia, bordeado por dos filas de casitas blancas.

El corazón del viejo enamorado palpitaba al propio tiempo que un extraño temor le oprimía la garganta.

El camino estaba casi desierto.

Los campesinos estaban en sus faenas y era aún muy temprano para los excursionistas.

El viejo Mosés avanzaba deprisa, ansioso de ver á la que buscaba en aquel perdido repliegue de los Pirineos.

Pero le vió un testigo que él no esperaba.

Cuando bajó de su carruaje, una mujer estaba en su puerta.

Era Marieta Soubere.

Acababa de entrar con su hermana en el kiosko de tabaco.

La vista del hombre á quien debía tantas desgracias, produjo en ella la impresión que causan los reptiles venenosos en las personas nerviosas.

Se puso á temblar, y en seguida tomó una determinación.

Entró rápidamente en el pabellón y dijo á Benedetta abrazándola:

—Se me olvidaba una cosa... Voy á Astos y vuelvo en seguida... espérame.

Y saliendo por la puerta de atrás, que cerró con cuidado, se quedó con el oído atento para escuchar lo que pasaba en el kiosko.

Se preguntaba, con verdadera rabia contra el miserable que perseguía á Benedetta en su último refugio:

—¿Qué vendrá á hacer aquí?

¿Qué quería?

Dos minutos después el barón llegó al kiosko, sonriente, encantado de la suerte que tanto le favorecía.

Acababa de distinguir á Benedetta, pensativa, sentada delante del mostrador con la cabeza entre sus manos diáfanas.

Estaba sola.

El barón se adelantó con los brazos tendidos.

Al verle, Benedetta no manifestó ni placer, ni inquietud, ni sorpresa.

Permaneció indiferente y casi insensible.

Pero no le rechazó.

Se dejó abrazar por el barón, que la decía verdaderamente emocionado:

—¡Gracias á Dios que te veo! He venido en cuanto me has avisado. ¿Qué deseas?... Habla.

Ella contestó:

—Quiero marcharme... abandonar este país.

El la miraba con asombro, y al mismo tiempo con admiración.

Nunca le había parecido más encantadora.

—¡Qué hermosa estás!—exclamó.

Ella se encogió de hombros y contestó con una de aquellas sonrisas desoladas que partían el alma:

—¿Le parece á usted?

—¡Eres adorable!

Apoyó los labios en la frente de la joven en un transporte de deseo, y cogiendo una de sus manos la devoró á besos.

—Déjeme usted — dijo Benedetta — y hablemos seriamente... No debe usted estar mucho tiempo aquí, porque pueden venir.

Y añadió con voz ininteligible:

—¡El, quizá!

El barón no vió más que el movimiento de sus labios y no comprendió. Se había sentado en una silla al lado del mostrador.

Conservaba entre las suyas la mano de que se había apoderado.

—Veamos—replicó, poseído por la alegría de encontrar á Benedetta tan dócil y tan sumisa;—expíciate y no me ocultes nada. ¿Qué podría yo rehusarte?

La joven prosiguió lentamente, con la mirada vaga, como perdida en el infinito:

—Le pedí á usted un plazo hace algunos días, cuando me tenía usted prisionera.

—Un plazo demasiado largo, querida mía.

—Ya no tengo necesidad de él.

—¿Es cierto?...

—Quería volver á mi país... pero comprendo que aquí no puedo vivir.

—Ya te lo había dicho.

Benedetta continuó con el mismo tono indiferente:

—Tengo que pedir á usted un favor.

—¿Cuál?

—Deseo marcharme lo más pronto posible.

—¿Adónde?

La joven se animó ligeramente.

—Donde usted quiera... lejos, muy lejos; á un sitio donde pueda olvidar y huir de mis pensamientos.

—¿Sola?

—No quiero más que abandonar estas montañas... ¡Eso es todo lo que pido!

Y como él no contestaba, tratando de adivinar la causa de su capricho, prosiguió en tono de reproche, como una niña mimosa:

—¡Ya sabía yo que usted no quería!... ¡Y sin embargo dice que me quiere! ¡Nadie me quiere! ¡Todo se conjura en contra mía!

—¡Qué equivocada estás! Al contrario, estoy encantado de ti... Te obedeceré... Estoy dispuesto... Manda.

—¿Me acompañará usted?

—Con el mayor placer.

—¿Lo dejará usted todo por mí?

—Sin pena ninguna.

—Su familia, sus amigos...

—Todo—dijo el barón.

Se aproximó al estrecho mostrador que les separaba, y á su lado, respirando los perfumes de aquella juventud que le embriagaba, prosiguió:

—¿Tienes confianza en mí?

—Sí.

—¿No te desdecirás de tu palabra?

—No.

—¿Comprendes al fin, que yo soy para tí el mejor de los amigos?

La joven se inclinó.

—Pues bien, vamos á separarnos, podrían oírnos, sorprendernos.

—¿Qué debo hacer?

—Por el pronto te digo que me haces el más feliz de los hombres. Quisiera llevarte tan lejos, que nadie te pudiera encontrar. ¡El porvenir que me confías, sobrepujará á tus más ambiciosos sueños! Pero lo primero es huir de Marignac.

—Eso es lo que quiero.

—¿Sin ruido!

—Sí, en secreto.

—¿Sola conmigo!

—Como usted disponga.

—Entonces, mira lo que has de hacer.

—Ya escucho.

—Esta noche ¿podrás dejar tu casa sin ser vista?

—Eso es muy fácil.

—A las diez te esperará un carruaje...

—¿Dónde?

—Al lado de unos árboles grandes que

hay en el camino, cerca de aquí, al lado de un puentecillo.

—¿Los álamos de Gaud?—dijo Benedetta con un ligero estremecimiento.

—Así creo que los llaman.

—Estaré.

—No tienes necesidad de llevar nada. Que seas exacta. Yo te esperaré...

—¿Y después?

—Ese coche nos conducirá hasta Montrejeau.

—¿Y después?—repitió la joven.

—Después, el mundo será nuestro. Te verás rodeada de alegrías y adulaciones. Llevarás una existencia de reina... ¡Hasta la noche!

—¡Adiós!

—¿Te acuerdas?... A las diez, bajo los grandes árboles.

—Sí—repitió Benedetta con entonación extraña... ¡en los álamos de Gaud!

El barón Mosés salió á la puerta examinando la carretera. No se veía á nadie.

Volvió á Benedetta y la abrazó con amoroso entusiasmo.

—Lo has prometido—dijo.

—Sí.

—¿Vendrás?

Sin falta... ó habré muerto.

—¡Morir, tú! ¡Callate! ¡Aun te quedan muy hermosos años de vida! ¡Hasta la noche!

—¡Hasta la noche!

Benedetta le vió alejarse, y sonriendo pensó:

—Sí, iré, y al menos, ¡no volveré á ver á Juan!

XXIV

Entre hermanas.

Cuando Marieta volvió á entrar en el kiosko, encontró á su hermana con la cabeza apoyada en el mostrador y los ojos medio cerrados, casi en la misma actitud que la había sorprendido el barón Mosés.

Lágrimas amargas caían de sus ojos en sus mejillas pálidas.

La mayor se inclinó sobre ella y la abrazó.

Benedetta se reanimó con aquella caricia.

—Ya ves—dijo Marieta,—no he tardado mucho.

Un momento después, estando Marieta sentada al lado de su hermana, repasando una chambre, vió á Barrousse que se acercaba, llegando de la fragua, negro de humo y chorreando sudor.

A una mirada de inteligencia del herrero, contestó Marieta con otra, y asomándose á la puerta, le dijo en voz baja:

—Ha estado aquí hace un momento.

—Ya lo sé.

—Hay algo de nuevo.

—Bien.

Barrousse entró.

Benedetta estaba siempre en la misma posición.

El herrero la contempló con ojos llenos de ternura y piedad. llenos también de amor, pero de ese amor de abuelo que es quizá el más dulce y más cariñoso de todos los amores.

Apoyando suavemente la mano en su hombro la dijo:

—Qué, ¿no conoces á los amigos?

Benedetta levantó sus magníficos ojos sin responder.

—¡Siempre triste!—prosiguió Barrousse.—¿No llegarás á consolarte?

La joven contestó tan bajo que apenas pudieron oírla:

—No.

Barrousse no insistió.

—Dame un paquetillo de tabaco—dijo.

La joven se lo entregó con sus manos delicadas, y bruscamente estalló en sollozos, diciendo mientras apoyaba su cabeza en el hombro del herrero:

—¡Ay! ¡Barrousse, amigo mio!

—Vamos, consuélate. Es preciso que tengas juicio... ¡Valor, valor!

Y se retiró.

Marieta le acompañó algunos pasos con su labor en la mano.

—¡Ah! el miserable, ¡si le cogiera, le aplastaba entre mis manos!

La joven le dijo rápidamente:

—Espéreme un momento; en seguida voy con usted.

El herrero se retiró tarareando una canción del país; pero interiormente pensaba en lo que le había dicho Marieta:

—Sí, iré, y al menos, ¡no volveré á ver á Juan!

XXIV

Entre hermanas.

Cuando Marieta volvió á entrar en el kiosko, encontró á su hermana con la cabeza apoyada en el mostrador y los ojos medio cerrados, casi en la misma actitud que la había sorprendido el barón Mosés.

Lágrimas amargas caían de sus ojos en sus mejillas pálidas.

La mayor se inclinó sobre ella y la abrazó.

Benedetta se reanimó con aquella caricia.

—Ya ves—dijo Marieta,—no he tardado mucho.

Un momento después, estando Marieta sentada al lado de su hermana, repasando una chambre, vió á Barrousse que se acercaba, llegando de la fragua, negro de humo y chorreando sudor.

A una mirada de inteligencia del herrero, contestó Marieta con otra, y asomándose á la puerta, le dijo en voz baja:

—Ha estado aquí hace un momento.

—Ya lo sé.

—Hay algo de nuevo.

—Bien.

Barrousse entró.

Benedetta estaba siempre en la misma posición.

El herrero la contempló con ojos llenos de ternura y piedad. llenos también de amor, pero de ese amor de abuelo que es quizá el más dulce y más cariñoso de todos los amores.

Apoyando suavemente la mano en su hombro la dijo:

—Qué, ¿no conoces á los amigos?

Benedetta levantó sus magníficos ojos sin responder.

—¡Siempre triste!—prosiguió Barrousse.—¿No llegarás á consolarte?

La joven contestó tan bajo que apenas pudieron oírla:

—No.

Barrousse no insistió.

—Dame un paquetillo de tabaco—dijo.

La joven se lo entregó con sus manos delicadas, y bruscamente estalló en sollozos, diciendo mientras apoyaba su cabeza en el hombro del herrero:

—¡Ay! ¡Barrousse, amigo mio!

—Vamos, consuélate. Es preciso que tengas juicio... ¡Valor, valor!

Y se retiró.

Marieta le acompañó algunos pasos con su labor en la mano.

—¡Ah! el miserable, ¡si le cogiera, le aplastaba entre mis manos!

La joven le dijo rápidamente:

—Espéreme un momento; en seguida voy con usted.

El herrero se retiró tarareando una canción del país; pero interiormente pensaba en lo que le había dicho Marieta:

—¡Hay algo nuevo!

Se iba diciendo:

—¿Cómo se atreverá ese hombre á volver por aquí?

La mañana era hermosa; las flores embalsaban el ambiente.

De las praderas se exhalaba un olor á heno recién cortado, que se extendía por todas partes.

Marieta volvió á su puesto y dijo á su hermana:

—Nos haces sufrir mucho.

Benedetta contestó:

—¡Ah! demasiado lo sé.

—¿Tienes muchas penas?

—Muchas, es verdad.

—Me habías prometido tener valor.

—Trató de ello; ¡pero no puedo!

—Sin embargo, es preciso.

—Así lo pienso, pero es en vano.

—¿Quién ha venido hace un momento?

—¿Qué, lo sabes?...—preguntó Benedetta turbada.

—He visto el coche... ¿Qué viene á hacer aquí? ¡Es demasiada audacia!

Benedetta apoyó sus manos en los hombros de su hermana, y mirándola fijamente, dijo:

—No es audacia... es que yo le he llamado.

—¿Tú?

—Escucha. Es preciso que sepas toda la verdad. No debo tener secretos para ti. Estoy cansada de sufrir y de hacerte desgraciada conmigo. He pensado que no me

queda más que un partido que tomar: el de alejarme.

—¿Eso piensas?

—¿Y qué he de hacer? Todo lo que veo me humilla. Todo lo que oigo me hiere en el fondo del corazón... Y además, dentro de algunos días, cuando le encuentre, no será solo para mortificarme.

—¡Juan!

—Si, Juan vendrá á Marignac paseando del brazo con su esposa.

—¿Te lo han dicho?—dijo Marieta asombrada.

—¡La casualidad se ha encargado de comunicármela!... Yo no puedo ver ese matrimonio... no lo veré... Estaré muy lejos.

—¿Te marcharás?

—Es preciso.

—¿Adónde irás?

—A la ventura.

—¿Y para qué te has dirigido al barón Mosés?

—¿A quién querías que recurriera?

—¿Y yo? ¿No estoy aquí?

—¿Qué podrías hacer tú?

—Marcharme contigo.

—¡Adónde, gran Dios!—exclamó Benedetta.—Quédate en el país, donde puedes vivir dichosa y querida. ¡No sabes lo que es la miseria odiosa, lo que cuesta ganar un pedazo de pan para vivir! ¡Antes que marchar contigo preferiría tirarme al agua ó estrellarme la cabeza contra una roca,

—¿De manera que consentirás en seguir al barón? ¿Tú misma le has llamado?

—Sí.

—¡Eso está muy mal hecho, Benedetta!

—Sin duda que está muy mal hecho, ya lo sé. ¿Pero qué quieres? Desde que he sabido el matrimonio de Juan, me encuentro desalentada y me acometen extraños anhelos de muerte y olvido. Pierdo la cabeza y no tengo valor para vivir. Me dejo arrastrar por la corriente como esas hojas secas que caen al agua y el viento conduce á su placer.

Cayó abatida sobre una silla y murmuró con voz más débil.

—Pienso que son bien felices los que descansan en tierra sagrada, á la sombra de la iglesia que los vió nacer, y yo quisiera reposar al lado de mis padres... ¡para no levantarme nunca!

—¡Pobre Benedetta!—dijo su hermana.

—Y yo, si me faltas, ¿qué será de mí?

—Tú, sin la carga pesada que soy para tí, encontrarás un hombre honrado que te apreciará en lo que vales... ¡Mientras que á mi lado!... ¿No es casi un crimen tener una hermana deshonrada, perdida?

—¡Calla, por Dios!—dijo Marieta abrazándola.—¡No quiero que nos abandones!

—Ya te lo he dicho. ¡Es necesario!

—¡Júrame que no te marcharás.

—Luego, luego... Déjame reflexionar.

Y al ver que Benedetta se disponía á salir, la mayor dijo:

—¿Dónde vas?

—A la iglesia.

—¿Volverás?

—En seguida.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Quando quedó sola, Marieta corrió á la fragua y llamó al herrero, que delante del yunque, con los brazos desnudos, martillaba acompasadamente, alternando con su ayudante, sobre una gran masa de hierro calentado al rojo blanco.

En seguida dejó su faena y se acercó á Marieta.

Entonces cambiaron rápidamente estas palabras:

—Ha venido. Yo estaba allí... lo he oído todo.

—¿Qué ha pasado?

—Benedetta está loca con el matrimonio de Juan.

—Rabastoul me lo ha dicho.

—Ha escrito al barón.

—¿Sí?

—Y consiente en seguirle.

—¿De modo que se marchará?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—El barón la espera en el camino de Luchón. En los álamos de Gaud.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—¿Es seguro?

—Seguro.

—En seguida lo sabrá Pedro.

- ¿Va usted á verle?
 —Está en la fragua.
 —¡Qué imprudencia!
 —No tiene miedo.

Marieta se volvió al pabellón.
 Trascurió media hora.

Sonó el *Angelus* del mediodía en la campana de Marignac, y Marieta buscó en vano á Benedetta, que no volvía.

En aquel momento un jinete llegó con el caballo sudoroso y echó pie á tierra.

Aquel jinete llevaba el traje de los guías de Luchón.

Era Juan Dantenac.

XXV

La muerte de un ángel.

El antiguo prometido de Benedetta experimentaba cierto temor al presentarse en aquel sitio donde no había estado desde que volvió de París.

Tenía una actitud contrita y humilde que no fué bastante para desarmar á la mayor de las Soubére.

—¿Eres tú, Juan?—dijo con voz seca.

—Sí, yo soy—respondió él, bajando la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Ver á Benedetta.

—¿Para qué?

—Para pedirle perdón.

—¿De tu comportamiento con ella?

—Y de mi injusticia.

—Es demasiado tarde.

—¿Por qué dices eso, Marieta?

—Porque la has lastimado cruelmente, y hay heridas que no se curan nunca.

Juan Dantenac estaba en la puerta del pabellón.

Avanzó algunos pasos y prosiguió en el mismo tono suplicante :

—Estás incomodada, Marieta, y tienes razón... He sido injusto y cruel; pero las apariencias me engañaban...

—¿Y ahora?

—Ahora—añadió bajando la voz,—lo sé todo... He visto á Pedro.

—¡Ah!—dijo Marieta sorprendida.

El guía continuó :

—Le he visto ayer, ó, mejor dicho, esta noche.

—¿Dónde?

—En casa de Miguel.

—¿Estábais solos?

—Con Luis, que ha venido de Argelia.

Una amarga sonrisa crispó los labios de la joven.

—¡Ha venido para tu boda, sin duda!

Juan Dantenac se animó.

—Te suplico Marieta—dijo—que tengas lástima de mí. No me hables de ese matrimonio que me es odioso. No se hará. Luis venía, en efecto, por esa razón y por otras.

—¿Otras?

—Sí; estaba inquieto por no saber el paradero de Pedro.

—¿Estaba enterado de lo sucedido?

—Sabía únicamente que Pedro no parecía.

—¿Cómo?

—Por las cartas que le escribió Barrousse.

—¿Y entonces vino?

—En seguida.

Marieta pensaba:

—Están todos reunidos con Pedro. ¿Para qué?

Comprendió confusamente el plan del mayor de los Dantenac; pero temerosa de cometer alguna imprudencia, no quiso preguntar nada de esto, y dijo, volviendo á su hermana:

—¿De manera que por fin crees en la inocencia de esa pobre Benedetta?

—Sí creo, y nunca me perdonaré el haber dudado de ella. ¡Cuando me acuerdo de su padecimiento, siento odio profundo por los demás y por mí mismo. Lo hubiera debido adivinar. ¡Benedetta es la misma virtud! ¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¿No quieres decírmelo! ¿Qué temes?

—Lo temo todo por ella. Las menores emociones pueden serla funestas.

—Me arrojaré á sus pies... la suplicaré que me perdone.

—Espera... Su razón no está muy segura. Una inmensa alegría la será tan perjudicial como un gran dolor...

Marieta vacilaba entre el temor de entorpecer los proyectos de Pedro Dantenac y el deseo de ofrecer á su hermana el

consuelo de ver á su antiguo prometido lleno de arrepentimiento.

No pudo resistir el ardor de las súplicas de Juan.

—Pues bien—le dijo,—ven conmigo y la buscaremos juntos. No debe estar muy lejos.

Suplicó á una vecina complaciente que tuviera cuidado del despacho y se dirigió á la iglesia con Juan Dantenac.

El guía estaba muy emocionado, pensando que iba á ver á la que había sido su constante pensamiento. La iglesia de Marignac estaba al lado de un sencillo cementerio, donde reposaban tranquilamente los muertos rodeados de una santa paz.

Las tumbas de mármol se destacaban rodeadas de hierba esmaltada de margaritas.

—Mira—dijo Marieta señalando á Dantenac la hierba aplastada al lado de la tumba del capitán.—Aquí ha estado hace un momento.

Benedetta había estado arrodillada, en efecto.

La huella de sus rodillas estaba marcada en el suelo.

De pronto, Marieta se estremeció convulsivamente.

—Mira—dijo á su compañero señalándole la cruz de mármol sobre la que estaban grabados los nombres de sus padres.

Juan Dantenac se inclinó.

Por debajo de las últimas palabras de

la inscripción se leían estas otras escritas con lápiz:

«¡Hasta muy pronto!»

—Es la letra de Benedetta—dijo su hermana.—¿Dónde está?

Sin esperar la respuesta se lanzó como una loca en dirección de la pequeña casa de Astos.

Cuando llegó, sofocada, jadeante, la primera persona que encontró fué su tía.

La anciana señora, muy quebrantada, menos por los años que por las desgracias, se ocupaba en arreglar el jardín.

Al ver á su sobrina asustada, se incorporó vivamente.

—¿Qué te pasa?—exclamó.

—¿Dónde está Benedetta?

—No sé donde... aquí cerca sin duda...

Por allí se ha ido hace un momento—dijo señalando unos árboles.

—¿Qué la ha dicho á usted?

—Nada.

Y de pronto, asaltada por un recuerdo, la hermana del capitán se estremeció á su vez.

—Espera—dijo presa ya de verdadero espanto—ya me acuerdo. ¡Me ha abrazado como si se despidiera de mí!

Marieta lanzó un gemido y volvió á salir corriendo hacia la pradera.

Juan Dantenac se la había adelantado.

En una gran extensión, en las orillas del río, no se veía á nadie.

El Garona es ancho y rápido en aquel sitio. Sauces y álamos dan sombra á su

lecho poco profundo en general, en el que por muchos sitios asoman grandes rocas, en las que el agua se estrella rugiendo.

Un presentimiento animaba á Juan y Marieta á seguir avanzando.

No tenían necesidad de comunicarse sus temores.

Exploraban las orillas del río por todas partes, temiendo á cada instante encontrar un cadáver.

Pero el guía examinaba todo cuidadosamente y no encontraba nada.

Entonces se detuvo esperando á Marieta.

La esperanza iba renaciendo en el alma de la joven, cuando de pronto tuvo una idea y murmuró:

—¡El Hondón!

Así llamaban en el país al sitio en que la Pique se precipita en el Garona, desde una altura de algunos metros, donde se ha formado una excavación profunda, en que el agua hierve y se agita furiosamente.

Es una especie de abismo profundo del que nadie conoce el fondo.

La leyenda aseguraba que nunca más parecían los que caían en aquella sima.

Juan Dantenac y Marieta fueron corriendo.

Al llegar á la orilla, la joven lanzó un grito desgarrador.

—¡Aquí!—dijo—¡aquí está!

Acababa de distinguir entre unos juncos, muy cerca del agua, el sombrero de

paja ordinaria que solía usar Benedetta.

En el sombrero había una carta, en la que á primera vista se leía:

«Para mi querida hermana.»

Marieta la abrió y no leyó más que las primeras palabras:

«Voy á morir.»

Ya el guía se quitaba sus vestidos y los dejaba en el suelo.

En algunos segundos estuvo dispuesto, y se lanzó resueltamente al agua.

Marieta, trastornada, no tuvo voluntad ni pensamiento de detenerle.

Permaneció á la orilla del abismo, atontada, con el cuerpo inclinado, examinando, con mirada llena de espanto, el agua verdosa que hervía y en cuya superficie sólo se veían aparecer algunas ondas que se agrandaban hasta perderse en las orillas.

Nada aparecía, ni el salvador ni la inocente víctima, por quien arriesgaba la vida.

Una horrible angustia oprimía el pecho de la joven.

Sin embargo, al cabo de un instante, largo como un siglo, se vió una especie de remolino en medio de las aguas, y apareció una cabeza con los cabellos negros pegados á las sienes, y una cara lívida, alterada por el espanto.

Era Juan Dantenac.

Estaba solo.

Hizo un esfuerzo poderoso, y sujetándose un momento á las hierbas de la ori-

lla, se detuvo un momento para respirar y cobrar fuerzas.

—Tenías razón, Marieta—dijo con voz entrecortada de sollozos.—¡Aquí está!... Pero no sé qué poderosa fuerza la sujeta. Voy á volver... ¡Quiero salvarla, ó morir con ella!

Sus ojos magníficos, ojos de valiente, lanzaron á la joven un supremo adiós, y haciéndose en el pecho la señal de la cruz volvió á hundirse de cabeza en el abismo.

Marieta había caído de rodillas.

En una ardiente plegaria imploraba á Dios la salvación de aquellos dos seres, jóvenes, leales y buenos que la fatalidad había separado.

Dios no debía escucharla.

La muerte los iba á reunir.

Pasaron algunos minutos.

El agua corría con murmullo uniforme entre las dos orillas del río.

La pradera seguía desierta y silenciosa.

Cuando Marieta, desesperada y anhelante, se atrevió á moverse y mirar á su alrededor, distinguió á su tía que se acercaba acompañada de Barrousse.

Les llamó con un signo.

En pocas palabras, el herrero lo comprendió todo.

Corrió á la fragua para volver á los pocos instantes.

Un sol de estío resplandecía, abrasando con sus rayos de fuego aquella escena siniestra.

Barrousse ató una cuerda al pie de un árbol, se la sujetó luego por la cintura, lanzándose decidido al fondo de la sima.

Cuando volvió, conducía dos cadáveres estrechamente enlazados.

El cuerpo de Benedetta, rodeado aun de las hierbas que le habían sujetado, tenía en la mano derecha un puñado de raíces á las que se había agarrado desesperadamente.

Juan Dantenac había tratado inútilmente de romper aquellos lazos mortales, y al no poder dar la vida á su amada, había muerto con ella.

XXVI

Pesadilla.

En los jardines del Casino de Luchón, una multitud formada por tipos de todas las procedencias, rodeaba el kiosko japonés donde los músicos tocaban una fantasía sobre temas de *Carmen*.

Todo lo que había en Luchón de riqueza y elegancia, de turistas en busca de placeres y de jóvenes dudosas en busca de aventuras, estaba allí.

Se murmuraba al compás de la célebre habanera.

Se hablaba de política, tarareando la canción del *Toreador*.

La hermosa fachada de mármol del Casino, presidía aquella fiesta nocturna, cortando con sus puras líneas la obscuri-

dad del cielo, sumergido en profundas tinieblas.

Jacobo Mosés y su amigo Caussedé estaban sentados á alguna distancia del kiosko, ante un velador sobre el que había dos grandes vasos, una ponchera y una botella que contenía un licor rojo.

Aquel licor era sherry.

Jacobo Mosés, cansado del viaje de Burdeos á Luchón, y de la excursión que aquel mismo día había hecho al valle de Lis, para subir á una salvaje elevación desde la que se dominaba un abismo siniestro, estaba medio dormido, deseando retirarse, y displicentemente murmuraba frases de este género:

—¿Por qué demonio habremos venido á este pueblacho? Nos aburriremos soberanamente.

O esto otro:

—Vaya una ocurrencia la de ir á ese valle de Lis, que no tiene nada de particular... ¡Subir por un sendero de cabras para encontrarse luego con una cascada ridícula! Es curioso. ¡Que el agua cae de lo alto! Lo que sería extraño es que subiera. ¡Que el diablo me lleve si vuelvo á poner los pies allí!

Mientras tanto, el bearnés, aprovechando un momento en que su compañero le volvía la espalda, sacudió en su vaso un papel que contenía unos polvos blancos.

Aquello no produjo en el sherry más que una casi imperceptible ebullición, que se disipó en un segundo.

Barrousse ató una cuerda al pie de un árbol, se la sujetó luego por la cintura, lanzándose decidido al fondo de la sima.

Cuando volvió, conducía dos cadáveres estrechamente enlazados.

El cuerpo de Benedetta, rodeado aun de las hierbas que le habían sujetado, tenía en la mano derecha un puñado de raíces á las que se había agarrado desesperadamente.

Juan Dantenac había tratado inútilmente de romper aquellos lazos mortales, y al no poder dar la vida á su amada, había muerto con ella.

XXVI

Pesadilla.

En los jardines del Casino de Luchón, una multitud formada por tipos de todas las procedencias, rodeaba el kiosko japonés donde los músicos tocaban una fantasía sobre temas de *Carmen*.

Todo lo que había en Luchón de riqueza y elegancia, de turistas en busca de placeres y de jóvenes dudosas en busca de aventuras, estaba allí.

Se murmuraba al compás de la célebre habanera.

Se hablaba de política, tarareando la canción del *Toreador*.

La hermosa fachada de mármol del Casino, presidía aquella fiesta nocturna, cortando con sus puras líneas la obscuri-

dad del cielo, sumergido en profundas tinieblas.

Jacobo Mosés y su amigo Caussedé estaban sentados á alguna distancia del kiosko, ante un velador sobre el que había dos grandes vasos, una ponchera y una botella que contenía un licor rojo.

Aquel licor era sherry.

Jacobo Mosés, cansado del viaje de Burdeos á Luchón, y de la excursión que aquel mismo día había hecho al valle de Lis, para subir á una salvaje elevación desde la que se dominaba un abismo siniestro, estaba medio dormido, deseando retirarse, y displicentemente murmuraba frases de este género:

—¿Por qué demonio habremos venido á este pueblacho? Nos aburriremos soberanamente.

O esto otro:

—Vaya una ocurrencia la de ir á ese valle de Lis, que no tiene nada de particular... ¡Subir por un sendero de cabras para encontrarse luego con una cascada ridícula! Es curioso. ¡Que el agua cae de lo alto! Lo que sería extraño es que subiera. ¡Que el diablo me lleve si vuelvo á poner los pies allí!

Mientras tanto, el bearnés, aprovechando un momento en que su compañero le volvía la espalda, sacudió en su vaso un papel que contenía unos polvos blancos.

Aquello no produjo en el sherry más que una casi imperceptible ebullición, que se disipó en un segundo.

Jacobo Mosés dijo con más energía:

—Pero qué, ¿nos vamos á estar aquí toda la noche?

Caussedé se llevó el vaso á los labios, diciendo:

—Yo no tengo prisa. Hace mucho calor, y dentro de las habitaciones nos ahogáramos.

El hombre es un animal dotado de un pronunciado espíritu de imitación.

Jacobo Mosés cogió su vaso y lo vació de un trago.

Un suspiro de satisfacción se escapó de los labios del bearnés.

Esperó algunos minutos y llamó en el velador con una pieza de cinco francos.

Precisamente en aquel momento la orquesta preludiaba un vals delicioso.

Era el ritmo preferido de Jacobo Mosés.

Esperó pacientemente el final, y entonces se levantó, acometido de un deseo de dormir irresistible.

Sin embargo, triunfó de su pesadez, y apoyado en el brazo de su inseparable, pudo llegar hasta el hotel y subir á su habitación.

Lagrippe, de acuerdo con el bearnés, había conseguido que todos los criados estuvieran ausentes, como el día del rapto de Benedetta.

En la puerta de su habitación, Jacobo Mosés detuvo á su amigo.

—Oye—le dijo con la lengua torpe,—no sé lo que me pasa; nunca he sufrido

cosa semejante; parece que voy á dormirme estando de pie.

Caussedé sonrió.

—La fatiga—dijo.

Jacobo se dejó caer en un gran sillón, diciendo con los ojos medio cerrados:

—Es extraño; parece un ataque de parálisis.

El marqués se sentó enfrente de él y esperó un momento.

—¿No te duele nada?—preguntó con interés.

—Nada.

—Eso es lo principal.

Jacobo Mosés hizo un esfuerzo y tendió la mano hacia el cordón de la campanilla.

—¿Vas á llamar?—dijo Caussedé.

—Sin duda.

—¿Para qué? Es inútil. Tus criados no están aquí.

—¡Nunca se ha visto cosa semejante! Mañana despido á media docena.

—No te incomodes, que no vale la pena. Además, tengo que decirtelo todo. He sido yo quien les ha dado permiso.

—¡Tú!

—Con el fin de tener contigo esta conversación y pedirte algunas explicaciones.

—¡Explicaciones entre nosotros! ¿Para qué?

—Hace mucho tiempo que lo deseo.

—Demonio, ¿tienes algo que decirme?

—Sí.

—¿Es interesante?

—Palpitante, de interés,

—Pues bien, amigo mío, lo dejaremos para mañana, porque hoy no puedo escucharle. ¡Buenas noches!

No estaba borracho; pero sin embargo, Jacob Mosés ofrecía todos los síntomas de la borrachera.

Las palabras apenas podían salir de su boca; su cabeza se movía á derecha é izquierda y sus labios se cerraban como para rechazar una cosa amarga.

Sin duda Causседé creyó que ya había llegado al punto que deseaba, porque cesó de contenerse, y cogiéndole por uno de los brazos le movió vigorosamente para despertar su atención.

—¡Eh!...—dijo Jacobo Mosés.

—Escucha

—Déjame en paz.

—¿Crees que soy tu amigo?

—Un compañero, sí; amigos... ¿quién los tiene?

—¡Gracias á Dios! En tu vida has dicho semejante verdad. Pues bien, yo tampoco soy amigo tuyo... ¡Yo te odio!

Aquellas palabras fueron pronunciadas tranquilamente, sin cólera.

Jacobo Mosés abrió los ojos, atontado.

—¿Qué dices?—preguntó.

—Digo que soy tu mayor enemigo, que te desprecio como al lodo de mis zapatos, y voy á aplastarte como á una víbora ó un escorpión, en medio de un camino.

—Eso es una broma de mal género—dijo Jacobo Mosés, animándose.

—No.

—Entonces, ¿voy á ser aplastado, así... tranquilamente?...

—Así lo espero.

—¿Por quién?

—Por un hombre que tú has engañado, tratado de asesinar, y por último, hecho asesinar á manos de un bribón, y á quien por lo tanto todo está permitido contra ti.

Jacobo Mosés dormía, puede decirse; estaba atontado; pero reuniendo con un último esfuerzo su razón, dijo quejándose:

—¡Eso es una traición!

Causседé se echó á reir.

—Te parece así—dijo.—Es muy posible. En todo caso, es una represalia legítima. En cuestión de traiciones, eres un maestro... Acuérdate... hace de esto mucho tiempo... Yo quería á una mujer... la quería locamente, como se quiere á los veinte años...

—¡Florencia!

—¡Ah! ¡Te acuerdas!... Sí, Florencia. Tuvo la desgracia de agradarte. Era ambiciosa; el nombre de Mosés la trastornaba. Veía por delante un porvenir dorado. Tú no preguntaste si pertenecía á un amigo ó á un extraño. Me la robaste. Pero ha llegado el día de la venganza. Tú, que has asesinado á Pedro Dantenac, despues de ultrajarle con tu misma hermana. Sábelo, porque Matilde era tu hermana, vas

ahora á comparecer ante tus jueces, y yo que que estoy enamorado de tu mujer y soy correspondido, la tomaré después de tu muerte.

Jacobo Mosés oía todavía al marqués, pero como en un sueño.

Sus ojos entreabiertos le miraban, expresando un terror estúpido, el terror de la bestia cogida en el lazo; pero no podía articular una palabra.

Caussédé prosiguió:

—Tu digno padre hizo dormir á Benedetta Subere para ultrajarla; yo te he hecho dormir á tí para entregarte á los que te han de castigar. ¡Es la pena de Talió! ¡Llama á tu socorro! ¡Ofrece cientos de miles de francos, como has entregado al odioso Brichard para que asesinara á Dantenac, que, sin embargo, es el que va á castigarte.

Jacobo Mosés apretaba los dientes.

Hizo un esfuerzo para librarse del sueño de plomo que le aplanaba, pero fué en vano.

Caussédé le miraba con desdeñosa compasión.

—Hagas lo que quieras—le dijo—estás cogido. Es la morfina lo que te sujeta. El veneno que ha matado á Matilde y á tu hijo, ¡el hijo del incesto! El mismo veneno es el que vende al amigo falso y sin honor, al asesino, al marido infiel, al cobarde, al corruptor y al bandido, que no otra cosa eres.

Las pupilas de Jacobo Mosés se agita-

ron. Sus labios trataron de abrirse; pero aquel fué su último esfuerzo.

Permaneció inmóvil.

El veneno había producido su efecto.

El bearnés se levantó.

Cogió un brazo de Jacobo Mosés y le sacudió con fuerza. El brazo cayó pesadamente. Le llamó gritando al oído, y no se movió.

Caussédé le contempló un momento con indecible expresión de desprecio.

El reloj dejó oír las once.

En aquel momento Lagrippe entreabrió la puerta.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Está hecho.

—Un despacho para usted—dijo el criado—y otro para el señor barón.

—Démelos.

Los dos telegramas eran de la joven baronesa, Elena de Villedieu.

El dirigido á Caussédé decía:

«Raquel se muere y quiere verte. Ven.»

El otro despacho debía contener, evidentemente, el mismo ruego, porque venía del mismo sitio y estaba expedido á la misma hora.

Caussédé no le abrió.

Añadió algunas palabras á una carta ya preparada, y se asomó al balcón que se abría sobre la avenida de la Pique, escuchando atentamente.

—Todavía nada—murmuró.

Pero muy pronto oyó á lo lejos el trote rápido de dos caballos, cuyas herradu-

ras golpeaban el suelo enérgicamente.

—Son ellos—dijo al ayuda de cámara.—He pedido á usted un servicio. Ha llegado el momento.

—Mande usted.

Apoyaron una escala en el balcón.

Los dos hombres cogieron á Jacobo Mosés y le bajaron hasta el jardín.

Una vez allí, le condujeron hasta la avenida de la Pique y le dejaron sobre un banco.

El asesino permaneció inerte como un cadáver.

En aquel momento llegó el carruaje que había oído Caussedé.

Uno de los hombres que venían en el pescante bajó sin decir una palabra.

El marqués le entregó dos papeles.

Uno de ellos era el telegrama que había llegado para el barón. El otro una carta con estas palabras en el sobre:

«Para el señor Pedro Dantenac.»

Señaló el banco donde estaba Jacobo Mosés, sin movimiento, y seguido por Lagrippe, que contemplaba aquella escena con el mayor asombro, volvió al hotel, de donde nadie les había visto salir.

Un minuto después, el carruaje con los dos caballos emprendía de nuevo su camino hacia el establecimiento de baños y el viejo Luchón.

El bearnés bajó de nuevo á la avenida de la Pique, como para respirar el aire fresco de la noche.

En el banco no había nadie.

La avenida estaba de nuevo silenciosa y desierta.

XXVII

¡Visión!

Para explicar los hechos que siguen, hay precisión de volver atrás algunos instantes.

El viejo Mosés se dirigía á Marignac á esperar á la infeliz Benedetta.

El carruaje que le llevaba hacia honor á su dueño.

Arros entendía el oficio, y como había dicho Estagnou, tenía una cuadra de primera.

Sus caballos, delgados y nerviosos, tenían músculos de acero y alargaban el trote maravillosamente.

Además el camino era favorable.

De Luchón á Marignac, la carretera sigue por las orillas de la Pique hasta su encuentro con el Garona.

Arros, envuelto en un buen abrigo, había tomado sus precauciones para una noche de viaje.

El antiguo pobrete había llegado á ser un personaje entre los demás cocheros, asombrados de su rápida fortuna, á la que atribuían los más fantásticos orígenes.

Así y todo, no cedía su puesto á nadie cuando se trataba de conducir al Creso á quien debía su fortuna, ó mejor dicho, su riqueza.

ras golpeaban el suelo enérgicamente.

—Son ellos—dijo al ayuda de cámara.—He pedido á usted un servicio. Ha llegado el momento.

—Mande usted.

Apoyaron una escala en el balcón.

Los dos hombres cogieron á Jacobo Mosés y le bajaron hasta el jardín.

Una vez allí, le condujeron hasta la avenida de la Pique y le dejaron sobre un banco.

El asesino permaneció inerte como un cadáver.

En aquel momento llegó el carruaje que había oído Caussedé.

Uno de los hombres que venían en el pescante bajó sin decir una palabra.

El marqués le entregó dos papeles.

Uno de ellos era el telegrama que había llegado para el barón. El otro una carta con estas palabras en el sobre:

«Para el señor Pedro Dantenac.»

Señaló el banco donde estaba Jacobo Mosés, sin movimiento, y seguido por Lagrippe, que contemplaba aquella escena con el mayor asombro, volvió al hotel, de donde nadie les había visto salir.

Un minuto después, el carruaje con los dos caballos emprendía de nuevo su camino hacia el establecimiento de baños y el viejo Luchón.

El bearnés bajó de nuevo á la avenida de la Pique, como para respirar el aire fresco de la noche.

En el banco no había nadie.

La avenida estaba de nuevo silenciosa y desierta.

XXVII

¡Visión!

Para explicar los hechos que siguen, hay precisión de volver atrás algunos instantes.

El viejo Mosés se dirigía á Marignac á esperar á la infeliz Benedetta.

El carruaje que le llevaba hacia honor á su dueño.

Arros entendía el oficio, y como había dicho Estagnou, tenía una cuadra de primera.

Sus caballos, delgados y nerviosos, tenían músculos de acero y alargaban el trote maravillosamente.

Además el camino era favorable.

De Luchón á Marignac, la carretera sigue por las orillas de la Pique hasta su encuentro con el Garona.

Arros, envuelto en un buen abrigo, había tomado sus precauciones para una noche de viaje.

El antiguo pobrete había llegado á ser un personaje entre los demás cocheros, asombrados de su rápida fortuna, á la que atribuían los más fantásticos orígenes.

Así y todo, no cedía su puesto á nadie cuando se trataba de conducir al Creso á quien debía su fortuna, ó mejor dicho, su riqueza.

Todo es relativo.

Arros no sentía remordimiento ninguno, y además se sentía amparado por el poderío del personaje á quien obedecía.

Sin embargo, al acercarse á los álamos de Gaud, una ligera emoción le acometió, como una bocanada de aire que azota la cara.

Llegaba á aquel macizo de árboles y arbustos impenetrable á la ténue claridad de las estrellas, cuando el cochero se volvió hacia el viajero y dijo:

—Aquí es, señor barón.

—¡Para!—ordenó el viejo Mosés.

El coche se colocó á un lado de la carretera, donde Arros había estado ya detenido la otra vez.

El cochero realizó aquella maniobra con cierta contrariedad.

—Me gusta poco este sitio—pensaba, —quisiera estar lejos.

—El viejo Mosés bajó á tierra, se acercó á uno de los faroles y miró su reloj.

—Las diez menos cinco—murmuró, —aun es temprano. Esperaremos.

La obscuridad bajo los árboles era completa. No se hubiera distinguido á un hombre á dos pasos.

El barón, disgustado, inquieto por no encontrar á Benedetta, avanzó algunos pasos más hacia Marignac, escuchando atentamente.

El estrépito de las aguas de la Pique, ensordecedor en aquel sitio, no permitía oír el ruido que hace una carreta en un

camino, y con mayor razón el ligero paso de una joven.

Se resignó paseándose para distraerse y combatir la frescura de la noche, cuando una voz ó, mejor dicho, un murmullo le llamó la atención.

Se estremeció de alegría y pensó:

—¡Es ella!

Volvió á acercarse al macizo de árboles; pero en el momento que llegaba, dos sombras que parecieron salir de la tierra se pusieron á su lado, dos manos pesadas cayeron sobre sus hombros, y le cubrieron la cabeza con una capa fuerte al mismo tiempo que sentía que fuertes cuerdas se arrollaban á su alrededor como serpientes.

El ataque fué tan brusco, que ni siquiera tuvo la intención de defenderse.

Lo que él había hecho con una joven indefensa, lo ejecutaban ahora con él.

Había abusado de la fuerza; otros abusaban á su vez.

Sofocado como Benedetta, apenas pudo oír un grito estridente que desgarró la noche.

Se peleaban al lado del carruaje; pero la pelea debía ser muy corta puesto que era muy desigual.

Rabastoul acababa de sujetar al cochero por el cuello.

Le tiró á tierra, y poniéndole una rodilla en el pecho, le dijo:

—¡Si das un grito, mueres! Si te callas, no te haremos nada. Podrás conservar lo

que tan cobardemente has ganado. Contigo no queremos nada. ¡Elige!

El tunante era vigoroso; pero el herrero y el marmolista lo eran más que él.

Además, Arros estaba en malas condiciones para defenderse.

Su conciencia se levantaba contra él, y hacía causa común con sus adversarios.

Se rindió, maldiciendo de su imprudencia y de la del barón Mosés.

¡Los álamos de Gaud! Aquel nombre era de mal agüero.

Se dejó sujetar como su rico parroquiano, y meter en el carruaje detrás de él.

La comitiva se puso inmediatamente en marcha.

El viejo Mosés, incapaz de hacer un movimiento, se sintió trasportado por caminos llenos de baches profundos, con enormes pedruscos, sobre los que las ruedas daban continuos golpes.

Pero aquella marcha no duró más que algunos minutos.

El carruaje se detuvo.

Los dos cómplices, el barón y el cochero, fueron descargados como fardos.

Dejaron á Arros sobre un suelo duro, cuya naturaleza no pudo reconocer, mientras al barón le llevaban, como si fuera una pluma, al primer piso de una casa desconocida.

Allí le despojaron de los obstáculos que le impedían ver, y un espectáculo horrible heló la sangre de sus venas.

Sobre un lecho cubierto con un lienzo blanco había dos cadáveres extendidos.

Cuatro cirios alumbraban la estancia.

Dos crucifijos de madera negra, con el Cristo blanco, descansaban en el pecho de los muertos.

Una joven y una anciana estaban arrodilladas á los lados.

La joven era Marieta Soubère, y la anciana la tía Julia, la hermana del capitán.

La tía lloraba en silencio.

Marieta contemplaba á su hermana, una de cuyas manos heladas tenía entre las suyas, con mirada sombría, consumida por la fiebre.

A la llegada del barón se volvió lentamente y le contempló, clamando venganza.

Pedro Dantenac empujó al judío y le dijo:

—¡Mira, mira! La que ibas á buscar, está aquí. ¡Ha preferido morir á sufrir la vergüenza de ser tuya! ¡El ha muerto tratando de salvarla! Estas son tus víctimas. ¡Dentro de un momento vamos á juzgarte y á juzgar á tu hijo contigo! ¡De rodillas!

La mano de Rabastoul se apoyó en el hombro del barón, que cayó á tierra sin decir una palabra.

¡Se sentía vencido, dominado, perdido!

—Ahora que has reconocido á tus víctimas—dijo Pedro Dantenac—vamonos. Tu presencia está mancillando esta casa.

Hizo una señal á Rabastoul y á Baurrousse.

En un momento el banquero se vió otra vez envuelto con la capa que á medias le habian quitado.

Los tres hombres salieron, santiguándose ante los cadáveres, y bajaron la estrecha escalera con su fardo viviente.

En el piso bajo de la casa del capitán, Arros, orgulloso y sombrío, se resignaba á su suerte.

Comprendía la indignación y los resentimientos de los que castigaban un crimen que él conocia mejor que nadie y del que ni siquiera hablaban.

Quedó prisionero bajo la custodia de dos fuertes mozos de fragua.

El carruaje volvió á emprender su camino.

Fué un viaje fantástico en medio de la noche.

Los caballos de Arros eran excelentes.

El dinero del crimen habia sido bien empleado.

Envuelto por su capa, el viejo Mosés permanecía tendido en una de las banquetas; Baurrousse le vigilaba sentado enfrente.

En el pescante, Rabastoul y Pedro Dantenac, ocupaban el lugar de Arros.

En algunos momentos llegaron á Guaran, á Cier, y por último, á los arrabales de Luchón, que cruzaron para llegar á la venida de la Pique, donde recogieron el prisionero que entregó Caussedé y se vol-

vieron hacia Saint Aventin, siguiendo hasta el valle de Oueil, más abajo de Caubous.

Allí se detuvieron.

La primera parte de su viaje habia terminado.

Faltaban veinte minutos para la media noche.

La luna se elevaba por la izquierda hacia el pico del Mediodía y un reflejo sanguinolento coronaba la cima de la orgullosa montaña que se llama el Antenac.

En un edificio abandonado, donde se refugiaban los pastores durante las tempestades de otoño, esperaban cuatro hombres y cuatro caballos.

El carruaje quedó colocado en un momento; los caballos de Arros, atados en un rincón; el barón y Jacobo Mosés, cargados y sujetos sobre rústicas albardas, y empezó una marcha rápida por senderos escarpados y pasos peligrosos para bestias y peatones menos acostumbrados al camino de la montaña.

Se hubiera creído que era una cuadrilla de contrahandistas, perseguidos de cerca por los carabineros.

La luna seguía elevándose, alumbrando el camino de esta extraña expedición.

Poco á poco la torpeza que habia invadido á Jacobo Mosés, fué disipándose, sacudido como iba por los bruscos movimientos del caballo, escalando con esfuerzos los escalones tallados en la roca.

Además, la frescura de la noche le despertaba.

Cuando abrió los ojos por primera vez, se preguntó dónde estaba, lo que hacía, y pensó que estaba soñando.

A la luz pálida de la luna distinguió, vagamente al principio, un jinete que rompía la marcha, llevando detrás un caballo, sobre el que había colocado un hombre, mejor dicho, un bulto informe, que apenas se distinguía.

Otro jinete, vestido de militar, venía algunos pasos detrás.

La fila se prolongaba con cuatro ó cinco hombres á pie que caminaban rápidamente, ágiles, elásticos, con gorr negro y polainas; apoyándose en largos bastones.

Dos de ellos llevaban un fusil al hombro.

Jacobo Mosés se preguntó si estaba loco.

De pronto se acordó de las revelaciones de Caussédé al principio de su extraño sueño.

Quiso lanzar un grito, pero su voz se apagó.

Comprendió que estaba amordazado.

Entonces se apoderó de él un horrible espanto.

Estaba prisionero.

Caussédé no le engañaba; ¡le había vendido!

¿Pero á quién le había entregado?

La columna avanzó todavía algunos

minutos entre dos taludes escarpados, coronados por un bosque de abetos, y de pronto el horizonte se ensanchó: se encontraban enfrente de una casa antigua con tejados de mucha inclinación, cuya silueta se destacaba con gran limpieza sobre el cielo. Anduvieron algunos pasos, y la comitiva se detuvo.

Los hombres entraron en la casa, y Jacobo Mosés pudo ver en el portal una especie de fantasma, una mujer delgada y huesosa, vestida pobremente, gesticulando como una hechicera; los caballos desaparecieron en un departamento de ancha puerta, que debía ser cuadra, y sin tocar á tierra, el judío se encontró con rapidez prodigiosa, en el interior de una gran sala casi vacía, colocado en un ancho sillón de paja con respaldo de madera, que se remontaba á los tiempos en que se vivía austeramente, sin regalos y comodidades que van degenerando nuestra raza.

Entonces vió Jacobo Mosés, con estupor, que enfrente de él se colocaba otro asiento tan primitivo como el suyo.

Allí instalaron el bulto que había visto sobre el caballo que le precedía.

Le desembarazaron de la capa que le sofocaba, aflojaron sus ligaduras, y le dejaron en estado de ver y oír.

Era el viejo Mosés.

El padre y el hijo se reconocieron y no tuvieron necesidad de hablar para comprenderse.

La vieja que Jacobo había visto en la puerta de la casa se aproximó á ellos, los examinó despacio con ojos irritados, medio ocultos en la profundidad de las cuencas, murmuró una amenaza llena de odio, y haciendo horribles gestos con su boca desdentada, que rasgaba su faz amarilla y llena de arrugas, se retiró, lanzando este apóstrofe con tono de desprecio indecible:

—¡Malditos!

Los Mosés permanecieron impasibles; el padre estaba absorto por su visión de Astos; el hijo se preguntaba si no estaba alucinado por algún narcótico, si no era víctima de una de esas horribles pesadillas que engendra el opio, y no podía creer en aquel atrevido golpe de mano.

Una última sorpresa le esperaba.

Los hombres que les habían conducido, se colocaron en semicírculo delante de ellos.

Todos llevaban el traje de los montañeses de las inmediaciones de Luchón, menos uno, que vestía uniforme de soldado.

La vieja, preocupada y silenciosa, se apoyaba en la alta chimenea, en cuya campana había una especie de blasón groseramente labrado en piedra.

Un hombre alto y fuerte entró el último en la sala y se adelantó hasta los Mosés.

Al verle, Jacobo hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse; pero no se pudo incorporar.

Una mano pesada le obligó á permanecer en su sitio.

A su lado y al de su padre permanecían de pie dos hombres de rostro duro y vengativo.

El desgraciado se estremeció de espanto.

Acababa de reconocer al personaje que había entrado ultimamente.

Era Pedro Dantenac.

¡Luego no había muerto! ¡Brichard le había engañado.

¡Era él, no había que dudarlo! ¡Y los tenía en su poder, indefensos!

¡No, no era juguete de un sueño! ¡La realidad le aplastaba, se le imponía!

Como el león que cae en el silo preparado por los árabes, como el lobo que encuentra sus patas sujetas en el lazo que no puede romper, apretaba los dientes, maldiciendo de su impotencia.

Al ver la impasibilidad de aquellos montañeses en aquella sala desnuda, respirando la pobreza y el desprecio de las riquezas; entre aquellas cuatro paredes, tan toscas como salieron de las manos de obreros primitivos, resudando la humedad de las nieves fundidas y adornadas por un tono verdoso producido por las vegetaciones espontáneas, sin otro ornamento que un crucifijo; contemplando el extraño resplandor de los ojos de la vieja, y el odio frío de sectario de que se veían poseídos todos los montañeses; al considerar aquella captura, para la que

en su calenturienta imaginación Jacobo Mosés suponía necesarios titánicos esfuerzos, cuando había sido lógica consecuencia de los acontecimientos, ayudados por la casualidad, comprendía que no podía esperar salvación ni clemencia.

Pedro Dantenac le dijo con la tranquilidad de la fuerza:

—No esperabas verme, ¿verdad? Pues aquí me tienes.

Y dirigiéndose al viejo Mosés:

—¡En París yo no era nadie, y usted lo dominaba todo! París le pertenecía. Había que resignarse á esperar. Aquí estamos en casa de los Dantenac. La casa es pobre; ¡pero cuánto siento haberla dejado! Y añadió, señalando á su tía:

—Esta es nuestra madre, ó la que ha hecho sus veces con nosotros. La hemos consultado. Encuentra que nuestra causa es justa y nuestro derecho legítimo.

Señaló al suboficial y al posadero:

—Estos son mis hermanos. Falta uno, Juan. Acaba usted de verle hace un momento. ¡Ha muerto! Los demás son parientes y amigos. La vida es una lucha; los fuertes aplastan á los débiles. Ustedes me lo han demostrado. Si ahora les toca ser los más débiles, tanto peor. En seguida vamos á juzgarlos.

Todo esto se tarda mucho en decir.

Sin embargo, pasó muy rápidamente.

El viaje había durado muy poco.

La escena de Marignac, algunos instantes.

La de la vieja casa de Caubous, debía ser también muy breve.

XXVIII

Sobre el Antenac.

Al oír que iban á juzgarlos, el viejo Mosés inclinó la cabeza.

Pero su hijo trató de recobrar su audacia.

—¿A juzgarnos?—dijo.—¿Con qué derecho?

Rabastoul respondió brutalmente:

—Con el que nosotros nos tomamos.

La anciana tía, sublevada, con los ojos llenos de cólera, gritó:

—¡Silencio, maldito!

Pedro Dantenac sacó una hoja de papel, y extendiéndola sobre una pobre mesa de pino, dijo:

—Esta es la sentencia.

—¿Ya está todo arreglado?—preguntó Jacobo Mosés tratando de sobreponerse á su espanto.

Pero todo su cuerpo temblaba.

Sus ojos agitándose dentro de las órbitas, sus labios exangües, sus dedos crispados como garras de pájaro herido que trata de sujetarse á la rama que le sostiene, su extremada palidez, todo indicaba en él el pavor horrible que le embargaba y la rabia frenética é impotente que se había apoderado de su espíritu.

El mayor de los Dantenac leyó:

en su calenturienta imaginación Jacobo Mosés suponía necesarios titánicos esfuerzos, cuando había sido lógica consecuencia de los acontecimientos, ayudados por la casualidad, comprendía que no podía esperar salvación ni clemencia.

Pedro Dantenac le dijo con la tranquilidad de la fuerza:

—No esperabas verme, ¿verdad? Pues aquí me tienes.

Y dirigiéndose al viejo Mosés:

—¡En París yo no era nadie, y usted lo dominaba todo! París le pertenecía. Había que resignarse á esperar. Aquí estamos en casa de los Dantenac. La casa es pobre; ¡pero cuánto siento haberla dejado! Y añadió, señalando á su tía:

—Esta es nuestra madre, ó la que ha hecho sus veces con nosotros. La hemos consultado. Encuentra que nuestra causa es justa y nuestro derecho legítimo.

Señaló al suboficial y al posadero:

—Estos son mis hermanos. Falta uno, Juan. Acaba usted de verle hace un momento. ¡Ha muerto! Los demás son parientes y amigos. La vida es una lucha; los fuertes aplastan á los débiles. Ustedes me lo han demostrado. Si ahora les toca ser los más débiles, tanto peor. En seguida vamos á juzgarlos.

Todo esto se tarda mucho en decir.

Sin embargo, pasó muy rápidamente.

El viaje había durado muy poco.

La escena de Marignac, algunos instantes.

La de la vieja casa de Caubous, debía ser también muy breve.

XXVIII

Sobre el Antenac.

Al oír que iban á juzgarlos, el viejo Mosés inclinó la cabeza.

Pero su hijo trató de recobrar su audacia.

—¿A juzgarnos?—dijo.—¿Con qué derecho?

Rabastoul respondió brutalmente:

—Con el que nosotros nos tomamos.

La anciana tía, sublevada, con los ojos llenos de cólera, gritó:

—¡Silencio, maldito!

Pedro Dantenac sacó una hoja de papel, y extendiéndola sobre una pobre mesa de pino, dijo:

—Esta es la sentencia.

—¿Ya está todo arreglado?—preguntó Jacobo Mosés tratando de sobreponerse á su espanto.

Pero todo su cuerpo temblaba.

Sus ojos agitándose dentro de las órbitas, sus labios exangües, sus dedos crispados como garras de pájaro herido que trata de sujetarse á la rama que le sostiene, su extremada palidez, todo indicaba en él el pavor horrible que le embargaba y la rabia frenética é impotente que se había apoderado de su espíritu.

El mayor de los Dantenac leyó:

«Nosotros, hermanos, parientes y amigos de Pedro y Juan Dantenac, reunidos en la casa de Caubous:

«Considerando que el barón Isaac Mosés y Jacobo Mosés, su hijo, han cometido, el primero el crimen de robar, violar, secuestrar y atormentar á la prometida de Juan Dantenac, Benedetta Soubére;

»Que á consecuencia de este crimen han muerto los citados Juan Dantenac y Benedetta Soubére;

»Que Jacobo Mosés ha tratado de asesinar á Pedro Dantenac en el domicilio de este último, y que no habiendo conseguido más que herirle, ha pagado á un agente de su servicio para rematar á su víctima;

»Que este agente ha ejecutado sus órdenes en el mismo día, atacando traidoramente á Pedro Dantenac y arrojándole al Sena, después de creerle muerto, de cuyo atentado pudo salvarse por un milagro;

»Que las víctimas de los Mosés se ven reducidas á hacerse justicia por sí mismas, puesto que la fortuna mal adquirida de los culpables los protege contra la ley;

»Por estos motivos,

»Los condenan á muerte.»

—¿Es eso todo?—preguntó irónicamente Jacobo Mosés.

—Todo.

La voz cascada de la montañesa se dejó oír de nuevo;

—¡Silencio —gritó.—Y vosotros, andar de prisa.

Jacobo Mosés lanzó un grito de furor, sofocado en seguida:

—¡Mentís! —dijo;— esto es un crimen por el que os castigarán... ¡Sois unos cobardes, unos asesinos!

Pedro Dantenac se acercó á él y le dijo mirándole fijamente:

—¡Bien sabes que no!

El viejo Mosés ni siquiera trató de defenderse.

Estaba abatido, consternado, sin ánimos y sin valor.

Además su pensamiento estaba muy lejos.

Veía constantemente la escena horrible de Marignac, veía á Benedetta, su víctima, acostada sobre el blanco lienzo, menos blanco que su rostro dormido con la serena tranquilidad de la muerte.

Comprendía la inutilidad de todos sus esfuerzos.

¿Con qué armas oponerse á aquellos enemigos triunfantes?

¿Con el oro?

Le Jespreciaban.

¿Con la fuerza?

La poseían.

¿Con la corrupción?

¿Y á quién podía corromper en aquel desierto? ¿Dónde y cómo podría encontrar defensores?

La derrota era completa.

La columna volvió á ponerse en cami-

no en el mismo orden en que había llegado á Caubous.

Desfilaba muy de prisa en medio de un profundo silencio.

El viejo Mosés, atado como su hijo, no podía hacer ningún movimiento; con los ojos vendados, comprendía únicamente que subían, subían siempre.

Las violentas sacudidas del caballo le indicaban los continuos esfuerzos que hacía para marchar por senderos abruptos.

De cuando en cuando se separaban bajo las herraduras trozos de piedra, que rodaban con estrépito al fondo de algun barranco.

¿Dónde iban?

¿Qué pensaban hacer de él y su hijo, aquellos hombres cuya firmeza era tan implacable como fría?

¿Qué suplicio les aguardaba?

No tardaron en saberlo.

Después de una media hora de marcha, ó mejor dicho, de una carrera precipitada, la columna se detuvo.

El viejo Mosés reconoció la voz de Pedro Dantenac, que decía á sus compañeros:

—Aquí es.

Sintió que le quitaban la venda y le depositaban en el suelo.

Entonces se vió deslumbrado por una luz argentina que iluminaba un horizonte de nubes en el que se destacaba como una isla la meseta de rocas donde se encontraba con sus compañeros de marcha.

Hé aquí lo que vió.

Dos hombres alumbraban la escena con antorchas impregnadas de resina, semejantes á las que llevaban los mozos en las fiestas de Luchón.

Otros tres levantaban del caballo que le había conducido á su hijo Jacobo, y le dejaban en el suelo á algunos pasos de él.

La montañesa se acercó á ellos y les dijo como si recitara un versículo de la Biblia.

—El que á hierro mata, á hierro muere. ¡Vosotros habeis matado, vais á morir!

Se alejó y se puso de rodillas sobre la cúspide de una roca, de tal modo, que su silueta amenazadora se destacaba de un modo extraño en el horizonte, sobre el fondo claro de la bruma.

Por el sitio donde se extiende el valle de Lis, la tempestad se iba formando, dejando oír sordos truenos que retumbaban, repetidos por el eco entre aquellas montañas, mientras que fugaces relámpagos desgarraban las pesadas nubes, de un negro sombrío.

Pero sobre el Antenac, la luna brillaba en el fondo del cielo, mezclando sus blancas claridades con la luz rojiza de las antorchas.

Pedro Dantenac se acercó á Jacobo Mosés y le dijo con voz firme:

—Tu fin está próximo. Si tienes alguna recomendación que hacer para los tuyos, habla,

Jacobo Mosés se encerró en un silencio siniestro.

Pero el padre, que lo había oído, exclamó:

—No... es imposible... ¡Eso sería un asesinato!...

Pedro Dantenac dijo:

—No es un asesinato, es una ejecución.

El viejo prosiguió:

—Esto es horrible... ¿No es más que una prueba, verdad?

Dantena no le contestó.

Se volvió de nuevo al hijo, preguntando:

—¿Estás dispuesto?

—¡Toda mi fortuna por su vida!—suplicó el padre.—¡Millones para todos!.. ¡Os daré tanto oro como queráis! ¿Oís?..

Pedro Dantenac ni siquiera le miró, y siguió diciendo á Jacobo:

—¡Me has ultrajado! Hubiera podido matarte, y te perdoné. Te ofrecí un combate leal, y lo rehusaste. Herido por tí cobardemente, pagaste á un hombre para que me asesinara. ¡Ya no cometerás más crímenes!

Hizo una señal con la mano.

Los tres hombres se acercaron al condenado, que con un esfuerzo sobrehumano trató de desembarazarse de sus ligaduras.

Las cuerdas que le sujetaban se rompieron.

Transcurrió un minuto de emoción inmensa: se entabló una lucha horrible.

Pero los músculos del herrero y el marmolista eran más sólidos que cables de acero.

El viejo Mosés, con los cabellos erizados, los vió que se acercaban al borde de la meseta, vió como balanceaban un momento á su víctima, y por último le precipitaron en el vacío.

Un grito estridente, de suprema agonía, un grito desesperado, desgarró el silencio de aquel desierto, y eso fué todo.

El viejo Mosés había cerrado los ojos.

Cuando los abrió vió en la punta de la roca donde había estado arrodillado á la anciana de Caubous, de pie, con la mano extendida, y en aquella mano un gran crucifijo que inclinaba hacia el abismo donde el condenado acababa de desaparecer.

Dantenac se dirigió al padre.

—El mismo fin le aguardaba á usted—dijo;—pero alguien, al expresar su última voluntad, ha solicitado el perdón.

—¿Quién?

—Su víctima.

—¡Benedetta!

—Sí, la pobre niña no sabía odiar.

—Y añadió señalando á Rabastoul y Barrousse:

—Estos la amaban; no querían perdonar, y sin duda tienen razón. Sin embargo, yo le defenderé de ellos con una condición.

—¿Cuál?

—Que firme usted la confesión de sus crímenes y de los de su hijo.

—Es imposible.

—No tiene usted más remedio que ceder.

—¿Por qué?

—Porque todavía tiene usted una hija.

—¿Raquel!

Pedro Dantenac llamó á uno de los que conducían las antorchas y entregó al barón el telegrama expedido en Burdeos.

El telegrama estaba expresado en los mismos términos que el que había recibido Caussedé:

«Raquel se muere y quiere verle.

»ELENA.»

—¿Mi hija!—exclamó el viejo.

—¿La dejará usted morir sin verla?—dijo Pedro Dantenac.

Y añadió:

—Dese usted prisa. ¡Quién sabe si más tarde podré ofrecerle la salvación!

En efecto, Barrousse y Rabastoul murmuraban en voz baja.

Pedro Dantenac sacó una hoja de papel, sobre la que las antorchas arrojaban una luz sangrienta.

—Lea usted—dijo—de prisa.

El viejo Mosés hizo comprender que era inútil. Adelantó una mano temblorosa, diciendo:

—¿Tiene usted pluma?

—Sí.

—Pues démela.

Escribió según le dictaba Pedro Dantenac, por bajo de la confesión preparada para él:

«Esta es mi confesión.

»Está conforme con la verdad.»

Y firmó debajo su nombre, con mano torpe:

«BARÓN ISAAC MOSÉS.»

La carta que Caussedé entregó á Pedro Dantenac en la avenida de la Pique, decía lo siguiente:

«Ya recordará usted nuestro convenio.

»Exijo la vida del padre á cambio de la del hijo.»

Pedro Dantenac pagaba su deuda.

Desató las cuerdas que paralizaban uno de los brazos del prisionero, y puso un cuchillo á su lado, diciendo:

—Está usted libre. Ahora, ¡que Dios le guíe!

Y acercándose á sus compañeros les dijo algunas palabras en voz baja.

El viejo Mosés vió cómo se reunían nuevamente y volviendo atrás emprendían el camino hasta desaparecer ocultos por la niebla.

Entonces se encontró solo, en medio de la noche, frente á frente con lo infinito.

Todo lo que había pasado le producía el efecto de un sueño penoso.

Sin embargo, era la realidad.

De ello no se podía dudar.

Los mugidos de la tempestad, tan espantosa en las montañas, se iban haciendo cada vez más formidables.

Las nubes iban invadiendo poco á poco todo el horizonte y se amontonaban sobre su cabeza.

El barón sentía que un espanto aun mayor que el que acababa de sufrir se apoderaba de él.

No eran solamente los hombres los que se conjuraban para lograr su perdición.

Se conjuraban también las fuerzas de la naturaleza.

Una imperiosa necesidad de huir, de escapar á aquella soledad en que se veía abandonado, se apoderaba de su voluntad, trastornando su cerebro.

Cortó, una tras otra, con mano nerviosa las ligaduras que le sujetaban; se desprendió de los fuertes lazos que le habían tenido paralizado, y se encontró libre, de pie, enfrente de aquella inmensidad que le anonadaba.

Pero se volvía á todas partes y por ninguna encontraba salida.

Dió algunos pasos á derecha é izquierda, y siempre tropezaba con un precipicio insondable, uno de los abismos donde su hijo se había estrellado algunos momentos antes.

Por todas partes se veía cercado de si-

mas, que solo las águilas podían franquear, al revés de lo que ocurre en las fortalezas edificadas por los hombres, que se defienden con elevados muros.

Aquel era un suplicio que no tenía previsto.

De pronto, la luz que le alumbraba se extinguió, como si un soplo gigante la hubiera apagado.

La luna desapareció del horizonte.

Las nubes continuaban amontonándose alrededor de su cabeza en caliginoso torbellino.

Permanecía de pie, inmóvil, sin atreverse á hacer un movimiento y conteniendo hasta la respiración.

El horriblo fragor de la tempestad y el sentimiento de su impotencia, hicieron que se arrojara al suelo.

Le parecía oír á su alrededor los pasos de algún ser fantástico, el galope temeroso de una bestia espantada, y un aliento cálido que pasaba sobre su rostro causándole una impresión de horror.

Entreveía en medio de la noche desmesuradas sombras de engendros del espanto, y creyendo distinguir el vuelo de aves de extraña forma, se anudaban en su garganta gritos de loco terror.

Jamás hombre alguno se ha sentido más débil, mas pequeño ni más miserable.

¿Cuánto duró aquella tortura?

El mismo no lo hubiera podido decir.

Sufrimientos semejantes hacen envejecer como muchos años.

Mientras tanto, se disipó la tempestad sin dejar huella.

Apenas si cayeron algunas gotas sobre aquellas empinadas crestas que se perdían en el cielo.

Los estampidos del trueno fueron alejándose por los valles, los relámpagos fueron siendo más y más raros, y hacia el Oriente, por encima de los lejanos picos de los Pirineos españoles, hacia el valle de Azan, una banda roja se fué dibujando en el horizonte, estrecha al principio, pero que poco á poco fué ensanchándose, y bien pronto aparecieron las primeras rosadas tintas de la aurora.

Entonces el viejo Mosés respiró con más libertad.

Empezó á distinguir los objetos á su alrededor.

Los fantasmas se desvanecieron, las rocas y los montes tomaron formas distintas, creyó que iba á ver á los hombres, y con los hombres ya sabía él lo que hacer, ya sabía comprarlos.

La alegría de vivir, cuando se había visto cerca de la muerte, le reanimó.

Sin embargo, ¿qué podía esperar del porvenir?

Su hijo estaba destrozado en el abismo, á dos pasos de él.

Su hija se moría.

Benedetta estaba extendida en su lecho de muerte, donde la había visto al empezar aquella espantosa noche.

Además, para salvar su vida, que le

habían concedido como una gracia, se había visto obligado á poner su honor y su seguridad á merced de enemigos que se vengaban con justicia, pero muy cruelmente.

¿Qué le quedaba?

Únicamente el oro, el oro que él creía tan poderoso y le había hecho traición.

¡Aquello era todo!

Poco á poco el sol se fué remontando en el espacio.

Un espectáculo magnífico se ofreció á los ojos del barón Mosés. Por todas partes, con el resplandor de la aurora, se dibujaban con admirable limpieza los contornos de las montañas.

Desde el Pico de Mediodía hasta Gavarnie, y desde las cimas heladas de la Maladetta hasta las inmensas llanuras de Tarbes y Ossun, sus ojos abrazaban horizontes infinitos bañados por la luz rosada de la mañana.

En toda aquella inmensidad no se distinguía ningún ser humano que pudiera servir de guía al abandonado.

Trató de orientarse y reconocer el terreno. Pero desde el Antenac, los bosques parecían manchas sombrías colocadas en el flanco de las montañas; los pueblos no eran más que puntos en el espacio; los campanarios, invisibles agujas.

El barón consultó su reloj.

Señalaba las seis cuando se decidió á buscar una salida para escapar de aquella extraña prisión.

Pero antes quiso reconocer el sitio que servía de tumba á su hijo.

—No era difícil.

La tierra conservaba aun la huella de los pies de los hombres y de las herraduras de los caballos.

Se fijó en la piedra desde donde la anciana de Caubous presidió la lúgubre escena.

Entonces, inclinándose al borde de la estrecha meseta que habia servido de cadalso á su hijo, tuvo una última y terrible visión.

A ocho ó novecientos pies por debajo de él, en un vasto circo cerrado por todos lados con ásperas y gigantescas murellas, distinguió un objeto informe, pequeño, casi invisible, aplastado sobre un fondo de rocas que parecían ser de mármol blanco.

Por encima de este punto negro, que debía ser el cadáver de su hijo, buitres con el cuello desplumado y repugnante aspecto, mezclados con otras aves de rapiña de menor tamaño, volaban pesadamente, lanzando gritos roncós y adoptando actitudes amenazadoras.

Los bandidos del aire se disputaban una presa. Iban á pelear para repartirse aquel horrible botín.

El viejo, y entonces sí que podía decirse con justicia que el barón lo era, pues aquella noche habia envejecido más de diez años, sofocó un grito de horror y huyó espantado.

Despreciando el peligro, corrió por todas partes buscando una salida por peligrósa que fuese; ayudándose con los pies y las manos, hundiendo sus uñas entre las asperezas de las piedras, logró bajar de aquella montaña que habia sido para él un calvario y un suplicio.

Vagó á la ventura durante algunas horas, desandando el camino varias veces, hasta que sobre una ladera cubierta de césped, descubrió un pastor, de pie, con un morral en la espalda y un enorme cayado en la mano.

Esparcidas á su alrededor, pastando tranquilamente, habia unas cuantas ovejas oscuras y de largas lanas.

Aquello era la salvación.

—¿Luchón?—preguntó.

El pastor no comprendió al principio. Se asombraba de ver un forastero tan poco parecido á los que de ordinario se aventuraban por aquel desierto.

El viejo Mosés le hizo comprender con mucho trabajo que se habia perdido y deseaba encontrar el camino.

Entonces el pastor extendió la mano hacia el horizonte lejano, y por caridad le condujo hasta una especie de senda, por la que al fin, extenuado, con la ropa hecha jirones, llegó hasta un pequeño pueblo que sólo contaba con una docena de casas agrupadas alrededor de su pobre iglesia.

Era la aldea de Oueil.

Lo primero que distinguió el barón fué

un carruaje parado en medio del camino.

Al lado de aquel carruaje había un hombre alto y fornido que, al ver al barón, exclamó con inequívocas muestras de alegría:

—¡Ah, señor! ¡Por fin he conseguido encontrarle!

Pedro Dantenac, al pasar por Luchón, muy de madrugada, dejó escritas dos palabras á su aliado, el marqués de Caus-sédé.

Le decía:

«El hijo ha sido ejecutado; el padre abandonado sobre el Antenac.

»Vive gracias á usted. He cumplido mi promesa.»

Al empezar el día, el marqués, gozoso, saboreando, por fin, su satisfecita venganza, marchaba para Burdeos, dejando á Lagrippe el encargo de buscar al barón.

También Lagrippe triunfaba con el triunfo del bearnés.

En lo sucesivo el barón no podía ser más que un juguete en manos del normando, y éste comprendía al fin las palabras de Caus-sédé.

—Usted quiere la fortuna; fíese usted en mí y le conduciré á ella por el camino más seguro.

El carruaje en que Próspero había salido á buscar al barón, se dirigió á Luchón lentamente por un camino de herradura, que de ordinario no era frecuentado más que por peatones, á causa de su aspereza.

Recostado en un rincón, cara á cara con sus pensamientos, el viejo Mosés estaba verdaderamente aplanado.

Napoleón, en su retirada de Rusia ó en su huida de Waterló, debía entregarse á reflexiones tan amargas.

En pocos momentos Lagrippe refirió á su amo la historia que habían convenido entre él y Caus-sédé.

Por la mañana Arros había llegado, y eso era verdad, anunciándole en confianza el asalto de los álamos de Gaud.

Entonces se había aconsejado del marqués de Caus-sédé, el amigo de la casa, el más seguro y afecto, y el bearnés, á pesar de su inteligencia, nada hubiera podido hacer, á no ser por el aviso de un desconocido que en aquel mismo momento llegó diciendo que el barón Mosés estaba perdido por las cumbres del Antenac.

La esquela en que lo anunciaban no decía nada más.

El marqués había dispuesto que Lagrippe fuera á la aldea de Oueil á toda prisa con orden de hacer registrar toda la montaña con gente del país.

El se había marchado en seguida á Burdeos, para reunirse con su querida enferma.

Así se explicaba todo.

El normando hizo resaltar hábilmente la fidelidad del bearnés.

Sin embargo, el barón Mosés se veía asaltado por mortificantes dudas.

Se sentía rodeado de traiciones, pero ni siquiera trató de averiguar de dónde venían.

¿Qué le quedaba que perder?

¿Qué otra catástrofe podía amenazarle?

Experimentaba una íntima satisfacción al encontrarse bajo la salvaguardia de Lagrippe, al que estaba tan acostumbrado, al ver rostros humanos después de aquella noche en que había sido secuestrado como Benedetta, pero en la inmensidad, en medio de las nubes, aprisionado por los elementos y perdido entre las tinieblas.

¿Le amenazaban traiciones?

No las temía. ¿Qué podían querer? ¡Su fortuna!

Era tan inmensa, tan formidable, que podían sustraer cuanto quisieran sin menoscabarla, sin que en ella se notara la falta, como esas montañas de mármol de Saint Beat, que los hombres, pigmeos, se esforzaban en destrozar y de las que no lograban arrancar más que el polvo, permaneciendo el coloso tan alto y tan imponente como antes.

Su inteligencia, tan despierta, tan penetrante, había recibido un choque del que no podría reponerse, como sucede á los que reciben un tremendo golpe en la cabeza, cuyo pensamiento permanece siempre tenebroso y oscuro.

Cuando llegaba al viejo Luchon por la avenida de los Suspiros, le parecía que los bañistas y forasteros, tan numerosos

entonces, iban á agruparse en su camino para examinarle con curiosidad y escarnerle en su derrota como se escarnece antes á los caudillos vencidos.

Se asombró de encontrar la calle con su aspecto ordinario.

La misma posada de la Gamuza tenía la tranquilidad de costumbre. En un banco, al lado de la puerta, Miguel Dantenac y Luis, su hermano, estaban sentados pacíficamente y parecieron no apercibirse de él.

En la avenida de Etigny, las gentes iban y venían á sus asuntos, los carruajes circulaban.

Evidentemente no se sospechaba nada de su aventura.

El hotel de la avenida de la Pique, disfrutaba como todos los demás de una tranquilidad perfecta.

El barón pudo llegar hasta su habitación sin ser visto, gracias á una estratagemma de Lagrippe que pudo alejar al criado que estaba en el vestíbulo.

Entonces los dos hombres pudieron hablar con entera libertad.

El normando desempeñaba admirablemente su papel, y fingía la mayor ignorancia del complot.

—¡Que razón tenía yo al querer acompañar á usted!—dijo solamente.

Cuando supo que Jacobo Mosès había sido víctima del mismo audaz golpe de mano que el padre, el normando supo demostrar la más viva estupefacción.

—Ha muerto—dijo el barón con aire sombrío—y con una muerte horrible.

—¡Usted le vengará!—dijo Lagrippe, acometido de un ardor súbito.

El amo movió la cabeza negativamente.

—No—murmuró.

Y añadió mirando fijamente á su criado:

—Harás cuanto sea preciso para sacar sus restos de aquel abismo... Es un asesinato, pero es preciso que aparezca como el fatal resultado de un accidente... Es preciso... ¿Comprendes?

Lagrippe comprendía perfectamente.

Era inútil insistir.

Se inclinó.

Su rostro expresaba una profunda simpatía y una adhesión á toda prueba.

—Yo—dijo el viejo Mosés—me marchó, no volveré á pisar esta tierra maldita.

A las cinco, un carruaje, tirado por cuatro caballos, le conducía, solo, hasta Montrejean, donde tomó el tren de las cinco para Burdeos.

No había querido subir al tren en Luchón, donde hubiera sido preciso esperar.

Experimentaba una irresistible necesidad de soledad y movimiento.

Por lo demás, ¿qué hubiera podido temer?

La guerra había terminado, y si es verdad que había vencedores y vencidos, también es cierto que había ruinas y luto para todos.

Al llegar á los álamos de Gaud, el ba-

rón oyó un ruido que le llamó la atención, sobresaltándole.

Era el sonido de las campanas, que dejaban oír sus ecos lastimeros hacia Marignac.

Aquel lúgubre ruido, le persiguió todavía largo tiempo, hasta bien pasado el arrabal de Astos.

Las campanas modulaban una agonía.

En medio de la serenidad de la tarde, aquel sonido lento, grave y acompasado, estaba impregnado de una tristeza infinita.

¡Se sentía la muerte!

¡La muerte se escondía, aun en medio de aquella admirable naturaleza!

El coche acababa de atravesar un puente, y el camino flanqueaba el Garona, aumentado con las aguas de la Pique, cuando el viajero distinguió á un sacerdote, inmóvil, ante la orilla del río.

Era el padre Artigues, consternado, irritado también contra el forastero, causa de tantas desdichas.

Impulsado por la curiosidad, el viejo Mosés hizo una señal.

Los caballos se detuvieron.

—Señor cura—dijo el barón sacando el cuerpo fuera de la ventanilla,—¿haría usted el favor de decirme por qué tocan las campanas?

—Por los muertos, señor—dijo el sacerdote políticamente.

Sus ojos estaban llorosos. La experiencia hubiera debido acorazarle contra el

dolor; y sin embargo, se veía que acababa de derramar abundantes lágrimas.

—¿Por los muertos dice usted? —exclamó el barón.

—Sí, señor. Es una triste historia. Tocan por una joven de veinte años, y por un joven, los dos hijos del país. La joven, á consecuencia del crimen de un ser infame, perdió la razón... Este sitio es muy peligroso y se llama el Hondón... Aquí se ha dejado sumergir. Era prometida de un valiente muchacho... un Dantenac, que se arrojó al agua con propósito de salvarla. Mañana les enterrarán á los dos. . .

—Gracias, señor—dijo el viejo Mosés. Y añadió, dirigiéndose al cochero:

—¡Vamonos!

Huyó, perseguido largo tiempo por el tintineo de las campanas.

Cuando al fin de la noche llegó á Burdeos, se hizo conducir al hotel de los Príncipes.

Allí, otro espectáculo le esperaba.

En una habitación, ó mejor dicho, un vasto salón, en medio del que estaba colocada una cama sin colgaduras, había una joven acostada, y la palidez de su rostro se confundía con la blancura de las almohadas.

Dos doncellas iban y venían, resbalando sobre la alfombra, sin ruido, como espectros.

A uno de los lados del lecho, una joven, alta y hermosa, estaba sentada y contem-

plaba con mirada inquieta, llena de compasión, el rostro enflaquecido, rodeado como una aureola por los magníficos cabellos rubios de la enferma.

Al otro lado, un joven, de pie, se inclinaba sobre el lecho y tenía entre las suyas una de las manos de la joven.

Aquella enferma no tenía veinte años, llevaba un nombre brillante, era rica hasta el punto de no conocer su fortuna.

Sin embargo, iba á morir.

Los médicos habían renunciado á disputársela á la muerte.

La joven que estaba á su lado era Elena de Villedieu; el joven era el marqués Huberto de Caussédé.

La moribunda se llamaba Raquel Mosés.

Agonizaba conservando todo su conocimiento, y no dejaba de observar todo lo que pasaba á su alrededor.

Sus grandes ojos, ojos azules de esclava, ojos admirables, puros y dulces, se dirigían sin cesar á la puerta, como si esperase á alguien que no llegaba.

Cuando el viejo Mosés apareció, las facciones de la pobre Raquel se animaron á impulsos de una visible alegría.

—¡Por fin llega usted!—murmuró con voz apagada.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, y con ayuda de Caussédé y de su prima pudo sentarse en el lecho, apoyándose en las almohadas amontonadas á su espalda. Hizo seña á su padre para que se acercara, y le dijo:

—Quería hablar á usted, quería verle por última vez. Cuando se está tan cerca de la muerte, se tiene la inteligencia más clara y se comprende mejor la verdad de las cosas. ¡Mi hermano no existe!

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé.

El viejo Mosés se quedó asombrado con aquella revelación. Creyó en una especie de adivinación sobrenatural, cuando no era más que el resultado de la casualidad.

La moribunda, por uno de esos fenómenos extraños de última hora, que dan á la vista y al oído una agudeza extraordinaria, había sorprendido algunas palabras que Caussedé dijo á Elena á su llegada.

—¡Es verdad!—dijo el viejo Mosés bajando la cabeza.

La moribunda prosiguió:

—Se queda usted solo con la inmensa fortuna que tanto miedo me ha causado. ¡Tenga usted cuidado! Y si quiere que sus últimos días sean tranquilos, haga usted bien, mucho bien. ¡Hágalo por usted y por la salvación de sus hijos!

Y volviéndose á Caussedé:

—Dejo á usted todo aquello de que puedo disponer para que lo reparta á los pobres. Es mi última voluntad.

Bajó todavía más su voz, tan débil que apenas podía oírse, y murmuró como un suspiro:

—¡Adiós Huberto, yo te amo!

Aquella frase fué la última que modu-

laron sus labios exangües y su hermosa alma se exhaló con su último aliento.

Algunas horas más tarde, se hallaban reunidos los habitantes de Astos y Marignac, delante de la casa del capitán Soubére.

El anciano sacerdote venía á buscar á la que había sido la más graciosa y quizá la más pura, como había sido la más querida de sus hijas.

Seis doncellas llevaron hasta la iglesia donde las campanas sonaban todavía, pero á todo vuelo, el ataúd que contenía los restos de Benedetta Soubére.

Ofrecía un curioso espectáculo la comitiva conduciendo el féretro, en el que, según la costumbre de los Pirineos, la muerta estaba tendida, ataviada con sus mejores galas, con el rostro descubierto y una cruz sobre el pecho.

Sus hermosas manos, blancas como la cera, sujetaban el crucifijo.

Aun se podían contemplar aquellas facciones tan admiradas, que la muerte había respetado, hasta el punto de que se hubiera podido creer que aquel dulce rostro estaba solamente dormido.

Una multitud silenciosa y triste la acompañaba en su último paseo á través de las sendas floridas, entre los bosques y las alegres casas de aquel barrio, antes tan pacífico y al que un misterioso crimen había quitado la tranquilidad.

Detrás del ataúd de la desgraciada jo-

ven iba otro, cerrado y cubierto con un paño negro.

Era el del prometido de Benedetta, el de Juan Dantenac.

Todos los guías de Luchón se encontraban allí, con su pintoresco traje, para acompañar hasta la última morada á su querido compañero.

También estaban todos los Dantenac.

Entre la multitud se esparcian extraños rumores.

Aquella misma mañana habían conducido al hotel Mosés un cadáver, á medias devorado; el del joven barón Jacobo Mosés.

El padre se había marchado como si fuera huyendo, y se concertaba aquella huida y el horrible hallazgo del Antenac con la trágica muerte de Benedetta Soubère y su prometido.

De todos modos no podían hacerse más que suposiciones faltas de seguridad.

Un profundo misterio envolvía todo aquel drama, del que no se conocía más que la catástrofe, permaneciendo en la sombra los actores y las causas.

La ceremonia concluyó en medio de la mayor emoción de todos los asistentes.

Cuando en el cementerio, al pie del gran calvario de mármol, se oyeron los golpes del martillo de Barrousse, que aseguraba la tapa que iba á ocultar para siempre el adorable rostro de la muerta, los sollozos estallaron.

Después, la multitud se fué alejando

lentamente, y algunos momentos más tarde, cuando sonaba el Angelus, que repitieron los ecos de aquel valle encantador, sólo quedaban en el cementerio dos mujeres, Marieta y su anciana tia, desconsoladas y regando con sus lágrimas la tierra, poco ha removida, bajo la cual descansaba aquella desgraciada y encantadora joven que se había llamado la Virgen de Marignac.

Han pasado algunos años después de estos acontecimientos.

En nuestros días parece que el tiempo ha centuplicado su velocidad.

Cosas que han ocurrido ayer parece que están alejadas medio siglo.

El hotel de Luchón, puesto á la venta, fué comprado por un médico que trataba de hacerle producir buena renta transformándole en casa de salud.

El hotel del barrio de Saint-Honoré, cerrado diez meses del año, está habitado únicamente por un portero y dos criados, que se pasean melancólicamente en el inmenso palacio, escombrado de obras maestras, que nadie admira, y que media docena de mercenarios desembarazan, una vez por semana, del polvo y la polilla que tratan de invadirlos.

El castillo de Plessis-Mortcerf no estaba más animado.

Allí se encierra el barón Mosés, durante meses enteros, sin recibir á nadie.

El inmenso parque está siempre custodiado por el mismo ejército de guardas; los jardineros son tan numerosos como antes; pero todos ellos han recibido orden de ser indulgentes; los campesinos de los alrededores circulan libremente por aquel inmenso dominio, que es para ellos la tierra prometida. Con un poco de moderación por su parte, son los verdaderos dueños de todo. Pueden recoger á su gusto flores en primavera, y leña, fruta y caza en toda estación.

Los paseantes circulan libremente por aquel parque magnífico que antes les estaba prohibido. El dueño se desentiende de todo y no conserva aquellos bienes soberbios más que como un mandatario encargado de transmitirlos á sus verdaderos amos.

Rico hasta el extremo de no saber que hacer con su dinero, comprendía mejor que nadie la inutilidad de estas inmensas joyas, que no son más que un fardo pesado para sus poseedores, y una opresión para los demás.

Apenas si los criados del hotel ó del castillo se dan cuenta de su presencia.

Procura hacer el menos ruido posible.

El único personaje que llena la casa con su importancia es Próspero Lagrippe, que es más que nunca el *factotum* del poderoso millonario.

El normando es el árbitro en todos los asuntos, el camino para todas las limosnas, el dispensador de todos los favores.

Cuando por casualidad algún pretendiente se dirige directamente al barón, éste se desentiende en seguida con esta frase, que lleva estereotipada en los labios:

—Vea usted á Lagrippe.

O más familiarmente:

—Vea usted á Próspero.

Apenas si se oyen otras palabras que estas salir de su boca.

Aun esas, las pronuncia con una desanimación inmensa como su fortuna, que indica un desprecio casi monacal de todo lo que puede relacionarle con el mundo.

Próspero tiene sus instrucciones; Próspero dá á todos sin contar, y sobre todo se dá á sí mismo.

Tiene para ello sobrada libertad, y casi casi hasta derecho.

El barón cierra los ojos y se confía en él ciegamente.

A menudo el viejo va solo, por los caminos más solitarios de Plessis, hasta la iglesia abandonada de Fadrey.

Allí permanece horas enteras delante de la tumba que ha hecho levantar á su hija Matilde, y repasa lentamente sus recuerdos.

¡Cuántas amarguras y cuántas decepciones!

Tumbas por todas partes, catastrofes por todos lados, justo castigo de las ruinas que ha sembrado por el mundo entero, y sobre las cuales ha levantado el edificio de su increíble y odiosa fortuna.

Su testamento está hecho.

Los notarios que lo autorizan tienen la conciencia del deber y no harán traición al secreto profesional; pero nosotros podemos decir que cuando sea conocido ha de asombrar al mundo.

La época en que se conozca ese secreto no está lejana, según todas las apariencias.

El barón comprende que se acerca rápidamente á la tumba y semejante idea no le aterra.

Hay existencias para las que la muerte viene á ser la salvación y la alegría.

A pesar de lo inverosímil de semejante afirmación, podemos asegurar que el barón Mosés se encuentra en ese caso.

Ni los viajes, ni las distracciones que ha buscado, ni la vanidad que pueden proporcionarle sus inmensas riquezas, logran arrancarle á sus meditaciones.

Su pensamiento gira sobre tres fosas abiertas prematuramente; las de sus tres hijos que han sucumbido casi á un mismo tiempo á impulsos de la implacable fatalidad.

De cuando en cuando, una joven, siempre de luto en sus visitas, llega hasta él y permanece algunos momentos en su compañía, dejándole luego con todas las señales de una afección semejante á las que sienten las hermanas de la Caridad por sus enfermos.

Es Elena de Villedieu, su nuera, que ha pasado á ser, con su consentimiento,

dos años después de la trágica muerte de su marido, la marquesa de Causседé.

Sus conversaciones no son nunca largas.

¿Son afectuosas?

Es probable, pero nada se puede saber.

La joven parece experimentar por el viejo una inmensa piedad sin mezcla de ningún sentimiento.

El viejo Mosés nunca ha sabido el papel desempeñado por Causседé en el drama de Luchón, ni su traición con su camarada Jacobo Mosés; sin embargo, Causседé evita con cuidado todas las ocasiones que pudieran llevarle á presencia del padre de su víctima.

La marquesa les sirve de intermediario y cumple su cometido con la compasión cariñosa que el mismo Lagrippe siente por este hombre, que, desde tan alto, ha caído en tan completo infortunio.

El bearnés ha cumplido la misión que le fué confiada por Raquel Mosés con una probidad y un desinterés que hacen el más grande honor á su carácter.

Las enormes sumas que el barón le ha entregado para cumplir la voluntad de su hija moribunda, han sido empleadas de la manera más útil en obras grandiosas administradas con perfecta lealtad y rara inteligencia.

Los pobres se aprovechan de aquellas donaciones, sin que se pierda un solo céntimo en esas filtraciones escandalosas de que nuestra época posee el secreto.

Caussedé, al casarse con la vinda de Jacobo Mosés, no se ha casado con su fortuna. No hace más que distribuirla, y según todas las probabilidades será también el mandatario del viejo barón en la gran obra que coronara su vida.

Este es el mayor elogio que puede hacerse de aquel gentilhomme, que si ha mostrado en la venganza una tenacidad fría y un rigor implacable, en cambio guarda un fondo de honrada generosidad, y nunca ha manchado sus blasones con las poco correctas especulaciones de que muchos nos dan ejemplo vergonzoso.

En Luchón, los Dantenac viven sometidos á su antigua medianía.

El mayor está contento con lo que había podido reunir al servicio del barón Mosés.

Es lo bastante para subsistir libremente en un país donde la vida de los montañeses cuesta tan poco, puesto que es sobria y laboriosa.

Un día, en la iglesia de Marignac se celebraba una ceremonia menos triste que la última que hemos relatado, y que reunía otra vez á los amigos de los Dantenac y los Soubére.

Pedro Dantenac se casaba con Marieta. La tumba de Benedetta estaba cerrada hacía tres años.

En el momento en que los recién casados salían de la iglesia, el cartero entregó á Pedro una carta de París.

Era del marqués de Caussedé.

«Mi querido Dantenac:

»El pasado está ya lejos, y el tiempo goza del privilegio de endulzar todas las amarguras y calmar todos los odios.

»Encargado por el barón Mosés de arreglar sus negocios, me encuentro con una cuenta que concierne á usted, y no está saldada.

»Se eleva á más de un millón.

»Por un escrúpulo que le honra, ha rehusado usted disponer de esta suma que le pertenece.

»Créame usted, el dinero nunca estorba, porque permite consolar á los desgraciados, enjugar dolores y prestar otros servicios.

»Acéptelo usted; el barón Mosés, que encontraría usted muy cambiado, se lo ruega.

»Cuando dé usted la contestación, reflexione que, al aceptar, llevará usted alguna tranquilidad á su conciencia y que por crueles que hayan sido los resentimientos que han mediado entre ustedes, ha sido usted casi su hijo.

»Su amigo,

»HUBERTO DE CAUSSEDÉ.»

En aquel momento el cura de Marignac, que llegaba á los últimos límites de la vejez, salía de la iglesia y se encontraba al lado del recién casado.

Pedro Dantenac le entregó la carta con una mirada que imploraba consejo.

El excelente sacerdote la leyó y se la devolvió.

—Acepte usted—le dijo.—El marqués tiene razón. ¡Cuánta miseria podrá usted consolar!

La casa del capitán Soubére fué agrandada considerablemente.

La felicidad anida en ella.

Dos hermosos niños juegan en los jardines, dos muchachos robustos y alegres, que Marieta quiere con delirio.

Barrousse y Rabastoul los adoran, y el cura dice, haciéndolos saltar sobre sus rodillas:

—Estos serán militares como su abuelo.

La casa de Caubous ha sido restaurada.

La habita Luis, el antiguo suboficial, que se ha casado con una joven hermosa y buena, que el hermano mayor ha dotado pródigamente.

La montañesa y la tía Julia descansan al abrigo de las viejas iglesias que las vieron nacer.

La vida es una deuda.

Ellas la han pagado.

Estagnon se ha establecido en Luchón, después de casarse con la sobrina de Bastida.

La justicia de Dios parece que ha olvidado á Brichard, que vive como un burgués acomodado en los alrededores de Beauvais, en una granja que ha transformado en castillo.

El padre Jeromo, seducido por el dinero de la viuda Piot, se ha casado con ella.

Ese es su castigo.

El sindicato de banqueros judíos que presidía el barón Mosés, sigue triunfante, y aunque se notan en él síntomas de disolución desde que falta el jefe, continúa amontonando Pellión sobre la Osa, ruinas sobre ruinas, y millones sobre millones.

Sin embargo, como el barón Mosés en las cimas del Antenac, le parece oír de lejos el sordo zumbido de la tempestad popular, y quizá no esté lejos el momento en que la cólera de Dios reduzca al polvo esas fortunas escandalosas, que no son fruto del trabajo ó del genio, sino que se han erigido á costa del despojo de las gentes honradas y de la miseria de los pueblos.

FIN DE LA NOVELA.

113



U A

DAI'AUTONOMIA DI EN
CON GENERAL D



E
P
V
V